

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA
IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO IX

DESDE EL 28 DE ENERO AL 26 DE MAYO DE 1873

EXCURSIÓN AL CAQUETÁ

RESUMEN

Nuestro guía - Abusos de los peones - Un golpe a tiempo - Cabalgaduras humanas - Paso de la cordillera - Las tribus salvajes - Sus creencias - Sus habitaciones, lenguaje y costumbres - Su industria y su comercio - Lo que son y lo que podrían ser - Estragos del paludismo - Trabajos para volver a tierra civilizada.

EXCURSIÓN AL TERRITORIO DEL CAQUETÁ

Poblado de tribus salvajes

Enero de 1873

Era tal el deseo que sentía de ponerme en camino hacia el célebre territorio del Caquetá, donde el hombre vive aún en el estado de la Naturaleza, que cualquier dilación en los preparativos del viaje, cualquier pequeño obstáculo que se presentaba, era para mí una penosa contrariedad, pues me parecía que iba a malograrse mi propósito.

Cuando todo estaba ya dispuesto, descansó mi ánimo y aquella noche dormí tranquilo y hasta soñé que el ángel de mi guarda me anunciaba sonriente que él me sacaría con bien de los muchos y graves peligros de aquella expedición tan deseada.

MARTES 28 DE ENERO

Amaneció por fin el día prefijado para emprender el viaje. Cualquier fatalista lo hubiera demorado un día más, porque la superstición ha pretendido hacer del martes un día aciago, como si este día no fuese igual a todos los del resto de la semana. Varios amigos me hicieron a este propósito algunas observaciones, a las cuales, sin dejar de agradecer el motivo que las producía, no di más importancia que la que merecen. A las cinco de la mañana y cuando asomaban apenas los primeros rayos de la aurora, el P. Albis golpeaba a mi puerta con una alegría expansiva, producida por el estado de excitación en que se hallaba, a causa de no haber dormido en la noche anterior, despidiéndose de sus amigos y brindando con ellos por el éxito feliz de nuestro próximo y arriesgado viaje. A las ocho de la mañana todo estaba dispuesto: Las mulas de silla tascaban el freno con impaciencia; las de carga, menos fogosas, se hallaban amarradas junto a los pesados y voluminosos fardos que habían de oprimir sus lomos; nuestros peones cargueros que a poca distancia del lugar iban a sustituirlas, recorrían las calles despidiéndose con alegre rostro de sus familias y sus camaradas, y disponían su hatillo para incorporarse a la expedición tan pronto como se diese la voz de

marcha. Nosotros, entretanto, despachábamos nuestro almuerzo, después de inspeccionados los preparativos, escuchando los prudentes consejos del amigo precavido y temeroso, y recibiendo de antemano las felicitaciones de los que, más entusiastas, envidiaban nuestra expedición, teniendo en más los goces que había de proporcionarnos, que los peligros a que voluntaria y resueltamente íbamos a exponernos.

A las nueve y media las mulas cargadas y los peones salieron a vanguardia; nosotros partimos algunos minutos después, dando al pasar un adiós de despedida a los vecinos del lugar que se agolpaban a nuestro paso, o se asomaban con solicitud a sus puertas, manifestándonos con breves y sentidas frases sus ardientes votos por nuestro feliz regreso.

A la salida del pueblo emprendimos la marcha en dirección al sur por unas colinas arenosas que se hallan a la margen izquierda del Suaza, llegando a las doce en punto al cauce del río, que por su poca profundidad pasamos fácilmente a vado. El P. Albis, que montaba una de mis mulas más ligeras, se nos había adelantado un corto espacio, lo suficiente para pasar el río antes que nosotros; y no bien se encontró en la opuesta orilla, se desnudó rápidamente y se arrojó al agua; determinación tanto más oportuna, cuanto que el baño, produciendo sus naturales efectos, neutralizó, en gran parte, el vapor que turbaba su cabeza y lo había hecho cabalgar hasta allí con menos seguridad de la que hubiéramos deseado.

Acompañábamos hasta el fin de nuestra primera y corta jornada, entre otros vecinos del lugar, mis compatriotas los Sres. D. Bernardo Gutiérrez, D. Manuel Guardado y D. José Lequerica, que no quisieron abandonarnos hasta el momento de vernos internados en la montaña, ya que en vano habían intentado más de una vez disuadirme de realizar mi expedición, temerosos de que los peones, gente insubordinada y levantisca, abusase de su número y cometiese cualquier desmán en aquellos lugares a donde no llega la justicia humana.

Tan pronto como pasamos el río, el P. Albis, a quien quedaba alguna despedida que hacer entre los campesinos de la orilla derecha del Suaza, se nos adelantó de nuevo; y, a pesar de mi diligencia, no pude impedir que aquellas últimas despedidas tuviesen el mismo carácter que las de la noche anterior, con lo cual los síntomas del padecimiento volvieron a agravarse y a reproducirse nuestros temores. Siguiendo la mencionada orilla del río aguas arriba, atravesamos una quebrada que conserva aún el nombre indígena de Yanayaco, cuya significación es agua blanca, debida al color que adquiere al pasar por unos terrenos gredosos. Más adelante cruzamos otra llamada Jacué, que como la primera es tributaria del Suaza, y tomando luego al sureste por otras colinas cada vez más elevadas y que sirven de estribo a la Cordillera Oriental, llegamos a las dos y media de la tarde a los últimos ranchos que en aquella dirección sirven de límite al mundo civilizado, y donde empiezan con la selva virgen las inmensas y casi desiertas soledades que se extienden hasta las cabeceras del gigantesco Amazonas, habitadas sólo en una pequeñísima parte por las tribus indígenas que se hallan aún en el estado primitivo de la Naturaleza. El humilde ranchito en que nos alojamos y en el que no cupieron ni nuestros peones ni nuestras cargas, se halla situado sobre una meseta cubierta de abundantes gramíneas, dominando por su orilla derecha la quebrada de Jacué, que por allí corre espumante y clamorosa, acompañada en su curso hasta morir en el río, de una estrecha faja de bosque, donde los árboles se elevan entre vistosos grupos de guaduas, como si el bosque se complaciese en enviar aquellos emisarios de su activa fecundidad para dar sombra hasta su muerte al arroyo que lo ha regado con sus aguas.

En terrenos próximos a la casita y aun en el mismo perímetro que ella ocupa, se ven asomar de cuando en cuando, trozos de arenisca de tamaños y formas diferentes, y otros de un conglomerado durísimo de guijas menudas, trocitos de cuarzo y arena gruesa.

Los habitantes de aquella morada humilde nos recibieron con extremada amabilidad, cediéndonos cuanto necesitábamos de su casa, tan alegre como pobre, y a la cual rodea un gracioso bosquecillo de frutales en que abundan el guayabo y el guamo, el

naranja y el limonero, el aguacate y el pomarroso, entrelazando sus ramas con las de algunos individuos del precioso árbol llamado bálsamo, de cuya corteza se exhala un exquisito aroma¹. Empleamos la tarde en arreglar las cargas para los peones, y el aparato en que nos debían cargar a la espalda en los pasos más dificultosos, y después de hacer una ligera comida en que abundaron los brindis en honor de la patria y por la ventura de los expedicionarios, tratamos de entregarnos al reposo. Y he dicho tratamos, porque el inmenso número de insectos parásitos que en la casa había, se apoderó con tal encarnizamiento de los nuevos huéspedes, que no pudiendo disfrutar ni por un momento de sueño tranquilo, la mayor parte de mis compañeros se salió a media noche a dormir a la pampa, teniendo por un mal menos grave el sufrir la humedad y el frío que las picaduras continuas de aquellos molestísimos insectos. El Sr. Gutiérrez y yo, que por fortuna teníamos nuestras hamacas bastante elevadas y por consiguiente menos al alcance de nuestros acometedores, y mi escribiente, cuyo sueño es a prueba de chinches y pulgas, permanecimos hasta rayar el día en nuestros puestos con una heroicidad digna de mejor causa.

El P. Albis, que había buscado albergue en un rancho próximo, cerca de unas antiguas comadres, no pasó la noche mejor que nosotros, y vino lamentándose también de su mala fortuna y de iguales molestias.

MIÉRCOLES 29 DE ENERO

Después de tomar un ligero desayuno, empezóse a arreglar las cargas para ponernos en camino; pero resultando un poco pesadas y no queriendo fatigar a mis peones, preferí buscar otros dos, que se encargaron de enviarme los amigos que regresaban a Santa Librada, teniendo por consiguiente que detenernos un día más para entrar en la selva.

¹ El que produce el que lleva el nombre de bálsamo del Perú.

A las ocho de la mañana nos dimos el abrazo de despedida, casi con lágrimas en los ojos, y mis amigos partieron al fin, dejándome en el dintel de la barbarie. ¡Cuántas ideas se agolparon entonces a mi imaginación! Iba a penetrar en regiones casi inexploradas, donde hay a cada paso un peligro de muerte, no sólo por la insalubridad del clima, sino por el número inmenso de fieras voraces y de reptiles venenosos que pueblan los bosques. Sin embargo, todas las consideraciones de fundado temor cedían ante el deseo inmenso de contemplar aquellas majestuosas soledades, de encontrarme cara a cara con la Naturaleza en toda la plenitud de sus salvajes galas, y de escribir quizás una página interesante en mi Diario.

Para distraer mis penas, que eran muchas, y olvidar en lo posible la realidad tremenda de aquella situación voluntariamente elegida, me puse a copiar un grupo formado de mi escribiente y su peón carguero, pasando un arroyo. También me propuse hacer mi propio retrato, en el mismo traje con que había de entrar en la montaña.

Por la tarde fui a visitar la quebrada de Jacué, cuyas aguas me habían asegurado que arrastraban arenas de oro; pero era una ilusión originada por la gran abundancia de mica que hay en sus orillas, y que las personas poco inteligentes suelen confundir con el polvo de oro, engañadas por el aspecto que presenta.

Ya cerca del anochecer llegaron los dos peones que mi amigo Guardado me dirigía con una expresiva carta y en ella un nuevo y último adiós de todos los amigos.

De nuestra visita a la quebrada habíamos traído uno de los estuches de la palma que antes dejo indicada, al hablar del valle de Pitalito, y que por aquí es muy abundante, con el objeto de preparar el cohollo que en dicho estuche se encierra, y que entre los habitantes del país es considerado como un alimento sabroso. Al arrancar las capas exteriores, desprendimos de la base de los peciols de sus hojas una especie de película, de una suavidad tan grande y de una blancura tan resplandeciente, que

parecía un tejido de finísimo raso, y las colocamos entre las de un libro, para ver si después de secas, conservaban algo de su brillantez y blancura².

Escarmentado de la noche anterior, determiné que colgasen mi hamaca bajo el estrecho alero del ranchito, prefiriendo dormir a la intemperie a sufrir otra vez las picaduras de los insectos.

JUEVES 30 DE ENERO

Venía apenas rayando el alba, cuando nos levantamos todos para preparar nuestra partida, con el objeto de llegar a la selva antes que el sol nos calentase demasiado. Tomamos un ligero desayuno; di la voz de adelante, y partimos todos en dirección al este para coronar un cerro poco distante que se hallaba entre nosotros y la entrada del bosque. Era este cerro elevadísimo, y estaba cubierto, como todas las colinas próximas, de un espeso pajonal de cerca de un metro de altura. Como yo iba delante de todos y el rocío de la noche había sido muy abundante, me humedecí mucho de cintura para abajo; pero no quise apelar a mi peón carguero, porque no se atribuyese a debilidad física o cansancio prematuro el temor de humedecerme los pies, que aquí suele ser muy nocivo.

Al llegar a la falda, acometimos la subida de frente, para llegar más pronto a la cumbre, evitándonos así un rodeo de más de tres kilómetros. Los peones y aun nosotros mismos íbamos jadeantes y cubiertos de sudor cuando llegamos a coronar la altura. Allí tomamos un breve descanso y un trago de aguardiente para recobrar las fuerzas, y en seguida partimos hacia el bosque, cuya entrada teníamos ya a muy corta distancia. Al llegar al lindero hicimos como cristianos una invocación a Dios para que nos favoreciese en nuestro viaje; El P. Albis recitó algunas de las preces que tiene la iglesia católica para casos análogos, y entramos desde luego en la selva.

² Más tarde adquirieron un color de tabaco, aunque conservaron la consistencia del papel y una parte de su brillo.

Desde aquel momento nos podíamos considerar completamente divorciados de la civilización; y al penetrar en el inmenso mar de verdura en que íbamos a engolfarnos, era preciso confiar ante todo en la Providencia, cuyos recursos son inagotables.

Tan pronto como entramos en el bosque, el camino describe un ángulo, dirigiéndose hacia el suroeste por una elevada cuchilla, que seguimos, dejando a la izquierda un arroyuelo o pequeña quebrada, y llegando poco después de las ocho a un sitio donde era preciso detenernos para almorzar, porque desde allí en adelante no habíamos de encontrar, según nuestro guía, fuente ni arroyo alguno, sino a muy larga distancia.

En cuanto divisábamos de la selva, componíase ésta en su mayor parte de la palma de que hablamos anteriormente y de algunos árboles de especies distintas que entrelazaban sus ramas con los ligeros penachos de aquella graciosa palmera.

Allí tuvimos el primer contratiempo. Habíanme regalado en Santa Librada, una perra de caza habituada a seguir la pista del tigre. A pesar de lo que procurábamos halagarla, el pobre animal iba contrariado, por no ver a su alrededor ninguna persona conocida; así es que, tan pronto como le fue posible se desprendió de la cuerda que la sujetaba y desapareció para volver a la casa de su primitivo dueño, librándose acaso de morir entre las garras de alguna fiera.

Despachado nuestro almuerzo, y siendo ya las doce en punto, continuamos nuestro camino.

A poca distancia de aquel lugar la trocha se dirige hacia el sur por una asperísima pendiente; las palmas de que hemos hablado, que no vegetan sino en las tierras cálidas, fueron poco a poco disminuyendo en número, hasta que al fin desaparecieron del todo, siendo reemplazadas por robles corpulentos, gaques y otros árboles propios de temperatura más fría, formando la maleza inferior otras palmas más pequeñas de diferentes especies, helechos de varias clases y carrizales de pequeña talla y estrechas hojas, muy semejantes a las gramíneas comunes. Los troncos abatidos por el huracán

o por el rayo y, en general, todos los árboles de la selva, veíanse cubiertos de una espesa capa de musgo de diversos colores, la tierra tapizada de preciosos líquenes que formaban caprichosos dibujos en aquella alfombra inimitable tendida por las manos de la Naturaleza. Las ramas, entrelazadas por muchas plantas trepadoras, ostentaban como adorno orquídeas de infinitas clases, que agitaban al viento sus espigas de flores, ya blancas, ya azules, ya amarillas o naranjadas, y no pocas de un rojo vivísimo.

Como a veces las cuestas eran muy empinadas y la trocha se hallaba cubierta de una espesa capa de las hojas secas de que los árboles se despojan constantemente, nuestros pies resbalaban a cada paso y podíamos adelantar muy poco en nuestro camino, por lo cual fue necesario detenernos para dar un descanso a los peones, que iban muy fatigados, y tomarlo también nosotros, que no teníamos menos necesidad que ellos.

De cuando en cuando solíamos encontrar grandes zanjones ya casi cegados: eran los que en la época de la conquista abrieron los indios, al retirarse a sus montañas, dejándolos cubiertos de sutil ramaje y hojas secas, y clavando en su fondo palos puntiagudos para que en ellos se hiriesen al caer los conquistadores; pero éstos aprendieron pronto a conocer y evitar aquellas celadas con que pretendían amedrentarlos y detenerlos, cuando no lo habían podido conseguir ni los caudalosos ríos poblados de anfibios voraces, ni los terrenos pantanosos donde el enorme boa se oculta para asechar su presa, ni las más fragosas montañas cubiertas de maleza impenetrable, donde abundan las fieras más temibles, y donde una multitud de reptiles ponzoñosos, ocultos entre la hojarasca o pendientes de las ramas de los árboles, amenazan por donde quiera al transeúnte con su venenosa e inevitable mordedura.

La cuesta continuaba cada vez más áspera, y hubo que descansar repetidas veces para poder seguir adelante. Algunos kilómetros más arriba, la cuchilla por donde caminábamos se estrecha mucho, y por una abertura del bosque pudimos tender la vista hacia el norte, donde se descubría un bellissimo panorama. A nuestros pies

teníamos el lindero del bosque; algo más lejos el estrecho valle del Suaza, por donde el río corre serpenteando entre colinas cubiertas de pajonales; a su orilla izquierda veíase aún, con ayuda del anteojo, el pueblecito que lleva su nombre, entre cuyas casas se levantaban algunas columnas de humo, y cerrando el horizonte los elevados cerros por donde el río pasa encajonado, y al pie de los cuales se halla el pueblecito de Guadalupe. Detuvimos un rato a contemplar por última vez aquel ameno paisaje, y denominamos Balconcito a aquella abertura, por donde se ve casi a vista de pájaro cuanto acabamos de describir a la ligera.

Aún nos quedaba una buena parte de la subida para coronar la montaña, lo cual conseguimos al fin a las cuatro de la tarde, hora en que determinamos arrancar, temerosos de que nos sorprendiese la noche. Elegí para ello una pequeña hondonada sobre la cual había caído atravesado un largo tronco, que nos sirvió admirablemente para apoyar nuestro cobertizo, formado en poco más de una hora con algunas telas impermeables que llevaba al efecto y varias hojas de una palma llamada horqueta que allí abunda mucho y que es muy a propósito para el destino que se le daba. La única dificultad que se ofrecía, para hacer más cómodo nuestro improvisado albergue, era la gran distancia a que se encontraba el agua para disponer nuestra cena; pero como eran muchos y ágiles los peones, pronto descendieron por entre los matorrales hasta encontrar una fuentecilla, que aunque no de muy buena calidad, nos surtió de este indispensable artículo.

Después de cenar se suspendió mi hamaca del tronco en que se apoyaba nuestro frágil cobertizo, bajo el cual fueron luego colocándose todos, tan apiñados, que seguramente no quedó un solo palmo de terreno vacío. Para no estar a oscuras y poder aprovechar una parte de la noche en hacer mis apuntes, habíame provisto de una especie de linterna formada de un canuto de guadua, que nos sirvió a maravilla. Como habíamos hecho grande acopio de leña, se pudo mantener el fuego toda la noche, tanto para modificar un poco la temperatura, que era algo fría, cuanto para ahuyentar los tigres, que suelen extender sus excursiones hasta el lugar en que nos hallábamos.

Durante toda la noche tuvimos una serenata, que nos dieron unos pajarillos llamados vulgarmente agüincheros, y cuyo canto se asemeja mucho al chirrido de la golondrina; y ya sea por sus costumbres, ya porque los asustase la extraña claridad de nuestro rancho, permanecieron en vela, sin dejar de revolotear cantando a nuestro alrededor hasta que asomó la luz del día. A su canto, o mejor diré, chirrido monótono, acompañaba de vez en cuando una especie de lamento lanzado por las pavas del monte, a más o menos distancia. Al fin se apagó la luz, y a las ocho o nueve de la noche, estábamos todos entregados al sueño, menos los vigilantes que cuidaban de las hogueras.

VIERNES 31 DE ENERO

La noche anterior fue agradable, aunque algo fría; y aunque nos levantamos con el alba, no salimos de nuestro vivac hasta las nueve, tanto porque la jornada había de ser corta, cuanto por esperar al almuerzo, difícil de preparar más adelante, por falta de agua.

Mientras todo se disponía, aproveché el tiempo en dibujar la bellísima palma de hojas gemelas, y tallo generalmente rojo, que nos había suministrado los materiales para nuestra techumbre, y que en el país lleva el nombre vulgar, que hemos consignado, de palma de horqueta, por la forma especial de sus hojas. También concluí otro dibujo empezado en el día anterior, de otra palma no menos bella, conocida con el nombre de molinillo, porque a falta de otro instrumento más idóneo, las gentes pobres de los pueblos y rancherías cercanos a la montaña, emplean la parte inferior de su delgado tronco, al que dejan algunos centímetros de sus muchas raíces, que se separan en ángulo agudo, para batir el chocolate.

Aunque el día anterior no quise valerme de mi peón carguero, para trepar a la montaña, por si tenía necesidad de él más adelante, hicimos una prueba del aparato que para ello iba dispuesto; y hallándolo sumamente incómodo, y ocasionado a algún percance, por su mucha elevación, le hice construir otro nuevo, con los elementos que

el bosque nos suministraba, y que por ir apoyado principalmente en la cintura y los miembros, quedó mucho más cómodo y seguro.

A poca distancia del punto de nuestra salida, encontramos un tambo o rancho hecho por los quineros; y a saber su existencia en aquel sitio, nos hubiéramos podido ahorrar mucho trabajo. Desde el lugar en que se halla este ranchito se empieza a descender por una cuesta, más rápida aún que la que habíamos trepado en el día anterior, aunque por fortuna mucho más corta. Los resbalones, y aun caídas, fueron frecuentes, y al acabar el descenso, tuvimos que hacer un largo descanso. Después volvimos a subir por otra cuchilla, hasta la cumbre de otro empinado cerro, que coronamos poco después del mediodía, no sin haber tenido que descansar en varias ocasiones. En este sitio encontramos otro tambo de los quineros; y aunque era corta la distancia que acabábamos de franquear, nos resolvimos a no pasar de allí, tanto porque yo deseaba copiar algunas plantas, cuanto por emprender temprano la jornada del día siguiente a fin de que el tiempo nos alcanzase para atravesar a buena hora el páramo que se hallaba delante de nosotros, y es por esta parte el punto más elevado de la cordillera.

La vegetación no se diferencia en este lugar de la que observamos en las últimas horas de la anterior jornada. Sólo llamaron nuestra atención, al aproximarnos al rancho donde habíamos de pasar la noche, unas florecillas ya mustias, caídas sobre nuestro sendero, que, por su forma y su fragancia, eran muy parecidas al Jacinto o al Nardo, y procedían de una orquídea que nos fue imposible alcanzar, por hallarse en un árbol muy elevado, y a la altura de más de veinte metros.

Mientras disponían la comida, y después de ella, no descansé un instante, copiando otras dos bellas palmas, conocidas con los nombres vulgares de San Pablo y Corunta, y una orquídea de flor roja semejante en la forma a una piña o anana.

Llegada la noche, arreglamos nuestras camas aéreas, colocándolas lo mejor posible al abrigo del viento, para lo cual formaron los peones un resguardo de unas hojas

llamadas de cerbatana, y después de dictar los apuntes del día, nos entregamos al reposo, arrullados por los mismos cantores de la noche precedente.

SÁBADO 1o. DE FEBRERO DE 1873

Desde que entramos en la montaña, observaron mis sirvientes que algunos de los peones cargueros solían adelantarse mucho de los demás, y siguiéndolos con cuidado, los sorprendieron abriendo una caja de galletas y otra de botellas de aguardiente, del cual se bebieron más de una.

Con esta noticia pude yo desde luego cortar el abuso, pero me exponía a que abandonaran las cargas y regresaran al lugar, que aún estaba cerca, si lo duro de la reprensión les hacía mal efecto; así es que encargué a mis muchachos que no los perdieran de vista y no les manifesté el más leve disgusto, esperando mejor ocasión para poner remedio a aquellos desmanes, cuando ya no hubiese el riesgo de que me abandonaran en mitad del bosque, volviéndose a tierra poblada.

Como la jornada, según nuestro guía, debía ser un poco larga y extremadamente penosa, a las seis y media de la mañana habíamos tomado ya nuestro desayuno e íbamos caminando.

La trocha que desde mucho antes iba siguiendo la dirección del sur, empezó a describir un semicírculo hacia el este, para no abandonar la cuchilla que en este mismo sentido se prolonga hasta llegar a la cumbre del tercer ramal de la cordillera, donde empieza la división de aguas, que corren por una parte hacia el Magdalena, y por la otra hacia el Amazonas. Por un largo trecho de nuestra subida, encontramos el suelo cubierto de las hojas de que hablamos antes, llamadas de cerbatana, semejantes en la consistencia a las de la caña común, de forma gladiolada, y que crecen hasta cuatro y cinco metros de altura, teniendo muchas de ellas hasta tres centímetros en su anchura máxima. Estas hojas nacen hacinadas en grupos numerosos, a manera de las

espadañas; son muy consistentes, de bordes lisos, ásperas al tacto, estriadas longitudinalmente, y su nervio central muy pronunciado y duro.

Continuamos subiendo, y a las ocho y media, a punto ya de coronar la montaña, se descubrió a nuestra derecha, por una nueva abertura hacia la parte del Occidente, otra gran extensión de montañas menos elevadas, a cuya extremidad divisamos el pueblecito de La Ceja, velado en parte por la bruma. La selva empezaba a decrecer visiblemente; a los altos y copudos robles sucedieron los encinillos, y otros árboles y arbustos de menudas hojas, cuyos troncos se veían cubiertos de preciosas orquídeas y otras parásitas de infinitas especies. Al paso encontramos una vistosa flor, muy parecida a la Camelia, que tratamos en vano de conservar para copiarla más adelante.

Desde el punto en que nos encontrábamos, a que dimos el nombre de El Mirador, veíamos levantarse a un lado y otro ligeros vapores que nos ocultaban la selva, y que a cierta altura se iban condensando hasta formar nubes de color plomizo. Allí hicimos alto para descansar un poco, y seguimos luego hacia el noreste. Una hora después acabamos de coronar la cumbre, donde encontramos el suelo completamente cubierto de musgos, aún más preciosos que los de los días anteriores, que algunas veces nos daba como lástima de pisar, por el temor de marchitarlos.

Sobre los troncos muertos solíamos hallar mil variedades de hongos, en los cuales se ostentaban todos los colores del iris, además del blanco mate, del rojo oscuro y del negro más intenso.

En dos ocasiones hallamos junto a la trocha, en los huecos formados por las raíces cubiertas de musgo, señales recientes de haber pasado la noche tal vez algún infeliz quintero, sorprendido por la oscuridad, o por alguna de las tempestades que por allí son tan frecuentes.

Desde este lugar, donde se vean algunas manchas de monte desprovistas de arbolado, la trocha se convierte en una cosa indescriptible, teniendo que caminar largo espacio

por una especie de puente interminable, formado sobre el abismo, por troncos derrumbados, muchos de los cuales se hallaban ya en estado de putrefacción, y raíces entrelazadas, todo ello cubierto de un musgo tan resbaladizo, y con tan profundos escalones, que sólo el pie desnudo del quinero, acostumbrado a trepar por aquellas asperezas, puede fijarse con alguna seguridad, no obstante hallarse muchos de los palos con profundas picaduras practicadas con el hacha o el machete. A veces encontrábamos alguna pequeña abertura cubierta de hojarasca, donde el que caminaba sin gran circunspección, introducía toda la pierna y caía irremisiblemente; y no faltaban sitios en que estas aberturas se hubieran tragado con facilidad un cuerpo humano, que hubiera ido rodando, Dios sabe hasta donde, a no encontrar pronto alguna raíz de qué poder asirse. Por largos trechos caminábamos bajo sombrías bóvedas formadas por el ramaje tupido y compacto, donde no penetra jamás un rayo de sol, siguiendo casi a oscuras nuestro camino, como el hurón que persigue al conejo por sus madrigueras subterráneas.

Al llegar al borde meridional de la cuchilla, teníamos ya a nuestra derecha la hoya inconmensurable del más caudaloso de los ríos, el opulento Amazonas, que antes de perderse en el Atlántico, cuenta por centenares sus tributarios de la una y de la otra orilla. Si una densa niebla no hubiera venido a velarnos el extenso panorama que desde allí podía descubrirse, hubiéramos visto con ayuda de nuestro antejo las cuencas del Caquetá, del Putumayo, del Napo y de otros muchos ríos de los que más contribuyen con sus aguas a formar la gigantesca arteria que cruza la América del Sur, desde los confines del Ecuador y del antiguo territorio de los Incas, hasta los límites septentrionales del dilatado Imperio Brasileño.

Desde allí empezamos a descender por una cuesta tanto más penosa, cuanto que a su extremada inclinación reunía la circunstancia de no haber otro sendero que las raíces y troncos, en la forma descrita anteriormente, sobre los cuales teníamos que saltar, haciendo un violentísimo ejercicio por espacio de más de tres horas. Era el día de mi cumpleaños, y no lo he pasado peor en toda mi vida. A cada paso había un peligro de muerte; los resbalones eran continuos a causa de la abundante lluvia, y nosotros,

cubiertos con nuestras capas de paja y con el abismo a nuestros pies, atravesábamos aquella intrincada selva, esperando por momentos que alguno cayera al fondo para no parecer jamás.

En el lugar en que la selva se ostentaba más agreste, copié un trozo de ella en un rato de descanso. A pesar de la imperfección de mi dibujo, por él comprenderán mis lectores la situación en que nos encontrábamos.

Como la mitad de la cuesta habríamos bajado, cuando llegamos a un tambo de quineros, casi derruido, y no quedándonos tiempo suficiente para llegar al río del Hacha, que íbamos buscando, determinamos reconstruirlo a la ligera y pasar en él la noche. Las tres de la tarde eran cuando llegamos a aquel reducido e incómodo albergue, teniendo que atravesar muy cerca de él una quebrada o arroyuelo, por un puente formado de un solo tronco cubierto de musgo, y donde todos tuvimos que hacer grandes esfuerzos para conservar el equilibrio.

Apenas nos habíamos instalado, y mientras disponían la comida y la techumbre de nuestra mezquina habitación, aproveché el rato de luz que nos quedaba en copiar una bellísima Orquídea, que encontré allí cerca.

Concluida la operación, hicimos a un tiempo nuestra comida y cena, y nos entregamos al reposo, que en este día más que en ningún otro necesitábamos.

Uno de los peones ha caído enfermo.

DOMINGO 2 DE FEBRERO

La noche anterior ha sido fría, por encontrarnos a bastante altura y en una cañada algún tanto abierta, por donde soplan con ímpetu los vientos del suroeste. Durante la madrugada cayeron varios aguaceros, tanto más temibles cuanto que el camino que teníamos que atravesar, se compone en su mayor parte de pendientes resbaladizas, y

un tanto cenagosas, y hay además mucho monte bajo, y el agua conservada entre sus hojas emparará muy pronto nuestros vestidos.

Después de medicinar con sulfato de quinina al peón enfermo, antes de ponernos en marcha y tan pronto como acabamos de almorzar, que eran las ocho y media de la mañana, hice formar a todos delante de nuestro rancho, y les dije: "Sé los abusos que habéis cometido con los víveres que os he confiado. Si hasta ahora lo sufrí y callé, no fue por miedo a vosotros, sino porque alguno no se devolviese, abandonando su carga en perjuicio de los demás. Hoy, que es ya imposible, os advierto que estoy decidido a castigar cualquier falta con la mayor energía, y que si alguno se me resiste, estoy dispuesto a dejarlo tendido de un balazo en mitad del bosque, para que sirva de pasto a las fieras. Aquí no hay más voluntad que la mía, ni más juez que Dios que nos está mirando. Si cumplís con vuestro deber, como lo habéis prometido, seré un padre para vosotros, acudiré a vuestras necesidades y atenderé a vuestra salud más que a la mía propia".

Estas palabras bastaron para convertir a aquellos lobos en mansos corderos. Desde allí empezamos a bajar la áspera y dilatada cuchilla que, mojados y maltrechos, debía conducirnos a la quebrada del Hacha, cuyo rumor se dejaba oír al parecer muy cerca, haciéndonos esperar que llegaríamos a encontrarla pocos pasos más adelante; pero el afán duró más de una hora, y cuando llegamos a su orilla, nos parecía aún que iba a perderse de nuevo, y que la ilusión continuaba.

Esta quebrada o arroyo, que no toma el nombre de río, sino a larga distancia del lugar en que abordamos a su margen derecha, y cuando ya han aumentado su caudal otras muchas corrientes, que bajan a unírsele de la serranía, tiene por aquel lado un cauce tan desigual y obstruido por tan enormes peñones, que el agua se precipita en cascadas a cada paso, produciendo el ruido que es consiguiente, y que nos trajo engañados por largo espacio, según hemos indicado antes. Sus aguas, generalmente cristalinas, forman de una a otra cascada una ancha franja espumosa, que sólo se disuelve en los remansos. Habíame adelantado con dos de mis peones, deseoso de

conocer cuanto antes el pintoresco y agreste lugar por donde corre el riachuelo, y respirar en sus orillas un poco de aire más libre, o siquiera menos infecto que el que veníamos respirando entre la apiñada y húmeda selva que atravesábamos; a las diez y media llegamos fatigados, jadeantes y mojados completamente por la lluvia, al borde del torrente, en uno de cuyos peñones nos sentamos a descansar, y a esperar el resto de nuestra comitiva. Poco a poco fueron llegando los peones, y detrás de todos ellos, y a muy larga distancia, mi pobre y asendereado escribiente, que a no venir acompañado del P. Albis, se hubiera quedado entre la maleza quizás para servir de pasto a los tigres.

Cuando nos reunimos todos, era ya el medio día; luego que los últimos hubieron descansado, pasamos por primera vez la quebrada a espaldas de nuestros peones cargueros, operación que tenía que repetirse nada menos que catorce veces, por seguir la trocha a un lado y otro del profundo cauce, buscando alternativamente, ya en la una, ya en la otra orilla, el paso menos dificultoso.

Luego que cesó algún tanto la lluvia, nos despojamos de nuestras capas de paja, verdaderas chozas portátiles, que empapadas por el agua nos embarazaban sobre manera, y habiendo examinado las rocas en diferentes puntos de la quebrada según que la fuimos atravesando, hallamos en unas partes enormes y densísimos estratos de roca arenisca, sobre lechos de cantos rodados y arenas sueltas. La extraordinaria dislocación de estas capas, así como su colocación a veces casi vertical, indican palpablemente los grandes trastornos sufridos por el suelo, en la época misma de levantarse la cordillera, cuando ya la roca se hallaba completamente formada. Entre las pequeñas playas veíanse esquistos micáceos, piritas de hierro y algunos fragmentos de galena y de cuarzo con pintas metálicas, indicio seguro de que tal vez a corta distancia existen minas de notable riqueza.

Después de los catorce molestísimos pasos ya referidos, abandonamos por fin el cauce de la quebrada, y trepando por su margen derecha a un elevadísimo cerro, fuimos a dar ya bien entrada la tarde, a otra cañada profunda, por donde corre un arroyuelo,

tributario de la corriente que habíamos abandonado algunas horas antes, y que descende murmurando sin cesar, y casi siempre escondido entre la maleza, como los murmuradores de profesión, que nunca se atreven a hablar cara a cara.

Como las orillas de un lado y otro eran en extremo pantanosas, y teníamos por necesidad que arrancar en ellas, escogimos el lugar que ofrecía menos inconvenientes, y en él levantamos nuestro tambo, tocando casi con el agua, y fue preciso cubrir el suelo de una espesa capa de hojas de palmera, para evitar algún tanto la humedad del terreno fangoso y anegadizo. Para encender lumbre, tuvimos que hacerlo en el cauce del mismo arroyo, sobre una playita estrecha y pedregosa, que se elevaba apenas un palmo de la corriente. Esto hizo que se nos apagase en dos ocasiones, y estuvimos en gran peligro de tener que comer fiambre, lo cual no hubiera dejado de ser una nueva calamidad, sobre las muchas que de continuo nos abrumaban.

LUNES 3 DE FEBRERO

Como aquel arroyuelo no tenía nombre, lo bautizamos con el de San José antes de abandonarlo; y después de un ligero almuerzo, emprendimos nuestra jornada en dirección al sur, subiendo otra cuesta no menos áspera e incómoda que las de los días precedentes. A las continuas preguntas que algunos habían hecho al P. Albis sobre el terreno que teníamos que atravesar, éste había contestado, sin duda por divertirse, que después de la quebrada del Hacha, se encontraban algunas veguitas o llanuras, por donde se podía caminar sin gran trabajo. Como en lugar de estas veguitas, sólo encontrábamos asperísimos montes, y lomas cada vez más empinadas, los peones dieron en llamar veguitas del P. Albis a las enormes cuestas que tenían que subir, lo cual a veces nos servía a todos de distracción, haciéndonos menos molesto el camino.

A poca distancia del lugar en que habíamos pasado la noche, la selva volvió a tomar un aspecto tan salvaje, siniestro y sombrío, que no hay ponderación alguna capaz de igualarse a la realidad que se presentaba a nuestros ojos: en una parte grutas

fantásticas, formadas entre las raíces y los troncos medio derrumbados, cubiertos por una densísima capa de musgo; por otra, arcadas, galerías y escalinatas del mismo género, formando el conjunto un orden completo de arquitectura extraña, digna de ser colocada por el Dante a la entrada del Infierno.

Tres horas largas tardamos en subir aquella cuesta, cada vez más trabajosa y difícil, dando rodeos, siempre por las cumbres más empinadas, para encontrarnos al cabo de este tiempo casi en el mismo punto de partida; cuando, trazada la trocha con un poco de inteligencia, se hubiese podido avanzar el mismo espacio en la octava parte del tiempo, sin las enormes fatigas de aquel rodeo inútil. Sólo una circunstancia puede excusar este sistema absurdo de atravesar las cordilleras por las crestas más ásperas e inaccesibles; y es que, abiertas por el interés particular, por hombres generalmente rudos, sin conocimientos especiales, y a veces desprovistos hasta de lo más necesario, teniendo que emplear por únicos instrumentos el hacha y el machete, sólo buscan para abrirse camino los parajes por donde el bosque les ofrece menos dificultades, sin tener para nada en cuenta el desnivel del terreno, ni la distancia que recorren. Por regla general, los que abren estas trochas no llevan otra carga que la de los escasos víveres destinados a su manutención; así es que nuestros cargueros, algunos de los cuales llevaban fardos algo voluminosos, se veían en grandes y frecuentes apuros, al pasar por algunos sitios, donde lo intrincado y espeso del bosque, y los troncos inclinados, dejaban apenas una tronera por donde pudiese pasar un hombre a gatas.

Cuanto más íbamos subiendo, naturalmente descendía más la temperatura y como íbamos desprovistos de ropa de abrigo, el frío nos hubiera molestado mucho, a no ser porque el ejercicio nos hacía conservar el calor, con inminente riesgo de enfermar, por enfriársenos el sudor en los descansos, que, por necesidad, tenían que ser frecuentes. Yo apenas podía caminar, por llevar llagados los pies, a consecuencia de la humedad que en el día anterior había tomado; y no teniendo costumbre de caminar con alpargates, tenía que apelar de cuando en cuando, aunque con cierta repugnancia, a mi peón carguero, para proseguir mi camino. Mi escribiente, más feliz que yo, se acomodó con facilidad a este género de calzado; y esto por una parte, y el temor del tigre por

otra, lo hacían caminar lo suficiente para no quedarse muy a la zaga. El P. Abis, que, por haber vivido mucho tiempo entre los salvajes, se ha familiarizado ya con la mayor parte de sus costumbres, caminaba descalzo como los peones, con el pantalón remangado hasta más arriba de la rodilla, sin dársele un ardite por los arroyos y los barrizales.

Las subidas eran cada vez más rápidas y trabajosas; y aunque trataba de caminar a pie cuanto me era posible, sólo me atrevía a realizarlo cuando la trocha era menos pendiente y el terreno menos escabroso. Mi peón carguero era un muchacho excelente, aunque zambo o mestizo de negro y de indio. Su estatura aventajada y su musculatura muy vigorosa lo hacían incansable; y tan pronto como me veía algo fatigado, acudía a ofrecerme con la mejor voluntad su robusta espalda. Generalmente solíamos caminar delante de todos, porque esto me agradaba; y más de una vez fijé mi atención en aquella extraña manera de viajar, en que un hombre, en medio de las solitarias selvas americanas, puede ir departiendo amigablemente con su cabalgadura; lo cual referido sencillamente en cualquier país de la Europa civilizada, tendría visos de paradoja. Inocencio, que así se llamaba mi peón, me distraía hablándome de mil cosas agradables, ya relativas a su reciente matrimonio, verificado con una hermosa muchacha de raza indígena, a quien amaba entrañablemente; ya de sus esperanzas de mejorar de fortuna, aumentándola por medio de su trabajo, para el que se sentía infatigable, y mediante el cual ya poseía un campo extenso y bien cultivado, y una espaciosa cabaña, con todas las dependencias que pueden hacer cómoda y feliz la vida de un pobre.

La tarde avanzaba rápidamente, y nosotros subíamos sin cesar por aquella región, cada vez más áspera y más fría. De cuando en cuando nos deteníamos a escuchar, por si percibíamos el rumor de alguna corriente, aunque fuese lejana, a donde pudiésemos acudir para mitigar nuestra sed abrasadora; pero a un lado y otro sólo veíamos enormes precipicios, de muchos centenares de metros, y delante de nosotros la interminable y desconsoladora cuchilla de la montaña. Y, sin embargo, no podíamos seguir más adelante, porque teníamos la noche encima, y se hallaban agotadas las

fuerzas de todos. Detuvimos, pues, sin que nos quedase tiempo para formar ni un ligero cobertizo; yo hice suspender mi hamaca entre dos troncos, cubriéndola con mi capote impermeable; el P. Albis, mi escribiente y los peones se acurrucaron lo mejor posible entre el musgo, y allí pasamos la noche, sin medios de disponer de cena, por temor de que comiendo alguna cosa se aumentase nuestra sed, y se hiciese más insufrible. Algunos buscaban con ansiedad en las hojas de las orquídeas algunas gotas de agua con que humedecer los labios; pero el sabor desagradable de la que encontraron en las achupallas los hizo desistir pronto de buscar en ella un remedio.

Viéndonos en aquel apuro, cuatro de los peones más animosos y más diestros en la montaña, se resolvieron a bajar hasta una cañadita próxima, abriéndose camino con los machetes, y llevando la linterna encendida, más por temor del tigre que por alumbrar su camino; pero al llegar a cierta profundidad, se encontraron con un precipicio inmenso, donde milagrosamente no se despeñaron; tuvieron además la desgracia de que se les apagase la luz, y a fuerza de gritos volvieron a encontrarnos, tristes y mustios y con la desagradable nueva de que era preciso ayunar, Dios sabe hasta qué hora del siguiente día. Mientras que aquellos iban inútilmente en busca del agua, los otros acarrearón combustibles para mantener durante la noche una grande hoguera, a cuyo calor pudimos al fin conciliar el sueño.

MARTES 4 DE FEBRERO

El hambre y la sed que habíamos sufrido durante toda la noche, ahuyentaron el sueño de nuestros ojos de tal manera, que antes de amanecer todos estábamos despiertos, esperando con ansia ver dibujarse en el horizonte el crepúsculo de la mañana. No bien empezó la claridad del alba a hacer distinguir los objetos, cuando se avivó de nuevo la lumbre, y los mismos peones de la noche anterior volvieron a bajar a la quebrada, por si, con la luz del día, les era posible descender hasta el fondo. La tentativa fue también inútil: el cauce estaba formado por paredes verticales, de una profundidad inmensa, y la corriente era por todas partes inabordable. Al cabo de un gran rato volvieron, con mayor desconsuelo aún que en la noche anterior, a dar la noticia. Preparáronse las

cargas; y cuando estuvo todo dispuesto, nos pusimos en camino, apresurando el paso cuando la trocha nos lo permitía, aguijados por dos de las mayores necesidades que puede sufrir el hombre: la sed y el hambre.

Al cabo de dos horas largas, y tan largas que nos parecía que no se acababan nunca, descendimos a una quebrada o arroyo de agua muy cristalina, que corriendo del noroeste al sureste, iba a incorporarse mucho más abajo con el río del Hacha. Una exclamación de placer se exhaló en todos los labios, al escuchar de cerca su agradable murmullo, y según cada cual iba llegando a la orilla, depositaba en el suelo su carga, lanzando un suspiro de satisfacción, y abalanzándose a su limpia corriente, para satisfacer en ella la necesidad más apremiante. En pocos minutos se encendió un buen fuego; se preparó un almuerzo lo más abundante posible, y una hora después, satisfechos todos, olvidamos las penalidades de la anterior noche.

Mientras las cargas se disponían, examiné el lecho de la quebrada, cubierto de grandes peñones erráticos, y muchas piedras rodadas, de muy distintas formaciones, entre las cuales abundaban trozos graníticos y fragmentos de pórfido y de cuarzo. Las paredes del cauce, que en la margen derecha era muy escarpado, hallábanse formadas de capas horizontales de arcilla esquistosa en su parte inferior, dominadas por otras, de gran densidad, de arenisca poco consistente, y muy impregnada de óxido de hierro.

Desde allí empezamos a notar una elevación rápida en la temperatura, que dejaba conocer su gran influencia en la vegetación que nos rodeaba; porque el bosque se agigantó de nuevo y volvieron a presentarse las palmas en muy crecido número y con una variedad pasmosa. Después de trepar a un cerro poco elevado, descendimos por una cuesta sumamente áspera, y en la mitad de ella nos detuvimos a descansar en una explanadita, donde se veían los restos de un antiguo tambo, y cerca de él una tosca cruz, que los quineros suelen colocar sobre la tumba del compañero desgraciado a quien sorprende la muerte en estos solitarios lugares, y tiene siquiera el triste consuelo de llevar a su lado quien recoja su último suspiro, eche un puñado de tierra sobre su cadáver, y deje como signo una cruz, para indicar que allí yacen los despojos

de un cristiano. En la misma explanada había algunos árboles corpulentos, cuyos troncos conservaban algunas labores hechas en la corteza, con el filo del hacha o del machete, y un nombre que ya se había hecho ilegible. Adherida a uno de estos troncos encontramos también una orquídea y una palma trepadora y parásita, de que tomé un ligero apunte. También hallamos a corta distancia una de las piedras de moler que usaban los indígenas, y usan aún en toda esta parte de la América, lo cual es seguro indicio de que no lejos de aquel lugar debió existir algún pueblo o ranchería de los indios andaquíes, que por mucho tiempo fueron los pobladores de aquellas intrincadas selvas.

Al abandonar aquel lugar, continuamos descendiendo por una cuesta de pendiente tan rápida, que a no ser por los troncos que en toda ella sirven de escalones, sería de todo punto imposible dar un solo paso sin despeñarse. En todo su trayecto teníamos que valernos de las manos más que de los pies, y no se comprende que pudiera abrirse una trocha en lugar tan escarpado, sino buscando expresamente dificultades poco menos que invencibles.

En el fondo de tan horrible derrumbadero encontramos otra quebrada o arroyo, tributario del río ya mencionado, y que se conoce con el nombre de La Dorada, por abundar en su rápida y tumultuosa corriente los peces que con esta denominación se distinguen.

Las dos de la tarde eran cuando la pasamos a vado, trasladándonos a su orilla derecha, donde determinamos arrancar, temerosos de no encontrar más adelante donde proveernos de agua. Los peones fueron llegando poco a poco; pero mi escribiente que venía entre los últimos no parecía, y la tarde iba avanzando nublada y amenazando lluvia; las sombras de la noche debían adelantarse por el estado de la atmósfera, y la tardanza del infeliz y nada intrépido joven empezó a ponerme en cuidado. Envió desde luego dos peones en su busca; a poco rato otros dos; y después envié a todos los demás, con orden expresa de que no volviesen hasta haberle encontrado, trayéndolo de cualquier modo, al lugar en que yo me hallaba. Con esto hubo que suspender la

empezada construcción del tambo o rancho en que debíamos pernoctar; y el P. Albis y yo nos quedamos en la orilla del arroyo, poseídos de una ansiedad siempre creciente, y con el oído atento, espionando hasta en el movimiento de las hojas, que la brisa agitaba en la orilla opuesta, y que tomábamos por indicio de algún peón que regresaba.

A las cuatro de la tarde, y cuando ya comenzaba a oscurecer, vimos asomar por el tupido bosque de la otra margen el grupo de los peones que traían como en triunfo al infeliz extraviado. Al llegar a nosotros, su temblor convulsivo y su rostro enteramente cadavérico, manifestaban claramente la profunda agitación de que había sido presa durante el tiempo que de nosotros se había visto separado. Yo confiaba en que, como de costumbre, le acompañaría uno de los muchachos que me servía de escopetero; pero éste, viendo su torpeza en caminar, quiso obligarlo a apresurarse, tomándole alguna delantera; pero sólo sirvió para que, al verse abandonado, e inhábil para conocer la poco marcada trocha, por donde los demás le precedían, se llenase de pavor, vacilase más en su marcha, y por último caminase al azar, después de buscar torpe e inútilmente la senda.

Muy grandes fueron sin duda los afanes del pobre joven; pero no eran menores los míos, calculando el gravísimo riesgo en que se hallaba, si hubiese llegado a extraviarse completamente, y a pasar la noche lejos de nosotros, donde las fieras del bosque, y si no ellas, su propio susto, hubiera sido bastante para causarle la muerte. Nuestras reflexiones y un buen trago de brandy acabaron de reanimarlo; comió bien y se le pasó el susto.

Desde aquel momento, di, con la mayor severidad, la orden terminante de que uno o dos, por lo menos, le acompañasen siempre, durante las jornadas, con lo cual podía yo adelantarme tranquilo, como lo tenía de costumbre.

A los cuidados que me había producido la pérdida de mi escribiente, añadiéronse otros de no menor consideración, al ver indispuerto al P. Albis, y no saber si la indisposición sería leve y pasajera o de tal gravedad que nos obligase a tomar serias

determinaciones. Él era la única persona práctica en el camino; y si la enfermedad era grave, no sabía qué resolución tomar: si la de seguir con él hacia el interior del país, donde no podíamos hallar recursos, o regresar al poblado, teniendo que vencer de nuevo las enormes dificultades de que acabábamos de triunfar, con los peones en su mayor parte debilitados por las fatigas, y muy escasos ya los víveres que constituían nuestro repuesto.

La noche se presentó a mis ojos cruel con tan penosa incertidumbre. Afortunadamente había logrado matar en aquella tarde un hermoso Tulcán cuya carne sirvió de fresca y sana comida para el enfermo, a quien hice tomar también algunos granos de sulfato de quinina aquella misma noche. Concluido a la ligera el rancho donde debíamos alojarnos, nos entregamos todos al reposo.

La intranquilidad del día siguió también después de recogerlos. A poco de apagar la luz, y habiéndose dormido los peones encargados de alimentar las hogueras, se oyó cerca de nuestro rancho el rugido del tigre, que nos puso en alarma. Yo acostumbraba dormir, dejando siempre a la mano mi revólver y mi escopeta; la oscuridad era absoluta, y en el silencio de la noche, sentí cerca del rancho el crujido de las ramas secas bajo la planta de un animal que caminaba cauteloso; era sin duda el tigre, o los tigres que se acercaban, después de seguir nuestras huellas por algunos días; me incorporé en mi hamaca; vi en frente como dos luces fosfóricas; disparé mi escopeta en aquella dirección, y todos despertaron despavoridos y se acurrucaron bajo mi hamaca gritando: ¡el tigre! ¡el tigre! Después de unos minutos de silencio en que sólo se escuchaba un leve rumor a cierta distancia, se avivó de nuevo las hogueras nombrándose vigilantes de turno y no todos volvieron a conciliar el sueño.

Continué en vela otro largo rato por si el animal volvía a acercarse, pero al cabo, rendido por el sueño, me recliné con ánimo de seguir vigilante, y me dormí tan profundamente, que no me desperté hasta por la mañana, a pesar de que los peones se levantaron más de una vez para avivar la lumbre.

MIÉRCOLES 5 DE FEBRERO

Nos levantamos a poco de amanecer, y mientras se disponía el almuerzo, recorrimos en varias direcciones las cercanías del rancho: por todas partes se encontraron las huellas del temible animal que nos había rondado durante la noche: era una tigre con su cachorro; pero o no debía estar muy hambrienta, o le faltó valor para acometernos, advirtiéndole quizás su instinto, que no era fácil empresa asaltar a tantos hombres reunidos en un grupo, probablemente armados, y dispuestos a hacer frente a cualquier enemigo. Si no se nos hubiese vuelto la perra a Santa Librada, quizás la fiera hubiera tenido mayor atrevimiento, por el odio mortal que los tigres profesan a la raza canina, odio que muchas veces los hace acometer a estos animales donde quiera que se hallan, sin tener en cuenta el número de hombres que puedan salir a defenderlos.

Nuestro almuerzo se vio de pronto reforzado con algunas sardinatas y caraguajas que se pescaron en el arroyo, y un toro de monte, pájaro llamado así porque su canto imita el mugido de aquel animal, y cuyo plumaje, aunque totalmente negro, no deja de ser vistoso, así por su extraordinario brillo, como por el gran copete o penacho, que, naciendo de la base del pico, les cubre toda la parte superior de la cabeza, y por una especie de apéndice, o bolsa cubierta de plumas largas, y del mismo color, que llevan pendiente de la parte anterior del pecho, que inflaman a su voluntad, así volando como en reposo. El pájaro es poco más o menos del tamaño de una perdiz, y después de disecada su piel, se preparó su carne, que nos pareció muy sabrosa.

Yo me encontraba con los pies tan llagados, que me costaba mucho trabajo caminar; pero me puse tafetán de árnica, y esto me permitió hacer una parte de la jornada con menos molestia.

A las nueve nos pusimos en marcha, y durante tres horas tuvimos que trepar por una de las veguitas de que hablamos anteriormente, y cuya dirección de oeste a este. Fue casi siempre invariable, hasta que dominada la altura, la trocha se dirigió al sur, siguiendo un recodo que la misma cuchilla formaba. El bosque volvió a tomar allí sus

proporciones colosales; los higuerones gigantesos levantaban su copa hasta las nubes, entrelazando sus ramas con las flexibles copas de las palmeras, que elevándose sobre sus delgados troncos, parecían disputar a aquella altura el rayo de sol que baja a vivificar la selva. Otras palmeras menos elevadas, los helechos arborescentes, varios árboles de más reducida talla, y multitud de arbustos de distintas clases, vegetan en la penumbra de aquellas inmensas bóvedas, contentándose con las gotas del rocío o de la lluvia que caen de las hojas superiores, y con el calor menos intenso que penetra al través del tupido follaje que sobre ellos se levanta.

Durante nuestro camino matamos un precioso pájaro hormiguero, cuyas especies son en extremo abundantes, y de cuyas costumbres y nombre tuvimos ocasión de hablar durante nuestra expedición a los Llanos. Uno de mis escopeteros trató de matar un mono churuco, cuya carne se tiene por un excelente manjar, pero afortunadamente no pudo conseguirlo, a pesar de la gran falange de estos cuadrumanos que se columpiaba, haciendo mil contorsiones, sobre las copas más elevadas de los árboles. Al fin llegamos como a las tres de la tarde a un lugar donde creímos que el agua no estaría muy lejos, y determinamos arrancar entre un crecido grupo de corpulentos cauchos que se levantaba sobre la cuchilla, y cuya savia o goma hubiera podido extraerse en cantidades muy considerables.

Mientras se disponía el rancho, nos sorprendió un copioso aguacero acompañado de truenos y relámpagos, que afortunadamente duró menos de una hora. El agua en efecto no estaba muy distante; pudimos disponer fácilmente nuestra comida, y pasamos una agradable noche, gracias a lo suave de la temperatura.

JUEVES 6 DE FEBRERO

Serían las ocho de la mañana cuando emprendimos la jornada de este día; y no digo eran, porque no lo sabíamos a punto fijo, siendo la causa que mis relojes se habían parado dos días antes, a consecuencia sin duda del frío y de la humedad de la montaña, que habían entorpecido o dañado alguna parte de su mecanismo.

A corta distancia del punto de nuestra salida nos llamó la atención, cerca de la trocha, un grueso y elevadísimo tronco, por el cual subía en espiral un bejuco o planta sarmentosa, de ocho a diez centímetros de diámetro, del cual pendían, en disposición un tanto simétrica, bellísimas flores que terminaban en un gran borlón de un color vivísimo de escarlata, muy semejantes en el tamaño, color y forma, a la borla doctoral que sirve de adorno al birrete de los graduados en jurisprudencia. No habiendo visto clasificada esta planta en la obra de ningún botánico antiguo ni moderno, me atreví a bautizarla y le di el nombre de bejuco de Santa Teresa, por la afición que le he tenido siempre a los escritos profundos de aquella sabia doctora. El bejuco estaba florido en toda la extensión que la vista alcanzaba, y aunque no era visible sino hasta la altura de unos quince metros, donde nacían las primeras ramas del grueso tronco en que se apoyaba, podían contarse, en sólo este espacio, más de cincuenta de dichas flores, divisándose otras muchas más al través del follaje hasta la inmensa altura a que se elevaba la copa del árbol. Me detuve allí lo suficiente para sacar una copia de aquel conjunto tan bello como notable, y concluido el dibujo proseguimos nuestro camino.

La trocha sigue sin variar por el filo o cuchilla de la montaña, y por esta parte va casi siempre en descenso, cambiando a veces de dirección entre el noreste y sureste.

En este día nos sucedió también lo que en los anteriores: esto es, que a consecuencia de la elevación del terreno por donde se hallaba abierta la trocha, las aguas corrían por un lado y otro a una profundidad inmensa, y era muy difícil poder bajar para proveerse de este indispensable artículo. La temperatura era ya bastante calorosa, y particularmente los peones que iban más cargados empezaron a sentir una sed atormentadora, que no había modo de mitigar so pena de detenerse mucho en la mitad de la jornada. El P. Albis, que no iba menos sediento, apeló al recurso de picar con el machete algunos troncos de un árbol llamado vulgarmente Juansoca³, o árbol-

³ Mr. de Boussingault ha hecho de este árbol una descripción científica muy detallada, que insertaremos en otro lugar.

vaca, cuya savia lechosa, fresca y de un sabor agradable, sirvió para mitigar la ardiente sed que todos sentíamos.

Habiéndonos acabado la provisión de carne, deseábamos sustituir esta falta con la de algún animal de cualquier especie. En ocasiones como la en que nos hallábamos, no es posible andar con muchos escrúpulos para elegir, y se acepta de buen grado lo que se encuentra. Llevábamos, pues, gran deseo de matar, siquiera un mono, para preparar con él un festín opíparo. Sentimos chillar delante de nosotros una manada de churucos o monos grises, cuya carne se tiene, como dije antes, por una de las mejores entre las muchas especies de cuadrumanos; esto nos hizo preparar las armas y seguir la trocha con la mayor precaución y sigilo, esperando poder hacer entre ellos fácilmente algunas víctimas; pero ya el instinto de aquellos animales les advirtiese el riesgo, ya fuese pura casualidad, se alejaron precipitadamente saltando de rama en rama hacia los lugares más escabrosos, donde era imposible seguirlos.

Más adelante encontramos otro bejuco de flores rojas y simétricamente colocadas como en el anterior, pero mucho más pequeñas y de forma distinta. La particularidad que se advertía en este era el tener apenas dos centímetros de diámetro, y el subir adheridos al tronco, en línea recta, hasta perderse entre el ramaje, distando las flores entre sí como unos veinte centímetros. Tomé de él una copia y seguimos adelante.

Nos hallábamos ya muy cerca del llano; la temperatura subía gradualmente, y las palmas se multiplicaban, siendo cada vez mayor el número de especies distintas. Mi atención iba fijándose en cada vegetal que presentaba a mis ojos un tipo extraño, llamando mi atención, entre otros, una especie de roble de bellota pequeña, azul, embutida hasta la mitad en una cápsula o cascabullo coriáceo, de color rojo muy vivo. La almendra, semejante a la de la encina, era de un sabor mucho más dulce y agradable. Otro arbolito, perteneciente a la familia de las leguminosas, fijó luego mi atención, al ver pendientes de su tronco algunos racimos de estuches, o vainas, de color amarillo naranjado, que contenían en su interior tres, cuatro, y hasta cinco semillas del tamaño y forma del frijol largo común, pero de color gris oscuro, fáciles de

cocer y excelentes como alimento. Así mismo no pude menos de fijarme en algunos cacaoteros silvestres, que encontramos a nuestro paso, y que indican la facilidad con que podría cultivarse allí este árbol tan precioso como productivo.

A eso de las tres de la tarde encontramos los restos de una ranchería de quineros, donde nos resolvimos a pernoctar, considerándolo como un indicio de que el agua no estaba muy lejos. En efecto, los peones, que a nuestra llegada salieron a buscarla, regresaron pronto con una buena provisión para hacer la comida, y volvieron por otra, para pasar el resto de la noche. Mientras se disponía el tambo en que nos habíamos de alojar, uno de los peones estuvo a punto de ser mordido por un reptil de los más ponzoñosos: era una culebra coral, que no por lo pequeño de sus dimensiones, era menos temible que cualquiera otro de los reptiles venenosos que tanto abundan en estas montuosas soledades. Matósele con precaución, dejándola luego colgada de un árbol, para copiarla en la mañana siguiente, al concluir los dibujos empezados ya de las plantas a que en mi relación me refiero.

Durante una gran parte de la noche nos rodeó por todos lados un crecido número de monos pequeños, llamados, quizás por antítesis, dormilones, porque velan como las aves nocturnas, y fue preciso espantarlos para que no inquietasen nuestro sueño con sus agudos y continuos chillidos. El tigre se oyó también rugir en más de una ocasión; pero se mantuvo siempre a distancia respetuosa.

VIERNES 7 DE FEBRERO

Nos levantamos muy temprano, como de costumbre; concluí mis dibujos mientras se disponía el almuerzo, y en seguida emprendimos la marcha.

Desde el lugar en que habíamos pernoctado, se pronuncia ya hacia la región plana el descenso del último estribo de la cordillera, que por la parte del sureste va a morir en las selvas dilatadas, que, por llanuras interminables, y atravesadas por caudalosos ríos, se extienden hasta el otro lado del Amazonas. Desde que entramos en la llanura,

la trocha sigue la dirección del sur, que no abandona ya hasta las orillas del río del Hacha, donde la vía fluvial, única practicable, se sustituye a la terrestre.

A poco de entrar en el llano, se nos presentaron otra vez los monos churucos o grises, saltando y chillando en las copas de los más elevados árboles; hiciéronseles varios tiros; logré derribar dos bastante corpulentos; pero en tanto que perseguía a los otros, mis peones dejaron escapar uno herido, temerosos sin duda de sus agudos dientes, que mostraba en ademán amenazante. Una hora después llegábamos a la orilla de una quebrada llamada del Dedo, que medio kilómetro más adelante desemboca en el río del Hacha por su margen derecha. Sobre el cauce del mismo arroyo seguimos caminando hasta su confluencia con el río, y en el ángulo que forman las dos corrientes, levantamos nuestro rancho para que nos diese hospedaje, mientras se disponían las balsas en que debíamos trasladarnos al río Ortegúaza, y por él al primer lugar habitado, que tiene por nombre Los Canelos. El mono, aunque comido por mí con gran repugnancia, fue para los demás un plato exquisito.

Como apenas era el mediodía cuando pisamos las orillas del Hacha, distribuyéronse los peones, ocupándose varios en levantar nuestra ranchería, mientras otros cortaban troncos de guarumos y balsos para construir embarcaciones del tipo primitivo. Como el calor era ya sofocante, las plagas de jején y mosquito no nos permitían un momento de sosiego.

Cuando los troncos y bejucos estuvieron cortados y en disposición de empezar a construir las balsas, dimos gracias a Dios por habernos dejado llegar hasta allí sin desgracia alguna, y nos ocupamos en preparar la comida, que fue más abundante y sabrosa de lo que podíamos esperar no sólo por el mono, sino por haber hallado allí cerca algunos plátanos, que se distribuyeron para que alcanzasen hasta el día siguiente.

Por la tarde copié una de las bellísimas flores de un árbol llamado palo de cruz, de que he hablado en otra ocasión; y al oscurecer teníamos ya tres balsas casi a punto de ser

puestas a flote. Nos acostamos todos de buen humor, por haber terminado ya la primera y más penosa parte de nuestro viaje. Sin embargo, se encargaron de interrumpir nuestro sueño por una parte las ranas con su incesante chirrido, y por otra, algunas culebras, que imitan durante la noche el cacareo de las gallinas, y que se oían tan cerca de nuestro rancho, que temíamos que se introdujeran en él, a pesar de las hogueras. Felizmente no sucedió así, y vimos amanecer el siguiente día, cuya luz nos llenó de gozo y de esperanza.

SÁBADO 8 DE FEBRERO

Tan pronto como nos levantamos, acudimos a la operación de concluir las balsas, para abandonarnos lo más pronto posible a la corriente del río. Como los troncos estaban verdes y recién cortados, se sumergían mucho, a pesar del poco peso que naturalmente tiene su madera, razón por la cual hubo que poner a prueba las balsas tan pronto como estuvieron concluidas para conocer prácticamente la carga que podía llevar cada una. La primera que se probó fue la destinada para mí, que tenía por lado un madero más que las otras; estaba hecha con más solidez, llevaba un ligero toldo y fue llamada desde luego la Capitana de aquella extraña flota. La prueba dio por resultado que sólo podía llevar cuatro hombres y una pequeñísima parte de mi equipaje. Y como en todo éramos quince, y además, contábamos todavía con cerca de veinte arrobas de cargamento, calculamos que eran indispensables cinco balsas de igual número de maderos que la mía, que llevaba diez de unos cinco metros de longitud y de diez a doce centímetros de diámetro cada uno, en su parte más gruesa, ligados todos por tres palos transversales, superpuestos, amarrados con fuertes bejucos y algunas cuerdas de fique que a propósito habíamos llevado, y dispuestos de manera que las extremidades cortadas en forma de cuña sirviesen de proa. Añadióse, pues, un madero más por lado a cada una de las balsas ya concluidas, y se procedió inmediatamente a construir en la misma forma la que debía completar el número 5. En esta operación se empleó toda la mañana, y mientras tanto me puse a dibujar una vista del río, tomada aguas arriba desde la orilla derecha, algunos metros más abajo del lugar en que desemboca en él la quebrada del Dedo.

A eso del mediodía teníamos ya todo el equipaje a bordo, y nos embarcamos en la siguiente forma: en la Capitana o número 1 mi escribiente y yo con dos peones para dirigirla; en la segunda el P. Albis con otros dos peones, y en las tres restantes los demás y la parte de cargamento que no había cabido en las primeras.

Invocado el nombre de Dios en nuestra ayuda, soltáronse las amarras y nos abandonamos a la corriente.

A poca distancia del puerto dejamos a la derecha una quebrada llamada de la Yuca, y como un kilómetro más adelante, empezamos a encontrar estrechas y rápidas chorreras, por las que era necesario descender con mucho cuidado, para sostener las balsas a flote, y que no fuesen arrastradas contra los escollos de las orillas.

El agua del río era tan cristalina, que se veía atravesar los peces con la ligereza del relámpago, y hasta hubiera podido contarse las guijas del fondo.

En las cuatro primeras chorreras hubo una tan peligrosa, que nos vimos obligados a abandonar las balsas, al cuidado exclusivo de los peones, que las guiaban metidos en el agua hasta la cintura, mientras nosotros caminábamos por la arenosa playa, abrasados por los rayos de un sol insufrible. Esta operación se repitió más de una vez en los chorros más estrechos y de corriente más impetuosa, sin cuya determinación las balsas hubieran encallado o hubiesen dado al través contra los enormes troncos que las crecientes habían ido dejando medio enterrados en el lecho del río.

Algunos kilómetros más adelante encontramos otra quebrada llamada de La Perdiz, que desemboca en el río por su margen izquierda; y como ninguno de estos riachuelos aparece en el mapa del General Codazzi, que llevábamos por guía, tuvimos que rectificarlo.

No lejos de allí teníamos que pasar otra peligrosa chorrera donde las aguas bajaban con ímpetu por entre una empalizada, que casi cubría todo el cauce. Mientras yo me había detenido para arreglar el toldo de mi balsa, poco seguro, se adelantó, a pesar de las órdenes que yo había dado, una de las balsas, tripulada por los peones más inexpertos; y, cuando quisieron detenerla, ya era tarde. Arrebatada por la corriente, encalló en uno de los enormes troncos que sobresalían en la parte inferior de la chorrera, donde quedó casi sumergida, pasando sobre ella un gran volumen de agua. Por fortuna la profundidad no era mucha, y antes que el agua acabase de arrebatarse cuantos objetos iban sobre la balsa, acudimos y logramos salvar lo más importante. Entre los objetos libertados del naufragio, afortunadamente sin detrimento alguno, se hallaba una caja poco voluminosa, en que iban mi *nécessaire* de viaje, mis apuntes relativos a la expedición y mis álbumes de dibujo. Lo demás eran víveres y municiones, de todo lo cual desapareció una parte considerable, siendo para mí lo más sensible algunas botellas de vino, otras de aguardiente preparado con quina o con hojas de *Eucaliptus globulus*, que usábamos como preservativo de las fiebres palúdicas, que es la enfermedad más temible en las regiones que pensábamos recorrer, y finalmente el azúcar, objetos todos imposibles de reemplazar en los desiertos bosques y en los parajes exclusivamente habitados por indios salvajes.

No sin grandes esfuerzos conseguimos poner de nuevo la balsa a flote; y cargada otra vez con los restos del naufragio, continuamos nuestra penosa navegación, ordenando por segunda vez, y muy severamente, que las balsas siguiesen por su orden numérico, y que ninguna se me adelantase.

No debía pasar mucho tiempo sin que se nos presentase otro grave obstáculo: era esta una empalizada tan tupida, que de no hallarse, como afortunadamente se hallaba, en medio de un remanso, no hubiéramos podido pasar sin abrirnos camino por medio del hacha. Pero las aguas tranquilas nos permitieron pasar las balsas aunque con gran trabajo, dando vueltas y revueltas por entre los troncos y pasándolas una a una con el esfuerzo reunido de todos los peones, en su mayor parte desnudos, y muchos de ellos a nado.

Vencido este obstáculo, cerca del cual había una extensa playa, que llamamos de las mariposas, por el prodigioso número que allí encontramos de estos insectos, volvimos a pasar otras cuatro chorreras, no menos impetuosas que las precedentes.

A no ser por tanto y peligroso obstáculo, como a cada instante se nos presentaba, nuestra navegación hubiera sido muy divertida, gracias a las numerosas bandadas de diferentes clases de monos, y en especial unos muy pequeñitos, titíes, que andaban en una y otra margen, y al vernos huían asustados por entre el ramaje del bosque, con la misma celeridad que si tuviesen alas.

Viendo que la tarde avanzaba, determinamos arrancar, antes que llegase la noche, para lo cual elegimos una playa bastante extensa, a la cual arrimamos las balsas; y aprovechando un tronco caído en la margen derecha, formamos un toldo sobre sus ramas, bajo las cuales colgamos nuestras hamacas, encendiendo la lumbre muy cerca de ellas.

Después de cenar se distribuyeron las horas entre los peones, para que no dejaran apagar el fuego, y hubiese siempre alguno alerta, precaución indispensable donde tantos enemigos amenazan la vida del hombre.

La noche fue tranquila, excepto una pequeña alarma que a la madrugada produjo una ligera creciente del río, por haber llovido sin duda aquella tarde en sus cabeceras o en la de alguno de sus afluentes.

DOMINGO 9 DE FEBRERO

A las seis y media de la mañana, ya nos habíamos desayunado, y estábamos a bordo, dispuestos a emprender la partida. Si hubiésemos guardado un poco de silencio, habiéramos podido matar fácilmente una hermosa danta o tapir, que llegó hasta muy

cerca de nosotros, y que, al sentir el ruido, huyó con precipitación y se ocultó en el bosque.

Durante las primeras horas de nuestra navegación no cesamos de admirar el inmenso número de pájaros de precioso plumaje que pasaban sin cesar de una a otra orilla. Entre ellos llamaron nuestra atención dos, por su canto sumamente original: el uno parecía repetir incesantemente la palabra pícaro, mientras el otro, de canto más pausado, parecía como que se burlaba de nuestra lentitud, remedando admirablemente una voz humana que gritase de vez en cuando: ¡poco a poco! Entre tanto, numerosas bandadas de golondrinas revoloteaban alrededor de nuestras balsas, rozando unas veces la tranquila superficie del río con las extremidades de sus alas ligeras, y mojando otras el pecho para ir a alisar con él las paredes de sus nidos.

Cuando el aspecto del río había cambiado completamente, formando espaciosos remansos, donde las aguas se deslizaban con apacible curso, y creíamos que no se presentarían nuevos obstáculos que vencer, se nos presentó en un recodo otra nueva y más formidable empalizada que nos obligó a detenernos; a descargar cuanto las balsas contenían y a abrirles un estrecho paso a fuerza de hacha y de machete. Durante esta operación penosa, tuvimos que atravesar una extensísima playa de arena, semejante a las de los desiertos africanos, donde, al sentar el pie, se sentía tanto calor, como si se pisara sobre una hoguera. Al extremo de ella fuimos a buscar la tupida sombra de unos árboles, bajo los cuales se dispuso el almuerzo. Allí cerca había una especie de senda formada por los animales del bosque que bajaba a beber o a bañarse, y por donde quiera se veían, frescas aún, las huellas de la danta y del tigre, del pecarí o zaíno, de la nutria y del gato montés o tigrillo, y el rastro de la iguana, que dejaba marcado un ligero surco con su larga cola, arrojándose al agua, al ver que nos aproximábamos, y caminando por el fondo del río en dirección a la otra orilla.

Luego que las balsas pasaron y recibieron de nuevo la carga, continuamos con felicidad, y a eso de las dos de la tarde llegamos por fin a la confluencia del Hacha con

el Orteguaza, donde el primero de estos ríos pierde su nombre y se confunde en el otro, de igual caudal próximamente.

El Orteguaza corre por esta parte de noreste a sureste; lleva sus aguas tan cristalinas y puras como las del Hacha, y hay una gran semejanza en el lecho de entrambos, y en el aspecto de sus riberas. El cauce de uno y otro tendrá, por término medio, unos cuarenta metros de anchura, y uno de profundidad en la estación seca o de verano. Después de reunirse los dos, la anchura y la profundidad se duplican, y el Orteguaza sigue su tranquilo curso hasta perderse en el Caquetá o Japurá, como lo llaman los brasileños, recibiendo al paso las aguas de varios afluentes que bajan de la misma cordillera.

El curso de este río es bastante tortuoso; forma a veces recodos donde se estrecha considerablemente, y sus aguas pierden por un instante la mansedumbre normal que las caracteriza. Al salir de uno de estos recodos, distante como cinco kilómetros de la embocadura del Hacha, se entra en un remanso de notable extensión, y de una profundidad muy considerable, donde la corriente forma un gran remolino, que es necesario evitar, so pena de perder allí mucho tiempo. Denomínase este lugar el Charco de la sierpe; y la tradición indígena, llena de fantasmas, asegura que en remotos tiempos existía allí una serpiente colosal, que se tragaba no sólo a los indios que se atrevían a abordar el charco durante la noche, sino hasta las mismas canoas en que navegaban. Hoy, por fortuna, ha desaparecido ya la temible y espantosa sierpe, y no queda de ella más que el recuerdo.

En este charco entra, por la margen izquierda, otra quebradita, denominada como el charco mismo, con el cual se confunde. Desde allí en adelante la margen izquierda es escarpada y pedregosa, y cerca de ella hay una mina de asfalto y petróleo, al parecer muy abundante.

El cauce sigue por algunos kilómetros ensanchándose y estrechándose alternativamente, y formando recodos más o menos rápidos, según que avanzan más o

menos las colinas destacadas de la cordillera próxima. Por último toma un rumbo bastante marcado hacia el sureste. Al entrar de nuevo en terreno llano, sus márgenes se hacen menos escarpadas, y el cauce vuelve a tomar su profundidad y anchura ordinarias. No lejos de allí empiezan ya a verse señales de cultivo. En una y otra orilla hay varios desmontes cubiertos de maíz, plátano y yuca, más adelante una cabaña, y por último un pueblo incipiente, compuesto de varias chozas, sobre una colinita cercana a la margen izquierda, que tendrá de existencia unos veinte años y es ya como un término medio entre la civilización y la barbarie, que allí se ven confundidas; pues se encuentran indios casi desnudos que hablan algunas palabras en español, mezclados con familias o individuos aislados, que aún conservan en su traje y en sus costumbres algo de la vida civilizada, y que han elegido este lugar para vivienda, ya por huir de la justicia, ya con objeto de traficar con los indios, y extraer más fácilmente con su ayuda algunos de los muchos productos que ofrece espontánea y pródiga la Naturaleza exuberante de esta región casi desconocida.

Llámase este lugar Los Canelos, por las razones que diremos más adelante, y arribamos a él con la alegría que puede suponerse. Sus escasos moradores, al ver nuestras balsas, salieron todos con extremada curiosidad a recibirnos. Eran estos un negro joven, de estatura elevada y fornidos miembros, algunas mujeres y muchachos de raza mezclada o indígena pura, y un anciano de tipo europeo, que llevaba al hombro un cántaro de agua. Los demás habitantes del lugar, y entre ellos el principal de todos, que era un mestizo llamado Juan Ventura Cuéllar, para quien llevábamos cartas, habían bajado con sus familias hacia el río Caquetá, por ser la estación en que se hace el acopio de la zarzaparrilla, pescado salado, huevos de tortuga, cera y otros artículos menos importantes en que consiste su comercio.

Los que se hallaban presentes nos recibieron sin embargo con benevolencia; nos proveyeron de algunos víveres y nos alojaron en la mejor casa, donde pasamos una noche agradable, particularmente el P. Albis, que tuvo ocasión de renovar amistades antiguas.

LUNES 10 DE FEBRERO

Con el deseo de recorrer y examinar los alrededores de la ranchería en que nos hallábamos, mucho antes de que saliera el sol ya estábamos todos en pie y esperando nuestro desayuno. Tomado éste, recorrimos en breve rato los alrededores practicables, que consisten en algunas plantaciones de yuca, maíz, caña de azúcar, y plátanos en gran abundancia; porque como ya hemos dicho más de una vez, el plátano es a la América meridional lo que las patatas a Inglaterra e Irlanda y el trigo a la mayor parte de los países de Europa.

El jején o mosco pequeño se había saciado en nosotros de tal manera, que así los peones, como el P. Albis y mi escribiente, tenían las manos y los pies sumamente hinchados a consecuencia de las infinitas picaduras. Yo, aunque con las manos menos hinchadas, las tenía también bastante adoloridas, escociéndome y picándome lo suficiente para causarme una continua molestia, aunque no habían podido cebarse en mí como en mis compañeros, porque nunca me hallaron descalzo ni sin guantes, sino en los ratos que por tener que dibujar o escribir me era forzoso quitármelos.

Luego que el negro nos vio rascándonos sin cesar y maldiciendo de tan horrible plaga, buscó unas ramitas de un árbol llamado chípero, de hojas lanceoladas, pequeñas, de un verde oscuro brillante y muy consistente; trajo también en un tiesto de barro algunos carbones encendidos, y calentando las hojas hechas un manojo, nos las fue pasando muchas veces con suavidad sobre las picaduras, y los efluvios de la planta fueron tan benéficos, que al poco rato desapareció el escozor, y al cabo de algunas horas la hinchazón había también desaparecido.

De los doce peones que hasta allí me habían acompañado, sólo necesitaba ya dos, y los tres que habitualmente me servían; y, según nuestro contrato, los otros debían regresar a Santa Librada, entrando a ocupar el lugar de ellos los indios prácticos en el territorio. Empezaron, pues, a hacerse los preparativos de víveres, tanto para el regreso de aquellos, como para la continuación de nuestro viaje, resolviendo

conservar un peón más, por si se me enfermaba alguno, o por lo que pudiera ocurrir en las eventualidades de nuestra incierta y penosa correría. Elegí para ello los que me parecieron más formales e inteligentes, mientras los otros iban a cortar y moler caña para suplir nuestro azúcar perdido y su agotada panela y a buscar plátanos y yuca para hacer sus sancochos, con algunos pedazos de carne de danta y cafuche (pequeño cerdo de monte), que pudimos adquirir, curada al humo, casi sin sal y de un aspecto y olor nada agradables.

Por la tarde nos trajo el negro como un objeto curioso un gran racimo de uvas llamadas caimaronas, producto de un árbol que por allí es muy abundante y que es una fruta de agradable sabor y muy azucarada. Sus granos son enteramente esféricos, de un color morado oscuro en su parte exterior y del tamaño de un huevo de paloma; su pulpa es de un color verdoso algo transparente, y contiene en el centro una semilla en forma de almendra, de cáscara dura y leñosa y de color blanquecino, con estrías longitudinales. El árbol crece hasta la altura de diez o doce metros, tiene las hojas muy anchas y digitadas, con el reverso blanquecino y veloso, que contrasta con el verde limpio y brillante de su cara superior. Copié el racimo con algunas de sus hojas, reduciendo el dibujo a la sexta u octava parte de su tamaño.

La noche, aunque calorosa, no dejó de ser agradable.

MARTES 11 DE FEBRERO

Después del almuerzo salieron con dos bogas en una canoa con dirección al puerto del Hacha cuatro de los seis peones que debían regresar a Santa Librada; quedando dos de ellos, pagados por mí, para ayudar a Miguel y Pedro Mosquera (que habían llegado del Caquetá en la noche anterior, y de los cuales me propongo hablar en lugar oportuno), a abrir una nueva trocha por sitios menos escarpados, partiendo de las orillas del río de San Pedro, que teníamos al noreste, yendo a terminar cerca del pueblo de Garzón, distante cuando más ocho leguas del punto de partida.

Antes de salir los peones para el Hacha, dibujé un grupo de tres indios, vestidos con su cusma, que no es otra cosa que una especie de camiseta sin mangas, que llega hasta las rodillas, formada de una simple tela o lienzo burdo, de tres cuartas de ancho, doblada por la mitad y cosida por un lado y otro, dejándole tres aberturas por donde introducen la cabeza y los brazos. Estas cusmas, blancas en un principio, adquieren pronto un color morado oscuro, por usar en su lavado, a falta de jabón, una hierba llamada curihuasca, cuyo zumo hace las veces de aquel compuesto, por tener algunas de sus propiedades.

Después de copiar el grupo indicado, hice otro dibujo de nuestra casa de habitación, que tiene dos pisos, con el suelo de chonta y las paredes de guadua, abiertas una y otra en forma de plancha, y que no sólo da a las habitaciones un aspecto singular, limpio y pintoresco, sino que las hace muy ventiladas, a consecuencia de circular fácilmente el aire por sus hendiduras.

Después de esto, pasamos a casa de los Mosqueras, a ver una indiecita de unos doce años de edad, procedente de la tribu de los huitotos, antropófagos en su mayor parte; y aunque no hablaba una sola palabra en español, conseguimos, valiéndonos de señas, que nos dijese en el dialecto de su tribu los nombres de ciertos objetos que le fuimos mostrando sucesivamente, y entre ellos las partes principales del cuerpo humano. Por lo que advertimos, predominan mucho en su dialecto las vocales, principalmente la O, algunas veces aspirada, lo cual me hizo sospechar si esta letra será un artículo antepuesto siempre a los nombres.

He aquí las palabras de que antes hemos hecho referencia, con las correspondientes en nuestro idioma:

HUITOTO ESPAÑOL

Iñó Sol

Ñoipachí Tierra

| | |
|-----------|----------------|
| Nomapá | Cielo |
| Yñajabi | Hombre |
| Catutana | Camisa o cusma |
| Ottay | Cabello |
| Hotudo | Cabeza |
| Ojanacá | Ojo |
| Onesidiac | Ceja |
| Optá | Nariz |
| Obli | Oreja |
| Otanacoy | Mejilla |
| Ofi | Boca |
| Oconi | Dientes |
| Otsoná | Lengua |
| Onoué | Labio |
| Ocatá | Barba |
| Ojetá | Hombro |
| Onocóto | Brazo |
| Ofidomí | Mano |
| Otomí | Dedo |
| Ochicopr | Uña |
| Otutana | Pecho |
| Oñé | Mamilas |
| Oturá | Vientre |
| Ocodoy | Pierna |
| Optná | Pantorrilla |
| Odacá | Pie |

La pobre niña no tenía la más mínima idea del pudor; y aunque cubierta con el traje especial de los indios que se llaman vestidos, tan pronto como le picaba algún insecto, se descubría completamente hasta la cintura, y todo el cuerpo, si era necesario, para

buscar el sitio en que había sufrido la picadura, y aplicar inmediatamente el remedio. El insecto llamado mosco, que es del tamaño de una pulga, y alado, deja siempre en el lugar que chupa una pequeña herida de forma circular, que se irrita sobre manera y produce un picor ardiente, si no se tiene la precaución de apretar entre las uñas, generalmente de los dedos pulgares, el lugar picado para extraer la sangre inficionada por la venenosa picadura del insecto. La indiecita se familiarizó muy pronto conmigo; y al ver que de cuando en cuando me rascaba las manos, se apoderó de ellas, y me estrujó todas las picaduras, del mismo modo que lo había hecho con las suyas propias.

En esto iba ya anocheciendo, y como vio que íbamos a retirarnos, y ella también tenía necesidad de acostarse a dormir en su hamaca, se arrodilló primeramente delante del negro Miguel Mosquera, que le servía de padre, por haberla adquirido por compra en la misma tribu un hijo suyo, y recitó con las manos juntas y en español mal pronunciado las primeras palabras del Bendito, cuya significación ignoraba completamente, dándonos en seguida las buenas noches con la frase usual, tan incomprendible para ella como la oración que le habían enseñado.

Empleé una parte de la noche en formular los apuntes de algunos días que me faltaban en mi diario, y poco después nos entregamos al sueño.

MIÉRCOLES 12 DE FEBRERO

Cuando nos despertamos, que aún no rayaba el alba, sentí quejarse a uno de mis criados, el cocinero, que dormía cerca de mí, casi debajo de mi hamaca, de que un murciélago vampiro le había mordido durante la noche, sin que él lo sintiese, en el dedo pulgar del pie derecho, de cuya herida brotaba aún la sangre en abundancia, después de la mucha que se veía derramada por el suelo. Se le aplicó inmediatamente un hemostático, con el cual se logró contenerla, y en adelante nos propusimos todos dormir bien cubiertos para evitar igual percance.

Faltaba todavía cerca de una hora para amanecer, cuando sentimos el ruido de algunas voces, que parecía como que se quejaban a coro en una de las próximas cabañas, perteneciente a los Mosqueras. Fijamos la atención, y no pudimos comprender al pronto la índole de aquel extraño murmullo; cuando de repente las mismas voces, que, en tono confuso y plañidero, pronunciaban a media voz palabras para nosotros ininteligibles, pasaron del recitado al canto, levantando por consiguiente la voz, de manera que pudimos conocer bien que se ocupaba toda la familia en rezar y cantar sus devociones; costumbre establecida entre los indios por los antiguos misioneros, y que hoy se conserva entre las gentes más timoratas, como recuerdo de la vida patriarcal que llevaban entonces, de la cual ha quedado esta fórmula externa, que es más bien obra del hábito que de un verdadero sentimiento religioso. La tarea les duró hasta bien entrado ya el día, en cuya hora nos levantamos.

Me ocupé luego en hacer los dibujos que, respectivamente, representan por su orden una palma de chontaduro, el fruto de la misma palma, de tamaño natural, otra palma llamada bombón, otra denominada chontilla, otra llamada guaruma, de cuya corteza forman los indios cestos muy consistentes, y un pececito llamado guacuca o guacuco, de tamaño natural y de muy extrañas formas.

JUEVES 13 DE FEBRERO

Desde nuestra llegada teníamos el proyecto de ir a cazar dantas con uno de los hermanos Mosqueras; pero desgraciadamente se les extravió en el bosque el mejor perro que tenían, y no pudimos realizar nuestro propósito, privados de aquel auxiliar, absolutamente indispensable.

Como iban escaseando mucho ciertos víveres, y queríamos conservar a todo trance los que nos habían vendido en la ranchería, a un precio fabulosamente barato⁴, para llevarlos de reserva en nuestra próxima excursión hacia el río Caquetá, nos dimos a

⁴ Un pollo mediano, un cuartillo; grande, medio real; media arroba de carne de danta, dos reales; y a este tenor los pocos artículos que encontramos.

buscar en la caza los recursos que no podíamos proporcionarnos con el dinero; pero las aves, viéndose perseguidas, huían al divisarnos a larga distancia, y para encontrar algunos cuadrúpedos del monte, era necesario internarse mucho, con grave riesgo de extraviarse. Nos resignamos, pues, a aprovecharnos de lo que se presentara más fácilmente, proponiéndonos no salir de la orilla del río y de los desmontes próximos a las casas. En este día íbamos a buscar en la pesca de anzuelos un plato más que servir a nuestra mesa, que nadie hubiera podido tachar de sibarítica, cuando al pasar por debajo de un árbol, sentimos que sus ramas se movían; fijamos la atención y vimos entre el ramaje una corpulenta iguana, de un metro y cuarenta centímetros de longitud, incluso la cola, que trataba en vano de esconderse entre el follaje. Yo había oído más de una vez celebrar su carne como un manjar exquisito; la había visto comer a los indios de San Martín y a los mismos llaneros, sin ningún escrúpulo; pero no había podido vencer mi repugnancia a adoptarla como alimento. Sin embargo, lo apremiante de las circunstancias, por un lado; y por otro, el deseo de hacerme superior a mis propios escrúpulos, me hicieron que tratase de aprovechar aquella extraña pieza, y pronto el plomo la puso en nuestras manos. Antes de despojarla de su piel para poderla conservar disecada, la copié en mi álbum y luego di orden al cocinero de que nos dispusiese su carne para la comida. Llegada la hora, nos la sirvieron preparada de dos modos distintos; y después de probar el primer bocado, que era el de la dificultad, proseguimos comiendo con tanto gusto, como si fuese un manjar de los más selectos; y no pudimos menos de confirmar unánimes la opinión de sus más entusiastas encomiadores.

Desde por la mañana había enviado a uno de los Mosqueras, a buscar en el bosque algunas ramas del árbol llamado canelo, que es por allí muy abundante, y de él ha tomado su origen el nombre de la población incipiente. También le mandé traer algunos trozos de la corteza y una muestra del fruto o de la flor, según el estado en que se encontrase. A eso del mediodía, volvió cumpliendo exactamente mi encargo, y copié, de tamaño natural, una sección del tronco, una ramita y el fruto, que es muy parecido a la bellota.

Por la tarde trajéronme a probar una sustancia para mí desconocida, que se extrae del mismo tubérculo empleado para confeccionar el pan de cazabe, llamado yuca, como la planta que lo produce. Esta sustancia era una especie de harina, sacada por un procedimiento muy sencillo, de la fécula muy abundante del tubérculo, y tostada después sobre una vasija de barro muy plana. Preparada de este modo, adquiere la propiedad de ser muy alimenticia, y la de poderse conservar por mucho tiempo, para comerla de diversos modos, procurando siempre preservarla de la humedad, que es lo que la daña. Los brasileños que viajan por el Orinoco y el Amazonas, la usan mucho como base de su alimentación, y le dan el nombre de fariña. De ellos quizás han aprendido a prepararla los indios de estas regiones, y suelen usarla con preferencia al pan de cazabe. Su sabor se parece mucho al del bizcocho de trigo tostado, al cual iguala, si no le supera, en cualidades nutritivas. La persona que me la había enviado para que la probase, sabía prepararla admirablemente; y de tal modo me satisfizo, que le mandé disponer la mayor cantidad que pudiese, en los días que habíamos de demorarnos, porque se necesita bastante tiempo para todas las operaciones que en su confección se emplean.

VIERNES 14 DE FEBRERO

Hallándose, como hemos dicho, casi todos los habitantes de la población en las orillas del Caquetá, y otros ríos, internados en las regiones exclusivamente pobladas por tribus salvajes, y no pudiendo por el momento disponer de ninguna canoa de dimensiones proporcionadas, para conducirnos con alguna comodidad hacia el interior, determinamos hacer una grande y sola balsa con los troncos que nos habían servido para nuestra primera navegación, y contratamos como prácticos al negro Eugenio Mosquera y a un hermano suyo, para que nos acompañasen hasta nuestro regreso, sirviéndonos a la par de intérpretes con los indígenas, cuyos dialectos conocen, y buscando luego donde se pudiese encontrar una buena canoa e indios hábiles para nuestras expediciones.

Mientras se hacían los preparativos, una de las muchachas del lugar me trajo una preciosa orquídea de flores rojas, que copié y conservo en mi álbum.

Los cigarros de que nos habíamos provisto, habían disminuido considerablemente después del naufragio de la balsa; y aunque encontramos en abundancia tabaco que comprar del que en el pueblo se produce, como no sabíamos labrarlo ni los indios tampoco, porque rara vez lo usan para aspirar el humo, sino en la extraña forma de que hablaré después, tuvimos que apelar, para satisfacer el vicio, a hacer unas pipas de barro, muy semejantes a las que usan en el país, con el nombre de churumbelas o cachimbas. Durante la noche hemos trabajado en formalizar los apuntes del diario, para fijar con todos los detalles posibles las ideas que llevábamos anotadas ligeramente.

Entre tanto seguía haciéndose el acopio de víveres para nuestra próxima expedición; entre los cuales ocupaban el primer lugar, se entiende después de la fariña, el arroz y la miel de caña casi a punto de coagularse.

SÁBADO 15 DE FEBRERO

Desde muy temprano empezamos la construcción de la balsa que tratábamos de disponer, haciéndola todo lo más espaciosa, cómoda y segura que fuese posible. Poco antes del mediodía partieron con el negro Miguel Mosquera los peones que debían acompañarle para la apertura de la trocha proyectada; y no fue con él, como de costumbre, su hermano Pedro, por hallarse imposibilitado a causa de una gran úlcera, de que padecía, en una pierna.

Ya que ha llegado la ocasión, daré a mis lectores, aunque no sea más que una ligera idea de estos dos hermanos, que por su intrepidez e infatigable laboriosidad, son generalmente conocidos de nombre en toda la república. De pura raza africana, altos de cuerpo y de miembros fornidos, los dos frisan ya en la avanzada edad de ochenta años, y aunque gemelos, Pedro parece mucho más anciano que Miguel, que se

conserva aún robusto y vigoroso como un joven. Ambos usan como único vestido camisa y pantalón de tela ordinaria, y casi siempre van sin calzado ni sombrero. Educados en la escuela fanática, que hace consistir la religión en las formas puramente externas del culto, los dos llevan al cuello grandes crucifijos de bronce, envueltos en trapos rotos, cuya cualidad principal no es la limpieza, y como compañeros del crucifijo, varios rosarios y cruces de diferentes tamaños y formas, y escapularios y medallas con las imágenes de ciertos santos, a quienes profesan devoción particular, y consideran como sus patronos y protectores. La conversación de estos dos hermanos es fácil y, hasta cierto punto, amena, sobre todo cuando se trata de la topografía de estos lugares, que conocen mucho por su larga práctica de viajar en ellos.

A veces usan un lenguaje hiperbólico, aprendido quizás de los indios, mezclándolo con frases deprecatorias, en que invocan constantemente el nombre de Dios y el de todos los santos del cielo, como el devoto más exagerado. Por lo demás, en nada se diferencian de las personas con quienes habitualmente tratan, y profesan al parecer un entrañable amor a la vida de libertad y de emociones, de incertidumbre y de peligros en que nacieron y han pasado la mayor parte de su existencia, igual en todo a la del salvaje. Habiendo nacido en el territorio del Caquetá, ambos han hecho frecuentes viajes al Amazonas y a las regiones pobladas exclusivamente de indígenas; y Pedro particularmente ha prestado grandes servicios al gobierno de Colombia, dándole noticias detalladas sobre las regiones desconocidas que nominalmente corresponden a su territorio, atravesando por orden del mismo gobierno, comarcas despobladas enteramente, o habitadas sólo por indios salvajes, tanto o más temibles que las mismas fieras, y dirigiéndose por selvas y ríos desde Pasto a Bogotá, camino no atravesado antes, sino una sola vez, por Hernán Pérez de Quesada, quien, con un puñado de españoles, de los que con su hermano D. Gonzalo vinieron a esta asombrosa y nunca bien admirada conquista, salieron en busca del célebre El Dorado.

De este viaje de Pedro Mosquera parece que existe impresa una relación, redactada por el Coronel Pineda, conforme a los apuntes que le facilitó el mismo expedicionario;

pero éste me confesó que no la conocía, ni había llegado hasta él la noticia de haberse impreso. Yo tampoco la pude encontrar.

Su hermano Miguel acompañó al General Codazzi cuando levantaba el mapa de esta región, por cierto con muy poca exactitud, pues sólo recorrió una pequeñísima parte, ateniéndose en lo demás a los trabajos del Barón de Humboldt, y en lo que éstos no alcanzaban, a vagas referencias de personas generalmente ignorantes.

Después de todos estos servicios prestados al país, los hermanos Mosquera arrastran en sus últimos años una vida miserable y llena de privaciones; y aunque hombres rudos, no dejan de lamentar su suerte, y la ingratitud incalificable de su patria.

DOMINGO 16 DE FEBRERO

Hoy, por ser domingo, Eugenio y mis peones han querido santificar la fiesta en una cacería que no ha dado resultado alguno, aplazando nuestra salida para mañana.

Todos los preparativos están hechos; y ha quedado en nuestro poder una gran cantidad de fariña. Falta sólo poner el toldo a la balsa y llevar a bordo nuestro equipaje y provisiones, lo cual haremos mañana a primera hora.

La salud de todos es inmejorable.

Cerca del oscurecer han venido unos indios de la parte de abajo del Caquetá. Todos tienen pintado el rostro de rojo y negro, acompañándolos sus mujeres, que son muy jóvenes, y uno de ellos trae en las orejas unos adornos descomunales, compuestos de trozos de caña de un dedo de grueso, y cerca de un palmo de largo, que salen como dos cuernos hacia la parte anterior, y de los cuales cuelgan sartas de chaquiras o cuentas de vidrio y algunas laminitas muy delgadas, de forma triangular y de unos tres centímetros, que se proporcionan machacando entre dos piedras muy lisas las monedas de plata que pueden haber a las manos. He empezado su copia, pero no he

tenido tiempo de concluirlo. Si se vuelven, como proyectan, muy temprano, y no vienen a visitarme, según me han ofrecido, tendré que concluir el retrato de memoria.

LUNES 17 DE FEBRERO

Fijado el día de hoy para la marcha, desde muy temprano empezamos todos a disponer lo que respectivamente era de la incumbencia de cada uno. Los indios volvieron también muy de mañana, y el retrato pudo concluirse.

A eso del mediodía ya se hallaban a bordo de la balsa nuestro equipaje y nuestros víveres. La embarcación no podía mejorarse en sus condiciones: de cinco metros de longitud y dos de anchura, y con tres hileras de gruesos troncos superpuestos, limpios de su corteza y perfectamente secos, la balsa sobrenadaba como la embarcación mejor construida, a pesar de que el peso que tenía a bordo, incluso las personas, no bajaría de mil quinientos kilogramos.

Despedímonos todos de las buenas y sencillas gentes que componían la reducida población, y nos ayudaron con cuantos recursos les fue posible, acompañándonos en masa hasta el puerto, al cual bajamos en una especie de solemne procesión, oyéndose por todas partes los votos fervientes que a Dios hacían para que fuese nuestro viaje próspero, y no se dilatase mucho nuestro regreso.

Era nuestro piloto Eugenio, el joven negro de quien antes hemos hablado; un hermano suyo, con dos de mis peones, conducían una pequeña canoa, que llevábamos de reserva. Dada la voz de marcha, nuestro piloto sonó un cuerno, a manera de bocina, que al efecto llevaba; soltáronse los cables de bejuco, y un adiós prolongado se cambió entre los de la balsa y los de la orilla. Un momento después, la corriente del Orteguzza nos arrastraba hacia el sureste.

En la presente estación suelen soplar los vientos del este y del sur con bastante fuerza desde el medio día; así es que a pesar del calor, íbamos bastante cómodos en nuestra

balsa, cuyo toldo de hojas de palmera se movía produciendo un agradable susurro impulsado por la brisa refrescante.

Como a dos kilómetros del puerto en que nos habíamos embarcado, encontramos una chorrera impetuosa, cuyo difícil paso se salvó con facilidad, gracias a la práctica del piloto que iba dirigiendo nuestro vehículo; y unos cuatro kilómetros más adelante se nos presentó una angostura bastante prolongada, donde las márgenes del río, más elevadas que de ordinario, y cubiertas de nacuma, presentaban paredes escarpadas, donde las capas de guijo y arena superpuestas sin orden alguno, según los aluviones que las habían producido, contenían a veces incrustadas piedras de diversos tamaños, y en forma de galletas o esferoides muy aplanadas.

En las colinas adyacentes veíanse saltar sobre los árboles grandes bandadas de monos negros, grises y amarillos, entre los cuales iban algunas hembras con sus hijuelos a la espalda, y mostrando por ellos una solicitud muy superior a la que algunos racionales consagran a los suyos. Al abandonar aquellos sitios, donde quedaban las piedras incrustadas de que hemos hablado, hice recoger algunas de ellas para examinarlas más adelante.

Cuando pasábamos por algunos sitios donde existían hobos o algunas otras de las muchas plantas odoríferas que por todas partes pueblan estos bosques, la atmósfera se hallaba tan perfumada, que sentíamos al respirar un inmenso placer, cual si ardiesen a nuestro alrededor los pebeteros más exquisitos de las regiones orientales.

Ya cerca del anochecer pasamos por la boca del río San Pedro, que dejamos a la izquierda, y cuyo caudal es aproximadamente como el del Hacha. Más adelante y en la misma orilla dejamos también otra quebrada que se denomina de La Montaña, y que venía a pagar su humilde tributo al río, ya bastante caudaloso, por el cual íbamos navegando.

En la confluencia del San Pedro encontramos dos indios en una canoa, que perseguían a golpes de palanca un cafuche, o cerdo salvaje, hembra y todavía joven, cuyo tamaño sería aproximadamente el de un cerdo de las especie común, de ocho a diez meses. El pobre animal tomaba ya el bosque, cuando el plomo de nuestra escopeta lo hizo caer rodando. Dimos a los indios una gratificación y lo recogimos con alegría en nuestra balsa, porque su carne nos ofrecía un alimento fresco, aunque no muy sabroso. Este animal, que tiene en un todo las costumbres de los de su especie, es omnívoro, aunque casi siempre se alimenta con raíces y frutos del bosque; vive generalmente en manadas poco numerosas, y acude con frecuencia a bañarse a las orillas de los ríos, donde se le caza con más facilidad que en tierra, en la que corre con una velocidad extremada, ocultándose pronto en la espesura. Su piel se halla cubierta de cerdas rígidas como las del jabalí, y salpicadas de blanco y negro, y hay sobre él la creencia vulgar de que tiene el ombligo en el lomo, porque lleva en aquel lugar cierta glándula con una pequeña perforación, por la cual fluye constantemente una sustancia blanquecina, líquida y grasienta, de un olor muy desagradable, y que se asemeja mucho al almizcle, la cual hay que extraer con gran precaución, para evitar que la carne se impregne de su olor fastidioso y nauseabundo.

Anochecido ya, llegamos a una extensa y arenosa playa, donde nos detuvimos para pasar la noche. La primera operación fue desollar nuestro cafuche, con parte del cual tuvimos una opípara cena, guardando el resto para salarlo después, y aumentar nuestras provisiones.

En la playa encontramos algunas cabañitas de hojas de palmera, hechas por los indios que se consagran a la pesca del bagre, que es el bacalao de estas comarcas, y en ellas pasaron la noche casi todos los que me acompañaban. Mi escribiente y yo preferimos la balsa, como sitio más seguro, para librarnos del murciélago vampiro.

Echamos algunas cuerdas con anzuelos, y una nasa que llevábamos, y que había sido construida por mí mismo, esperando tener por la mañana algún plato de pescado que

añadir a nuestro almuerzo. Se dejó la candela encendida y un perro de centinela, y a las nueve, o poco más, dormíamos profundamente.

MARTES 18 DE FEBRERO

Las primeras horas de la mañana se pasaron en lavar los restos del cafuche, y estirar su piel, para ponerla a secar al sol, a fin de que no se dañase. Entre tanto visitamos los anzuelos y la nasa, encontrando en la segunda un solo pez, de algunos quince centímetros de longitud, llamado vulgarmente lunarejo, por las pequeñas pintas blancas de que está manchada su piel escamosa, y que me entretuve en copiar, mientras se disponía lo necesario para emprender la jornada del día.

Después de un almuerzo tan abundante y sabroso como la cena de la noche anterior, y en el que desempeñó también el papel principal la carne del cafuche, continuamos nuestra navegación, observando al paso unos grandes bancos de pudinga que existían en la orilla opuesta, y que, según nuestras observaciones, hechas en el cauce del río, forman una capa muy extensa, unida por un cemento calcáreo.

Buscamos medios de romper las piedras recogidas en el día anterior, y encontramos que no eran, como creíamos, amigdalóideas, formadas sobre un núcleo, sino trozos de arcilla sumamente compactada por óxido de hierro, y redondeadas por el movimiento de rotación impreso por las corrientes que allí los habían depositado.

En adelante el cauce del río es más ancho y menos profundo; por todas partes se ven surgir grandes playones de arena, y la corriente se bifurca en muchas ocasiones, formando isletas más o menos grandes, cubiertas del mismo espeso bosque por entre el cual arrastran estos ríos su perezoso y escondido curso.

Un poco más abajo, el cauce llegó a adquirir por espacio de algunos kilómetros, como unos doscientos metros de anchura, y la profundidad disminuyó tanto, que hubo algunos sitios donde fue indispensable arrastrar la balsa a fuerza de brazos, para

atravesar los bancos de arena. Entre estos arenales desemboca en el Orteguzza por la orilla izquierda otro río, a la sazón de escasa corriente, llamado San Juan o Agua blanca, cerca del cual nos detuvimos un breve rato para coger algunos racimos de uvas caimaronas, que se veían pendientes de algunos árboles bastante elevados y próximos a la orilla.

Algunos kilómetros más adelante encontramos a la derecha la embocadura de una quebrada llamada Tominejo. En las playas próximas empezamos ya a ver gaviotas pardas de gran tamaño, y otras blancas, mucho más pequeñas, que por ser aves esencialmente marítimas, produjeron en mí por un instante la ilusión de que me hallaba próximo a las costas del Atlántico o del Pacífico, que distan, por el punto menos lejano, cerca de cien leguas del lugar en que me hallaba.

Cuando el sol iba ya próximo a su ocaso, determinamos arrancar en una extensa playa que divisamos a la derecha. Dirigimos a ella nuestro rumbo, pero, antes de llegar, tropezamos con otro varadero arenoso, donde se emplearon otra vez grandes esfuerzos para poner a flote la balsa.

Apenas saltamos en tierra, sentí revolotear algunos pájaros en la orilla del bosque; acudí con prontitud y logré matar dos de aquellos animales, que tienen el tamaño de una gallina regular, el plumaje de color de canela y sus diferentes matices, con algunas pintas negras y blancas, y llevan adornada la cabeza con un elegante y alto penacho formado de plumitas estrechas, que llevan caídas sobre la parte superior del cuello, o levantan a su voluntad, generalmente cuando fijan mucho la atención, cuando se asustan o se hallan poseídas de alguna pasión violenta. Llámense en el país estos animales pavas hediondas; y efectivamente exhalan un olor fétido y en extremo desagradable, que se asemeja mucho al de la abubilla europea, con cuyo plumaje tienen también alguna semejanza, aunque en el tamaño se diferencian mucho. Disecamos una de ellas, que también copié, y arrojamos su carne a los peces, cuyo olfato y paladar no serían probablemente tan escrupulosos, que les impidiese usar de ella como un sabroso bocado.

Durante la noche no ocurrió novedad alguna.

MIÉRCOLES 19 DE FEBRERO

Tomamos un desayuno ligero y salimos muy temprano con el objeto de aprovechar lo más posible las horas de la mañana; y apenas habíamos navegado cuatro o cinco kilómetros, encontramos en la orilla derecha la desembocadura de un río algo menos caudaloso que el San Pedro y el Hacha, denominado la Bodoqueragrande, por haber otro riachuelo o quebrada del mismo nombre en un río próximo que se denomina del Pescado, a cuya confluencia con el Orteguaza debíamos llegar en breve.

En uno de los bajos que atravesábamos con frecuencia, vimos descender apresuradamente a nuestro piloto de la balsa, y dirigiéndose con su palanca a manera de chuzo hacia un objeto que dentro del agua se movía, apuntó bien, asestó el golpe con gran violencia, y una inmensa oleada se produjo inmediatamente hacia el lugar en que se había introducido la punta del palo. El animal atravesado por el lomo de una manera tan singular como ingeniosa y difícil, era un hermoso bagre, de un metro y treinta centímetros de longitud, y sesenta centímetros de circunferencia, entre la cabeza y las aletas pectorales. El sacudimiento del pez, al sentirse herido fue tan rápido y vigoroso, que rompió la palanca por el sitio en que lo tenía sujeto, y se hubiera fugado, a pesar de su herida, si el negro Eugenio no se hubiese lanzado inmediatamente sobre él, sujetándolo por las agallas e impidiendo que el palo acabara de romperse.

Cuando lo trajeron a bordo, después de acabarlo de matar con recios golpes del coto de un machete sobre la cabeza, yo no me cansaba de contemplar aquel hermoso pez; y al ver sus fornidas aletas, comprendí sin dificultad que los de mayor tamaño, cuya longitud excede a veces de dos metros, al verse presos en los grandes anzuelos que usan para su pesca, puedan arrastrar hasta cuatro hombres hacia el centro del río, si

éstos no se proveen oportunamente de palancas con que ayudarse para oponer una gran resistencia.

El cauce seguía cada vez adquiriendo mayor anchura según íbamos bajando; numerosas isletas se levantaban por todas partes, que hacían que la corriente principal se disminuyese mucho, razón por la cual hallábamos a veces tan poco fondo, que el paso de la balsa que calaba poco más de un pie, llegaba a hacerse dificultoso. Afortunadamente el fondo del álveo se compone de arena muy movable, lo cual contribuía mucho a hacer menos graves las varadas. Una de éstas nos detuvo más adelante largo rato, teniendo que arrastrar la balsa sobre el arenal por espacio de medio kilómetro.

A eso del medio día nos detuvimos a comer en un playón casi fronterizo a la boca del río del Pescado, el más caudaloso de todos los afluentes del Orteguzza, y cuya corriente sirve de camino ordinario a los que, atravesando la cordillera por la extremidad sur del Tolima, desde el lugar llamado La Ceja, bajan al Caquetá sin tocar en los Canelos.

Después de comer, seguimos nuestro viaje, dejando el indicado río a la derecha, y sin encontrar cosa alguna que llamase nuestra atención, hasta que, a la caída de la tarde, divisamos a lo lejos, sobre una playa muy extensa algunas personas que vagaban de un lado a otro por la orilla del río, y que a primera vista no pudimos calcular si serían indios coreguajes, de los que se ocupan en la extracción de zarzaparrilla, que se exporta luego por el Brasil, o algunas de las familias que habían salido de Los Canelos a la pesca del bagre. Cuando llegamos cerca, vimos que eran de estos últimos; y había entre todos, dos hombres, tres mujeres y algunos muchachos, de raza india, pero reducidos hacía tiempo a una vida menos salvaje, y que hablaban y entendían algunas palabras de nuestro idioma.

Resolvimos detenernos a pasar la noche entre aquellas pobres gentes, que salieron con amabilidad a recibirnos y formamos nuestro rancho de hojas de palmera a corta distancia de los suyos.

Como faltaban aún cerca de dos horas para anochecer, quise aprovecharlas del mejor modo posible, y me puse a terminar el dibujo del bagre que llevaba empezado, y a hacer otro del paisaje que se ofrecía a nuestra vista hacia la parte del sureste. por donde bajaba el río.

Se nos sirvió como cena la cabeza del pez que se había cogido por la mañana, y la encontramos sumamente exquisita. Después nos recogimos todos a esperar la llegada del alba. Cuando despertábamos se veían los resplandores de nuestra hoguera y la de nuestros vecinos, que la alimentaron más cuidadosamente que nosotros.

Antes de cerrar la relación de este día, quiero dar a mis lectores una idea, aunque sea ligera, de ciertas costumbres de estos indios, que, a pesar de haber aceptado algunas de las prácticas de la civilización, conservan sin embargo una tendencia indestructible hacia la libertad absoluta de la vida errante, por las orillas de los ríos y la espesura de los bosques. Hay para esto una razón, que, sin acudir a otras muchas, explica por sí sola el fenómeno; y es la sobriedad del indio, satisfecha sin dificultad alguna con los productos espontáneos del suelo en que vive. Los más acostumbrados a la vida sedentaria, mudan frecuentemente de residencia, y les basta con desmontar un corto espacio de terreno, donde entierran algunos renuevos de plátano, riegan un puñado de maíz, y plantan unas cuantas matas de yuca y ñame, con lo cual, al cabo de unos cuantos meses, tienen ya su subsistencia asegurada. Estas plantaciones las hacen siempre junto a las márgenes de los ríos, donde la pesca es muy abundante, y cuentan además con los huevos de tortuga, de que extraen la suficiente cantidad de grasa para condimentar sus guisados, por demás sencillos, porque la cocina india no ha adquirido aún el refinamiento artificial, muchas veces nocivo, de la civilización, en todos los pueblos que se llaman cultos.

El indio se considera feliz poseyendo una canoa, que él mismo fabrica; su arco y sus flechas, que le sirven a un tiempo para la pesca y la caza; su bodoquera y algunas flechitas a que dan el mismo uso, envenenándolas con curare; un rancho en que habitar, cuya construcción les cuesta sólo algunos días de trabajo, un calabazo de pequeñas dimensiones en que encerran la chica o alguna otra tinta para pintarse el cuerpo, y otro calabazo más pequeño aún, donde encierran el ambir, que no es otra cosa que el extracto de una decocción de tabaco muy concentrada, con la cual mezclan algunas cenizas de vegetales para darle más fortaleza. El uso de esta sustancia, llamada ambir, es tan extravagante como sucio: redúcese a tomar con un palito una pequeña cantidad del líquido negro y espeso que la mezcla forma, y untarse la lengua repetidas veces, saboreándolo con delicia. En las personas no acostumbradas a tomarlo, el uso del ambir produce una embriaguez casi instantánea, que suele durar muchas horas.

Generalmente en todos los bohíos o ranchos de indios se encuentran algunos animales en estado de domesticidad. Donde no son las gallinas u otras aves de las que suelen acompañar al hombre civilizado, domestican ellos el paují y el tente, la guacharaca y la camarana, o el guacamayo y el loro, que se acomodan fácilmente a la vida tranquila que les ofrece el hogar del hombre, cualquiera que sea su estado.

Los indios que se hallan más próximos a los centros donde hay alguna civilización, y los que pertenecen a los diseminados restos de las antiguas misiones, suelen bautizarse, si la ocasión se les presenta, y muchos de ellos andan vestidos con la camiseta llamada cusma, de que en otra ocasión hemos hablado; pero ni sus prácticas religiosas son más que el mero bautismo y alguna que otra oración, que recitan sin comprenderla, ni usan aquella prenda de recato y pudor sino en ocasiones muy especiales. Por lo demás, no tienen creencias de ningún género, salvo algunas supersticiones absurdas, ni prácticas siquiera de idolatría; ni dejan de respetar y obedecer a los charlatanes, que entre ellos se llaman brujos, ni abandonan sus hábitos enteramente salvajes, ni son cristianos para otra cosa que para llamarse Pedro o Juan,

sin dejar por eso de distinguirse con los nombres de animales que les imponen al nacer y que conservan siempre.

Entre los coreguajes y otras tribus de las orillas del Caquetá y varios de sus afluentes, hay otra costumbre singularísima, la cual consiste en que en el momento que la mujer da a luz un hijo, el marido se encarga de todos los cuidados de la maternidad, excepto la lactancia, entregándose a un completo reposo en el hogar, sin permitirse trabajo ni fatiga de ningún género, por espacio de algunos meses, mientras la mujer y los vecinos acuden a todas sus necesidades. Fúndase esta práctica en la creencia de que si el padre hace algún esfuerzo o se entrega de algún modo al trabajo, perecerá el hijo irremediablemente. Sin duda que esta costumbre, por lo irracional y absurda, no tiene ni puede tener otro origen que la habitual pereza y holgazanería del indio, llevada al grado máximo con éste o con cualquiera otro pretexto, por más descabellado que sea, haciendo cargar a la infeliz mujer con todo el trabajo posible, como sucede aun en circunstancias normales.

La india, en el instante en que se verifica su alumbramiento, que suele ser en la playa del río o arroyo más próximo, a donde se retira tan pronto como siente los primeros dolores, lava la criatura que acaba de dar a luz; toma un baño y corre a entregarla al marido, retirándose ella inmediatamente a un rancho especial, donde pasa la cuarentena sentada en un hoyo enarenado al efecto. En este mismo rancho y sentadas del mismo modo pasan los días de su enfermedad periódica todas las indias, y no vuelven a la choza común hasta hallarse completamente restablecidas. Y es tal la escrupulosidad del indio en esta materia, que durante las primeras horas del regreso de la mujer, saca de la habitación todos los objetos de su uso personal, incluso las armas, por temor de que el contacto de ella los inficione; y si la mujer los toca en estado impuro, los quema inmediatamente.

Aunque el país es malsano, a consecuencia de los inmensos bosques que lo pueblan, el indio suele vivir en buen estado de salud, gracias a su sobriedad, aunque según creen, esto es debido al cotidiano uso que hacen de una sustancia llamada yoco. Al

amanecer se van todos a la orilla de la corriente más cercana, provistos de dos trozos de un bejuco conocido con este nombre, y de unos veinte a veinticinco centímetros de longitud, los cuales clavan en la arena a muy corta distancia, les extraen la corteza, raspándola con un instrumento cortante; empapan bien en agua estas raspaduras, y exprimiéndolas luego con fuerza entre ambas manos, se toman el líquido que resulta, que es algo amargo y astringente, y de un color entre rosado y lechoso. A este extraño desayuno atribuyen virtudes muy especiales para conservar la salud; lo beben con un placer extraordinario, y acostumbran durante la preparación del brebaje, a referirse mutuamente sus ensueños, que para ellos son casi artículos de fe, y en los cuales creen que tiene grande influencia el uso diario de su matinal bebida. La enfermedad más temible entre ellos es el catarro o romadizo; y en efecto, llega a hacerse peligrosa, porque tan pronto como se sienten con fiebre, acuden alternativamente al baño y de él a la lumbre, donde la afección se exagera hasta producir la muerte.

En otra ocasión hablaremos de sus agoreros, médicos y brujos, y de la manera singular que éstos tienen de curar los enfermos.

JUEVES 20 DE FEBRERO

Tan pronto como rayó el día, nos levantamos a desayunarnos para continuar nuestra navegación. La niebla era muy densa, tanto en el río como en las selvas próximas; y al tomar la balsa y despedirnos de los que durante la noche habíamos tenido por compañeros, el sol asomaba su disco de color de sangre, tiñendo de púrpura los bordes de las nubes que impedían la difusión de sus primeros rayos. El espectáculo era tan bello como no lo habíamos visto jamás, y de buena gana le hubiéramos consagrado una página de nuestro álbum, si el deseo de adelantar en nuestra lenta navegación nos lo hubiera permitido.

A corta distancia del lugar en que habíamos pasado la noche, encontramos en la orilla derecha otro árbol de cruz de la misma especie del que habíamos copiado antes, y cuyas hermosísimas flores en número de seis u ocho, se columpiaban sobre la tersa

corriente del río, cual si se complacieran en ver retratada su hermosura sobre el claro espejo en que su imagen se reflejaba.

En este día hice un descubrimiento para mí muy precioso; y fue que dejando la balsa abandonada a sí misma, sin ocasionar vaivenes con la palanca ni el remo, podía dibujar en ella sin gran trabajo. Lo ordené así, y en poco más de dos horas dibujé en dos formas distintas las bellísimas flores del palo de cruz, que habíamos recogido al paso.

Como a las dos de la tarde divisamos gente en una ranchería situada en una extensa playa: nos acercamos, y eran el Corregidor de Los Canelos con su familia, y algunos indios a sus órdenes, ocupados todos en la pesca del bagre.

Por todo el trabajo que emplea un indio en la temporada de pesca, que en ocasiones dura más de dos meses, recibe como única paga el lienzo necesario para una cusma, que consiste en dos varas y media, que podrá valer a lo sumo a razón de dos reales del país cada vara, incluso el costo de conducción hasta los lugares donde se emplea. Los que se ocupan en la extracción de la raíz de zarzaparrilla, no están mejor pagados que los pescadores, pues reciben igual remuneración por cada arroba ya empaquetada y seca, que no les cuesta menos de un mes de asiduos trabajos, cuando los especuladores suelen venderla a los traficantes que suben del Brasil a cinco o seis pesetas arroba, que constituye más de un quinientos por ciento de ganancia.

Esta explotación que se hace del trabajo de los indígenas, los aleja, y con mucha razón, de los hombres que se llaman civilizados, que los tratan sin misericordia. Si se emplearan medios más racionales de atraerlos, remunerando su trabajo con más equidad y justicia, y proporcionándoles un bienestar que no conocen, su reducción sería tanto más fácil, cuanto mayores fuesen las garantías que se les dieran, y el beneficio que pudieran hallar abandonando la vida errante de los bosques.

Después del saludo habitual y de los muchos ofrecimientos de ordenanza, aquel señor me facilitó, a un precio hartó subido, algunos víveres, que él no necesitaba ya, por estar de regreso, y resolvimos pasar allí la noche, por hallarse muy distantes las playas más próximas en que hubiéramos podido verificarlo.

Empleamos el resto del día en formalizar nuestros apuntes.

VIERNES 21 DE FEBRERO

A la hora de costumbre volvimos a abandonarnos a la corriente. Al poco rato dejamos a la derecha la embocadura de una quebrada o riachuelo llamado Oná-tecurú por los coreguajes, sitio que pasan siempre con gran recelo, particularmente de noche, porque dicen que allí se hallan también grandes serpientes como la de que habla la tradición de que hicimos mérito al pasar el charco de este nombre. Posible es que haya dado origen a esta creencia, el haber visto en aquellas aguas algún boa constrictor, de gran tamaño, más temible en apariencia que en realidad, porque rara vez acomete al hombre, a no ser en circunstancias muy especiales, contentándose con permanecer en acecho a las orillas de los ríos o lagunas, esperando a los animales que se aproximan a beber a ellas.

Casi en frente de este desaguadero, vimos un árbol de los llamados vulgarmente bilibil, de cuyas ramas pendían por todas partes nidos de oropéndolas, en tan crecido número, que casi cubrían su copa. La causa de esta agrupación era no sólo la tendencia especial de este pájaro a vivir en sociedad íntima con los de su especie, según hemos referido, sino también el aislamiento en que el árbol se hallaba de todos los demás de la selva; razón por la cual se veían allí más seguros de los ataques de sus enemigos. Tomé una copia de este árbol, por la forma original que presentaba su conjunto.

Como a las dos de la tarde encontramos otra quebradita sin nombre, que desaguaba en el río por su margen derecha. El desagüe de este arroyuelo se verifica precisamente en un lugar en que el río forma un gran recodo; así es que cuantos palos flotantes

bajan por aquel lado en las avenidas, van enredándose y quedan detenidos allí unos sobre otros, resultando ya un hacinamiento tan considerable, que bien se puede calcular que hay por lo menos quince o veinte mil toneladas de leña muerta en aquella gran barricada que la casualidad parece haber querido oponer a la salida de las aguas de aquella humilde corriente. Estas, sin embargo, se deslizan con suavidad por entre los troncos para confundirse con las del Orteguzza, produciendo un continuo ruido, como si murmurasen o se riesen del obstáculo que se les presenta.

Tan pronto como la tarde empezó a declinar, el viento que había soplado desde el mediodía empezó a tomar una fuerza extraordinaria, que aumentaba naturalmente al encajonarse entre los dos márgenes del río. Como soplaba del lado del sureste, que era la dirección que llevábamos, era tal el empuje que hacía en el toldo de nuestra balsa, que unido esto a la lentitud natural de nuestro pesado vehículo, apenas podíamos adelantar en nuestro rumbo, sino pulgada a pulgada, a pesar de los grandes esfuerzos que hacían los bogas; perdiendo a veces en un minuto cuanto habíamos avanzado en un cuarto de hora de continua fatiga, si la ráfaga era muy violenta. Viendo que era tan inútil como desigual la lucha de nuestras fuerzas con las de aquel viento huracanado, determinamos arribar a una playa que cerca de allí se veía, y a la que abordamos a eso de las tres de la tarde. Preparóse la comida; se levantó un rancho de palma cómodo y espacioso, porque se veían algunas nubes que amenazaban con próxima lluvia, y poco después de anochecer nos recogimos bajo su frágil y movable techo.

SÁBADO 22 DE FEBRERO

Aunque ligeros, tuvimos algunos chubascos a la madrugada. Ya cerca del día sentimos subir por el agua una manada de yulos, roedor plantígrado y anfibio que ya hemos descrito en otra ocasión, los cuales iban produciendo una ruidosa algazara, a la que se unía la de los peces de gran tamaño, que saltaban sin cesar delante de ellos, espantados del rumor que escuchaban en la corriente. La oscuridad de la noche, que

era aún demasiado densa, nos impidió dispararles algunos tiros, los cuales quizás nos hubieran puesto en posesión de una presa no menos apetecible que el cafuche.

Apenas rayó el alba, empezamos nuestros preparativos de salida. Las nubes se habían disipado y la atmósfera estaba serena. Las dormidas aguas del Orteguzza se deslizaban tan suave y mansamente, que su superficie parecía, más que la de un río, la de un lago en absoluto reposo.

Bogamos con la celeridad que nos fue posible, porque deseábamos llegar antes del mediodía, hora en que el viento se levanta, a un lugar de indios coreguajes, llamado Puicuntí (que significa palma de loma), donde nos esperaban desde el día anterior algunos individuos de la misma tribu, con quienes habíamos trabado amistad en Los Canelos.

Delante de nosotros iba un muchacho indígena en su canoa cazando peces con un dardo de hueso, lanzado con el arco, y sujeto a la extremidad de una flecha por medio de una cuerdecita delgada y larga, que se desarrollaba en toda su longitud, luego que herido el pez, emprendía la fuga. La flecha quedaba siempre sobrenadando, e iniciaba el lugar hacia donde el pez huía, y por medio de ella, siguiéndolo en su canoa, lo sacaba por grande que fuese, cuando cansado y falto de sangre se entregaba sin resistencia. A nuestra vista clavó dos en un breve rato, con los cuales y algunos plátanos que llevaba, tuvo alimento sobrado para todo el día.

Cerca de las once de la mañana llegamos a Puicuntí, lugar compuesto de tres grandes ranchos, junto a la orilla izquierda del río y en medio de una roza que comprenderá aproximadamente una hectárea de terreno. Los tres ranchos están colocados dando frente a una plazoleta, el uno mirando al noreste, el otro al suroeste y el tercero en línea perpendicular a los dos, con su puerta hacia el lado del río. Cuando llegamos al lugar a que ellos dan el nombre de puerto, donde hay una estrecha abertura en el monte, por la cual sube la senda hacia la ranchería, encontramos en él dos canoas

amarradas, y en una de ellas una mujer y dos muchachos, que huyeron para dentro al ver aproximarse nuestra balsa.

Luego que tomamos tierra, nos dirigimos al lugar en que se hallaban los indios, donde encontramos sólo cuatro hombres, otras tantas mujeres y como seis o siete muchachos de diferentes edades, que nos recibieron con más amabilidad que extrañeza, y particularmente al P. Albis, a quien casi todos conocían.

Mi primera diligencia fue ponerme a tomar una copia de los ranchos, y al ver los indios esta operación, nueva para ellos, se me rodearon todos; me hicieron mostrarles una a una todas las hojas del álbum; y al ver los objetos en ellas contenidos, como casi todos les eran familiares, los nombraban en su dialecto y lanzaban a coro una estrepitosa carcajada.

Ninguno de ellos estaba completamente desnudo: todos vestían su cusma de color morado, o blanco sucio, cuando no había sufrido aún su primera lavadura, excepto el que se titulaba gobernador, que salió a recibirnos con un pantalón a media pierna y una camisa de percal pintado, que había recibido como obsequio de alguno de los traficantes en zarzaparrilla que desde el Brasil suben por el río. Este indio hablaba y entendía algunas palabras en español; y como nuestro piloto estaba muy familiarizado con el coreguaje, nos pudimos comprender fácilmente. Así supimos que los demás habitantes del lugar, se hallaban todavía en un sitio no muy lejano a las orillas del Caquetá, llamado La Laguna. Les propusimos que nos vendieran o cambiaran algunos objetos; pero no lo pudieron verificar, porque habiéndonos precedido en nuestra excursión el Prefecto del territorio, éste les había ido comprando, casi por fuerza y a vil precio, todos los objetos de que podían disponer, hasta los que eran para ellos de una necesidad absoluta. Pero habían conservado, ocultándolo, un tarro o canuto de guadua, lleno de manteca, o mejor dicho, aceite de huevos de tortuga, materia que en este año ha sido muy escasa, a consecuencia de una gran avenida que arrastró la mayor parte de los huevos depositados ya en la playa por aquel anfibio para que el sol los fecundase.

Aprovecharemos la ocasión de consignar aquí el método empleado para extraer esta manteca, que consiste en estrellar los huevos en una artesa o pequeña canoa, batirlos muy bien y dejarlos luego en reposo, hasta que por su menor gravedad específica, sube toda a la superficie, y forma una capa grasienta que purifican poniéndola a freír y depositan luego en estado líquido en ollas de barro o grandes canutos de guadua.

A poco de llegar nosotros, se pusieron a comer un poco de pescado guisado con plátanos y ají o pimentillo picante, que es la única especia de que disponen, o por lo menos la que más se adapta a sus gustos. Comieron primero los hombres y los muchachos entrados en la pubertad, o próximos a ella, y después las mujeres y los niños pequeños, porque el indio en todas las circunstancias de la vida hace ostentación del privilegio o predominio que el sexo masculino ejerce sobre el otro, que aquí no tiene título alguno para llamarse bello.

Llamó nuestra atención entre otras cosas el ver a las mujeres ocupadas en sus faenas, llevando siempre a la espalda sus pequeñuelos, sujetos a los hombros o a la cintura por medio de un pedazo de lienzo, que generalmente es una cusma vieja, o bien por un trozo de corteza del árbol llamado majagua, colocado del mismo modo en forma de zurrón, en lo que se asemejan mucho a los monos, que constantemente llevan sus hijos a la espalda, hasta que pueden ya caminar sin ayuda de su madre.

Después de la comida, pusiéronse las mujeres a preparar una cantidad considerable del fruto de la palmera llamada chontaduro, que no sólo les sirve de alimento, cocido o asado, sino que lo usan principalmente para hacer, fermentándolo en agua, una bebida espirituosa semejante a la chicha, que les sirve de bebida habitual, sobre todo en sus fiestas, como el licor de maíz y la caña de azúcar a los habitantes de las tierras altas, que adoptaron la vida de la civilización hace mucho tiempo.

Otra de las cosas que llamaron también nuestra atención fue el ver a todos ellos con la ternilla de la nariz, las orejas y los labios perforados, para adornarse con pedazos de

caña, huesos de cuadrúpedos, aves o peces, y plumas de vistosos colores, que unidos a las rayas negras o rojas con que se pintan el rostro, los brazos y las piernas, y a los adornos de sartas de cuentecillas de vidrio, generalmente blancas y azules, que es su ornamento más estimado, y que suelen llevar con predilección en forma de pulseras, ajorcas y gargantillas, con algunos dientes de mono, tigre o caimán como complemento, hacen un conjunto diabólico, donde sólo puede encontrar algún género de belleza su extravagante y rara fantasía.

A eso de las dos de la tarde descargó un copiosísimo aguacero, acompañado de truenos y relámpagos, que duró cerca de dos horas. En su consecuencia mandamos disponer la comida, y determinamos pasar allí la noche, lo cual pareció contentar mucho a nuestros huéspedes.

Después de comer concluí un dibujo que traía empezado, del lugar en que habíamos dormido la noche anterior, y el de Puicuntí, que me hizo suspender la lluvia.

Las dimensiones de los ranchos son aproximadamente unos diez y seis o diez y ocho metros de anchura, algo menos de profundidad y nueve o diez de elevación, en la parte que forma el vértice superior del triángulo. A diferencia de los que habíamos visto, algo semejantes en su estructura, entre los indios churrúyes o bisaniguas, donde las personas de ambos sexos de todas las familias hacen la vida común, sin separación de ningún linaje, estos indios, o más celosos de los fueros de la familia, o más desconfiados de los que habitan entre ellos, hacen de sus viviendas tres separaciones longitudinales, destinando la central para el uso común de los hombres de la tribu, y las dos laterales para las mujeres y muchachos pequeños.

Durante nuestra permanencia entre esta sección de los coreguajes, las mujeres permanecieron en una absoluta reserva, asomándose de cuando en cuando y como a hurtadillas, a impulsos del natural instinto de curiosidad, nunca desmentido en su sexo, para ver las personas extrañas que tenían invadido su hogar y alterada la monotonía de su existencia.

El dialecto de esta tribu se distingue especialmente por ser casi todas sus palabras breves y agudas; a muchas de ellas dan una pronunciación nasal, y el sonido de casi todas sus vocales es tan oscuro e indeterminado como el de la e muda y la u francesas. Casi todas sus frases se terminan por una especie de quejido breve, y muchos de sus períodos con una nota agudísima y muy prolongada, donde la voz se eleva algunas veces hasta un desaforado grito.

Los que hablan algunas palabras en español, no conocen ni usan otro tiempo del verbo más que el gerundio: así es que por ejemplo, para decir comí, como o comeré, dicen siempre comiendo, sea cual fuere la persona del singular o del plural a que se refieran.

El capitán se cansó muy pronto de llevar sus galas, y al poco tiempo se nos volvió a presentar sólo con su sencilla y cómoda cisma, vestido que, por serle más habitual, era para él más agradable. Al ver que lo desconocíamos en el nuevo traje que había adoptado, prorrumpió en grandes carcajadas, y pareció regocijarse mucho con el chasco dado a los racionales.

Durante la tarde me propuse dibujar el puerto, donde se hallaba nuestra balsa rodeada de algunas canoas. No me alcanzó el tiempo para concluirlo; pero sí lo dejé bastante adelantado para poderlo terminar a la siguiente mañana. A mi regreso a la ranchería compré a los indios algunos de sus adornos, que deposité entre los que ya llevaba de mi nueva colección, todavía muy exigua. Cenamos, e hicimos disponer nuestras hamacas.

Como una hora después de anochecido, los indios entraron a despedirse de nosotros. Se iban a dormir en la arena de la playa, que les ofrecía lecho más blando y cómodo que el suelo de sus ranchos. Los infelices habían vendido velis nolis sus hamacas al Prefecto, y, hasta concluir otras nuevas, tenían que valerse del recurso indicado para pasar menos mal la noche. El ruido y la gritería que se escuchaba fuera de los ranchos indicaba que eran muchas las personas dispuestas a emprender esta excursión

nocturna. Salimos para cerciorarnos, y vimos en efecto que casi todos los moradores del lugar desfilaban en una especie de procesión hacia donde se hallaban sus canoas, alumbrados por unas teas formadas de la corteza de un árbol resinoso llamado turi.

Sólo quedaron con nosotros dos o tres enfermos de romadizo, y algunas mujeres que tenían que amamantar a sus pequeñuelos. Estas eran pocas en número; pero tan grande su locuacidad, estimulada acaso por nuestra presencia, que no cesaron de charlar en toda la noche en voz tan alta y con gritos tan descompasados, que unido éste al llanto de los muchachos, a la tos continua de los del romadizo y al ladrido de los perros, que pasaban quizás de una docena, nos hicieron pasar una verdadera noche toledana, sin poder conciliar el sueño un cuarto de hora seguido.

Como lo indios acostumbran adornarse no sólo con chaquiras, sino con plumas de todo género de aves, y hojas de diferentes plantas aromáticas, habían dejado impregnada la atmósfera del rancho de un olor especial, probablemente muy agradable para ellos, pero que no lo era tanto para nosotros, lo cual también no dejó de contribuir a ahuyentarnos el sueño.

Antes de que los indios se marchasen, les compramos algunos plátanos y contratamos dos canoas para poder bajar a la Laguna, en unión de la que ya traíamos, pues habíamos resuelto abandonar la balsa, por ser muy pausado su movimiento.

En todo el tiempo que estuvimos en Puicuntí, nos divirtió sobre manera la cándida manía de mi escribiente, de ponerse a conversar con los indios, él en español y ellos en coreguaje, sin entenderse unos ni otros, y por el solo placer de escuchar sonidos que para ninguno de ellos podían tener significación alguna.

Mientras él se entretenía en hacerles algunas reflexiones sobre la deformidad que resultaba de pintarse el rostro, y particularmente de teñirse de negro los labios y los dientes, ellos satisfacían su curiosidad infantil, manoseándole los vestidos y la barba,

abriéndole la camisa para examinarle el pecho, y entregándose a todo género de investigaciones, que sólo hallaron límite en el pudor del investigado.

Terminaré la relación de este día, dando a mis lectores una idea del capitán o gobernador, como él se titulaba, de los indios de Puicuntí, que además de su autoridad ejercía la profesión de médico y brujo, de gran importancia entre los indígenas. Llamábase este personaje Mauricio; hacía alarde de haber sido bautizado; pero no conocía del cristianismo más que lo que conocen los que se hallan en idéntico caso, y es, como dijimos en otro lugar, alguna corta oración, recitada a veces como recita el loro las palabras que le enseñan. Sin ser de estatura muy elevada, era vigoroso y robusto; su edad era incalculable, como sucede en la mayor parte de los indios, que como son completamente imberbes, y no encanecen, ni se les arruga el rostro, sino a una edad muy avanzada, desde que llegan a la plenitud de la pubertad hasta los sesenta años por lo menos, no sufre alteración ni cambio alguno su fisonomía, razón por la cual es muy difícil distinguir entre ellos cuál es más viejo o más joven, a no ser que ya se encuentre en el término natural de la vida.

Como médico y a la vez brujo o agorero, ejercía en el lugar una influencia omnímoda, porque las determinaciones de éstos son irrevocables, y están autorizados para todo, hasta el punto de apoderarse, si les agrada, de la mujer ajena, a lo cual no se opone nunca el desposeído.

Tiene sin embargo esta profesión un grave inconveniente; y es el de pagar con su propia vida la del enfermo que llega a morir en sus manos, lo cual sucede con harta frecuencia, cuando el brujo ha abusado de su autoridad y se acarrea la antipatía de la tribu, que entonces todos hacen causa común contra él, y muere al fin por la lanza o el veneno de los más osados.

Para poder dar a conocer este personaje con la mayor exactitud posible, hice de él un ligero retrato, adornado con sus primorosas galas, y con los atributos que distinguen

su profesión, entre los cuales es el principal el collar de cuentas con varios colmillos de tigre.

DOMINGO 23 DE FEBRERO

La mañana fue casi toda de lluvia; sin embargo, determinamos salir por si el tiempo mejoraba.

Resueltos, como dijimos antes, a trocar la balsa por las canoas, empleé la mañana en concluir los dibujos del puerto y del gobernador, mientras mis peones y los indios trasbordaban nuestros efectos a los nuevos vehículos en que habíamos de trasladarnos al pueblo de la Laguna, y al río Caquetá, que teníamos vivos deseos de conocer, hasta donde las circunstancias nos lo permitiesen.

A eso del mediodía salimos del puerto, hasta el cual nos acompañaron todos los habitantes del lugar, incluso el jefe, vestido de gala. En él abandonamos, por mi parte no sin pesar, la pobre balsa que hasta allí nos había conducido, porque el hombre capaz de sentir, no se aparta jamás sin algún dolor de los objetos, siquiera sean inanimados, que han llegado a prestarle algún servicio.

En la mayor de las tres canoas, que bogaba delante, íbamos el P. Albis, mi escribiente y yo, con nuestro piloto Eugenio, y un indio joven, que tenía sus puntas de elegante o dandy, como diríamos en Europa, o de cachaco, como en Colombia se llaman.

Durante el día que permanecimos en Puicuntí, este joven indio cambió diferentes veces sus adornos de plumas, pintándose otras tantas los brazos y el rostro de distinta manera. Tan pronto como variaba sus adornos, se nos ponía delante muy satisfecho de sí mismo y como haciendo alarde de su gran ingenio para dar nueva forma a sus galas. Por la tarde se nos presentó con grandes manojos de albahaca a guisa de brazaletes y otros ramos de hojas olorosas pendientes de las orejas, adornadas con largas plumas de la cola del guacamayo. Nuestra sonrisa, entre benévola y burlona, debió causarle

una gran satisfacción, porque fue inmediatamente a buscar a sus compañeros, y en su manera de accionar parecía como que les participaba el gran éxito que había alcanzado. Este personaje, gracioso por demás, si no hubiese rayado en lo grotesco, iba con su canaleta y palanca en la proa de nuestra pequeña embarcación; Eugenio iba en la popa, provisto de iguales instrumentos, y a él iba confiada la dirección de la canoa. En la segunda y tercera iban mis criados con el equipaje y provisiones, el hermano de Eugenio y los indios contratados hasta la Laguna.

A poco de nuestra salida se despejó la atmósfera de tal modo, que el calor se hizo muy intenso, y casi nos sofocaba, a pesar del toldo, que llevábamos de resguardo. En lugar de la lentitud con que habíamos navegado en la balsa los días precedentes, las canoas empujadas por el remo y la palanca hábilmente manejados, avanzaban con tanta rapidez como pudiera hacerlo un caballo a galope, siendo forzoso guardar un gran equilibrio, porque su propia estrechez, la escasa elevación de sus costados, la forma convexa de su parte inferior, y la falta de quillas hacen estas embarcaciones muy ocasionadas a zozobrar al menor movimiento un poco brusco hacia cualquiera de sus costados.

El cauce del río y sus riberas continuaban ofreciéndonos igual espectáculo que en los días anteriores. Al detenernos por breves instantes en una playita, vimos entre las ramas de los primeros árboles del bosque un hermoso pájaro a quien no espantó nuestra presencia: lo bajé de un tiro y lo guardamos para dibujarlo y conservar su piel disecada: era una pava de las que en el país se conocen con el nombre vulgar de cuyubí o cuyuí, de plumaje negro y brillante, patas de un rojo muy encendido y muy semejantes en todo lo demás a la que describimos anteriormente, excepto en la carne, que la de esta última es muy blanca y sabrosa.

Poco después de las tres de la tarde arribamos a una playa, frente a la boca del río Peueya, último tributario del Orteguaza, que le entra por la orilla izquierda, y es navegable en canoa por espacio de siete u ocho días.

Mientras se preparaba el rancho, maté otra pava de la misma especie que acabamos de describir, y con las dos tuvimos para hacer una agradable cena.

Afortunadamente no nos costó gran trabajo el arrancar en este día; porque habiendo encontrado en la misma playa algunas cabañitas de pescadores en perfecto estado de conservación, fue suficiente colocar dos de ellas sobre un esqueleto de troncos pequeños, para tener una habitación relativamente confortable. Y he dicho afortunadamente, porque si un poco más se hubieran tardado nuestros indios y peones en preparar un albergue, la tarde y la noche hubieran sido desastrosas.

Desde que llegamos a la playa habíamos visto levantarse por el lado del norte una densa y oscura nube, que por soplar el viento de la parte del sur no nos puso en cuidado; pero el viento cambió de pronto, y la nube empezó a avanzar con tal rapidez, que a pesar de nuestra diligencia y de los pronto recursos que teníamos a la mano, descargó sobre nosotros un verdadero diluvio, antes que nuestro albergue estuviese del todo concluido. Las exhalaciones eran muy frecuentes; el trueno retumbaba por aquellas soledades con un fragor espantoso, y las ráfagas de la tempestad eran tan violentas, que temimos más de una vez que hiciese volar nuestro pobre cobertizo. En los primeros momentos logramos colocar a su amparo los objetos más importantes que iban en las canoas, después, todo nuestro afán quedó reducido a sostener por debajo nuestra frágil techumbre para que el viento no la arrastrase. La furia de la tempestad se aplacó un poco al llegar la noche; pero los aguaceros no cesaban, y nos costó un trabajo inmenso acabar de componer el rancho, y sobre todo encender lumbre para preparar la comida y ahuyentar los tigres. Apelando al último recurso la hicimos encender bajo nuestro mismo techo; y aunque el humo casi nos asfixiaba, sufrimos esta contrariedad con toda resignación, a trueque de tener luego con qué satisfacer el hambre.

Conseguido esto, nos acostamos a dormir tranquilamente; pero hay días aciagos, y éste fue uno de ellos. Pocas horas habíamos dormido, cuando se acercó uno de los peones a despertarnos con desaforadas voces: el río iba subiendo con gran celeridad,

y las oleadas casi invadían ya nuestro rancho. Nos levantamos con la presteza que puede suponerse, y mientras se ponían en salvo las canoas, todos los objetos fueron llevados con la mayor prontitud, y colocados a la orilla del bosque, que era nuestro último refugio. Allí se depositaron en montón, cubriéndolos con nuestras capas impermeables, mientras con las demás se formaba otro exiguo cobertizo, donde apenas cabíamos sentados, para guarecernos de la lluvia, que no había cesado completamente. Así pasamos el resto de aquella angustiosa noche, con el oído atento al menor ruido que en el bosque sonaba, y la vista fija en el oriente, esperando con ansia ver asomar los primeros rayos de la aurora.

LUNES 24 DE FEBRERO

Al cabo se presentó el día con una densa niebla, al través de la cual logramos ver el sol, cuyo pálido disco se hallaba envuelto entre tupidos celajes. Nos embarcamos y seguimos en demanda de la Laguna. El agua del río bajaba turbia y espumosa, y al buscar nuestro rancho, vimos que había sido arrastrado por la corriente.

A un lado y otro fuimos encontrando como una especie de aberturas en las paredes del cauce, que se prolongaban hacia el interior del bosque: eran otras tantas bocas o caños, por donde el río en las grandes crecientes se comunica con lagunas de más o menos extensión, que se hallan a corta distancia de sus bordes.

Más adelante, en una playita, encontramos un grupo de grullones, que parecían entregados a la contemplación, según su actitud reposada y meditabunda, o embebidos en mirar su imagen reflejada en las aguas del río, sobre las cuales tenían inclinada su cabeza. Cuando llegamos a una conveniente distancia, los saqué de su meditación disparándoles un tiro, del cual quedó uno alicortado, escapando los demás con lento y perezoso vuelo. El dandy coreguaje, que como hemos dicho, iba en la proa de nuestra piragua, saltó inmediatamente en tierra para apoderarse del animal herido; pero éste, en lugar de entregarse a discreción como prisionero, esperó a su adversario con su largo pico en ristre, y se trabó entre los dos una descomunal batalla,

digna de ser referida por la elegante pluma de Cide Hamete Benengeli. El indio, que en un principio iba desarmado, al ver la provocativa actitud de su enemigo, que tomó la ofensiva al primer encuentro, se apoderó de un buen garrote que encontró en la playa, y esgrimiéndolo, se acercó al grullón; éste hizo verdaderos prodigios, así en el ataque como en la defensa; pero al fin sucumbió a los repetidos golpes del indígena, que aun después de verlo tendido en tierra, y casi sin movimiento, lo contemplaba todavía sin atreverse a tocarlo. Por último se resolvió; tomólo por el cuello y se lo echó al hombro; pero a pesar de su estatura más que mediana, las patas del zancudo arrastraban por el suelo e iban formando en la arena dos surcos, última señal de su peregrinación por este triste valle. Al llegar el indio a la canoa, tomamos las dimensiones del pájaro, que por su gran tamaño no quise disecar, pues medía cerca de dos metros de envergadura, y dos metros muy cumplidos desde la punta del pico hasta la extremidad de las patas. Su plumaje era de una blancura resplandeciente, excepto en la cola, que apenas medía de longitud unos doce centímetros, y en las coberteras de las alas, que eran de un negro muy intenso. El cuello, desde la mitad hasta la parte superior de la cabeza, lo tenía, como ésta, cubierto de una piel escamosa y arrugada, y su enorme pico, que era de color gris como las patas, desnudas hasta más de la mitad del muslo, medía por sí solo veinte centímetros.

Más adelante encontramos una familia de los mismos indios coreguajes, acampada en una playa, y cuya ocupación era la de extraer zarzaparrilla. El exiguo ranchito que les servía de albergue, tendría apenas un metro de elevación, y cuando pasamos, se hallaban disponiendo su almuerzo y con la canoa varada en la orilla.

Algunos kilómetros más abajo, encontramos a la derecha un caño estrecho, por el cual se comunicaba el río con una laguna llamada Oorá, que en el dialecto de los indígenas significa plátano. Mi curiosidad por ver una de estas lagunas nos hizo dirigir por el caño nuestras canoas, y atravesando su estrechura, cubierta de una densísima bóveda de follaje, y deslizándonos con gran dificultad por entre ramas y troncos caídos de una orilla y otra, que en ocasiones casi nos interceptaban el paso, al cabo de unos dos kilómetros encontramos al fin la laguna. Esta era estrecha y larga, y a tener sus aguas

algún movimiento, más bien que lago hubiera parecido un río. Sus márgenes cenagosos estaban cubiertas de una multitud de plantas acuáticas, en su mayor parte yerbas extendidas sobre la superficie del agua y del cieno. Entre estas yerbas se paseaban tranquilamente, ocupadas en pescar, dos hermosas garzas blancas, a quienes no pareció que daba mucho cuidado nuestra visita, porque no dejaron su ocupación, ni levantaron el vuelo, a pesar de lo mucho que a ellas se acercaba nuestra canoa. No quisimos corresponder con una ingratitud a la confianza que de nosotros hicieron, y dejándolas pescar tranquilas, como las habíamos encontrado, tomamos otra vez la vuelta del río, experimentando al salir las mismas dificultades que habíamos tenido que vencer a la entrada.

A nuestro paso, vimos algunas huellas recientes de danta y de tigre, y grandes hoyos en dirección horizontal en ambas orillas, donde se refugian ciertos peces, cuando la creciente del río es muy abundante. Media hora después llegamos a un lugar llamado Puerto de la Laguna, cuya calificación, como había sucedido en Puicuntí, no pudo menos de hacernos soltar la carcajada. El puerto de la Laguna es lo siguiente: un brazuelo del río, estrecho y cenagoso, que va a parar a un lago de alguna más extensión que el que antes hemos descrito. A unos cien metros dentro del brazuelo, se ve a la derecha un pequeño desmonte, que se extiende hasta la orilla, y va estrechándose hacia el interior, donde termina en una senda angosta y difícil de transitar, por hallarse cubierta de raíces, que por todas partes la embarazan. En la orilla de este desmonte, que tendrá a lo sumo diez o doce metros de diámetro, atracan las canoas sobre un terreno donde no se puede pisar sin atollarse: he aquí el llamado puerto de la Laguna.

Después que salimos a tierra firme en hombros de nuestros bogas, tendimos la vista al rededor, buscando inútilmente el ponderado pueblo pero sólo vimos por todas partes un terreno de ciénagas, el bosque denso y compacto y una especie de manglares, donde los árboles se levantaban hacinados y en grandes grupos, y las raíces adventivas bajaban a veces desde la mitad del tronco, ofreciendo a la vista las formas más caprichosas.

El pueblo había sido trasladado a una pequeña colina del interior, situada cerca de tres kilómetros, hacia la parte oriental del puerto, y nos dirigimos a él por la tortuosa y embarazada senda de que antes hemos hablado. El terreno por donde ésta estaba proyectada, porque abierta no puede decirse, conserva su carácter de ciénaga temporalmente abandonada por las aguas, porque en tiempo de lluvias, que es lo que aquí se denomina invierno, los ríos todos se desbordan inundando la llanura, que durante algunos meses del año queda completamente sumergida.

Entre el puerto y las casas corre un arroyo de márgenes muy cenagosas, que tuvimos que atravesar por un puentecillo formado de un tronco carcomido en gran parte, que el huracán o el gorgojo habían derribado al azar sobre la corriente. Cerca del arroyo encontramos algunas palmas de chontaduro, cargadas de enormes racimos de su fruta vistosa, en completo estado de madurez, y no lejos de ellas dos indias y un indio que se ocupaban en arrancar algunos tubérculos de yuca. Uno de los naturales había madrugado a embadurnarse el rostro con la tinta de que hacen tan frecuente como lamentable uso, de tal manera, que a cierta distancia su cara parecía, más que un rostro humano, un enorme pimiento maduro de los que se producen en España en diferentes localidades, principalmente en La Rioja. Viéronnos pasar cerca de ellos con más curiosidad que extrañeza, y cuando nos alejamos un poco, volvieron a entregarse a su trabajo.

A corta distancia del lugar en que encontramos estos indios, vimos al fin ensancharse la senda, y subimos una colinita con una pequeña explanada, cuyo centro ocupan, en la misma disposición y forma que las de Puicuntí, las dos únicas casas de que el pueblo se compone.

Nuestra llegada produjo un gran movimiento en toda la población, particularmente femenina, corriendo una parte de ella a ocultarse de nuestras miradas o tal vez a cubrirse con sus cusmas las personas de ambos sexos, que se hallan solamente con el fono o cocare, o como si dijéramos en negligé de mañana. El fono, peculiar de los

hombres, es una faja como de un palmo de ancho, formada de la corteza de un árbol conocido con el mismo nombre, que llevan rodeada a la cintura, y de la cual pende por delante una especie de fleco pintado de rojo y formado de las fibras del mismo árbol, a que dan el nombre de muceta, y que apenas alcanza a cubrirles hasta la mitad del muslo. Las mujeres, menos escrupulosas, se contentan con llevar en el mismo lugar, pendiente de una cuerdecita rodeada de la cintura, una concha de almeja de río, a la que dan el nombre de cocare. Esta concha es atributo especial de las casadas, porque las solteras no se toman el trabajo de ocultar cosa alguna; y aun en las que usan la insignia del matrimonio, para todo sirve la tal almeja, menos para cubrir lo que al parecer pretenden velar a las miradas indiscretas o curiosas. Tal vez sea una simple señal de acatamiento.

Los hombres salieron luego a recibirnos de toda gala y nos condujeron a la nave principal de sus casas, ofreciéndonos sus propias hamacas para que descansásemos en ellas. La población, a lo que pudimos calcular, se compondría de algunas 60 personas, incluso los muchachos de ambos sexos. No bien nos instalamos en sus hamacas, cuando acudieron a nuestro alrededor, sometiéndonos a un examen tan detallado y escrupuloso como el que sufrimos en Puicuntí; pues la curiosidad de estos indígenas es verdaderamente insaciable. Al sacar mi álbum y demás objetos de dibujo, repitióse la misma escena que en el otro pueblo.

La larga y espesa barba de mi escribiente, era uno de los objetos que más llamaban su atención, y que examinaban con mayor ahínco. Encontrábanle alguna semejanza con un mono bermejo, llamado vulgarmente mono cotudo, a quienes ellos denominan emúr, palabra que corría de boca en boca, mientras se hacía el examen de la barba. Lloraba a la sazón uno de los muchachos indígenas, sin que hallasen medios de hacerle callar, cuando a su padre se le ocurrió la idea de convertir en coco a mi escribiente; tomólo de la mano; llevólo al lugar en que el muchacho lloraba, y se lo presentó como un objeto de espanto. El muchacho fijó en él por un momento sus asombrados ojos; ocultó como pudo la cara entre el seno de su madre, y no volvió a

chistar en todo el tiempo que estuvimos en la Laguna. Consecuencia: mi escribiente servía para algo más de lo que yo me figuraba.

Durante la tarde se adornaron todos lo mejor posible con sus chaquiras, plumas vistosas y hojas aromáticas; pintáronse el rostro con la tinta roja como de costumbre, y se afanaban mucho en teñirse de negro labios y dientes, lo cual daba a la mayor parte de ellos un aspecto tan repugnante como asqueroso.

Al anochecer hicieron los hombres y muchachos una comida en el patio común, y entre los manjares se sirvieron hormigas y gusanos fritos, porque ellos no son en esta materia muy escrupulosos, y se comen hasta los insectos parásitos que se crían en sus propias cabezas.

Como en la Laguna tampoco habíamos encontrado a la persona para quien llevábamos recomendación a los Canelos, y se nos dijo que había bajado por el Caquetá a un sitio llamado Cosacuntí, nos resolvimos a bajar también en la misma dirección, por el deseo que nos animaba de conocer aquel río, famoso por más de un concepto. Para llevar a cabo nuestro propósito, tropezamos desde luego con una dificultad gravísima, que por el pronto me inspiró muy serios temores de tener que avecindarnos por largo tiempo entre los coreguajes. Producía este temor el ver la insistencia con que los indios de Puicuntí querían volverse a este lugar, y la negativa de los de la Laguna, a seguir adelante con nosotros, faltándonos sus canoas y sus brazos para dirigirlos. Daban todos ellos por excusa la obligación que habían contraído con algunos brasileños de tenerles dispuesta para un tiempo fijo cierta cantidad de zarzaparrilla, en pago de las cusmas, hachas y machetes que habían recibido con esta condición expresa. Ofrecíles yo pagarles por el viaje de ida y vuelta al Caquetá el duplo del valor de los objetos que habían recibido de los otros, para cuyo pago necesitaban emplear por lo menos un mes de trabajo constante y asiduo.

A costa de grandes esfuerzos conseguí hacerles comprender las ventajas de mi propuesta; y, entregándoles el precio en el acto, se obligaron a ponerse a mis órdenes.

Por fortuna se resolvió la cuestión de esta manera amigable, pues de lo contrario no sé qué determinación hubiera tomado para no avecindarme en la Laguna.

La noche se pasó sin novedad, y dormimos profundamente hasta cerca del alba, a pesar del ruido que en una y otra casa hacían, como de costumbre, sus moradores.

MARTES 25 DE FEBRERO

Apenas entraba en la casa la claridad del día, cuando los indios, que son muy madrugadores, acudieron alrededor de mi hamaca para saludarme; y como sabían que llevaba algunos objetos para cambiarlos por otros de su uso, que, entre ellos no tienen gran importancia, porque los pueden reponer fácilmente, y para mí tenían mucha como curiosidades indígenas, rogáronme que les mostrase todas las chaquiras, que así llaman en general a las baratijas europeas, manifestando su buena disposición para cederme en cambio cuanto hubiese entre ellos que pudiese agradarme. Abrí entonces un cofrecito que llevaba al efecto con cuentas de vidrio, collares de diferentes colores, tijeras, espejos, cuchillos, dulzainas, anzuelos, sortijas, y zarcillos de cobre; en fin, una tienda completa de buhonero, y empezamos a hacer nuestros cambios, mediante los cuales adquirí en pocos minutos una buena colección de adornos de vistosas plumas, intercaladas muchas de ellas en una especie de sartas, que hacen con mucha simetría, de los huesos de varias frutas, más o menos parecidos a los del albaricoque, partidos por la mitad, y que producen un especial sonido al chocar unos con otros. Dan a estas sartas, como en los Llanos, el nombre de cascabeles; y aunque las suelen llevar como adorno ordinario, las usan con predilección en sus bailes, para llevar mejor el compás de sus rústicos instrumentos. Cediéronme así mismo varios collares de colmillos de tigre y de mono, arcos, flechas, arpones de hueso de danta, bodoqueras o cerbatanas, con su correspondiente provisión de flechitas envenenadas con curare, dentro de una especie de aljaba a que acompaña siempre un calabacito con algodón, del cual le envuelven una pequeña cantidad en la parte más gruesa, para que se ajuste mejor al tubo cilíndrico, y salga con más velocidad, al empuje del soplo con que son lanzadas.

Hubo entre ellos quien me cediera una especie de canastito cuadrado con su tapa, hecho de la corteza de guaruma, en donde iban encerrados todos los objetos que ordinariamente usan para pintarse. El capitán o jefe me regaló un sebucán, especie de manga donde exprimen la yuca para hacer el pan de cazabe, y por último me cedieron, entre otras muchas curiosidades que no me detengo a reseñar por no ser en extremo prolijo, algunas lanzas en que ocupa el lugar del hierro un trozo de guadua, muy afilada y puntiaguda, que es el instrumento de que se valen con más frecuencia para acometer y matar toda clase de animales.

A cambio también de mis insignificantes baratijas, nos proveyeron de fariña y plátanos, cera y algodón para hacer velas de que íbamos ya muy escasos, prometiéndome tener dispuesta mayor cantidad de todos estos artículos para nuestro regreso.

El P. Albis se ofreció a bautizar algunos muchachos de la tribu cuando diésemos por allí la vuelta, y yo a mi vez me comprometí a apadrinar a los que hubieran de bautizarse. Esto me proporcionó desde luego el parentesco espiritual de algunos indios, que desde aquel momento empezaron a llamarme compadre.

Bajamos en seguida al puerto con el propósito de embarcarnos, y allí tropezamos con un nuevo inconveniente: los indios que habían salido delante de nosotros para la pesca o la caza, se habían llevado, quizás inadvertidamente, una de nuestras canoas, o persuadidos de que hasta el día siguiente no abandonaríamos sus hogares. El remedio que encontramos más fácil y oportuno fue apoderarnos de otra de las que se hallaban varadas en el puerto, sin tomarnos la molestia de consultar a su propietario, según habían hecho ellos mismos al apoderarse de la nuestra.

Dejando en poder del jefe de la tribu, Tomás, que era uno de mis compadres, cuanto juzgamos que no podría ser para nosotros de una necesidad absoluta, nos embarcamos a eso del mediodía y continuamos nuestra navegación hacia el Caquetá, que, según nuestras noticias, estaba ya a poca distancia. En efecto, al cabo de unos tres

cuartos de hora entramos en este majestuoso río, que por aquella parte corre de Occidente a Oriente, abordándolo por su margen izquierda. El Caquetá es anchuroso y profundo; y desde que se incorpora con él el Orteguaza, la latitud ordinaria de su cauce no bajará de cuatrocientos metros, y de cinco a seis su profundidad media. Sus márgenes se hallan también cubiertas de tupidos y muy elevados bosques, cuyas ramas y troncos se ven por donde quiera entrelazados por bejucos o plantas trepadoras, de distintas especies y tamaños, y con sus apretados ligamentos parece que se proponen formar de toda la selva una sola masa de verdura. Por lo demás, tienen el mismo carácter que las de su confluente, entre las cuales habíamos navegado por tantos días: los mismos árboles seculares, las mismas agrupaciones de guarumos y cauchos, de gigantescas mimosas y de elegantes y flexibles guaduas; extensas playas de arena con la exigua cabañita del pescador abandonada junto a la orilla, después de haberle servido de albergue una sola noche; a uno y otro lado anchas y cenagosas lagunas, que en los inviernos se convierten en mares; más allá..., hasta una distancia apenas concebible, los mismos lagos y los mismos bosques poblados de fieras y reptiles, de aves primorosas, de cuadrumanos y otros seres en su mayor parte desconocidos de los naturalistas. Sólo a grandes distancias, a veces de muchas leguas, se levanta a la orilla de un río alguna miserable choza de indígenas, entregados a las privaciones y azarasas contingencias de la vida salvaje, sin más Dios ni más ley que su fuerza, sin más desarrollo intelectual que el de la astucia, y sin otra esperanza de redención que el tiempo, que ha de venir después de muchísimas generaciones, cuando la civilización exuberante en las regiones más accesibles de la América vaya arrojando el sobrante de su población sobre estas apartadas comarcas.

Las aguas del Caquetá, las de las lagunas próximas, y las de sus numerosos tributarios, son muy abundantes en tortugas y peces; pero tienen también infinitos peligros como los bosques que las rodean: el caimán y la babilla, anfibios voraces que están siempre en acecho; el diminuto pez caribe, que afluye en enjambres de millones de individuos a devorar con sus microscópicos dientes al hombre o el animal puesto a su alcance; la torpilla o anguila eléctrica, que paraliza, si no mata, hasta a los seres más vigorosos, al descargar sobre ellos su tremenda batería, cual si fuese el rayo que baja de las nubes;

la ponzoñosa raya, cuyo aguijón produce una herida casi siempre incurable; y sobre todo, el enorme boa constrictor, de prodigiosa fuerza y de tamaño colosal, cuya víctima triturada por sus anillos pasa a su estómago viva aún y con los miembros palpitantes; ofidio temible, que así se halla en los pantanos como en la espesura del bosque, y en la corriente de los ríos, y a cuya presencia tiemblan de espanto y quedan sin acción hasta los animales dotados de mayor ferocidad, y cuyo solo nombre es la pesadilla constante y el terror invencible del indio, familiarizado con cuantos peligros ofrece la vida de la Naturaleza.

Algunos kilómetros más abajo de la embocadura del Orteguaza, observamos un lugar en que el bosque era menos corpulento: allí existió durante algunos años un pueblecito de indígenas, que llevó el nombre de Solano, y que trasladado después como un miriámetro más arriba, en las orillas del mismo Caquetá con la denominación de Santa María de las Mercedes, ha dejado de existir hace ya algún tiempo.

En el lugar a que primero nos referimos, la población llegó a ser bastante numerosa, y hasta intentaron aclimatar algún ganado lanar, vacuno y de cerda, que con mucho trabajo lograron introducir de otros lugares del lado opuesto de la cordillera. La aclimatación hubiera sido muy fácil, atendida la abundancia de pastos; porque tan pronto como se hacen las rozas del bosque, las gramíneas brotan espontáneamente, y se perpetúan con sólo el cuidado de destruir los retoños de los árboles; pero no contaban para la aclimatación con el inconveniente de dos enemigos formidables, que cada uno de por sí basta para hacer infructuoso el afán de los ganaderos: estos enemigos eran el tigre, que cada día les arrebatava una presa, y más que el tigre los murciélagos vampiros, que acudían en numerosas bandadas durante la noche a chupar la sangre de los pocos animales que el tigre dejaba, aniquilándolos hasta hacerlos perecer, sin que los colonos hallaran medio de evitarlo. Estos al fin al ver lo inútil de sus esfuerzos, determinaron abandonar la población, y se trasladaron al lugar que antes mencionamos.

Al hablar del prodigioso número de tigres que hay en la comarca, el P. Albis me refirió un suceso que le acaeció a él mismo, y que puede citarse como prueba inconcusa. Durante su tiempo de residencia, tuvo que dejar el lugar con otro vecino, sólo por un día; dejó en la casa una hermosa perra de que era poseedor, y a su regreso, en vez de encontrar al pobre y fiel amigo que había dejado de guarda del hogar, halló instalado tranquilamente en él un corpulento tigre, que después de devorar la perra, se había posesionado de la casa. El nuevo dueño no recibió de muy buen grado la visita de sus primeros moradores, ni éstos tuvieron un gran placer en la recepción del reciente propietario, que mientras aquellos salían a buscar auxilio y armas con que dispoñerlo, sin esperar a que se entablase el interdicto, se alejó por donde había entrado.

Cuando pasábamos por este lugar, serían las dos de la tarde; los rayos del sol reflejados por las aguas del río y por las arenas candentes de la playa, hacían casi irrespirable la atmósfera; y, a pesar de nuestro toldo, nos ahogábamos dentro de la barqueta. Gracias al copiosísimo sudor de que íbamos inundados, y a alguna que otra ráfaga de viento, que de cuando en cuando soplabá, nos pudimos libertar de una asfixia, que, sin estas circunstancias, hubiera sido inevitable.

En el cauce del río encontrábamos ya muy pocos troncos, y éstos eran siempre de tamaño colosal y se hallaban muy cerca de las orillas, porque la misma profundidad y la poderosa fuerza de la corriente suele arrastrar en las avenidas los pequeños y los medianos con la misma facilidad que un arroyo arrastra una hoja seca.

A pesar del calor, nuestros bogas indios desafiaban aquella atmósfera de fuego, con su cusma arremangada hasta la cintura y la cabeza descubierta. Además del calor teníamos que luchar con una inmensa plaga de mosquitos y jejenes, que sin cesar nos atormentaban con sus picaduras. En vano agitábamos las manos y los pañuelos para ahuyentar aquellos enemigos tan diminutos como implacables. Sólo los indios tomaban de ellos una venganza digna del encarnizamiento con que aquellos los

perseguían, cogiendo y comiéndose cuantos lograban atrapar, haciéndoles sufrir la pena del talión: esto es, sangre por sangre.

A eso de las tres llegamos a un lugar llamado Cosacuntí, donde creíamos encontrar al D. Juan Ventura en su pesquería, pero sólo hallamos un indio con su canoa, por el cual supimos que se había trasladado dos días antes a la boca del río Mecaya, que está algunos kilómetros más abajo, porque era allí la pesca más segura.

Seguimos navegando sin detenernos; y ya muy avanzada la tarde, vimos a lo lejos en una playa unos cuantos ranchos, que por el color verde de las hojas de que se hallaban cubiertos, comprendimos que estaban recién construidos. Calculando que pudieran pertenecer a la persona que deseábamos encontrar, nos acercamos a la playa y saltamos en tierra; pero también salieron fallidas nuestras esperanzas. Era otra familia, también de Los Canelos, con sus peones indios y todos los aparatos para la pesca y salazón del bagre; pero no era D. Juan Ventura. Estos nos dijeron que aquél se hallaba en el día anterior tres playas más abajo; pero que trataba de alejarse hasta el río Caguán, distante seis días en canoa, y no sabían a punto fijo si había emprendido ya su viaje.

El que hacía cabeza entre aquella gente era un hombre de tipo europeo, de condición humilde, pero de cortesías modales y servicial en extremo. Nosotros no podíamos bajar a aquellas horas, sino resueltos a navegar una buena parte de la noche, por un río completamente desconocido; y como nuestro hombre se ofreciese a bajar con dos de sus bogas, durante la madrugada, para traernos temprano las noticias que hubiese sobre el asunto, determinamos pernoctar allí y arreglarnos un rancho a la ligera.

A poco de anochecer, y mientras nos preparaban la comida, fuimos a visitar sus ranchos, en los que encontramos cuatro personas racionales, como se llaman ellas a sí mismas, y ocho o diez indios coreguajes, que según los otros, no debían pertenecer a la familia humana.

Hallábase entre los indios uno ya muy anciano, tullido de las piernas y tuerto del ojo izquierdo; este indio se llamaba Güecó, que en su dialecto significa loro; había sido en sus buenos tiempos profesor de canto y de baile entre los de su tribu; y, aunque ya no podía ejercer la segunda parte de su profesión, cantaba todavía más que medianamente al decir de sus compañeros. Le rogué que me cantara la canción más conocida entre los coreguajes, y mediante un pequeño regalo que le hice, se prestó al punto a complacerme.

La canción parece dividida en tres estrofas, según las pausas que hizo el cantante. Aunque algo monótona la entonación, advertíanse de cuando en cuando algunas notas, cuya armonía imitativa dejaba bien comprender que el tipo había sido tomado del canto especial de algún ave del monte. Los versos, si tal pueden llamarse, tenían también alguna cadencia métrica, que se dejaba conocer por el apoyo periódico de ciertas notas, donde sin duda debía verificarse algún movimiento del baile, a que la canción sirve de acompañamiento, al son de las flautas de caña, del tambor hecho de un tronco ahuecado artificialmente, y de algún otro instrumento igualmente sencillo y ruidoso; pero carecía de rima.

He aquí las estrofas que cantó el viejo coreguaje, escritas lo menos imperfectamente que me fue posible, por la dificultad de comprender bien las palabras, confusamente pronunciadas. Llámase esta canción del Umú, que es el nombre que dan a la oropéndola, y no deja de tener en sus primeras notas alguna semejanza con el canto de esta ave.

COREGUAJE ESPAÑOL

| | |
|-------------|------------------------------------|
| Capirumú; | Este es el canto de la oropéndola; |
| chesque-amé | luego oiréis otro |
| güecó-ujá. | que es el canto del loro. |
| Seubjuá | Así canta el turpial |
| ujé-ujuá. | y así la pava. |

Chai-ujúa. De este modo ruge el tigre.
Ujuá-chaiñú. Vamos a bailar.
Mayacú-ñoñú; Pongámonos los brazaletes,
pupsá-sooñú; untémonos con achiote
curí-gegeñú; y pintémonos con chicha;
jiú-betetú-oñú coronémonos de plumas
quehuesá. después de peinarnos.
Ñasemá Colguémonos el plumaje
maroro-huí, con las colas de tucán,
majicó, de guacamayo
suiseró, y de camarana
huitó-cohuí. y del plumón del pato.
Cajú-reré, Pongámonos las orejeras.
Aú-huañú. Vamos a comer.
Onó-cuñú. Dame chicha.
Huaic-sañú. Vamos a cazar al monte.
Chió-sañú. Después iremos a la roza
Chi-hué, Allí está mi casa,
maí-higué. que es también la de todos.
Mejá-huí, Más tarde iremos a la playa,
güea-conó, donde beberemos chicha de maíz,
ené-conó, y de chontaduro,
chichi-conó, de caña dulce,
o-conó, y de plátano,
ai-oco. y agua del río;
chi-achá y nos bañaremos,
a-iró, para irnos al monte,
o-saracá, después de beber el aguardiente de yuca,
ao-tonjí y comer pan de cazabe
to-toró cocido en la olla común
totorea-guá. y vaciado en nuestros platos

Peoumuén. Y aquí se acabó mi canción.

Como se ve, el Umú, o canción de la oropéndola, no es otra cosa que un breve compendio de los sonidos que escuchan con más frecuencia en los bosques, y una especie de recopilación de los más importantes actos de la vida salvaje. La versión que ofrezco a mis lectores, y que juzgo bastante fiel, si no en la traducción particular de cada palabra, por lo menos en el significado de sus frases, conseguimos hacerla aquella misma noche, ayudados por Eugenio, por el P. Albis y por un joven indio de la misma tribu, que conocía algo el español, por haber estado desde sus primeros años entre racionales que hablaban esta lengua. Después la consulté varias veces con personas versadas en el dialecto coreguaje, y todos le encontraron la suficiente exactitud para dejarme satisfecho. Este fue el último trabajo del día.

MIÉRCOLES 26 DE FEBRERO

Tan pronto como nos levantamos, salí por la playa a hacer un poco de ejercicio y disfrutar del fresco de la apacible mañana. La arena, con el rocío de la noche, que es abundantísimo, estaba mojada como si hubiese caído un copioso aguacero; y como me dijese que podía haber peligro para la salud en respirar las emanaciones, que, en forma de vapor, se levantaban, me dediqué a visitar uno por uno los ranchos de aquella improvisada población, en la que cada persona, o a lo sumo cada familia, forma aparte su albergue, tan efímero como el tiempo que han de habitarlo. Esto me proporcionó el placer de asistir y examinar escrupulosamente, en todos sus pormenores, el tocador de una india. Hacía poco que se había levantado, y al llegar yo a su choza, acababa también de entrar en ella. Contestó a mi saludo con unas frases que no pude comprender, acompañadas de una sonrisa benévola. Me senté sobre un tronco a encender un cigarro en una pequeña hoguera que ella tenía próxima, para ahuyentar los mosquitos, y le ofrecí otro, que aceptó con muestras de gratitud, y guardó sin duda para fumarlo más tarde. Era la india una muchacha de hasta unos veinte años, fresca y rolliza; y aunque sus carnes tenían el color del bronce oxidado, se

hallaban a la sazón en perfecto estado de limpieza, y no las afeaba ninguna de las extravagantes líneas con que se pintan frecuentemente. Acababa de bañarse.

No pareció embarazarle de modo alguno la presencia de un extranjero para hacer su toilette de mañana, porque después de mirarme de un modo particular, que a mi parecer quería decir "con su permiso", echó mano de una especie de cestilla cuadrada, como de un palmo poco más o menos; la abrió cuidadosamente, y empezó a sacar de ella cuanto necesitaba para su atavío: fue lo primero un peine, formado con bastante primor y habilidad, de las finísimas y aceradas púas que guarnecen el tronco de la palma llamada chontaduro, ligadas entre dos palitos con filamentos de otra palma. Después de alisarse perfectamente los cabellos, húmedos todavía por el baño, sacó del cestillo una especie de corona estrecha, formada de plumas rojas y azules, como de una pulgada de longitud, entresacadas del vistoso plumaje de un guacamayo, y la colocó sobre su frente.

La muchacha, ataviada de este modo sencillo, estaba realmente bella, dentro del tipo indígena. Apenas se colocó la corona, sacó del mismo cesto un espejito de proporciones exiguas, adquisición hecha de algún buhonero de los que comercian en el interior de estos bosques, y se estuvo contemplando algunos minutos con una complacencia que no trataba de disimular en manera alguna. En seguida sacó tres larguísimas sartas de cuentecillas de vidrio, blancas y azules, y se adornó con ellas el cuello y los brazos. Hubo otro paréntesis de contemplación al espejo, y yo me figuré que por entonces el tocador estaba concluido; pero faltaba lo principal. Volvió a meter la mano en aquel arsenal inagotable, y sacó de él un coquito como la mitad de un puño, y con un agujero redondo en su parte más gruesa. Por este agujero asomaba un palito que remataba como en pincel por una de sus puntas, y ésta era la que se hallaba dentro del coco; allí estaba el depósito de la chica, tinta de un color de carmín muy intenso, preparada con manteca de ave. Tomó el espejo en la mano izquierda y en la derecha el pincelillo, que se aplicó primero a la frente, y trazó en ella por debajo de la corona dos líneas delgadas y simétricas, un poco arqueadas y que venían a reunirse en una sola hacia el nacimiento de la nariz o un poco más arriba; prolongó luego esta

línea a lo largo de la nariz hasta su extremidad inferior, y trazóse luego otras dos paralelas entre sí y perpendiculares a la primera, que se cortaban en la parte central, y se extendían por uno y otro lado hasta los pómulos. De éstos hizo arrancar hacia abajo otras varias en forma de abanico, una de las cuales, atravesando por la parte anterior y central de la barba, se reunía con la del lado opuesto. De las extremidades del labio inferior tiró otras dos en arco, que quedaron unidas en la parte central de la boca, y por último llegó su vez a los brazos y piernas, donde no escaseó las figuras más caprichosas y extravagantes.

Faltaba algo todavía para completar los estrambóticos adornos, y se atravesó un pedazo de junco por la ternilla de la nariz, y otros dos de cerca de un palmo de largo y como un dedo de grueso, en cada oreja, a los cuales acompañó unas planchitas triangulares de plata y algunas cuentas y plumas de distintos colores. En unos agujeritos que tenía hechos en el labio superior se introdujo otras tantas púas de chonta, en la misma dirección que el jabalí ostenta los colmillos; y juzgando ya su figura completa e inmejorable, echó la última mirada al espejo; guardó sus trastos en el cestillo; se levantó con aire de triunfo, y me tendió la mano con una expresión en que yo no pude menos de traducir esta frase: "ahora sí que me encontrarás hermosa!". Cuando volví a verla un poco más tarde, se había variado ya algunos de sus dibujos, y llevaba los dientes y los labios teñidos de negro. Entonces no pude menos de exclamar con lástima: ¡qué idea tan extravagante tienen estas pobres gentes de la belleza!

Después de recrearme con el cuadro que acabo de bosquejar, de las costumbres indígenas, me puse a tomar un dibujo del lugar en que nuestra rancharía se hallaba; y cuando ya lo estaba concluyendo, vimos subir por el río dos canoas, en una de las cuales venía nuestro emisario y en la otra un hijo del Sr. Cuéllar, con la noticia de que su padre nos estaba esperando y que no había podido subir con él por hallarse enfermo.

Acabé mi dibujo a pesar de las gravísimas molestias ocasionadas por una inmensa nube de jejenes y mosquitos de que me hallaba rodeado, y que no obstante mis precauciones, hicieron de mis manos, mi cara y mi cuello una verdadera carnicería.

Como a las once y media pudimos salir al fin, acompañados de toda la colonia de pescadores que nos había prestado tan buenos servicios, y que trasladaban su residencia a otro lugar, esperando mejor recompensa a su trabajo. Íbamos todos en ocho canoas desplegadas por la corriente, y animando de tal manera las aguas del Caquetá, generalmente tan solitarias, que rara vez los ecos de sus bosques habrían tenido ocasión de repetir sonidos tan multiplicados. El espectáculo era bellissimo: los indios adornados con sus mejores galas, a popa y a proa, manejando el canaleta con su habitual destreza, los rayos del sol rielando sobre la superficie del río, ligeramente rizada por el empuje del remo; los pájaros de la selva cantando en la espesura de una y otra orilla; los peces saltando delante de nuestras canoas, y el grito del indígena contestando de una a otra piragua; todo contribuía a dar animación al grupo que íbamos formando, como sólo se suele encontrar en los países de una población alegre, laboriosa y exuberante.

Una hora después arribamos a una playa extensa, en un sitio llamado Sumirá, en la cual divisamos desde lejos un considerable número de ranchos, en los que tenían su improvisada habitación el Sr. Cuéllar, su familia y sus pescadores coreguajes. Las ligeras columnas de humo que se levantaban en medio de la ranchería, y los ladridos de los perros, que salieron a encontrarnos a larga distancia, hubieran sido bastantes para anunciarnos que la playa no estaba desierta.

Al desembarcar fuimos recibidos muy cordialmente y tomamos posesión de un rancho que tenían ya dispuesto para nosotros. Allí encontramos otras seis canoas, que con las ocho que acababan de arribar, formaban toda una escuadra en miniatura. También allí la animación era completa: unos se ocupaban en volver los bagres recién salados, extendidos al sol sobre empalizadas de dos metros de altura, otros en ahumar los trozos de danta y de cafuche, muertos a lanza en los días precedentes; las mujeres

preparaban la comida, y los muchachos desnudos jugaban con placer, revolcándose sobre la arena.

Por la tarde empecé a dibujar un grupo de dos indios de la tribu de los tamas, procedentes de las orillas del Caguán, que el sr. Cuéllar tenía a su servicio; estos indios eran hijo y padre, y usaban aún el foro y muceta, traje ordinario de los naturales antes de adoptar la cusma. Luego hice un apunte de la mujer del uno y madre del otro, vieja pintada casi toda de negro, sin más tapujo que su cocare.

Por la noche, la esposa del Sr. Cuéllar nos hizo un regalo tan agradable por la novedad como por su mérito intrínseco: era un poco de arroz preparado con miel de caña y una especie de leche muy sabrosa que se extrae del fruto de una palmera, vulgarmente llamada mil pesos, a cuya copa suben los indios con una agilidad pasmosa. La leche se obtiene poniendo a cocer en agua el indicado fruto, que es de un color morado en el exterior y tiene la pulpa de un color blanco rojizo. Esta pulpa, que no es muy abundante, se exprime después de cocida, se mezcla con agua, y se pasa por un tamiz, lo que da por resultado un líquido algo espeso, de sabor muy agradable, y bastante análogo al de la leche de vacas.

Después de un rato de sociedad, de que hacía tiempo carecíamos, nos separamos para descansar, aunque no esperábamos conseguirlo completamente, porque el calor era insufrible.

JUEVES 27 DE FEBRERO

Desde muy temprano se empezó a disponer lo necesario para una cacería al monte; y apenas salió el sol, nos embarcamos en cuatro canoas, tripuladas por indios, con los que se embarcaron también unos cuantos perros dedicados por los mismos indígenas a seguir la pista del tigre y la danta, del cafuche y el pécarí o frontino, así como del venado y de los osos de varias especies, moradores constantes de aquellos bosques. Atravesamos el río Caquetá hacia la margen derecha, con el objeto de internarnos,

como lo hicimos, por un estrecho caño o brazuelo, que sigue la misma dirección de la corriente principal, formando una isla estrecha y muy prolongada. Al fin saltamos a tierra.

Los perros ladraban de impaciencia, deseosos de internarse en el monte, y los cazadores en general registraban el filo de sus lanzas de bambú, puntiagudas, enastadas en palos muy consistentes, de cuatro a cinco metros de largo.

Por espacio de una media hora caminamos, caño arriba, examinando en la actitud de los perros, si habían encontrado la huella del tapir o del cerdo silvestre, muchas de las cuales hallamos profundamente grabadas cerca de la orilla. Al fin uno de los perros pareció alegrarse, y hacer muestras de que alguna pieza de caza estaba próxima, y todos acudimos apresuradamente, para seguir al animal, que señalaba la pista con el hocico en el suelo y moviendo la cola de una manera particular, que es el indicio más seguro. No bien los perros indios se vieron acompañados de gente extraña, empezaron a retraerse y guardaron desde entonces una actitud reservada e indiferente, en la cual más bien que perros amaestrados en este género de cacería, se asemejaban a los que viven en las grandes poblaciones, sin conocer la selva ni los encantos de la caza. Preguntamos el motivo de aquella extraña variación, y nos contestaron que los perros educados entre los indígenas se niegan generalmente a cazar entre personas que no conocen, especialmente si éstas son racionales⁵. Por extraña que me pareciese aquella susceptibilidad perruna, no pude menos de conocer su evidencia ante un hecho tan patente como difícil de explicar, dada la afición de estos animales, desarrollada hasta el extremo por el instinto y la costumbre. Por la primera vez de mi vida sentí no ser tan irracional como los dueños de aquellos perros; porque la cualidad de que Dios me había dotado iba a hacerme perder una de las diversiones de que deseaba disfrutar con mayor ahínco.

⁵ Así llaman los indios a las personas civilizadas.

Para ver si el inconveniente se remediaba, tomamos la determinación de que los indios y demás personas que merecían ya la confianza de los señores perros siguiesen cazando en su compañía, mientras nosotros los desventurados racionales nos quedábamos a la espera para acudir oportunamente al lugar en que los latidos de los vergonzosos animales nos hiciesen la indicación de haber ya alguna pieza a tiro seguro.

A poco de haberse separado de nosotros los perros, perdieron la especie de pudor que nuestra presencia les infundía, y empezaron a trabajar como verdaderos maestros que eran en el arte venatorio. No lejos de allí olfatearon la huella fresca de un tapir o danta; la dirección que el animal había seguido era hacia el interior de la isleta; la huella era doble: una de danta grande, y la otra de la misma especie mucho más pequeña, probablemente procedía de una madre acompañada de su hijuelo. Siguiéronla con afán, y a los pocos minutos se oyó latir toda la jauría. Los ladridos se escuchaban cada vez más cerca de nosotros; la danta venía, como lo tienen de costumbre, a buscar un refugio en el agua. Nos hallábamos precisamente apostados junto a una pequeña abertura del monte, donde había una senda estrecha, practicada por el paso frecuente de los animales, que suelen tener también sus veredas conocidas. El tropel se aproximaba cada vez más; los ladridos resonaban sólo a distancia de unos cuantos pasos; la danta salió al fin, arrollando con su robusto pecho la maleza. El cachorro que la seguía iba tan unido a la madre, que a primera vista se nos figuró uno de los perros que la acosaban. Sin detener un instante su veloz carrera se arrojó al agua con su hijo y desapareció en la profundidad del charco, donde ambos permanecieron como dos o tres minutos sin salir a la superficie. Los perros, que formaban con ellas un grupo en el instante de llegar al agua, se arrojaron también al mismo tiempo, y desorientados por la repentina desaparición de la danta y su cachorro, se pusieron a dar vueltas, nadando al rededor del lugar en que hijo y madre se habían sumergido. En esto llegaron los demás cazadores, y sin vacilar se lanzaron a las canoas, haciéndonos señas para que los imitásemos, lo cual hicimos inmediatamente. Todo esto se verificó en menos tiempo del que se necesita para referirlo. Las dantas sacaron la cabeza por un instante y volvieron a sumergirse.

Entonces una de las canoas se dirigió a aquel sitio, que era el más profundo del charco, y los indios empezaron a remover el agua con sus palancas. Los animales trataron de salir; pero tan pronto como llegaron al lugar en que ya el líquido no los cubría, se vieron rodeados de los perros por una parte, y por otra de las canoas. Entonces la madre tomó una actitud ofensiva y defensiva a la vez, siendo su principal cuidado la defensa de su cachorro. Los dos primeros perros que se le acercaron fueron al fondo aplastados por el rudo golpe que casi a un mismo tiempo les asestó la furiosa danta con sus patas delanteras armadas de tres pezuñas muy cortantes, mientras sostenía el cuerpo enteramente vertical, apoyándose sólo en sus patas traseras, y levantando al aire la especie de trompa rudimentaria en que termina su hocico. Ambos perros salieron aullando a la orilla, y los dos habían quedado fuera de combate con anchas heridas de las cuales brotaba la sangre en abundancia. Los indios se lanzaron entonces hacia el animal, en sus canoas, con las lanzas en alto y en ademán de hierirla; pero a un grito mío se detuvieron y esperaron. Tenía yo preparada mi escopeta y le disparé el primer tiro, cuya bala fue de refilón a la frente. El tapir lanzó un gruñido sordo; pero no perdió sino por breves momentos la posición en que se había colocado. ¡Al brazuelo! me gritó un hijo del Sr. Cuéllar, que se hallaba próximo. ¡Al brazuelo, o detrás de las orejas, que ahí es donde tiene la muerte! Dirigí entonces la puntería al lugar que primero se me indicaba; el tiro fue certero, y la pobre danta lanzando un nuevo y casi imperceptible gruñido, cayó de costado sobre su cachorro y exhaló el último aliento. Los de las canoas, que no se avenían bien con la ociosidad de sus lanzas, acabaron de matar a la madre e hicieron lo mismo con el hijo en la imposibilidad de poderlo llevar con vida a nuestro rancho. Pusiéronse ambas víctimas a bordo de las canoas y las aguas del charco quedaron enrojecidas con su sangre.

Después de curar las heridas de los dos perros y de enviarlos con las dantas muertas a la ranchería, para que salasen su carne, nos internamos de nuevo en el bosque. Uno de los indígenas había escuchado en aquella dirección los gruñidos de una manada de pecarís o cerdos salvajes. Estos cerdos, que comúnmente andan por los bosques reunidos en grupos, compuestos a veces de muchos centenares, son en extremo temibles para el cazador, a quien acometen sin miedo y lo persiguen, matan y devoran,

por muchas que sean las víctimas que haga caer delante de sí, al no depararle la casualidad algún tronco donde encaramarse, único medio de poderse libertar de tan tenaces como numerosos enemigos.

Nos habíamos internado apenas unos dos kilómetros en el bosque; los perros, poseídos de una especie de embriaguez, ocasionada por la anterior lucha, cazaban ya con verdadero entusiasmo, a pesar de nuestra presencia; una perra pequeñita, de ligerísimos pies y de mejor olfato, que iba delante de todos a larga distancia, lanzó un aullido particular, que al punto fue contestado por los otros perros. A este aullido siguióse un confuso rumor, semejante al que produce en las selvas un huracán lejano. ¡Son los frontinos! exclamaron varias voces a un tiempo. ¡Á los troncos! ¡Á los troncos! y esto diciendo, cada cual buscó el árbol más próximo y que más fácil ascenso le ofrecía, y al cabo de pocos minutos todos nos hallábamos a dos o tres metros del suelo. Los perros, que habían avanzado hacia el punto en que lanzó su compañera el primer aullido, volvieron en precipitada fuga hacia nosotros; los cerdos los seguían en número incalculable, produciendo con sus gruñidos y con el continuo chasqueteo de sus mandíbulas un ruido espantosamente diabólico. Al aproximarse, sentimos la atmósfera infestada de un olor nauseabundo. Delante de todos ellos iba uno más pequeño que los demás y con unos colmillos proporcionalmente descomunales, y al cual no se adelantaba ninguno de los otros: era sin duda el jefe de aquella manada estupenda. Los perros, lejos de detenerse al encontrarnos, seguían corriendo con la misma precipitación hacia la orilla del río; los cerdos pasaron también en pos de ellos sin detenerse. Durante su rápido paso disparé al montón, aunque con alguna dificultad, los dos tiros de mi escopeta; pero no quedó sino uno muerto, y no puedo asegurar si salió algún otro herido; porque el humo de la pólvora me envolvió como una nube. Nos habíamos colocado de tal modo, que sólo uno de los cazadores alcanzó a matar con su lanza una hembra, por ir algo separada del grupo principal, y que atravesó precisamente por debajo del árbol en que aquél se hallaba.

Cuando el rumor que aquellos animales producían se perdió completamente a lo lejos, descendimos todos de nuestros árboles salvadores, y esperamos la vuelta de los

perros, que según la opinión de sus amos no tardarían mucho en reunírseles, dando un largo rodeo y dejando a los cerdos a una inmensa distancia. Así se verificó; pues a los pocos minutos los vimos llegar cansados y jadeantes. En un cuarto de hora habían tenido que caminar por el bosque más de dos leguas. Recogimos las piezas acabadas de matar, echando a los perros los intestinos; se las dividió en cuartos para llevarlas más fácilmente a la rancharía, y se las envió con cuatro indios, a quienes mandamos volver a buscarnos, dándoles cita para una laguna próxima.

Cuando nos dirigíamos a ella, los perros encontraron en el camino la pista de otro animal, de que no pudimos distinguir las huellas por la densa capa de hojas, secas las unas, y a medio podrir las otras, que cubrían el suelo por todas partes; sin embargo, los perros con su maravilloso olfato conocieron la dirección que el animal había seguido por los efluvios o emanaciones que deja a su paso y que conservan sin duda alguna la huella o los objetos con que se va poniendo en contacto. Como nosotros no podíamos correr con la celeridad que los sabuesos llevaban, nos contentamos con seguirlos con toda la rapidez posible, guiándonos, para no perder la dirección, por los ladridos que de cuando en cuando se escuchaban. De pronto oyóse a lo lejos un aullido general de toda la jauría; los indios que marchaban delante se detuvieron, exclamando en el dialecto coreguaje: ¡chaí! ¡chaí!, que quiere decir ¡el tigre! ¡el tigre!; y en seguida emprendimos todos la carrera, para evitar si era posible que el jaguar matase alguno de los sabuesos. Diez minutos emplearíamos a lo sumo en llegar a donde los perros ladraban; hallámoslos a todos rodeados del tronco enorme de un caucho, que tenía muchas raíces adventivas, o mejor dicho, un grupo de troncos, que por yuxtaposición se habían ido soldando unos con otros naturalmente, hasta el punto de formar uno solo como estriado y de unos dos metros de diámetro. Al ver la actitud de los perros, conocieron los indios que se habían equivocado en sus cálculos, y que no era un tigre, sino un cafuche, el que se ocultaba bajo las raíces de aquel grupo de troncos; porque el primero de estos animales, al verse perseguido, busca siempre como amparo las ramas de algún árbol corpulento, a las cuales trepa sin dificultad con ayuda de sus ágiles y vigorosos miembros y de las largas uñas de que se halla armado como todos los felinos. En efecto, era un cafuche el que entre las raíces se ocultaba; pero, dada su

corpulencia, no encontraban lugar alguno que ofreciese a la vista la necesaria amplitud para darle paso hacia el centro de aquella acumulación de raíces gruesas y hacinadas. No obstante, los perros hacían la muestra con tal seguridad, mordiendo algunos las raíces exteriores hasta arrancarles la corteza y excavando otros profundas cavidades donde introducían hasta la mitad del cuerpo, que no era posible dudar de la certeza de su instinto.

Además de eso, el olor particular que los tales cerdos exhalan salía de allí tan penetrante, que por sí solo hubiera sido suficiente para denunciar al animal que allí se hallaba oculto. Echose mano de las hachas y machetes que al efecto iban prevenidos, y se abrió una boca hacia el interior, por la cual se pudo introducir una lanza. Al primer golpe de ésta, sintióse un gruñido enérgico y prolongado y el ruido que producían los miembros del animal, al agitarse con violencia. La lanza salió teñida en la sangre humeante del infeliz cafuche; el segundo golpe acabó de causarle la muerte. Abrióse entonces una boca mucho mayor por donde poder extraerlo, no sin grave peligro de herir a los feroces canes que se lanzaban hacia el interior, ansiosos de dar a la víctima común un mordisco siquiera, antes que se le acabase la vida. Luego que el boquete estuvo abierto, no hubo manera de poderlos contener, y todos se disputaban ladrando y mordiéndose mutuamente, el derecho de prelación para dejar satisfecha la ferocidad de su instinto. Algunos de ellos salieron aullando y restregándose los ojos con ambas patas delanteras: al penetrar habían tropezado con un enjambre de hormigas casi microscópicas, llamadas vulgarmente candelillas, que producen con sus picaduras un escozor horrible, y son tan venenosas, que si se introducen en los ojos causan peligrosas oftalmías.

El temor natural a este dañino cuanto pequeño insecto, obligó a los indios a buscar un medio hábil de sacar el cafuche, sin tener que penetrar hasta su cueva: buscaron un fuerte bejuco; hicieron un lazo corredizo en una de sus extremidades, y lo introdujeron por medio de dos palos hasta dejar bien enlazada la cabeza del animal; entonces tiraron con fuerza y lo sacaron arrastrando hasta un lugar completamente limpio, donde se le despojó primero de una glándula que lleva en el lomo, que segrega

una especie de almizcle, de olor insoportable, antes que se extendiese por todo el cuerpo, y luego se le despojó de la piel y se remitió hecho cuartos al depósito de provisiones.

Desde allí partimos alegres hacia la laguna, que teníamos ya a corta distancia, donde nos prometíamos terminar la diversión empezada con tan buenos auspicios, con la caza de algunas piezas de volatería. La laguna era estrecha y de bordes cenagosos; a su alrededor crecían en apiñados grupos los mangles y otros árboles corpulentos, con los cuales se entrelazaban grupos de palmeras de tronco espinoso y reducida copa, de que pendían columpiándose al menor soplo del viento, los nidos de turpial, semejantes a los de la oropéndola en la forma: esto es, como largas bolsas hechas de paja y delgados bejucos, con un agujero en la parte superior o central, por donde el pájaro se introduce hasta el fondo del nido. Generalmente eligen con predilección la palma ya mencionada, porque las espigas de su tronco son una garantía de que los reptiles y otros de sus enemigos más formidables no pueden subir a apoderarse de su prole.

Matamos uno de estos turpiales para disecarlo, porque su plumaje, en que hay sólo dos tintas, el negro y el amarillo naranjado, es de mucha belleza. Matamos después un Martín pescador de gran tamaño, una garza pequeña y varios patos de los conocidos con el nombre vulgar de agujas, sin duda por la forma particular de su pico, sumamente largo y delgado, como su cuello y cabeza, que parecen más bien de un reptil que de un ave. Su cuerpo es algo mayor que el de una gallina ordinaria, y su carne muy succulenta y sabrosa. Los patos cayeron en las aguas de la laguna, en un sitio donde era difícil entrar por ser el fondo muy cenagoso. Afortunadamente habían quedado sobrenadando, y el viento los empujaba hacia un lugar donde había un árbol muerto, de tamaño enorme, tendido sobre el agua con las raíces en la opuesta orilla.

En aquel lado se hallaban nuestro piloto Eugenio y dos o tres indios, cazando con arpón los peces que salían a la superficie; les gritamos, y acudieron hacia el sitio en que los patos sobrenadaban. Para poderlos coger, era indispensable avanzar sobre el tronco hacia el centro de la laguna; así lo hicieron dos de ellos, sin reflexionar el

peligro, y los dos se adelantaron hasta pisar las ramas que apenas podían sostener el peso de sus cuerpos, y al través de las cuales los iban acercando con la ayuda de unos palos de que se habían provisto. Cuando lograron colocarse a punto de poderlos atraer, se presentaron de pronto hacia el centro de la laguna tres cabezas, cuyas bocas enormes iban a disputarles la caza: eran tres caimanes, de la especie de las babillas, que existen allí en gran número; y, aunque no de gran tamaño, su audacia y voracidad son superiores a sus dimensiones. Disparamos contra ellos nuestras escopetas, mientras el negro, que se había apoderado ya de los patos que tenía más próximos, acudía en ayuda de su compañero indio, para alcanzar los restantes. El indígena, asido con la mano izquierda de una rama, extendía la otra armado del palo para acercar otro, que aleteaba en la superficie; pero se apoyó en una rama que estaba muy seca, la cual se tronchó por su base, y cayó con el indio en medio del agua. Un grito general y simultáneo resonó en ambas orillas; todos permanecemos en una ansiedad imposible de describir, cuando vimos salir nadando al indígena valeroso, apoderarse del pato, y volver hacia el tronco, donde lo depositó para subir más fácilmente. Ya sus dos manos estaban asidas a él, y Eugenio acudía en su socorro, cuando un nuevo y más terrible accidente volvió a sumirnos en mayor angustia: las manos del indio se desprendieron súbitamente del tronco, y su cuerpo inerte y como herido del rayo volvió a caer al agua.

Al pronto nos figuramos que algún caimán, clavándole sus agudos dientes, lo atraía hacia el fondo cenagoso; pero esto le hubiera dado lugar a que por lo menos exhalase un grito; y él había caído de espaldas silencioso e inmóvil como un cadáver. ¡Es el temblón! exclamó uno de los indígenas, que se hallaba cerca de nosotros; y apoderándose de un machete, y cortando con prodigiosa celeridad una rama ganchuda del árbol que encontró más cerca, corrió dando vuelta a la laguna en breves instantes, y llegó a saltar sobre el tronco; pero era tarde ya: el corpulento y vigoroso Eugenio, tan pronto como vio caer al infeliz indio, y conoció la causa del accidente, subióse sobre el tronco, al que se asió con los pies y una sola mano, cogiendo con la otra la larga cabellera del indígena, que flotaba aún, porque afortunadamente el lago tenía muy poca profundidad en aquel paraje, y levantándolo en alto e incorporándose

con él, lo colocó sobre el madero. Ayudóle el otro indio a sacarlo a la orilla, donde volvió en sí después de una hora, a fuerza de rociarle el rostro y darle a oler amoniaco, que siempre llevábamos dispuesto. Como el otro había dicho, era una anguila eléctrica, la que había descargado sobre él su batería formidable, y la violenta conmoción lo dejó privado de sentido. A no tener tan pronto socorro, su muerte hubiese sido segura, y los caimanes y peces del lago no hubieran tardado en devorar su cuerpo.

Repuesto ya el indígena, y con todas nuestras aves, menos dos de los patos, regresamos por el camino más corto en busca de nuestras canoas y en ellas volvimos a la ranchería poco después de la una de la tarde.

El modo que tienen de preparar la carne de los animales de monte, para poder conservarla por algún tiempo, en los lugares donde, como en éste sucede, la sal es sumamente escasa, y la poca que consiguen importar vale a un precio exorbitante⁶, por la distancia enorme a que las salinas se hallan, y las muchas dificultades que hay para conducirla, por falta absoluta de vías de comunicación; el medio que emplean, volvemos a decir, consiste en ponerla a ahumar por espacio de dos o tres días a un fuego lento, para el cual se busca con preferencia la leña verde, por ser ésta la que mayor cantidad de humo produce. La carne convertida en cecina por este sistema de poco costo y escaso trabajo, adquiere un aspecto que repugna mucho a los que no estamos acostumbrados a comerla, y un olor y sabor capaces de ahuyentar el hambre del estómago menos exigente. La despensa mejor provista de los indios contiene algunos pedazos de danta, cafuche, zaíno y monos de varias especies, manjares todos que sólo se pueden aceptar como alimento, cuando están preparados como hemos dicho antes, a falta absoluta de cualesquiera otros, siquiera sean sustancias vegetales.

A poco de llegar nosotros a la ranchería, llegaron también algunos de nuestros indios que habían salido a pescar en canoa, y trajeron varios barbudos, peces muy

⁶ Por lo general se vende la libra de 16 onzas a 4 reales del país, que equivalen a 8 de la moneda castellana.

semejantes al bagre en el sabor y las formas, aunque de un tamaño mucho más pequeño, dos o tres corbinatas y otro pez llamado vulgarmente chiní, todos de un sabor muy agradable, sin más espinas que la dorsal y de carne tan blanca y gustosa como la merluza. También trajeron dos tortugas medianas, con las cuales nos hicieron una sopa excelente, que unida a la pesca y a algunos trozos frescos de danta y zaíno, constituyeron una comida tan succulenta como agradable y variada.

La misma abundancia de animales y la necesidad de acudir con presteza a su preparación para poder conservarlos, me impidieron tomar copia siquiera de los más importantes, y lo tuve que aplazar para ocasión más oportuna. Sólo tomé un apunte ligero del cafuche, que trasladé luego a mi álbum.

Cuando acabábamos de comer se presentó en las ramas de un árbol próximo a nuestra ranchería un pájaro para mí desconocido hasta entonces. Su plumaje era enteramente negro con el pico y las patas de color naranjado, tirando a rojo, y su tamaño el de una paloma ordinaria. Lo derribé de un tiro para agregarlo a mi colección, y preguntando su nombre vulgar, me dijeron que se llamaba garrapatero, y que, aunque de plumaje muy diferente del que se distingue con el mismo nombre en las comarcas del otro lado de la cordillera, tiene sus mismas costumbres y emplea su habilidad especialmente con las dantas, cuya guarida es muchas veces descubierta por él; pues el cuadrúpedo, ansioso de libertarse de los insectos que lo mortifican, suele contestar con un silbido al grito particular del pájaro, que acude con celeridad y denuncia involuntariamente el sitio donde el tapir se halla oculto.

Durante la tarde y una buena parte de la noche, me ocupé en redactar mis apuntes, mientras se disponía lo necesario para bajar al día siguiente hacia los ríos Mecaya y Consaya, tributarios del Caquetá, en busca de mejores canoas para la vuelta, haciendo al paso una visita a algunos indios de otra tribu llamada de los guaques, más numerosa e inteligente que casi todas las que pueblan el territorio, y que habitan en pequeños grupos cerca de las márgenes de los ríos ya mencionados.

Ya me iba a recoger; la familia del Sr. Cuéllar me envió un nuevo obsequio consistente en una gran taza de la exquisita leche de la palmera llamada Mil pesos, de que he hablado en otro lugar, extraída del mismo modo, pero preparada en distinta forma, purificándola con más cuidado y convirtiéndola en uno de los licores de más agradable sabor que he probado en mi vida.

La noche se pasó sin accidente alguno notable.

VIERNES 28 DE FEBRERO

Bien entrada ya la mañana, salimos en trece canoas, prosiguiendo nuestra navegación río abajo. A corta distancia volvimos a encontrar los pescadores en cuya compañía habíamos estado tres días antes, y con ellos nos detuvimos como una hora, continuando luego hacia la confluencia del Mecaya, a la que llegamos pronto, por estar ya bastante cerca. Este río que lleva poco más o menos el mismo caudal que la mayor parte de los afluentes del Orteguzza, entra en el Caquetá por la margen derecha; corre casi paralelo a él, y tiene su origen en las mismas faldas de la serranía de Pasto.

Cuando llegamos a su embocadura, el viento había arreciado de tal modo, que levantaba en las aguas del río un oleaje que se iba encrespando cada vez más, y al que las canoas no podían oponer la resistencia necesaria para evitar el inminente riesgo que nos amenazaba de continuo. La prudencia nos aconsejó pues arribar a una de las orillas, donde había un pequeño remanso, y asegurar en ella nuestras frágiles embarcaciones, único medio de impedir la catástrofe, que sin esta precaución hubiera sido segura. Allí permanecimos unas dos horas hasta que pasó la furia de aquella especie de huracán, que, como hemos dicho antes, sopla diariamente de la parte del este o del sur, durante las horas centrales del día. Empleé este tiempo de detención forzosa en hacer un bosquejo de una india tama, mujer y madre, respectivamente, de los dos indígenas de la misma tribu, que había trasladado ya a mi álbum.

Hallábase a la sazón la india acabada de pintar y ataviada con sus mejores adornos, incluso el cocare, que como hemos dicho en otro lugar, consiste en una concha de almeja de río. La india llevaba en una mano un plato con yuca rallada y en la otra el sebucán para exprimirla y hacer después el pan de cazabe.

Allí también vimos por vez primera las hormigas llamadas candelillas, pequeñas y de color rojo, cuya picadura escuece de tal manera, que parece que se ha aplicado al lugar una ascua de fuego. Así mismo nos mostraron otra hormiga negra, de dos centímetros de largo y gruesa en proporción, que tiene un veneno tan activo, que bastan dos o tres picadas para producir una fiebre violenta y seis u ocho para ocasionar la muerte. A esta hormiga dan el nombre de conga, y es tan abundante en los boques del Caquetá, que se necesita un extremo cuidado para librarse de ellas. Hallamos por último, después de buscar largo rato, un solo ejemplar de otra hormiga, todavía más grande, pintada de amarillo y rojo, denominada uchuarina, de la cual suelen valerse los indios para envenenar impunemente, como aquí se cometen to[dos] los crímenes, a cualquier persona a quien profesan aversión, y lo verifican con tal disimulo, que es imposible poderles probar el hecho, ni acusarlos de envenenadores. He aquí el método empleado, según se nos refirió por varias personas que conocen muy a fondo las costumbres de los indígenas: toman varias de estas hormigas; las dividen por la mitad y ponen a cocer la parte posterior o abdomen en un poco de agua. Con esta cocción sube a la superficie una sustancia grasienta y muy venenosa que el insecto contiene, la cual separan y conservan en pequeños receptáculos como un arma segura para ejecutar sus más crueles venganzas. Al encontrarse en cualquiera de sus fiestas la persona aborrecida, como el elemento principal de todas sus diversiones es la embriaguez, el indio vengativo aprovecha la ocasión llevando untada la uña del dedo pulgar de la mano derecha con el activísimo veneno de la uchuarina, que es de un éxito seguro, y tiene además la ventaja de que obra con la lentitud suficiente para apartar del agresor todo género de sospecha. Para ejercitar su venganza toma una totuma o calabazo lleno de chicha; va repartiendo de ella a todos los concurrentes; bebe él mismo algunos tragos, y cuando toca su vez a la víctima que quiere inmolar, introduce disimuladamente la uña envenenada en el licor, al tiempo de ofrecérselo.

Con solo tomar una corta porción, la muerte es inevitable, y ésta se produce al cabo de dos o tres días entre cruelísimos dolores.

Con esta misma hormiga y con la conga hacen los indios una prueba singular antes de emprender sus grandes cacerías o acometer cualquier hecho de armas: redúcese esta prueba a someter al jefe a las picaduras de algunos de estos insectos, y a hacerle tragar dos o tres de los mismos la víspera o antevíspera de la jornada. Si el efecto que le produce es muy grande, el éxito de la expedición es seguro; si por el contrario es pequeño, van desalentados y sin confianza, y el resultado casi siempre corresponde a este desaliento.

Luego que el viento amainó un poco, seguimos navegando hasta la embocadura del río Consaya, a donde llegamos entre cuatro y cinco de la tarde. Salieron algunos indios atribulados y pesarosos a manifestarnos que acababan de conducir al interior de la selva el cadáver de uno de los hombres más importantes de su tribu. Con esta ocasión tomé informes detallados sobre sus ceremonias fúnebres, y me refirieron los pormenores más curiosos. Luego que un indio se siente enfermo de gravedad y lo declara así el médico o brujo, que se guarda muy bien de tomar a su cargo la curación del enfermo, por la responsabilidad que luego le exige su familia, ésta persuade al infeliz doliente de que su fin es seguro, e indispensable llevarlo con tiempo al bosque, para que acabe de morir lejos de la casa común, y el espíritu de la enfermedad no se apodere de otras personas, al salir de su cuerpo. Convencido el enfermo por estas razones, se deja conducir sin oponer resistencia alguna, hacia lo más intrincado de la selva, donde, envuelto en su hamaca y bien liado con cuerdas o bejucos, lo dejan completamente abandonado, para que exhale su último aliento. Excusado es decir cuán crueles serán los instantes de agonía de estos desventurados, a quienes muchas veces todavía con vida acometen y devoran las fieras o las aves carnívoras, que en ocasiones siguen desde largas distancias los pasos del fúnebre acompañamiento.

Luego que han dejado en el bosque al moribundo, vuelven a sus hogares, donde toda la tribu se entrega al dolor con manifestaciones de una originalidad sorprendente.

Colocan en medio de la plaza o junto a la puerta de la choza del finado, cuantos objetos pertenecieron al uso personal de éste; forman con todos ellos una hoguera, alrededor de la cual bailan, haciendo frecuentes libaciones, y acompañando el baile con desaforados gritos, entre los cuales van relatando una por una, como nuestros gitanos, las buenas cualidades que al difunto adornaban, ocupando entre éstas un lugar preferente, el valor, la agilidad, la destreza y la astucia. Terminado este baile fúnebre, que concluye siempre con la embriaguez general, se retiran todos, y casi no se vuelve a hacer mención del que fue honrado con aquella ceremonia, hasta algunos meses después, que los parientes más cercanos vuelven al bosque, recogen si los encuentran los huesos del difunto, que dejaron los animales más o menos diseminados, y una vez recogidos, vuelven con ellos a la ranchería, donde se repiten el baile y la embriaguez y se enciende una nueva hoguera, en que los restos del cadáver son reducidos a cenizas. Estas se conservan luego con cierta veneración por los parientes más cercanos, después que se toman una parte de ellas desleídas en agua, o en el mismo licor fermentado con que celebran aquellas singulares honras. La viuda permanece en señal de luto sin pinturas ni adornos todo el tiempo que media entre una y otra ceremonia, sufriendo ésta, para ellas, gravísima mortificación, si antes no se le proporciona otro marido.

Cuando la casualidad hace que mueran en la misma casa tres o cuatro personas en un breve período, la abandonan luego con horror, por creerla embrujada, y trasladan a otro lugar su residencia.

Antes de concluir los apuntes de este día, quiero referir a mis lectores, como complemento de estas costumbres, cómo verifican sus matrimonios; el sistema de curación que con sus enfermos emplean los médicos o brujos, y la fiesta particular de éstos, en que prueban las maravillas de su saber, practicando sus más raras habilidades y haciendo a la tribu sus más importantes revelaciones.

Los matrimonios indios, aun entre aquellos que se dicen bautizados, se reducen a pedir el presunto marido la novia al padre de ésta, muchas veces cuando la muchacha

está todavía en los primeros años de la infancia. Luego que el padre se la concede, el novio contrae la obligación de mantenerla cuando hay escasez de víveres y proveerla de chaquiras y plumas para su adorno y vestirla cuando entre ellos se halla en uso la cusma. Generalmente, cuando la muchacha entra apenas en la pubertad, que allí es muy temprano, el padre la entrega ya a su marido, y, sin otra ceremonia, el casamiento queda consumado. Causábame una repugnancia invencible entre las costumbres más o menos bárbaras de estas tribus, el encontrar muchas veces criaturas de nueve y diez años obligadas a cumplir de grado o por fuerza con todos los deberes del matrimonio, sin amor, porque aún no ha tendido tiempo de nacer en sus infantiles corazones, y sin otro vínculo que el despotismo brutal del hombre, a quien la entregan como una bestia de carga, y a cuyos caprichos tiene que vivir sujeta por toda la vida.

Otras veces conciertan el casamiento desde el momento mismo de nacer, los padres de ambos cónyuges, y desde temprana edad los reúnen, aunque entre ellos conserven alguna antipatía manifiesta. Más desgraciados en esto que los mismos animales, llevan una existencia puramente material, sin otros goces que los del instinto, perpetuándose así generaciones degradadas, incapaces por lo mismo de todo progreso.

Pasemos ahora a los médicos o brujos, que son por lo general los más astutos e inteligentes de toda la tribu. Estos suelen ser iniciados desde edad temprana por los maestros de la profesión en todos los secretos de su difícil arte, que casi todos ellos no son otra cosa que supercherías. Fuera del conocimiento de algunas plantas, cuyas problemáticas virtudes les son familiares, todo lo demás son prácticas absurdas y ridículas, con las cuales deslumbran a los demás indios, más ignorantes que ellos, y los persuaden de que tienen un poder sobrenatural, que les permite dispensarles ciertos beneficios o causarles daños a mansalva. Hácenles creer que así disponen de los elementos, ejerciendo un pleno dominio sobre las fuerzas de la Naturaleza, como están facultados para producir y quitar enfermedades, y aun para convertir a un hombre en cualquier especie de bruto, vegetal o piedra.

Cuando se les llama para asistir a un enfermo, si lo creen de peligro no le administran medicamento alguno, y lo abandonan declarando que la muerte es inevitable; si, por el contrario, la enfermedad es leve, proceden a su curación, que consiste en soplar muchas veces sobre la parte afectada, pasando las manos sobre ella a imitación de los magnetizadores; y sacando luego algún insecto, reptil o cualquier otro animal que a prevención llevan oculto, les persuaden de que él era la causa del padecimiento, añadiendo por lo regular el nombre de alguna persona que les sea odiosa o antipática, y asegurando ser ella la causa y origen de la enfermedad del paciente. Con esto incitan el odio de los demás hacia aquellos a quienes aborrecen y de este modo suelen librarse de sus enemigos.

El médico o brujo es en la tribu un ser privilegiado; se apropia cuantas mujeres codicia y cuantos objetos poseen los demás y excitan de algún modo sus deseos.

En ciertas épocas del año celebran una fiesta que se llama de los brujos, en la cual se embriagan con el zumo de un bejuco llamado yagé, del cual hacen un extracto por medio de la decocción, que les produce una especie de delirio, en medio del cual se entregan a todo género de extravagancias. Uno de los accidentes más notables de esta fiesta son los ejercicios acrobáticos que el brujo practica sobre un grueso bejuco o planta sarmentosa sujeta al efecto entre dos árboles, y estos ejercicios, dicen , y los otros creen, que son obras del diablo que tienen a su servicio. Esta fiesta se celebra siempre en un lugar oculto, donde el brujo tiene su retiro especial, sus numerosas colecciones de plantas y una gran olla para la preparación de sus jugos. Las mujeres tienen absoluta prohibición de asistir a este lugar para ellos sagrado, y los hombres, después de la embriaguez a que allí se entregan, se retiran a dormir al pie de un tronco hasta que les pasa completamente el efecto de sus brebajes.

Cerca de la boca del Consaya hicimos nuestra ranchería, y en ella pasamos la noche acompañados de los guaques que habían acudido a visitarnos.

SÁBADO 1o. DE MARZO DE 1873

En el punto a que habíamos llegado debía terminar nuestra excursión por el río Caquetá, a causa del invierno que se aproximaba; pero sabiendo que algunos kilómetros más abajo, en un lugar llamado Aucunacuntí, se hallaba otra casa de indígenas, última de las que forman el poblado en esta región, determinamos hacerles una visita, en la cual nos acompañaron el Sr. Cuéllar y sus hijos.

A las siete de la mañana salimos en dos canoas, yendo en la nuestra sólo el padre Albis, mi escribiente y yo, con tres de nuestros más hábiles remeros. La demás gente se quedó en la playa donde habíamos pernoctado para acabar de ahumar la carne y secar los peces. La navegación a favor de la corriente se hacía con tal rapidez, que nuestras canoas se deslizaban como saetas.

Media hora después de nuestra salida, pasamos por la boca de la gran laguna de Cururá, cuyas márgenes, hoy desiertas, sirvieron hace algunos años de habitación a numerosas familias de la tribu de los guaques, la más inteligente y de individuos mejor conformados de cuantas por aquí se conocen. Esta tribu altiva y guerrera estuvo por mucho tiempo en abierta lucha con las demás tribus vecinas, especialmente con las de los coreguajes y los huitotos, de las que casi siempre salió vencedora; y como hasta hace pocos años conservaron como aquella sus abominables usos de antropofagia, el término de estas luchas fue siempre acompañado de la inmolación de muchas víctimas humanas, con cuyos restos, en especial los dientes y cabelleras⁷, formaban sus principales adornos. Hoy que los traficantes pastusos y brasileños navegan sus ríos con más frecuencia, las costumbres de todos estos indígenas han perdido mucho de su primitiva ferocidad y se tratan ya casi como amigos.

Después de la boca de esta laguna, el río forma un gran recodo y su curso se dirige al Oriente entre elevados barrancos de arena muy compacta, en cuya base se observaban densos bancos de arcilla esquistosa de colores diversos en que predominaba el gris

⁷ Entre la tribu de los coreguajes adquirí y conservo un collar de dientes de huitotos,

azulado. Un poco más lejos el cauce se inclina hacia el lado del norte; se hace más estrecho y profundo y sigue por largo espacio una línea recta con las orillas bastantes escarpadas y sin playa alguna. Las capas de guijo sustituían a las gredosas en toda aquella extensión, casi a punto de convertirse en rocas de conglomerado. Al salir de este estrecho encontramos a la derecha del río una pequeña roza, en medio de la cual se levantaba una cabaña indígena: era la habitación de una familia de los carijonas, nombre con que se designa una sección de los guaques, y subimos por ver a sus moradores. Estos se hallaban ausentes, y la casa tenía señales de haber permanecido por mucho tiempo deshabitada. Su construcción era semejante en la forma a las que ya habíamos visto en Puicuntí y en la Laguna; pero en los detalles se observaba mucho más esmero y más regularidad en las proporciones. En la Laguna y Puicuntí las casas todas carecían de puertas, y ésta por el contrario tenía una en su entrada principal hecha en forma de cortina con bejucos y delgadas tiras de guadua, que no pudo menos de recordarme las persianas llamadas también de cortina, que se usan en muchas poblaciones de Europa. Entre los objetos que encontramos en ella había dos esterillas de jagua sin concluir, y en una especie de sobrado algunos bultos de zarzaparrilla, que contendrían en todo veinte o treinta arrobas, depositados allí por alguno de los comerciantes que trafica en este artículo.

Alrededor de la casa veíanse algunas matas de plátano, caña, yuca, algodón, ají, papayo, uvero, achiote, guava y chontaduro. Cortamos un racimo de plátanos que estaba en sazón, porque aquí es de propiedad común todo comestible, y volviéndonos a nuestras canoas, continuamos navegando.

A poca distancia matamos un hermoso paujé, ave cuya descripción tengo ya hecha en otro lugar, y un pato aguja, que conservamos para disecarlos después y copiarlos en mi álbum.

A eso de las nueve de la mañana llegamos por fin a Aucunacuntí, cuando empezaba ya a levantarse el viento furioso que todos los días nos molestaba.

El puerto es muy parecido al de la Laguna, sin más diferencia que la de estar junto a la boca de un pequeño arroyo, a la sazón casi seco. Desembarcamos con dificultad, y subiendo por la orilla izquierda del arroyo, llegamos a lo que se llama pueblo, que no es otra cosa que un rancho grande como los que anteriormente habíamos visto. El rancho estaba desmantelado y con visibles muestras de hallarse en vías de abandono. En efecto, sus moradores se ocupaban en edificar otra casa algo más abajo, por haber muerto dos de aquellos en pocos días. Lo único notable que allí encontramos fue unas grandes sartas de mandíbulas y cráneos de mono curados al humo, adorno singular que los indios se complacen mucho en tener en sus habitaciones, a falta de los cráneos humanos y cabelleras con que en otros tiempos las decoraban. También había suspendidos del techo dos bastones, el uno de ellos con puño y contera de plata, insignia del gobernador de la tribu, y recuerdo de la época de la colonia y de las misiones.

A poco de nuestra llegada, entraron también el capitán de aquella sección de la tribu, y otro indio, con sus respectivas familias, y pareció que sentían mucho no haber sabido con tiempo que los íbamos a visitar, para haber dado aviso a los que estaban distantes.

Mientras nos detuvimos en Aucunacuntí, saqué una copia del paují y el pato que habíamos muerto por la mañana, y después hicimos en la orilla del río una frugal comida, durante la cual nos molestaron tanto los mosquitos y jejenes, que adoptamos como recurso supremo el acogernos al lugar donde nos envolvía la gran nube de humo producida por la hoguera, remedio sumamente incómodo, pero en todos casos preferible a la mortificación que causan aquellos insectos.

El espacio que recorrimos de bajada en menos de dos horas, nos costó cerca de cinco de subida; no pudiendo llegar a nuestros ranchos hasta las nueve de la noche, y esto con graves dificultades y expuestos varias veces a zozobrar con nuestras canoas.

DOMINGO 2 DE MARZO

Cuando encontramos al Sr. Cuéllar, tenía éste determinado su viaje a las orillas del Caguán, donde le esperaban para hacer un negocio en zarzaparrilla; pero tan exigentes eran para él las cartas de recomendación que le traje, y de tal modo de hallaba obligado para con las personas que las habían escrito, que determinó regresar con toda la familia hasta su casa de Los Canelos; esto es, ocho días de navegación, aguas arriba por el Caquetá y el Orteguzza, con el solo objeto de acompañarme y de disponer los víveres y peones que pudiera necesitar para atravesar de nuevo la cordillera. Mucho le agradecí esta prueba de consideración, tanto más, cuanto que hallándose ya casi al término de su viaje, se vería obligado a comenzarlo de nuevo, y precisamente en la época peor del año; porque el invierno o temporada de grandes lluvias comienza de ordinario en el mes de Abril y suele durar hasta Julio o Agosto.

Acordado ya su regreso, y no estando aún bien asegurada la carne de los animales empezada a curar al humo, nos detuvimos en aquella playa todo este día, que fue muy despejado y de un sol en extremo ardiente, con el doble objeto de atender a este cuidado y de buscar en una rancharía de guaques, que se hallaba a alguna distancia, una canoa de mayores dimensiones que la en que yo acababa de bajar, con el fin de que en la subida fuese más cómodo y seguro. El Sr. Cuéllar con uno de sus hijos y varios coreguajes, se encargó de esta comisión, quedándome yo en la playa trabajando en mis apuntes y dibujando una especie de garza nocturna de muy extrañas formas llamada vulgarmente vomitador, porque lleva en un gran receptáculo, que como el pelícano o alcatraz tiene debajo del pico, una gran cantidad de peces pequeños, con que alimenta su prole, vaciándolos, por decirlo así, como si los fuese vomitando en el ancho y desmesurado pico de sus polluelos. La cabeza de esta ave acuática es relativamente muy voluminosa para su cuerpo, que apenas llega al tamaño del de una gaviota mediana; su pico, que es de la misma forma que el de un pato común, es algo más ancho que la cabeza, que tendrá como tres centímetros y cuatro o cinco de largo; el color de éste es negro verdoso, con los bordes amarillos y ligeramente dentados, y en la parte inferior está provisto, como dijimos antes, de una gran bolsa de piel muy elástica, desprovista de plumas y de un color blanco amarillento, donde va depositando los pececillos de que se apodera. Su plumaje es en lo general de un blanco

azulado en toda la parte superior, y en la inferior de un negro ahumado con dos fajas laterales de color castaño rojizo. Sobre la cabeza lleva un casquete que por detrás acaba en penacho de un negro intenso, como sus ojos, que son muy grandes y vivos; sus patas son proporcionalmente muy largas y delgadas y, como las de muchas zancudas, están desprovistas de plumas hasta la mitad del muslo; el color de éstas es de un gris amarillento y los dedos de sus pies no están unidos por la membrana que suele distinguir a muchas de las aves acuáticas, porque este animal, como la garza, pesca siempre desde la orilla, y no nada jamás en persecución de su presa.

Ocupado todo el día en estos trabajos, sólo pude dar un ligero paseo por la orilla del río a la caída de la tarde. A esta hora regresó el Sr. Cuéllar con la canoa que había salido a buscar y con la noticia de que los indios guaques de aquel caserío, que deseaban venir a visitarnos, no lo podían realizar hasta la mañana siguiente, por hallarse casi todos enfermos de romadizo, enfermedad endémica que padecían a la sazón casi todas las tribus que visitamos.

Una hora después de anoecer se sintió bogar en el río por la parte de abajo. Acercáronse algunos indios a la orilla, y volvieron pronto con la nueva de que el que se aproximaba era un Sr. José Antonio Ordóñez, comerciante establecido en el Brasil, aunque de naturaleza colombiano, que recorre periódicamente los principales ríos de esta región, cuyas márgenes se hallan habitadas por indígenas, cambiándoles por zarzaparrilla, cera y otros productos naturales de sus bosques, chaquiras o cuentas de vidrio, hachas y machetes, anzuelos, eslabones y telas ordinarias para las cusmas o camisetas de que muchos de ellos se visten. Este Sr., que es muy conocido en todo el país, venía en una embarcación particular, que describiré más tarde, y a la que dan el nombre de montería, trayendo a su servicio dos bogas de la tribu de los tamas, dos muchachos, varón y hembra, de la de los huitotos, y una brasileña mestiza. El personaje en cuestión, luego que supo por el Sr. Cuéllar que nos hallábamos en su compañía, se acercó a saludarnos con la exagerada cortesía portuguesa y en un lenguaje que no era el de Camoens ni el de Cervantes, aunque participaba algo del uno y del otro, porque el Sr. Ordóñez, al cabo de diez y seis años de trato continuo con las

tribus salvajes y los brasileños, había concluido por olvidarse de su lengua natal, sin aprender el portugués; y lo que, según su confesión propia, hablaba con más corrección eran los diferentes dialectos de las numerosas tribus que pueblan las orillas del Caquetá, del Putumayo, del Amazonas y muchos de sus afluentes.

Como el dicho Sr. tenía al parecer que tratar de algunos negocios con el Sr. Cuéllar, nos retiramos pronto a nuestros ranchos y él se fue luego a dormir a su montería.

LUNES 3 DE MARZO

Dispuesto ya todo para navegar hacia el Orteguaza, a donde también se dirigía el Sr. Ordóñez para recoger de los indios de la Laguna algunas arrobas de zarza que le estaban debiendo, convinimos en ir todos juntos hasta el lugar mencionado. Las instancias del brasileño me obligaron a aceptar un sitio preferente en su embarcación, por hallarse mucho mejor acondicionada que nuestras canoas.

La montería no es otra cosa que una canoa mucho más ancha que las demás, formada de un tronco; abierta por medio del agua y el fuego, con ayuda de grandes cuñas, y cortada verticalmente a popa y a proa. Luego que la parte inferior del casco se halla preparada así en una sola pieza, se coloca interiormente la armazón, que consiste en tres o cuatro pares de costillas con puentes, sobre las cuales se adaptan por la parte de afuera algunas tablas de más o menos espesor que constituyen la obra muerta del buque. Hecho esto, se cierra con otros tabloncillos las aberturas que han quedado a popa y a proa; se le coloca su timón, que por lo regular consiste en un remo largo; se forma con maderos del gados un entrepuente para depositar algo de carga y sobre él la cámara de popa, cubierta por un toldo semicircular e impermeable, el cual se confecciona con dos redes hechas de un bejuco delgado y muy tenaz llamado yaré, y entre ellas una capa de hojas generalmente de oihao o bijao, especie de platanillo, que a su poco peso reúne una gran consistencia.

Ya íbamos a mandar a los bogas empuñar las palancas cuando vimos asomar no muy lejos una canoa cargada de indígenas. Eran los guaques, que en el día anterior habían ofrecido al Sr. Cuéllar venir a visitarnos. Cuando saltaron en tierra los pudimos contar y todos componían el número de trece, entre hombres, mujeres y niños. Todos estaban extenuados; tenían el rostro macilento y los ojos profundamente escondidos en sus órbitas; su andar era pausado, y todos ellos llevaban su desmelenada cabeza inclinada hacia el suelo, y se detenían de cuando en cuando por los rudos golpes de tos de que se veían acometidos. Cubiertos ligeramente con su cusma, y en aquella actitud doliente, parecían, más bien que habitantes de un pueblo que hubiesen abandonado su hogar para hacer una visita, un grupo de enfermos salidos de la sala de un hospital huyendo de alguna catástrofe. Todos nos saludaron con timidez y respeto, y sólo uno pronunció dos o tres palabras en mal español: éste era el dueño de la canoa que habían traído para mí. Aproveché la ocasión para pagarle el alquiler de su canoa, que por cierto fue sumamente módico, pues no exigió más que un peso fuerte, habiendo de conservarla a mi disposición un mes entero, y contraté un boga más para que ayudase a subir a los que llevábamos hasta la Laguna, donde debíamos encontrar otros de refresco.

Para hacerles comprender lo agradable que me había sido su visita, repartí entre todos algunas bagatelas, como anzuelos y cuentas de vidrio, que recibieron con igual placer que si hubiese sido un regalo de importancia. Informados luego por los indios que llevábamos en nuestra compañía de los dibujos contenidos en mi álbum, que era entre todo lo que más llamaba su atención, me rogaron que se lo mostrase. Lo hice sacar de la canoa, y a su vista se reanimaron todos; hicieron profundas admiraciones; rieron a grandes carcajadas al ver reproducidos los objetos que les eran tan familiares y se repitió la escena de Puicuntí y de la Laguna. Díles después por medio de nuestro intérprete, algunos consejos higiénicos para librarse y precaverse del romadizo; y aunque dudo de que los sigan por lo que contrarían sus costumbres, pareció que los escuchaban con gratitud, y manifestaron las mejores disposiciones para ponerlos en práctica.

Despedímonos de aquellos infelices, que se quedaron en la playa, mostrándose unos a otros lo que yo les había regalado, y nosotros emprendimos la jornada del día, cuando eran poco más de las siete de la mañana.

Al entrar en la barca del Sr. Ordóñez, su cámara de popa, que tendría de tres a cuatro metros de largo por uno y medio de ancho, y uno aproximadamente de altura en el centro, la encontré ya completamente limpia y hasta alfombrada con una gruesa colcha de algodón extendida sobre una cortina de lienzo. El dueño de la embarcación y la joven brasileña que le acompañaba, me hicieron ocupar el mejor asiento, y empezaron a dirigirme algunas preguntas sobre mi patria y el objeto de mi viaje. No llamó poco su atención el saber que procedía de tan lejanas tierras, y que el único objeto que me había conducido a las ardientes y enfermizas riberas del Caquetá, era el deseo de conocer sus extensos bosques y algunas de las tribus salvajes que en ellos habitan. Como para compensar mi franqueza, me hablaron detenidamente de otras muchas tribus que se hallan próximas al Amazonas, y que yo con gran sentimiento tenía que abstenerme por entonces de visitar, por estar ya muy próxima la estación de las lluvias, que convierte por algunos meses en un mar inmenso las dilatadas llanuras por donde aquel admirable río y la mayor parte de sus afluentes corren con lentitud hacia el océano.

Por ellos supe con minuciosos detalles la creciente prosperidad de varias comarcas del imperio portugués, única nación que en el Nuevo Mundo ha podido conservar sin fratricidas luchas; y esto por sí solo es una prueba elocuentísima de lo peligrosas que son ciertas formas de gobierno, cuando se trata de pueblos jóvenes, que conservan las cualidades buenas y malas de la nación por quien fueron educados, entre las cuales no es la que menos influye la ambición personal, ni la que causa menos disturbios, el afán de convertir en hecho práctico cualquier idea que se concibe, sin examinar con madurez cuáles serán sus consecuencias.

A eso del medio día nos detuvimos a comer en una playa, mientras pasaba la fuerza del viento, que a estas horas solía ser siempre muy impetuoso. Luego que con la tarde

empezó a ceder, continuamos navegando, hasta que ya a punto de ponerse el sol llegamos a la playa llamada Sumirá, donde habíamos pernoctado algunas noches antes, y donde resolvimos pasar también la de este día, por haberse conservado nuestros ranchos en tal disposición que con solo un ligero reparo pudieron servirnos perfectamente.

MARTES 4 DE MARZO

El día amaneció muy despejado. Al despuntar la aurora ya estábamos todos en pie, recorriendo la playa en distintas direcciones; unos, para tomar su desayuno de yoco; otros, para bañarse, y todos para aprovechar bien el fresco de la mañana. Mientras se disponía el almuerzo y se preparaba todo lo necesario para emprender la partida, enviamos dos bogas a la orilla opuesta del río, para que nos trajesen limones de unos árboles que habían quedado en aquel lugar, como única reliquia de haber sido habitado en antigua época por una de las muchas colonias que existieron a lo largo del río, a una y otra orilla, en tiempo de las misiones. Los bogas llevaron algunos perros embarcados; y apenas saltaron en tierra olfatearon la huella de una danta; la levantaron, y acosada, corrió como de costumbre a refugiarse en el brazuelo del río, por ser su amparo más próximo.

Tan pronto como se escucharon en la ranchería los latidos de los perros, nos lanzamos en dos canoas algunos indígenas, los hijos del Sr. Cuéllar y yo, y cuando llegamos al brazuelo, el tapir acosado, venía ya a arrojarse al agua. Los que estaban más próximos lo atravesaron inmediatamente con sus lanzas, sin esperar a que yo llegase con la escopeta, temerosos de que el animal se volviese a salir y tomase el río.

Cuando lo sacaron del agua tenía ya todo el cuerpo acribillado de heridas. Era un macho joven y estaba tan gordo como un cerdo cebado.

Antes que se procediese a hacerlo trozos para poder conservar su carne, tomé de él una copia. Almorzamos luego, mientras la carne se preparaba, y en seguida nos embarcamos para continuar nuestro viaje.

Hacía ya algunos días que había empezado a dibujar un episodio, en el cual figuraban como protagonistas mi escribiente y la joven brasileña. El travieso y vendado hijo de Citéres, no contento con ejercer sus artes en el mundo civilizado, ha extendido su imperio hasta en las regiones más ocultas; así es que, cuando menos se esperaba, una de sus emponzoñadas saetas hirió dos inocentes y cándidos corazones en las salvajes orillas de uno de los ríos más apartados de todo centro de cultura, y que por lo tanto podían creerse más libres del influjo maléfico de aquel atrevido muchacho. Lo cierto es, que la criolla había puesto ya en más de una ocasión los ojos dulces, como dicen los franceses, al incauto y nada intrépido bogotano. Este, al principio, se hizo de pencas, como si se tratase del vecino; pero al fin mordió el anzuelo, y a su vez dulcificó sus miradas y lanzó algún que otro suspiro como desahogo de un sentimiento que no se atrevía a mostrar más a las claras. Por desgracia, o por fortuna, el compañero de la brasileña, que en lo celoso demostraba estar ya perfectamente identificado con los finchados hijos de su patria adoptiva, advirtió en tiempo oportuno el juego que se le preparaba, y poniendo cara feroche al enemigo, evitó la catástrofe que a pesar suyo se hubiese realizado, a no tropezar con el recato excesivamente pudoroso del adonis bogotano.

Este chistoso incidente nos proporcionó muy buenos ratos a los que mirábamos la cuestión con indiferencia, y dio motivo a las consideraciones que son de suponer sobre la frágil condición humana, especialmente del sexo femenino, cualquiera que sea el lugar o teatro donde puedan ponerse en acción las pasiones.

Poco después del medio día nos detuvimos a comer en un lugar donde existió otra de las colonias que hemos mencionado, lugar que aún conserva el nombre de Santa María, que entonces le dieron. Como estaban ya fijadas todas las miradas en el tímido bogotano y la resuelta hija del Amazonas, los dos anduvieron con mayor recato, y el

portugués por su parte no perdía de vista al uno ni a la otra. Detuvimos allí largo rato para acabar de ahumar la carne; y reembarcándonos luego, llegamos cerca del anochecer a una playa muy extensa llamada Cosacuntí, donde arranchamos para pasar la noche. Nuestra cabaña y la montería del portugués quedaron tan próximas, que se cruzaban fácilmente y se percibían sin dificultad los tenues ecos de los suspiros que se escapaban de uno y otro lado. En la montería permaneció encendida la luz hasta la madrugada, escuchándose de cuando en cuando el rumor de algunas frases que parecían proceder de amargas reconvenciones. En nuestra cabaña no hubo luz; pero probablemente el fuego oculto no era menos voraz que el que incendiaba el inflamable corazón de la brasileña.

MIÉRCOLES 5 DE MARZO

Desde muy temprano comenzamos la navegación de este día. El Sr. Ordóñez no consintió que yo abandonase su barca, puesta desde un principio a mi disposición hasta el lugar de indios llamado la Laguna. La brasileña iba sentada cerca de nosotros fumando en su larga pipa y distraída al parecer en la contemplación de las bocanadas de humo que lanzaba al viento. De cuando en cuando, y como por distracción también, dirigía los ojos a una canoa que nos iba siguiendo de cerca, y de la cual partían sin duda otras miradas no menos elocuentes. El protector de la joven, cualquiera que fuese el rumbo que la conversación tomara, la hacía recaer en los deberes que la sociedad impone a las mujeres que tienen su fe comprometida y a las graves consecuencias que suelen sobrevenir cuando se falta a ellos más o menos abiertamente. Yo solía contestar con monosílabos a sus filosóficas y trascendentales observaciones, mientras que la brasileña, mirándome de soslayo y encogiéndose de hombros, parecía querer repetir con su actitud aquel refrán español que dice: "predícame, padre...".

Como a las dos horas de haber salido, nos detuvimos a almorzar en el borde mismo del cauce, junto a la confluencia de un arroyuelo, cuyas aguas habían quedado casi encharcadas, por ser durante la estación seca sumamente escasa su corriente. Los

peces, de diferentes clases y tamaños, se agitaban de un lado a otro en los estrechos receptáculos donde el agua era algo más profunda; y pareciendo a los inteligentes una buena ocasión para obtener a poco trabajo pesca abundante y segura, nos propusieron que nos detuviésemos allí, para hacer lo que entre ellos se llama una barbascada. Accedimos gustosos, y los indios se internaron en el bosque en busca de un bejuco denominado barbasco, con el cual se proponían verificar la operación, para mí enteramente nueva. Al cabo de una hora volvieron cargados con varios trozos de la planta que habían ido a buscar, y se dio principio a la faena. Lo primero fue triturar a fuerza de golpes los pedazos de bejuco; después agitaron con ellos el agua en todas direcciones, y el resultado no se hizo esperar. Algunos minutos después de agitada el agua, e impregnada ésta del jugo embriagador o venenoso del barbasco, los peces empezaron a salir a la superficie, cual si en el momento las condiciones de su organización hubiesen variado, y pretendiesen respirar el aire de la atmósfera en lugar de aquel líquido que los asfixiaba. Mientras unos manifestaban su malestar de esta manera, otros, como poseídos de un vértigo, nadaban en todas direcciones con extraordinaria velocidad, o se precipitaban fuera del agua, cual si vieran un enemigo que dentro de ella los persiguiese. Por último todos quedaron sobrenadando y en una inmovilidad casi absoluta, y en aquel estado se apoderaban de ellos los pescadores, sin que los pobres animales se defendiesen.

La pesca no dejó de ser abundante, y duró como unas tres horas, al cabo de las cuales nos volvimos a embarcar y continuamos río arriba.

A la caída de la tarde llegamos al sitio donde existió el antiguo pueblo de Solano, y arranchamos con precipitación en una playa próxima, porque estábamos amenazados de una tempestad, cuya furia no se hizo esperar mucho tiempo.

A eso de media noche empezaron a descargar los primeros chubascos; pero a la madrugada arreció de tal modo, que las exhalaciones eléctricas se sucedían sin intermisión y los truenos eran tan espantosos, como si cien mundos desbaratados sobre nuestras cabezas bajaran rodando a confundirse en el abismo.

Al venir el día, la atmósfera se fue poco a poco serenando, y al salir el sol la encontró ya despejada y tranquila.

JUEVES 6 DE MARZO

Salimos después de almorzar y navegamos sin accidente alguno notable hasta después del mediodía, que llegamos a la embocadura del Orteguzza. Frente a ella nos detuvimos para componer los toldos de nuestras canoas, muy maltratados por la tempestad de la víspera. En tanto que se arreglaban, uno de los indios pescó con su arpón una raya, que copié inmediatamente. Luego nos despedimos del Caquetá, a cuyas náyades pronunció mi escribiente un sentido y elocuente discurso, que si no llegó a los oídos de aquellas deidades acuáticas, resonó por lo menos en el corazón de otro ser no menos sensible.

A las tres de la tarde entramos de nuevo en las aguas de aquel río, y cerca del oscurecer llegamos al puerto de la Laguna, y subimos al poblado, donde los indios, ya amigos, nos recibieron con mayor agasajo aún que en nuestra primera visita.

El Sr. Ordóñez y su patrocinada subieron también con nosotros. La primer diligencia de aquél fue informarse de si los indios le tenían reunidas ya las cantidades de zarzaparrilla que le adeudaban. Todos contestaron negativamente; y la causa de no haber dado cumplimiento a los compromisos contraídos con este Sr. era el no haber podido separarse de sus hogares, por esperar al Prefecto del territorio, que así se lo había ordenado, obligándolos a permanecer inactivos por espacio de más de dos meses que mediaron entre el anuncio y la realización de la visita.

Esta exigencia despótica, procedente de una autoridad republicana, se cumple siempre con exactitud por los pobres indígenas, bajo las penas más severas, porque la autoridad autocrática de estos tiranos disfrazados de demócratas, es inexorable y no admite apelación alguna.

Los desventurados indios, cuya condición durante el régimen colonial tanto se lamenta, son hoy tratados con una dureza infinitamente mayor por los que se llaman sus libertadores. El indio, en aquellos tiempos tan calumniados, estaba sometido a la autoridad casi siempre paternal de los misioneros; las autoridades civiles no intervenían en sus asuntos, sino para proporcionarles medios de mejorar su condición, y ellos nombraban en sus propias tribus sus jefes o capitanes. Hoy la administración republicana, que tanto decanta su protección a los derechos del hombre, ha lanzado sobre ellos, como otras tantas aves de rapiña, y bajo la ridícula mescolanza de nombres franceses y españoles, prefectos, corregidores y comisarios, que les obligan a aceptar las condiciones de contratos leoninos con los cuales se enriquecen a su costa, vendiéndoles por ciento lo que vale uno; haciéndoles aprontar el precio, ya en oro del que recogen en las arenas de sus ríos, ya en los productos de sus bosques, que acopian con sumo trabajo; y esto, sin permitir, sino en casos muy raros, la competencia de otros negociantes, a quienes hacen salir del territorio con cualquier pretexto, cuando los perjudican con sus operaciones, o se niegan a satisfacer las exigencias que con ellos se tienen.

Todo el que ejerce algún cargo público, incluso los pastores de almas, se creen autorizados para disponer a su antojo de los indígenas y de cuanto a ellos pertenece. Ya el Prefecto hace subir hasta Mocoa, que es la capital, con el pretexto de prestar una declaración sobre el asunto menos importante, a varios indios de los que habitan en las márgenes del Aguarico u otros ríos, separados por quince o veinte días de navegación en canoa; y allí, bajo la amenaza de encarcelarlos, si no se avienen a cumplir las órdenes de su protector, éste les encarga la venta, entre su tribu y las otras más próximas, de los artículos de comercio de que dispone, obligándoles a tener reunido el precio exorbitante que por ellos pide, en tal o cual especie, para el día de la visita. Ya el Corregidor, el Comisario, o el Padre (que así llaman a sus curas), necesitan trasladarse de un lugar a otro, o conducir sus mercancías, y embargan como acémilas los indios que mejor les parece, para que gratuitamente vayan a prestarles este servicio. El indígena, por naturaleza indolente y perezoso, tiembla al ver llegar a sus

hogares un blanco o racional, como ellos los llaman; y muchas tribus se conservan aún en una independencia feroz, sólo por libertarse de la esclavitud que pesa sobre las ya en parte reducidas.

Si el gobierno de la república no toma a este respecto medidas enérgicas, impidiendo a todo trance que las autoridades del territorio comercien con los indígenas, abusando de ellos, la civilización de sus tribus se hará cada vez más difícil, y estas regiones, de una feracidad asombrosa, continuarán sumidas en su barbarie. Con esto, y con elegir para la administración del territorio personas de inteligencia y moralidad probadas, y no mercaderes hambrientos, como generalmente se eligen por mero padrinazgo, o por compromisos políticos, se podrá conseguir algo de lo mucho que se propala, y la república tendrá siquiera el derecho de comparar en este punto su administración con la de la colonia.

VIERNES 7 DE MARZO

Como llevaba mis apuntes algo atrasados, destinamos este día para ponerlos al corriente, dejando siquiera sentadas las principales ideas, para desarrollarlas más tarde.

En los ratos de descanso contratamos como bogas y peones de carga el número de indios que nos pareció suficiente para seguir embarcados hasta Los Canelos, y atravesar después como lo habíamos hecho al entrar, la áspera cordillera que nos separaba del Estado del Tolima.

En este día comenzamos ya a sentir de lleno las privaciones que hasta entonces sólo habían sido parciales. Hacía más de una semana que carecíamos de vino y licores; las latas de conserva se nos acabaron también; pero teníamos todavía, aunque pocos, algunos restos de galleta o bizcocho de trigo, algunas pastillas de chocolate y dos o tres tarros de manteca para condimentar nuestros alimentos; pero en la fecha que esto escribimos habíamos pronunciado ya el *consumatum est* de las provisiones

salvadas del naufragio y nos vimos en la precisión absoluta de contentarnos con carne de danta ahumada, un poco de bagre salado, pan y fariña de cazabe o yuca, plátanos a discreción y agua del río. Y teníamos por lo menos un mes delante de nosotros, si no ocurría algún incidente que alargase este plazo, durante el cual habíamos de vivir sujetos a este régimen que, por demasiado frugal, hubiera sido inaceptable hasta para un cartujo.

No por esto nos desanimamos: afortunadamente disfrutábamos todos de buena salud, y esto hacían nuestra escasez tanto más tolerable, cuanto que hallándonos en tiempo de cuaresma, podíamos ganar mucho para con Dios, si la paciencia no nos faltaba.

Desde que puse el pie en América, en cuyas regiones del sur más próximas al Ecuador se usa como alimento ordinario y casi exclusivo entre las clases pobres, el plátano y la yuca convertida en el pan que se llama cazabe, me figuré que sería yo el hombre más desgraciado del mundo, si alguna vez me viese obligado a alimentarme de estos dos artículos, con privación absoluta de aquellos a que me hallaba acostumbrado en Europa; pero me engañé, y hoy no puedo menos de felicitarme, al ver cómo el hombre se acomoda sin gran dificultad a las circunstancias de que se ve rodeado, por contrarias que éstas sean a sus costumbres de toda la vida. Cuán lejos estaba de creer entonces que había de llegar un día en que mi estómago se diese por satisfecho con un pedazo de cazabe, que por su dureza no se puede comer sin remojarlo, y un plátano verde o maduro, asado entre el rescoldo, acompañados de un mate, totuma o calabazo, de agua acabada de tomar en el río, muchas veces turbio y cenagoso. El refrán castellano dice que "a buena hambre no hay pan duro"; y yo añadiré aleccionado por la experiencia, que a buena hambre no hay alimento que no acepte el estómago.

Por la tarde hicimos nuestra provisión de víveres para llegar hasta los Canelos. Como se puede suponer, éstos se reducían a los dos artículos que hemos mencionado antes, y que, practicando en toda su extensión una de las principales virtudes democráticas, establecieron entre nosotros y nuestros peones una absoluta igualdad... ante la comida.

La noche fue como la anterior, inquieta y de gran bullicio, turbando muchas veces nuestro profundo sueño la constante algazara de los indígenas, el charloteo de sus mujeres y el llanto de su numerosa prole.

Se me olvidaba decir que los amores de mi escribiente y la brasileña iban en crescendo constante, aunque sólo se manifestaban a hurtadillas y *sotto voce*.

SÁBADO 8 DE MARZO

Mientras se disponía lo necesario para nuestra partida, me puse a copiar una mujer coreguaje, con su muchacho a la espalda. Los indios que nos habían de acompañar, cuando me vieron ocupado en aquel trabajo, creyeron que duraría todo el día, y se fueron muy tranquilos a cazar al monte. Indignado el jefe, los envió a buscar, pero ya no pudieron encontrarlos. Esto nos hizo permanecer un día más entre los coreguajes, demora que no pareció ser de gran satisfacción para alguna persona, pero en cambio satisfizo a otras dos que en vano trataban de ocultarlo.

Durante la tarde y una gran parte de la noche me ocupé en formalizar mis apuntes, y en concluir un vocabulario que hallarán mis lectores al final de este tomo.

También compré a los indios en este día un lorito pequeño y muy domesticado, de una especie particular que por aquí se denomina chirriclés o patilico, un oso-mono y un tití sumamente pequeño, que me propongo copiar cuando mis ocupaciones me lo permitan, y entonces consignaré su descripción aunque sea a la ligera.

DOMINGO 9 DE MARZO

Nos levantamos al alba con el propósito de salir muy temprano; mas por una parte la torpeza de los peones que nos acompañaban habitualmente, y la perezosa negligencia de los indios por otra, nos detuvieron a nuestro pesar hasta muy entrada la mañana.

Nuestra última diligencia en aquel lugar fue la administración del bautismo por el P. Albis, a algunos muchachos indígenas, a ruegos de sus padres, que no llevaban en ello otro interés que el de contar un compadre más entre los blancos, amén del regalillo que con esta ocasión se les hace siempre.

Nos despedimos del Sr. Ordóñez, que salió a acompañarnos hasta el embarcadero; así mismo nos despedimos individualmente de todos los coreguajes, que en su mayor número nos acompañaron también hasta la orilla del río, pesarosos de nuestra marcha.

La brasileña y su desventurado amante balbucearon entre dientes algunas palabras; se estrecharon las manos temblorosas; la pipa de aquella y el tabaco de éste cayeron al suelo como por un solo impulso, y las tiernas y lánguidas miradas de sus ojos un tanto humedecidos acabaron de expresar el último sentimiento. El espectáculo de este amor puramente platónico y sin consecuencia alguna, que tan agradables ratos nos había hecho pasar por espacio de algunos días, tuvo allí su fin y acabamiento, que hubiera podido ser un tanto desastroso para el fidalgo, si el nuevo caballero andante no hubiera tratado siempre de conservar incólume su pudorosa virtud, y tranquila su conciencia con el cumplimiento de sus deberes. Sobre esto le dirigió el portugués una especie de sermón, breve pero compendioso, pocos minutos antes de nuestra salida, a que el joven bogotano contestó que jamás se había permitido desmanes de aquella naturaleza, y que estaba resuelto a todo trance a conservar la integridad de su honra.

Cuando abandonamos el puerto de la Laguna, ya el Sr. Cuéllar y su familia se nos habían adelantado, por ver si podían matar un tapir, para destinarlo exclusivamente a nuestras provisiones de regreso por la cordillera.

Nosotros con nuestros indios y equipaje, íbamos en tres canoas tripuladas por seis bogas o remeros indígenas, y como al salir de la Laguna sólo habíamos tomado un desayuno ligero, al medio día sentimos la necesidad de echar algún lastre en nuestros

estómagos para seguir navegando. Las estaciones donde el viajero puede detenerse son las playas de arena que el río va dejando, con simetría singular, en los ángulos salientes que forma su curso; éstos son los únicos lugares accesibles, porque las barrancas del lado opuesto, por poca que su altura sea, están siempre cubiertas de un bosque impenetrable; se levantan generalmente en línea vertical, y donde menos se elevan, se necesita para abrirse paso el uso del hacha y del machete.

En una, pues, de estas estaciones forzosas, o playas de arena, nos detuvimos para hacer a un tiempo almuerzo y comida. Almuerzo y comida, digo, y casi me arrepiento de haberles dado este nombre, porque en realidad no lo merecen unos cuantos plátanos a medio madurar, asados entre las brasas, unas tortas de pan de cazabe, duro como el corazón de un avaro devoto, unas tiras de pescado con honores de pergamino, y como salsa para el general condimento de todos los manjares, un líquido lechoso, que se extrae de la yuca rallada para hacer el pan, y se prepara con una gran porción de ají o pimentillos muy picantes. Cuando este jugo de la yuca está crudo, es muy venenoso, y bastaría una pequeña porción para dar la muerte a quien lo tomase; pero sin duda el veneno estará contenido en algún aceite volátil, que se evapora a un calor moderado, aunque no llegue al de la ebullición, y esto solo basta para quitarle sus cualidades tóxicas. A este licor llaman los indios casaramano; fermenta a las pocas horas de ser extraído, y toma un sabor picante y ácido, que si la primera vez molesta y repugna por su causticidad, acaba no sólo por ser agradable, sino necesario para estimular el apetito ante manjares tan poco gratos.

Nuestra comida se hizo del modo siguiente:

Colocóse en medio del círculo que formábamos todos una olla o cazuela grande, pues participaba de la forma de ambos utensilios, en la que había como tres o cuatro azumbres de casaramano, que es la salsa universal de los indígenas. Cada cual tenía en una mano un pedazo de torta de cazabe, que mojaba y comía a su voluntad, y en la otra un plátano, que mordía alternativamente, para que el paladar encontrase en la variación nuevos placeres.

El P. Albis, mi escribiente y yo formábamos parte de la rueda común; mojábamos también nuestro cazabe en el caldo, y comíamos al par de los indígenas, con un apetito digno de mejor alimento. Para terminar, tuvimos también un postre, muy en armonía con los platos que se pueden llamar principales, y consistió en algunas frutas de la palma chontaduro, de que en otro lugar hemos hablado, cocidas en agua, sin aliño ni aderezo alguno.

En este día tuvimos ocasión de conocer y celebrar la sencillez de la cocina india, y dimos gracias a Dios de que nos deparase siquiera aquellos manjares, con la abundancia suficiente, para dejar del todo satisfecha la necesidad que nos asediaba.

Apenas habría habido tiempo para levantar los manteles, si no hubiéramos prescindido ya de ésta, y otras muchas superfluidades del mismo orden, cuando empezó a molestarnos la lluvia, que desde mucho antes nos venía amenazando. Tomamos entonces el mejor partido, que fue volvernos a nuestras canoas y continuar navegando para avanzar cuanto fuese posible. Los aguaceros más o menos copiosos nos acompañaron hasta la tarde, que nos detuvimos a arrancar en un sitio llamado por los indígenas Petó-saraguá, que en su dialecto quiere decir palma de coco.

Mientras se disponía nuestra barraca, habíame yo colocado junto a uno de los indios que con grande afán iba amarrando con bejucos las palmas que debían servir de techo. Tanto él como yo estábamos muy acatarrados, lo cual me obligaba a sacar el pañuelo con frecuencia para limpiarme las narices. El indio no tenía pañuelo, pero experimentaba la misma necesidad que yo, y se valía de sus dedos para obtener el mismo resultado. Repugnándome la acción del pobre indígena, repetida de minuto en minuto, me aparté a un lado, murmurando entre dientes del sucio proceder del coreguaje. Este debió comprender algo, quizás en mi gesticulación, y preguntó a nuestro intérprete, que ayudaba también a la confección del rancho, qué era lo que

había desagradado al viracocha⁸, que así se alejaba con señales de disgusto. Cuando el intérprete le explicó la causa, el indio le contestó muy satisfecho, que si era sucio arrojar de sí aquella inmundicia, como él lo verificaba, lo era mucho más el depositarla en aquel pedazo de cusma⁹, y guardársela luego entre la ropa, como si fuese una cosa de gran aprecio. El intérprete no se atrevía, por un exceso de consideración, a darme traducidas las palabras del indio; pero al ver que terminantemente se lo ordenaba, me explicó el razonamiento de aquel hombre, a quien por ahora no me atrevo a llamar salvaje; y esta lección de urbanidad, a que no supe qué responder, dejó en mi ánimo una impresión tan duradera que me fue imposible desecharla en una gran parte de la noche; y desde aquel día no he dejado de admirar, siempre que de ella me acuerdo, la oportuna sagacidad de aquel hijo de los bosques.

LUNES 10 DE MARZO

La noche, que en un principio se presentó clara y despejada, no tardó mucho en nublarse. El viento del noroeste comenzó a soplar con violencia, arrastrando densas nubes que asomando por el horizonte, despedían de tarde en tarde un relámpago fugaz, que iluminaba el inmenso espacio, al que sucedía un trueno casi imperceptible, que se escuchaba a lo lejos como el sordo rumor de una descarga de fusilería disparada a larga distancia. A eso de media noche el viento arreció más; las nubes se hicieron más densas; los relámpagos y truenos menudeaban, y una hora después, la tempestad era furiosa, y los aguaceros tan formidables y continuados, cual si sobre nosotros se desprendiese en catarata abrumadora el mismo río a cuya margen nos hallábamos.

Desde la una de la madrugada hasta la hora de salir el sol, se puede decir que la lluvia no tuvo un solo instante de intervalo, y gracias a que nuestro rancho se hallaba

⁸ Así llaman a los blancos que les merecen respeto y cariño. Esta palabra es del quechua, lengua andoperuviana.

⁹ El pañuelo.

construido con todo el esmero posible, previniendo esta eventualidad, pudimos permanecer en él sin inundarnos.

Luego que escampó, dejamos nuestras hamacas y salimos de nuestra choza. El cielo se hallaba aún encapotado; nubes cenicientas pasaban con extraordinaria rapidez, casi tocando las elevadas copas de los árboles, y en el bosque guardaba todo un absoluto y medroso silencio: ni un eco siquiera del canto de un ave se escuchaba; el jaguar, la puma, el tapir, el cerdo salvaje, hasta los cuadrumanos de infinitas especies, que en las primeras horas del día aturden la selva con sus chillidos, todos callaban, cual si el bosque se hallase desierto; hasta la monótona e incansable chicharra permanecía muda, y ni el ruido más leve venía a perturbar por un instante el letargo profundo a que parecía entregada la Naturaleza. Sólo el trueno cien veces repetido entre las ondulaciones de aquel océano de vegetación, al cual respondían los ecos de las vecinas montañas, hablaba de tarde en tarde con su voz tremebunda; y ante aquel acento pavoroso, que hacía retemblar el monte y el llano, todo enmudecía, cual si pretendiese prestar con aquel silencio el más elocuente de los homenajes al Supremo Hacedor de tan imponentes maravillas.

Después de un breve rato, la tempestad volvió a recobrar su primitiva violencia, como para desquitarse de aquellos momentos de reposo. Difícilmente habrá en la Naturaleza un espectáculo tan aterrador como el que entonces presenciábamos. El viento bamboleaba los árboles seculares; algunos crujían y se desgajaban con estrépito, mientras que las nubes despedían el agua a torrentes y las exhalaciones a millares. Todos estábamos consternados.

Las once de la mañana serían, cuando el temporal comenzó a ceder; y, aprovechando la ocasión, tomamos algún alimento e hicimos trasladar a las canoas nuestro averiado equipaje. Después nos lanzamos a la corriente, aunque la lluvia no había cesado del todo. Los bogas indios completamente desnudos, conservando a lo más su fono, garantía leve de un pudor equívoco, manejaban sus palancas y canaletes sin que se les diera un ardite por el agua que sobre ellos caía, y de la cual se libraban pasándose las

manos por el cuerpo y sacudiendo la cabeza como lo practican muchos animales con todo el cuerpo, en igualdad de circunstancias. Así continuamos cerca de dos horas, sin que el temporal acabase de ceder, hasta que ya bien entrada la tarde se comenzó a serenar la atmósfera, y al fin sólo quedaron algunas ligeras nubes, como restos de la anterior borrasca.

Ya en completa oscuridad llegamos al puerto de Puicuntí, y para saltar en tierra, tuvimos que hacerlo en hombros de nuestros bogas.

Poco antes de desembarcar, y cuando ya iba anocheciendo, encontramos detenida en una empalizada de la orilla, la balsa que algunos días antes habíamos abandonado, y que parecía haberse detenido allí para esperar nuestro regreso. Alrededor de ella revoloteaba un enjambre numeroso de murciélagos vampiros, que acaso la escoltaban todas las noches, por si volvían a ocuparla sus tripulantes.

En Puicuntí nos recibieron con el mismo agasajo que en la Laguna. Nuestro sueño fue turbado repetidas veces por las mismas causas enumeradas en otro lugar, y con tanta más razón, cuanto que los indios todos se quedaron a dormir en sus ranchos, preferidos por esta vez a la playa, a causa de la lluvia y el fundado temor de una rápida creciente.

MARTES 11 DE MARZO

Como el día anterior, amaneció lloviendo. Esperamos por ver si escampaba, y aproveché el tiempo en copiar una culebra de las más venenosas, que matamos la noche anterior en el mismo rancho de los indígenas, conocida vulgarmente con el nombre de rabo de ají, por los anillos rojos con que termina su cola.

Ya muy entrada la mañana cesó la lluvia, y determinamos embarcarnos. Sin embargo no pudimos salir del puerto hasta después del mediodía, por el gran trabajo que cuesta hacer a los indios abandonar sus hogares, por mucha que sea la voluntad con

que se ofrecen a prestar sus servicios como remeros. Por fin, ya cerca de la una de la tarde, empezamos a navegar en dirección a Los Canelos, sufriendo la molestia de algunos chubascos.

Como una hora después de nuestra salida encontramos una canoa que bajaba, tripulada por dos indios habitantes de las orillas del río del Pescado. En la canoa iba con su cargamento uno de los negociantes que trafican con los indígenas, desde el Caquetá hasta el Amazonas. Llamábase éste Don Ramón Pinares; había residido algunos días en Santa Librada, y llevaba para mí un recuerdo de mis compatriotas.

En el breve rato que nuestras canoas permanecieron abordadas, la conversación giró sobre varios asuntos más o menos importantes, siendo uno de ellos el temor fundado con que emprendía aquella expedición, sabiendo que el prefecto del territorio le era muy desafecto, por no haberse querido prestar el traficante a sus exigencias, lo cual podía acarrearle su persecución, sin tener a quien apelar de sus despóticas y abusivas determinaciones. Esta aseveración era una prueba más en apoyo del convencimiento que ya tenía yo sobre el manejo de estas autoridades, y que no necesito repetir, por haberme detenido demasiado en el asunto.

Informado por este Sr. y por sus bogas de que el camino de la Ceja por el río del Pescado se hallaba practicable, cité a estos últimos para Los Canelos, luego que dejaran al Sr. Pinares en Puicuntí, hasta donde iban contratados, con el fin de tomar un acuerdo definitivo sobre el punto por donde debiéramos regresar a la cuenca del Magdalena, si los encargados de abrir la trocha por el río San Pedro no nos diesen sobre ella buenos informes.

Quedaba aún como hora y media de día, cuando nos detuvimos para hacer nuestro rancho en una playa. Al saltar en ella, apoderáronse los indios de un polluelo de gaviota, cuyos desconsolados padres revolotearon toda la noche alrededor de nuestra barraca, demandándonos con agudos chillidos el pobre polluelo, que permanecía entre nosotros aprisionado y con sentencia de muerte. El clamor de aquellos

desgraciados animales, que manifestaban su amor paternal con inquietud tan tierna y solícita, me conmovió de tal modo, que determiné que nadie tocara al polluelo, para dejarlo en libertad a la siguiente mañana.

MIÉRCOLES 12 DE MARZO

Venía apenas amaneciendo, cuando ya las gaviotas, que no habían faltado de nuestro alrededor sino un breve rato por la madrugada, volvieron con las mismas muestras de dolor que antes habían dado. Me levanté con prontitud y les hice soltar su hijuelo en medio de la playa. La alegría de aquellos animales no tuvo límites: ambos se lanzaron con prontitud al lado del pobre pequeñuelo, que aleteaba sin cesar y abría su largo pico, significándoles sin duda que tenía hambre. Entonces, una de las dos dirigió su vuelo a la orilla del río, mientras que la otra, acariciando al parecer con su canto suave y gutural al polluelo, hacía que la siguiese con toda la celeridad que le permitían sus débiles patitas hacia el lugar opuesto al en que nosotros nos hallábamos, y sin cesar de piar suavemente, como si en voz baja quisiera decirle: huyamos de estos monstruos, que se complacen en hacer mal a quien no les ha ofendido.

Yo no había cesado de observar ni un momento la actitud de aquellos animales, cuya menor inflexión de voz, cuyo movimiento más leve, me empeñaba en interpretar a mi modo, abrigando la convicción, quizás demasiado presuntuosa, de acertar en lo que imaginaba, cual si el conocimiento del lenguaje ornitológico me hubiese sido revelado.

El padre, que había quedado cerca de su hijo, no lo había llevado todavía muy lejos de nosotros, cuando el que había volado hacia la orilla del agua, volvió sin duda con alguna presa para alimentar a su hijuelo. El instinto de éste le hizo comprender en el acto el alimento que le traían; recibió a su bienhechor con el pico abierto, y éste depositó en él un pececillo de que había logrado apoderarse.

Mientras se verificaba esta escena, que me proporcionó un rato de entretenimiento muy agradable, se nos sirvió el desayuno que se nos había hecho ya habitual, y

acudimos a tomarlo a nuestra barraca. Durante este tiempo, había caído de vez en cuando una ligera llovizna, como había sucedido también durante la noche; pero nuestro deseo de avanzar nos resolvió a embarcarnos entre seis y siete de la mañana, con el ánimo de ir a almorzar a cualquier punto en que el hambre nos avisase que ya era tiempo de hacerlo.

Poco más de una hora llevábamos de lenta y penosa navegación, como lo es de ordinario siempre que se boga contra la corriente, cuando sentimos cerca de la orilla, junto a la cual iba nuestra canoa, una especie de mugido sordo que llamó nuestra atención, aunque ya conocíamos su procedencia: era el canto de un hermoso paují, que se pavoneaba arrogante sobre las ramas de una gigantesca mimosa, estirando el cuello para vernos pasar por lo más claro del follaje. El pobre pájaro ignoraba que aquel alarde de curiosidad había de costarle la vida. El indio que iba a proa me lo mostró dirigiendo hacia él la punta de su palanca; los cañones de mi escopeta siguieron la misma dirección señalada por el coreguaje, y un momento después el infeliz animal caía al suelo herido de muerte, saltando en seguida el indio y volviendo con él, como pudiera hacerlo un buen perro de caza. Nunca con más razón hubiera podido decirse que en este valle de lágrimas es indispensable que unos mueran para que otros vivan. La carne del paují fue para nosotros un regalo tan oportuno, cuanto que, agotados ya nuestros víveres, no teníamos en perspectiva otro almuerzo que el duro pan de cazabe, algún plátano asado y unas tiras de pescado seco. La Providencia nos favoreció con el encuentro de aquel volátil, cuya carne es realmente apetitosa, aun en medio de la abundancia. La presencia de aquel manjar inesperado avivó sin duda nuestro apetito, y observando en todos el mismo deseo que yo experimentaba, dí la orden de saltar en tierra en la primera playa que encontramos provista de combustibles, donde en poco tiempo se dispuso una comida relativamente opípara.

Mientras ésta se condimentaba, varios de los peones se introdujeron en la selva en busca de alguna otra pieza de caza que pudiera servir para la noche, armados de sus bodoqueras y flechas mortíferas con las puntas impregnadas de curare. Media hora después volvieron todos, sin haber encontrado pieza alguna que flechar, pero

cargados de grandes mazorcas de cacao silvestre, y trozos del bejuco llamado yoco, que como dijimos en otro lugar, les proporciona una bebida exquisita, que estarían tomando constantemente si posible les fuera. Las mazorcas nos sirvieron de postre, y sus granos próximos a la madurez, cubiertos de una sustancia filamentosa, blanda y de un sabor agridulce, nos parecieron en aquel momento frutas superiores a las más estimadas en Europa y América. Tal era la disposición de nuestro paladar hacia la benevolencia, y de nuestro apetito hacia la tolerancia absoluta de todo género de manjares.

Concluido el almuerzo, nos volvimos a embarcar, y sin ningún otro accidente, arranchamos a la caída de la tarde en un sitio bastante próximo a la embocadura del río del Pescado. Durante la noche tuvimos ronda de tigres, nada agradable por cierto, en los alrededores de nuestro rancho; pero por fortuna todos estábamos alerta, y el enemigo no se atrevió a dar el asalto.

JUEVES 13 DE MARZO

Al levantarnos fuimos a recorrer la playa, y en todas direcciones encontramos impresas las huellas de los felinos desde la distancia de unos veinte metros hasta la entrada del bosque. Nos embarcamos entre siete y ocho de la mañana, y navegábamos sin novedad alguna, cuando a eso de las tres de la tarde, iluminado el espacio por los rayos de un sol despejado y ardiente, y sin más que una nube, al parecer insignificante, que se cernía sobre nosotros, descargó un aguacero con tal ímpetu, que hubo que achicar varias veces el agua de las canoas, y al caer en el río los gruesos y ásperos goterones, levantaban nubes como de vapor, donde el arco-iris se multiplicaba dando al paisaje un aspecto singular y bellissimo.

Por fortuna, el aguacero no duró sino media hora escasa, y la engañosa nubecilla, arrastrada por el viento hacia la próxima cordillera, y extendiéndose cada vez más, fue a incorporarse con las que formaban en aquella elevada región una tempestad de formidable aparato.

Temerosos de que aquellas nubes volviesen sobre la llanura, arranchamos temprano en una playa que tiene por nombre El Tominejo.

Afortunadamente la tempestad se desvaneció en la sierra durante la noche, que para nosotros fue tranquila.

VIERNES 14 DE MARZO

Nos levantamos con el alba, y después del almuerzo (perdóneseme la impropiedad de la frase), nos embarcamos, decididos a seguir sin demora alguna hasta los Canelos, aunque tuviésemos que llegar de noche.

Nada de particular hubo en nuestra navegación, hasta la una de la tarde, que empezamos a divisar hacia el norte y no a larga distancia las primeras lomas que descienden al llano entre las cuencas del río San Pedro y el Orteguzza, y son los primeros y más avanzados estribos de la cordillera oriental por aquella parte.

Nuestro espíritu pareció que se regocijaba, al sentirse más próximo a terreno abierto y al goce que la vista encuentra en la contemplación de horizontes dilatados. En las selvas que recorríamos, la naturaleza exuberante abrumba al hombre de tal manera, que parece disputarle el espacio que necesita para fijar el pie, y hasta el aire que sirve para la conservación de su vida. Por otra parte, aunque la permanencia temporal entre los hombres que se hallan aún en estado primitivo, ofrezca al curioso investigador ciertos goces imposibles de hallar en el mundo civilizado, estos goces terminan tan pronto como la novedad se acaba, y entonces se desea volver al seno de la sociedad culta, donde el espíritu puede ponerse en comunicación con otros que le comprendan, y aun satisfacer en el orden material las necesidades que en el hombre crean la educación y las costumbres.

Cerca de las cuatro de la tarde llegamos a la angostura que habíamos bajado en el primer día de navegación en balsa al salir de Los Canelos. Los bogas pasaron para vencer la corriente inmensos trabajos, por ser aquella muy rápida e impetuosa, añadiéndose a esta dificultad el hallarse formado el fondo del río de capas horizontales de greda muy compacta, dura como la roca, y tan lisa, que la palanca no puede encontrar fácilmente un punto de apoyo. Este obstáculo sería muy fácil de vencer, si los bogas dispusiesen, para este paso, de palancas provistas de un regatón de hierro puntiagudo; pero como ellos no los piden a los traficantes, y éstos no se los proporcionan oficiosamente, la dificultad subsiste y subsistirá siempre, hasta que el ejemplo de alguno haga a los otros apreciar la eficacia del remedio.

Ya a punto de salir de la angostura, se nos presentó a tiro un pato de los de mayores dimensiones, denominados aún en el país patos reales, a pesar de la exageración de las manías republicanas, y habiéndolo alcanzado, al huir, el plomo de mi escopeta, reforzamos con él nuestras exiguas provisiones.

Al oscurecer llegamos por fin a Los Canelos, y nos instalamos en la casa del Sr. Cuéllar, donde antes nos habíamos alojado, mientras él se quedaba con su familia uno o dos días más, registrando ciertos cazaderos, donde esperaban matar un tapir para proveernos de carne.

Durante la noche descargó una tormenta tan horrible, que en comparación de ella, las que habíamos sufrido en los días precedentes nos parecieron ya de poca importancia.

SÁBADO 15 DE MARZO

Como la familia del Sr. Cuéllar, que es muy numerosa, debía llegar en breve, y en ella ni en ninguna otra casa del pueblo podíamos tener la quietud y el recogimiento indispensables para los trabajos a que me quería entregar, mientras se disponían nuestras provisiones, ordené a los indios que construyesen a la ligera un barracón, donde nos pudiésemos albergar con algún desahogo; y elegido el sitio en un punto

más apartado, pusieron desde luego mano a la obra. La cabaña quedó concluida en breve, y los indígenas muy contentos con la gratificación que les di por su trabajo.

En los Canelos encontré ya a los dos peones que había dejado para la apertura de la nueva trocha, que no tuvo el resultado que esperaba.

Por la tarde tuvimos otra tempestad que duró hasta hora muy avanzada de la noche.

Empiezan a hacerse los preparativos para la salida.

Uno de mis peones ha caído enfermo. La fiebre al parecer es intermitente, y se acude con prontos auxilios. Esta enfermedad me contraría mucho, porque ha recaído precisamente en el cocinero, y es difícil su reemplazo.

DOMINGO 16 DE MARZO

Continúan los preparativos de víveres.

El peón enfermo no mejora.

Los indios dan la última mano al barracón y nos trasladamos a él con todos nuestros efectos.

Copio una garza pintada, conocida aquí con el nombre de primavera. Es un ave poco común, y de un aspecto no muy simpático.

Empleamos la tarde y gran parte de la noche en formalizar los apuntes del Diario.

Hoy por fortuna no hemos tenido tempestad como en los días anteriores; en cambio, los jevenes y mosquitos nos atormentan a todas horas.

El Sr. Cuéllar no ha llegado todavía. Esperamos que llegará mañana.

LUNES 17 DE MARZO

El día ha amanecido regular, aunque algo entoldado y con anuncios visibles de próxima lluvia. Aprovechando la circunstancia de hallarse nublado el sol, he salido a copiar cuatro palmeras de distintas especies, que se hallaban en el bosque a poca distancia de nuestro rancho, cuyos dibujos deseaba añadir a la colección que de ellas tengo ya reunida: eran éstas la llamada Mil pesos, de tan gallarda forma como útil y sabroso fruto, la coco-dátil, sumamente espinosa, que hace los lugares donde crece de todo punto intransitables; la aguará, cuyo tronco describe casi siempre una curva, y que parece a lo lejos una escoba inmensa, con las hojas vueltas para arriba, y por último, la que lleva el nombre vulgar de zancona, por las muchas raíces adventivas que brotan de su tronco, a veces hasta a más de un metro de altura, y cuyas hojas relativamente cortas, anchas y escaroladas no pasan de cuatro o cinco alrededor de un cohollo estrecho, flexible y largo que les sirve de remate. Esta crece sobre su esbelto y delgado tallo hasta una altura que la permite dominar los árboles más corpulentos, y es uno de los más bellos ornatos de las selvas intertropicales.

Al regresar a la ranchería me tenían dispuesta, para que la copiara, otra culebra coral, de distinta especie de las que ya tenía en mi colección, y cuyos anillos rojos y negros en disposición alternada, y brillantes cual si hubiesen recibido un baño del más hermoso barniz, daban al ofidio la misma apariencia que si hubiese sido una obra artificial, hecha con grande esmero, de la más exquisita porcelana.

Después de comer empleamos la tarde y una gran parte de la noche en los apuntes de mi Diario. Ha caído enfermo otro de mis peones.

El día ha pasado sin tempestad, causándonos cierto placer mezclado de extrañeza.

MARTES 18 DE MARZO

Al levantarnos este día, nos esperaba una gran sorpresa: los indios que nos acompañaban desde Puicuntí y la Laguna, habían desaparecido durante la noche, sin causa alguna aparente que lo motivase. Nos informamos de los demás indios que habitualmente residen en Los Canelos, y por ellos supimos que las causas que los habían impulsado a tomar aquella determinación, eran: en primer lugar, hallarse dos de ellos con sus mujeres recién paridas, y por consiguiente imposibilitados de ocuparse en ningún trabajo penoso; y en segundo, el haberles dicho, al salir, el brasileño, no se sabe si por chanza, o por causarnos después la extorsión que experimentábamos, que "tan pronto como se alejasen de sus ranchos, el español los obligaría a que fuesen con él hasta su tierra". La credulidad de los indígenas les había hecho concebir la sospecha de que esto último pudiera realizarse; y para evitarlo, se pusieron en precipitada fuga, cuando comprendieron que nadie los observaba. Mi primer impulso fue salir en su busca, para obligarlos a cumplir el contrato que conmigo habían hecho; pero las reflexiones del P. Albis, sobre la ineficacia de esta medida, y el mucho tiempo que necesitaba para encontrarlos, porque después de un hecho de esta naturaleza, se retiran siempre al interior de los bosques, durante algunas semanas, en compañía de sus familias, me hicieron desistir de mi propósito, y buscar en la localidad cuantos recursos hubiera disponibles para repasar la cordillera.

Mientras me ocupaba en estos pormenores con el Corregidor del lugar, que se había puesto del todo a mi disposición, llegó el Sr. Cuéllar con su familia, trayéndonos por todo recurso los restos de una danta, muerta dos días antes, de la cual habían ya consumido más de la mitad, para satisfacer sus necesidades propias.

Por el Sr. Cuéllar supimos que el indio Anacona que nos había ofrecido solemnemente subir a buscarnos a Los Canelos, había mudado de parecer, y tomado la dirección del río del Pescado, para regresar a su casa. Esto era para mí una nueva contrariedad; pero no por eso desistí de mi propósito de buscar la salida por aquel río.

Entre tanto, los preparativos seguían haciéndose con cuanta premura permitían los perezosos hábitos de las personas encargadas de disponerlos. Por la tarde lleváronme ya una buena porción de chocolate hecho con el cacao silvestre y un poco de miel de caña, que a pesar de la imperfección de los medios para elaborarlo, tenía un sabor excelente y fue para nosotros una adquisición de gran estima.

Poco rato después, oímos el redoble de un tambor en la casa del Sr. Cuéllar; preguntamos la causa y supimos que acababa de morir un muchachuelo hijo de una india, y que aquel redoble era el anuncio del velorio, para el cual se estaban disponiendo. Como a las siete de la noche, el Corregidor se presentó con su familia en nuestro rancho a hacernos la invitación oficial para la fiesta. Correspondíale de derecho el hacer esta invitación, no sólo como autoridad, sino como padrino del párvulo, que acababa de pasar a nueva vida. No pudimos menos de condescender y salimos con ellos hacia la casa mortuoria.

El salón preparado para la fiesta era el mismo departamento que nosotros habíamos ocupado antes de bajar al Caquetá. En uno de sus costados y sobre un banquillo con honores de mesa, se hallaba el infantil cadáver sentado cual si presidiese la función, y rodeado por todas partes de chaquiras, plumas y flores silvestres. Para acomodarlo mejor, habíanle formado una especie de nicho con pañolones de algodón de los que usan las mujeres calentanas, pedazos de percal blanco y una ruana de hilo con listas rojas que caía por delante como un tapete. En lugar de araña o lucerna, pendían del techo dos palos cruzados, con sendos tubos de caña en sus extremidades, y en cada uno de estos tubos una vela de cera encendida. La orquesta ocupaba uno de los ángulos del salón, y se componía de dos flautas de caña, un tambor hecho de un pedazo de tronco hueco, un alfandoque o chucho y una pandereta. El director de ella era el corregidor, que tocaba una de las flautas. Frente a la mesa mortuoria había un tabladillo de cañas, que ordinariamente servía de lecho a una parte de la familia del Sr. Cuéllar, y a la sazón se hallaba ocupado por algunas indias medio desnudas, recostadas sobre él, estrechándose unas con otras; servían de asiento dos hamacas de cuerda, una de las cuales me destinaron, y los demás circunstantes se hallaban

sentados alrededor de la pieza, en el puro suelo, ya con las piernas cruzadas como acostumbran los árabes, ya en cuclillas como los indios.

A poco de nuestra llegada, la orquesta empezó a tocar con el mayor desentono posible una cosa a que dieron el nombre de bambuco, que fue bailado sucesivamente por varias parejas. Hubo después un ligero entreacto, durante el cual circularon con profusión el aguardiente de caña muy malo, y la chicha de chontaduros, continuando después el baile y la música con el mismo calor que había empezado. Sirvióme entonces de pretexto para retirarme la necesidad de trabajar algunas horas, verificado lo cual, nos acostamos, escuchándose hasta bien entrada la noche el eco nada agradable de los instrumentos que he referido.

Los peones enfermos continúan en el mismo estado.

MIÉRCOLES 19 DE MARZO

Como es poca la gente de que se dispone, los preparativos de víveres van con una lentitud desesperante.

La llegada del invierno es ya evidente. Todos los días llueve poco o mucho, y la atmósfera se ve por todas partes muy cargada de vapores; esto hace que nuestra forzosa detención aumente cada día más mis cuidados.

Hoy he copiado uno de los dos cuadrumanos que compré a los indios: el tití, de tan pequeñas dimensiones, que se puede llevar en un bolsillo del chaleco.

Por tarde y noche hemos trabajado en los apuntes del diario. Han caído algunos aguaceros, acompañados de truenos y relámpagos, que se puede decir son ya el pan nuestro de cada día.

JUEVES 20 DE MARZO

Se va aumentando el repuesto de nuestras provisiones. Hoy los hijos del Sr. Cuéllar han cazado otra danta. Les hemos comprado la mayor y mejor parte de su carne, que se ha puesto a salar inmediatamente. Además hemos acopiado una buena cantidad de arroz y los muchachos se han ocupado casi todo el día en preparar lo que en el Estado de Cundinamarca y en una gran parte del Tolima se conoce con el nombre de patacones. Llámase así al plátano verde cortado al través en pequeñas rodajas, que se fríen ordinariamente en manteca de vaca o de cerdo, y se pueden conservar, para comerlos fiambres, o para hacer sopa, por espacio de muchos días. Nosotros, a falta de otra sustancia, hemos empleado en freírlos el aceite de huevos de tortuga que al efecto habíamos comprado, y cuyo sabor nos parece ya hasta agradable.

Entre todas las privaciones que estábamos sufriendo, la del pan era para mí la más angustiosa. A los colombianos en general les importa muy poco la falta de este artículo, que en las tierras altas y frías se suele sustituir con la patata y en las bajas o calorosas con el plátano verde o maduro y la yuca. Ha dicho no sé quién, y en mi país natal se repite con harta frecuencia, que "intellectus apretatus discurratque rabia"; y en efecto, apremiado por la necesidad, me eché yo también a discurrir el modo de que podría valerme para obtener pan menos desabrido y duro que el de cazabe. En el maíz y el arroz era inútil pensar, porque no había molino, cedazo ni ningún otro de los elementos indispensables para convertir su grano en harina. Era pues forzoso acudir a la yuca y ver el modo más fácil de preparar su fécula para obtener un buen resultado. El nombre de fariña que lleva la preparación, que ya mis lectores conocen, me dio por sí solo la clave del enigma, y resolvimos hacer la prueba. Púsose a remojar en agua caliente un poco de esta sustancia; amasóse luego con un poco de sal y huevos batidos; hízose de todo ello una torta muy delgada, que se sometió a un calor lento sobre una vasija de barro plana y que antes no se había destinado a otros usos, lo cual nos dio por resultado un pan medianamente agradable, fácil de digerir y de mucho alimento. La vida, pues, se nos iba haciendo más llevadera, a medida que se aumentaban nuestros recursos; y parecía que hasta las plagas de mosquito y jején, el calor

sofocante y la estrecha y mezquina vivienda, se nos hacían más fáciles de soportar, por aquello de que "los duelos con pan son menos".

Empleé algunas horas del día en copiar el pájaro y el mono compañeros del tití anteriormente descrito. El pájaro llamado patilico, que entre los coreguajes lleva el nombre de cuiché, es un loro pequeño, con el cuello y vientre amarillos, el pecho blanco, la parte superior de las alas y la cola así como la espalda de un verde muy puro, y tiene adornada la parte superior de la cabeza con un casquete negro, separado del cuello por una estrecha lista de plumas verdes; los ojos grandes con el iris rojizo; el pico graciosamente encorvado y las patas cortas y negras. Es una de las aves que más se acomodan con el estado de domesticidad, tomando un gran cariño al hombre. Su canto ordinario es un silbido con infinitas modulaciones, y aunque de lengua redonda como todos los de su familia, no articula tan fácilmente como el loro las palabras que se le enseñan y su vocabulario se reduce a muy pocas. En cambio es extraordinariamente cariñoso con las personas a quienes conoce, y se complace en estar sobre el hombro de su amo, introduciendo el pico entre el cabello, como para espulgarlo suavemente. Cuando se posa sobre las rodillas o entre las manos, toma las posturas más graciosas, ya echándose de espaldas y extendiendo sus patitas para que se juegue con él, lo cual le complace en extremo, ya alzando las alas para que se le rasque debajo de ellas, ya arqueando el cuello y dándole un movimiento especial de ondulación, como cuando dan de comer a sus hijos. Por lo demás, en todo tiene la costumbre de sus congéneres, y su alimento principal consiste en frutas y semillas. Pocos animales hay tan simpáticos e inteligentes como este lorito, que suele acompañarnos a la mesa durante la comida, nos entretiene después un rato con sus graciosos juegos, y por último se nos queda dormido en el hombro o entre las manos.

El mono que me faltaba que copiar es el que aquí se conoce vulgarmente con el nombre de oso-mono, y con el de guahó entre los coreguajes. Su tamaño es tan pequeño que apenas excede el de un gato común de dos o tres meses de nacido, pero su pelo es tan largo y abundante, que a primera vista parece de un tamaño tres o cuatro veces mayor que el que realmente tiene. Así pasa también con su

prolongadísima cola, que es casi el triple de la longitud total de su cuerpo. Lo que el tití tiene de insociable, arisco e indómito, tiene éste por el contrario de dócil y humilde, y hasta se pudiera decir afectuoso. Su color es gris ceniciento; tiene como el tití una estrecha faja de pelos blancos, que partiendo de la frente y rodeando la órbita ocular, se ensancha en los pómulos y desciende en disminución hasta la barba.

Cuando acabé de hacer las mencionadas copias, salí por la plaza a hacer un poco de ejercicio. Llamó mi atención el ver más gente que de ordinario en la puerta de una de las cinco cabañas de que el pueblo se compone. Pregunté el motivo y dijéronme que allí estaban la cárcel y el cepo, y que acababan de conducir a él a un individuo que había cometido para con el corregidor un delito de desobediencia. Acerquéme allá y vi que el sentenciado estaba ya sometido a la dura pena que acababan de imponerle. El cepo, a que lo habían condenado, es de igual estructura que la del muñequero de Ráquira, que describo en otro lugar, sin más diferencia que la de servir el uno para los pies y el otro para las manos. Saqué una copia de este aparato brutal con el delincuente sometido a él, y luego rogué al corregidor que lo dejase libre, a lo cual accedió por complacerme.

Resuelto a acelerar nuestra partida cuanto posible fuera, dispuse que se hallase todo listo para dentro de dos días. Entonces comenzaron a nacer nuevos obstáculos y a multiplicarse las exigencias de tal modo, que me vi en la necesidad de hacer comprender seriamente, desde el corregidor hasta el último vecino, que me hallaba determinado a no dejarme explotar más, como lo habían hecho hasta entonces exigiéndome por lo menos el décuplo del valor ordinario de las cosas; y que si no había bastantes canoas disponibles ni bogas que las dirigiesen, me bastaba con una para salir con el P. Albis, mi escribiente y algunas personas de mi servicio por el río del Pescado, enviando a los demás por la misma trocha que nos había servido para pasar la cordillera. Al ver mi resuelta y firme actitud, acabáronse las dificultades y todo se fue arreglando con presteza.

Los muchachos enfermos no han tenido alivio hasta ahora. Uno de ellos ha muerto, y los demás desean salir pronto.

VIERNES 21 DE MARZO

Después de dar sepultura al cadáver y colocar sobre ella una cruz, quedaron nombrados los peones que habían de subir por el río del Hacha y atravesar la cordillera por el mismo camino que habíamos pasado antes; éstos eran siete en todos, entre los cuales debían ir los enfermos, para que saliendo con más brevedad a mejor clima, pudieran restablecerse más pronto, o por lo menos encontrar auxilios que en el Caquetá era imposible prestarles. Entre los que estaban hábiles para cargar, debían conducir la parte más pesada y voluminosa de nuestro equipaje (las colecciones), mientras que nosotros conducíamos en la canoa los objetos más indispensables y de uso diario. Nombré entre todos ellos al que me pareció más a propósito para jefe de la expedición, y luego se les repartieron sus raciones de carne de danta, pescado seco, arroz, plátanos, miel y pan de cazabe para once días, aunque calculábamos que sólo podrían tardar en salir seis o siete. Entreguéles también una carta para mis amigos de Santa Librada, a fin de que éstos me remitiesen al pueblo de la Ceja, en el día que calculaba que podríamos salir del bosque, mis mulas de silla y de carga y además algunos peones que saliesen a nuestro encuentro, avanzando cuanto les fuese posible por aquella vía, hasta reunirse con nosotros.

Además de la canoa en que debíamos navegar, conducida por tres buenos remeros, hubo que fletar otra, exclusivamente para que llevase nuestros víveres, única manera de ir nosotros con más desahogo y menos riesgo en la subida del río del Pescado, cuya navegación es muy difícil, a causa de sus enormes empalizadas y rápidas chorreras. Dispuesto ya todo, sin desaprovechar una hora del día, nos acostamos temprano con el propósito de estar listos apenas rayase el alba.

Serían como las ocho de la noche cuando empezó a llover y tronar como de costumbre, y con una tenacidad tal, que el alba llegó sin haber cesado un instante los aguaceros.

SÁBADO 22 DE MARZO

Después de la noche de continua lluvia, esperábamos que con el día abonanzase el tiempo; pero éste no correspondió a nuestras esperanzas, porque la mañana fue enteramente igual a la noche, y los aguaceros continuaron sin intermisión hasta mucho después del mediodía.

Por la tarde se serenó un poco; pero no era ya tiempo de salir, y determinamos aplazarlo todo para el día siguiente, si no teníamos igual contratiempo.

Al oscurecer quedó todo arreglado, por si nos favorecía la fortuna; puestos los toldos a las canoas, y embarcados algunos víveres, para tener menos demora por la mañana.

Al acostarnos, vimos algunas nubes que nos auguraban mal tiempo.

DOMINGO 23 DE MARZO

Al contrario de lo que temíamos, amaneció la mañana despejada y serena. Por nuestra fortuna habían llegado también nuevos peones, procedentes de las pesquerías, y pudimos contar con seis bogas, que tripulasen dos canoas de las mayores que se encontraron, con lo cual fue bastante para llevar un poco más de comodidad y desahogo que el que en una sola hubiéramos tenido. A fuerza de paciencia y de trabajo incesante logramos que se pusiese a bordo cuanto habíamos de conducir; pero por mucho que tratamos de apresurar los preparativos, era ya más del medio día cuando logramos salir del puerto.

A pesar de la lluvia abundante que había caído en los días anteriores, la corriente del Orteguaza no era mucho mayor que en su estado normal, porque después de dos o tres meses de estación seca y excesivamente calorosa, la tierra sedienta embebía toda

el agua desprendida de las nubes, y apenas dejaba que bajase hasta el río algún insignificante arroyuelo.

Navegamos sin novedad alguna en favor de la corriente en dirección a la embocadura del Pescado, distante de los Canelos como unos treinta kilómetros, y a la caída de la tarde nos detuvimos para pernoctar en la misma playa que nos dio asilo la última noche de nuestra subida. Contábamos con que el rancho que nos sirvió de albergue durante aquella noche pudiera también servirnos en ésta, por los pocos días que habían mediado; pero los últimos pescadores que se habían detenido allí después que nosotros, lo habían deshecho completamente para aprovechar sus materiales en las palizadas o barbacoas que necesitaban disponer para secar al sol su pescado. No hubo, pues, más remedio que levantar otra barraca como la anterior, en lo cual se emplearon siete peones, y aun así no pudo concluirse antes que desapareciera la luz del día.

Preparóse una comida muy a la ligera, y con ánimo de salir en la madrugada para el río del Pescado, antes que el viento arreciase, nos recogimos muy pronto y nos entregamos al sueño.

LUNES 24 DE MARZO

Nos levantamos antes de amanecer y a aquella hora se empezó a preparar el almuerzo. Veíanse algunos ligeros celajes; después se levantó una densa niebla, que por fortuna se disipó muy pronto, continuando el día bastante despejado.

A poco de salir el sol, ya estábamos a bordo de nuestras canoas, y navegando con celeridad ayudados por la corriente.

A eso de las ocho llegamos a la embocadura del río del Pescado, por el cual comenzamos a subir abandonando el Orteguaza.

No lejos de la confluencia de estos dos ríos sentimos a nuestra izquierda la especie de gruñido áspero y bronco, que es el grito particular del mono conocido vulgarmente con el nombre de cotudo, y a quien llaman emúr los coreguajes. Este mono, de color rojizo y uniforme, excepto en la espalda, que es de un blanco amarillento, tiene en la parte inferior del cuello un aparato huesoso y cóncavo, algo semejante en su forma a un pequeño cráneo perforado por la parte correspondiente al paladar, el cual está unido a la laringe y a la mandíbula inferior por dos prolongaciones óseas y algunos músculos y ligamentos. En la cavidad de este hueso, que en el individuo de que hablaremos después tenía siete centímetros de largo por cuatro de ancho y cinco de profundidad, es donde se produce el sonido gutural, chillón y desapacible de este original cuadrumano. Como se hallaba cubierto por la piel del cuello, y en esta parte el pelo es más abundante, largo y rígido, da al animal un aspecto cual si tuviese una prolongada barba, o la enfermedad conocida con el nombre de coto, con la cual se abulta el cuello de una manera horrible.

Deseoso de examinar minuciosamente el aparato que acabo de describir y del que conservo un ejemplar entre mis curiosidades, mandé detener las canoas junto a la orilla donde los monos se hallaban, y envié dos indios con bodoquera y flechas para que se apoderasen de alguno de aquellos y lo trajesen con todo el cuidado posible, a fin de que llegase intacto a mis manos. Los indios partieron al punto, llevando unido a la obediencia el interés personal de aprovechar después la carne de la víctima como uno de sus manjares predilectos.

Una hora apenas habría pasado, cuando los vimos regresar alegremente, trayendo a la espalda un paují y uno de los monos, macho adulto. Como por entonces no nos convenía detenernos, lo pusimos con cuidado a bordo de una de las canoas y continuamos nuestra navegación por aquel breve rato interrumpida.

El río del Pescado corre de suroeste a noreste, en el trozo más cercano a su desembocadura; su cauce tiene por allí de setenta a ochenta metros de ancho y dos de profundidad por término medio; y su corriente, como la de los demás ríos que cruzan

el llano, es lenta y perezosa por el escaso desnivel del terreno. Por lo demás, el carácter que ofrecen sus márgenes, así en la vegetación como en los demás accidentes, se diferencia muy poco de las de los otros ríos por donde acabábamos de navegar, principalmente desde que se apartan un poco de las faldas de la cordillera. Aunque en éste suelen ser más altas y escarpadas las orillas, tiene menos playas que el Orteguaza y el Caquetá, y en lugar de los extensos guaduales y prolongados bosques de guarumos, predominan en sus riberas las palmas de todas clases y las bellas mimosas de una elevación gigantesca.

Amenazados por una tempestad, que por fortuna se replegó luego hacia la cordillera vecina, arribamos como a las cuatro de la tarde a una playita estrecha, donde arranchamos para pasar la noche. En las pocas horas de luz que nos quedaban, tomé una copia del mono cotudo; y desollado luego para conservar la piel, su carne fue puesta a condimentar para la cena de los peones. Aunque con alguna repugnancia, probé de ella un solo bocado; y, como la primera vez, no me pareció muy selecta, acaso porque ya no estaba sazónada por el apetito de los días anteriores, mediante a que llevábamos en abundancia mejores víveres.

MARTES 25 DE MARZO

La noche se pasó tranquila; y aunque cayeron desde el amanecer hasta la salida del sol algunos chubascos, la mañana quedó luego despejada y serena.

A eso de las siete empezamos nuestra navegación. Como a dos o tres kilómetros de la playa en que habíamos dormido, encontramos a la derecha una quebrada que conserva todavía el nombre de Santa Rita, por haberse llamado así mientras existió en el mismo lugar una de las muchas reducciones de indios que por todas partes se encontraban en tiempos de las antiguas misiones.

Hoy el territorio entero se halla despoblado y van desapareciendo de él en brevísimos períodos hasta los últimos restos de las pobres tribus indígenas. En cuanto a la de los

Andaquíes, una de las más numerosas e inteligentes, que en los últimos tiempos de la dominación española conservaba aún en estas comarcas pueblos enteros con numeroso vecindario, hoy está reducida a unos cuantos individuos que se cuentan por los que los conocen, y no llegan quizás a una docena. Estos indios, algunos de los cuales residen actualmente en Los Canelos, se distinguen a primera vista, por sus caracteres físicos, de los coreguajes, tamas, guagues, huitotos y demás tribus pobladoras del Caquetá, y consiste la principal diferencia, en la mayor vivacidad de la mirada y la regularidad de sus facciones, particularmente la nariz, que en algunos de ellos es aguileña.

Al hablar de esta rápida desaparición de los aborígenes, que ha ido siempre en progresivo aumento, sobre todo desde que se estableció el sistema republicano, buscan y no hallan razones con qué disculpar el hecho los enemigos de la colonia, que han achacado siempre todos los males a nuestro vicioso sistema, sin ver que el fenómeno es constante donde quiera que la civilización se pone en contacto con la barbarie primitiva; y eso que la raza española no ha excluido o aniquilado jamás por sistema la de los indígenas, sino que se la ha asimilado en lo posible, al contrario de la anglo-sajona, egoísta y cruel por naturaleza. Pero la historia se encargará de hacernos justicia.

Algunos kilómetros más adelante y en la misma orilla izquierda del río, que era la de nuestra derecha, encontramos otra quebrada o riachuelo que lleva por nombre el Salado, y un poco más allá otra denominada el Coscongo. Más adelante oímos chillar otros cuadrumanos de distinta especie que los que encontramos el día anterior, cuyo grito es un silbido muy prolongado en diversas notas. Llamen aquí vulgarmente a estos monos bracilargos, por tener la cualidad que su nombre indica; son los marimondas; los coreguajes lo llaman painasós, y su carne es considerada como la más exquisita de todos los cuadrumanos. Nos detuvimos como en el día anterior, por ver si se podía cazar alguno, y salieron en su busca los mismos indios con sus bodoqueras y flechas envenenadas. No tardaron mucho en volver, trayendo un macho y una hembra, ambos adultos, de los cuales copié el primero, negro como la hembra,

con el pecho, el vientre y la parte inferior de las extremidades de un blanco amarillento y salpicado de la tinta general hasta el punto de confundirse con ella en los sitios donde el cambio de color se verifica. Este mono tiene la particularidad de carecer de pulgares en las manos, que se terminan en cuatro dedos. Inmediatamente después hice entregar a los indios ambas víctimas, que guardaron con placer, para celebrar con ellas un banquete suntuoso.

Continuamos luego navegando sin encontrar otra cosa notable que una isla bastante extensa, única que hasta entonces habíamos hallado, y cerca de ella algunos manchones de la palma llamada tagua o cabeza de negro y ñume entre los coreguajes, de la cual se obtiene el marfil vegetal, que tantos usos tiene ya en la industria, y que está llamado a tener muchos más luego que el comercio la lleve a ciertos puntos de Europa donde no es aún bastante conocida.

A las cuatro y media de la tarde nos detuvimos en otra playita, estrecha y baja como la del día anterior, para hacer nuestro rancho y pasar la noche.

Habíame propuesto al llegar allí hacer quitar la piel a uno de los bracilargos para conservarla con la del cotudo; pero por pronto que acudimos, los indios habían chamuscado ya los dos animales enteros para aprovechar en su comida hasta la piel, que consideran como el bocado más sabroso.

En los momentos de ir a arrancar, sentimos en la orilla opuesta el rugido de un tigre; y como algunos de los indios tienen una facultad de imitación tan extraordinaria, comenzaron a repetir sus rugidos, a los cuales no tardó en contestar la fiera; pero su gran instinto le advirtió sin duda el riesgo que para ella encerraba aquel reclamo, y no se atrevió a llegar hasta la playa, aunque anduvo toda la noche bastante cerca.

MIÉRCOLES 26 DE MARZO

Nos levantamos como el día anterior, cuando apenas iba rayando el alba. Los rugidos del tigre se escuchaban todavía en el mismo lugar donde habían resonado los últimos en las primeras horas de la noche. Tomamos un desayuno ligero, y al salir el sol, íbamos ya navegando.

El grito de los monos de diversas especies se escuchaba en ambas orillas; revoloteaban de una a otra las camaranas y las pavas de monte, los paujés y las guacharacas, de las cuales matamos dos que sirvieron para nuestro almuerzo; las parejas de loros y guacamayos cruzaban sobre nuestras cabezas, lanzando al aire sus chillidos desapacibles. Admira el ver en estas dos especies de animales el entrañable y mutuo amor que el macho y la hembra se profesan. Nacidos y criados en el mismo nido, pues por lo general sólo ponen dos huevos, de los que siempre resultan hembra y macho, continúan luego inseparables por toda la vida. Desde que salen a volar, juntos comen de la fruta de un mismo árbol, de la misma mazorca de maíz criada en la chagra o roza de los indígenas; si se posan, lo hacen siempre en una misma rama; y si vuelan de un punto a otro, sus alas van siempre en contacto; su grito de temor o de placer se exhala siempre a dúo; juntos hacen su nido y crían sus polluelos, sin que se separen jamás, si algún accidente no priva al uno o al otro de la vida, en cuyo caso, el otro vaga errante, solitario y triste, sin buscar nueva compañía, y muere de pesar al cabo de poco tiempo. El guacamayo y el loro son pues el dechado del perfecto amor conyugal, y no la tórtola y la paloma, que en Europa disfrutan, por lo menos al decir de los poetas, de una fama de constancia y fidelidad, que por cierto no merecen.

Según íbamos avanzando en nuestra navegación, encontramos a la izquierda la embocadura del río de la Fragua, uno de los afluentes del Pescado que más caudal le tributan, y que debe el nombre que lleva a la circunstancia de haberse detenido en sus márgenes el intrépido conquistador Hernán Pérez de Quesada, cuando en busca del fabuloso El Dorado, atravesó estas regiones en su desastrosa expedición; y detúvose en este río para hacer herrar los pocos caballos que le habían quedado, por habersele

muerto muchos de los que sacaron de Bogotá, y haber tenido que matar otros para mitigar el hambre de los expedicionarios.

El río de la Fragua entra en el Pescado por su margen derecha, con una dirección de suroeste a noreste. Desde aquel punto, el cauce del primero se estrecha, hasta perder más de la mitad de su anchura; sus aguas se ven mucho más transparentes, y se observa en su curso mayor rapidez, a causa del declive del terreno. Desde aquí empieza también a encontrarse algunas empalizadas que por fortuna no cierran el paso; y las playas, antes arenosas, se ven cubiertas de guijos y pequeñas piedras rodadas, que anuncian la proximidad de la cordillera.

Poco antes del medio día nos detuvimos para almorzar en una isleta umbrosa, donde permanecimos como dos horas y media, al cabo de las cuales volvimos a embarcar, y continuamos nuestra subida.

Por esta vez renuncié a probar la carne del mono bracilargo, a pesar de los encomios que me hacían de ella.

El lugar en que nos habíamos detenido lleva un nombre que parecerá extraño, tratándose del territorio del Caquetá, donde todo debería denominarse de la misma manera; sin embargo la circunscripción que con él se distingue se reduce sólo a la playa en que estábamos almorzando, a una extensión de sólo algunos kilómetros de la margen derecha del río, y a una quebrada que afluye a él por el mismo lado. Este sitio se llama El salvaje. Sin duda mis lectores pensarán que este salvaje es o fue alguno de los individuos de raza indígena, que habitó en dicho lugar o ejecutó en él algún hecho digno de perpetuar su memoria. Todo menos que eso: el salvaje en cuestión no es un indígena cualquiera completamente desnudo o ataviado con su fono o su cusma; es un personaje ideal y fantástico, que goza de reputación de salvaje entre los salvajes mismos, y que, como los duendes y brujas, goza del privilegio de que todos hablen de él, sin que nadie lo haya visto distintamente, sino a lo más, como una ráfaga fugitiva entre el crepúsculo de la mañana o de la tarde. El salvaje, que, como el duende, es un

verdadero Proteo, se complace en aparecerse a unos en distinta forma que a otros; aunque parece que el disfraz que más le agrada y que usa con más frecuencia es llevar el cuerpo enteramente desnudo, sin duda para lucir su piel velluda como la de un oso, y sobre la cual ostenta una larguísima cabellera verde, semejante en su longitud y espesor al musgo ceniciento y parásito que cubre ciertas plantas en los lugares templados y húmedos, llamado en unas partes barba de palo y en otras salvajina, musgo del que hemos hablado ya en varias ocasiones.

Para concluir la figura del ser misterioso, que debe ser la esencia del salvajismo, por ser salvaje entre los salvajes, indicaremos otra particularidad que le atribuyen, y es la de llevar los pies en sentido inverso, esto es, los dedos hacia atrás y los talones hacia adelante. Dicen además que es polígloto, y que habla a la perfección el castellano y todos los dialectos indígenas. Estas cualidades de ilustración, que recomendarían por sí solas al salvaje que las poseyese, están deslustradas por otras que lo hacen en extremo temible y hasta odioso entre los indios: y son las de tener mirada y aliento fascinadores como el boa, y ser esencialmente antropófago, sin usar de otro alimento que la carne humana.

La mayor parte de las personas que residen habitualmente en el Caquetá, y que se llaman racionales, creen como los indios en la existencia y aparición de estos seres imaginarios, y refieren con el mayor aplomo hechos que dicen haber ocurrido a varias personas, siempre ausentes, y cuyo conocimiento les ha llegado por una larga serie de testigos de referencia.

Entre el río del Pescado y el de la Fragua, que acabábamos de pasar, nos aseguraron así mismo que habitaba una especie de colonia de indígenas que jamás se comunicaba con las demás tribus, ni con las personas más o menos civilizadas que existen en el territorio. Según las razones fútiles que me dieron en apoyo de esta creencia, no pude menos de persuadirme de que los tales indios son de idéntica creación que la del salvaje, y como él hijos de la excesiva maravillosidad de estas pobres gentes; porque la credulidad llevada hasta lo absurdo, es compañera inseparable de la ignorancia.

Desde allí en adelante fuimos encontrando cada vez más rápida y torrenciosa la corriente del río, y su cauce, bordeado de la palma tagua o marfil vegetal, cada vez más estrecho. De cuando en cuando solíamos tropezar con enormes troncos que obstruían el paso casi por completo, obligándonos a dirigir las canoas por chorreras donde a cada instante había un peligro.

A eso de las tres de la tarde llegamos a una playa elevada y un tanto arenosa, donde resolvimos detenernos para arrancar y pasar la noche, temerosos de no encontrar sino a muy larga distancia otra que nos ofreciese cómodo y algo seguro asilo.

JUEVES 27 DE MARZO

Durante la noche anterior no hubo otro accidente que algunos aguaceros, que duraron como dos horas, desde la una a las tres de la madrugada. Al amanecer había mucha niebla, que los primeros rayos del sol disiparon en breve rato. A esa hora salimos nosotros, sin que nos ocurriese alguna cosa notable en el principio de nuestra navegación, sino la muerte dada por mí a una camarana, hermosa ave que no se diferencia del paují, en otro lugar descrito, sino en tener la extremidad del pico negra y roja la base; en que las plumas de su cola no tienen la extremidad bordeada de blanco como las de aquel; en que sus patas son de color aplomado en vez de ser amarillas; en que el bello penacho que cubre su cabeza está salpicado de algunas pequeñas pintas blancas, y finalmente en que el canto de la una es un silbido agudo y prolongado, mientras que el del otro es una especie de arrullo semejante al de un palomo que transmitiese su canto al través de un tubo, que ahuecando la voz, la hiciese más confusa y aumentase mucho su volumen. Por lo demás, así en su tamaño como en sus formas, en su apostura gallarda como en sus costumbres, son enteramente iguales. Con la camarana y un bagre de más de un metro de longitud, que uno de nuestros bogas había pescado, hubo almuerzo abundante para todos.

Más adelante encontramos una manada de nutrias, que nos precedieron por largo rato nadando siempre a larga distancia de nuestras canoas por el centro del río, ya sumergiéndose, ya saliendo a respirar a la superficie del agua, para volver a sumergirse de nuevo: eran seis por todas; y según su tamaño respectivo y las demostraciones que iban haciendo, calculamos que cuatro de ellas eran cachorros y las dos mayores sus padres, por la solicitud con que los custodiaban. Quedábanse estos últimos siempre a retaguardia de su prole, y de cuando en cuando se volvían hacia nosotros mostrándonos los dientes, cual si pretendiesen intimidarnos.

La celeridad con que avanzaban las canoas nos permitió aproximarnos a dos de los cachorros, que, cansados por el violento ejercicio de una natación tan prolongada y constante, se quedaron al fin rezagados lo suficiente para que pudiese llegar hasta ellos el mortífero plomo. El tiro que les hice fue tan certero, que alcanzó a los dos por hallarse muy cerca el uno del otro, y heridos ambos de muerte, se hundieron para no volver a salir ya nunca. A poder calcular que aquellas muertes habían de ser inútiles, y que no podría siquiera aprovechar las pieles, que era lo que más codiciaba, me hubiera abstenido de dispararles, y no hubiéramos perdido el rato que empleamos en buscarlas.

Prosiguiendo nuestra navegación, encontramos a tiro un poco más lejos una pava cuyuví y una guacharaca, que hice caer, y fueron a aumentar nuestras provisiones.

Como el terreno iba teniendo mayor desnivel, a medida que avanzábamos hacia la cordillera, empezamos a encontrar algunos chorros o corrientes muy rápidas, donde las tres palancas de que nuestros bogas iban provistos, empleadas en simultáneo esfuerzo, apenas podían hacer subir la canoa. Entre aquellas chorreras entra en el río por su margen derecha una quebrada conocida con el nombre de La piedra de amolar, sin duda porque en sus orillas se ven entre las piedras rodadas algunos fragmentos de asperón rojo.

A poca distancia de allí encontramos otra chorrera erizada de troncos enormes. Los bogas necesitaban hacer un supremo esfuerzo para dominar la corriente y apelaron para adquirir fuerzas al medio singular de detenerse en la orilla a raspar algunos pedazos del bejuco del yoco y tomar algunos tragos del amarguísimo licor que produce, con la misma confianza que si fuese una botella del vino más rancio y espirituoso.

Llegado el medio día, nos detuvimos a comer bajo una espesa bóveda de follaje que en la orilla izquierda encontramos, formada por un grupo de gigantescos chíperos que se levantaban en el borde del cauce y extendían hasta la mitad de él sus copudas ramas. Allí permanecemos como dos horas, al cabo de las cuales continuamos nuestra ascensión, cada vez más laboriosa y difícil. En efecto, las chorreras y empalizadas eran tan frecuentes, que parecía que el río, deseoso de impedir su navegación, hubiese pedido a la selva los despojos de sus tempestades más formidables, para lanzarlos en su estrecho y tortuoso álveo, y privar así al hombre de la única vía de comunicación que le presenta alguna más facilidad de moverse entre las selvas solitarias.

La plaga de mosquitos, que tanto nos había molestado en el Orteguaza y el Caquetá, tomó aquí unas proporciones espantosas, no por el número de los insectos, sino porque teniendo sin duda un veneno más activo, sus picaduras producían un escozor intolerable y nos tenían llenos de ampollas, cual si nos hubiésemos hallado expuestos a los furores de un colmenar alborotado.

A corta distancia de allí dejamos a nuestra izquierda un desaguadero o caño que sirve de comunicación entre el río y una laguna denominada del Temblón, porque parece que en ella son muy abundantes las torpillas o anguilas eléctricas. En esta laguna nos aseguró el más anciano de nuestros bogas que había visto en más de una ocasión otro ser fantástico e ideal como el salvaje de que hemos hecho referencia, y que no atemoriza menos que aquél a los que creen en la existencia real de tan horrible monstruo. Denomínanle con el nombre de tigre de agua; y aunque nadie ha llegado a

verlo, cada cual lo pinta a su modo y le atribuye cualidades de instinto y ferocidad capaces de infundir miedo al valor mismo.

Pasada la laguna, dimos en otra chorrera tan violenta, que los bogas estuvieron a punto de darse por vencidos y dejarse arrastrar por la corriente. A la gran rapidez del agua, uníase la extremada profundidad del charco, donde caía rugiente como una catarata. Los remos eran inútiles; las palancas no alcanzaban ya al fondo; y el peligro de ser arrastrados por el oleaje envolvía el de sepultarnos allí con nuestra canoa. El momento era solemne; y un solo instante de vacilación hubiera bastado para hacernos sucumbir, si un milagro de la Providencia no nos salvaba. Por fortuna, el indio que iba en la proa era muy ágil, resuelto e inteligente; encontró la ocasión, y supo aprovecharla. En la extremidad inferior de la chorrera había a flor de agua atravesado un tronco cuyas últimas ramas estaban al alcance de su mano; soltó la palanca inútil, se asió de aquel al parecer frágil apoyo como un recurso extremo; por fortuna el tronco y la rama estaban verdes y conservaban aún la suficiente elasticidad para resistir y no troncharse; el segundo boga acudió inmediatamente en auxilio de su compañero, y de rama en rama y de tronco en tronco se sacó por fin la canoa al opuesto lado. Un grito de satisfacción, exhalado a tres voces, fue el término de este accidente, que los de la canoa que nos seguía, escarmentados por nuestro riesgo, supieron evitar, buscando un paso menos difícil, por una orilla que nosotros no creímos practicable.

Media hora después nos detuvimos en una playita pedregosa, para hacer nuestro rancho y esperar el siguiente día. El calor durante la noche fue sofocante y nos hizo estar en continuo desasosiego. En cambio, nuestros bogas obtuvieron una abundante pesca, aprovechando la circunstancia de empezarse a enturbiar las aguas del río, por iniciarse una creciente.

VIERNES 28 DE MARZO

Cuando nos levantamos, que apenas apuntaba el alba, vimos ya realizado el anuncio que en la noche anterior nos había hecho lo turbio de la corriente. El río había elevado su nivel por lo menos un metro sobre lo ordinario. El día sin embargo se presentaba sereno como lo había estado la noche, y sin duda el horrible calor que habíamos sentido era por hallarse la atmósfera muy cargada de vapores, que condensados en la cordillera produjeron la abundante lluvia que ocasionaba aquella creciente. Al salir el sol descargaron también algunos aguaceros donde nosotros estábamos, contribuyendo a aumentar la avenida. Almorzamos para esperar que escampase, y tan pronto como cesó la lluvia, desamarramos nuestras canoas y nos pusimos en marcha.

A poco de salir llegamos a una angostura, donde la corriente era muy rápida, y tan grande la profundidad, que hubo que pasar aquel trecho con gran trabajo y a fuerza de canaleta. Llámase el indicado sitio El Peñón, por ser allí las márgenes del río sumamente escarpadas, formando el cauce por un lado y otro elevadísimos bancos de arenisca, redondeados por el batir de las olas, en tales términos que a primera vista parecen diques artificiales o murallones de una gran fortaleza. En esta angostura se cruzaban, a veces de una a otra orilla, las guaduas mezcladas con enredaderas, de un modo tan singular y caprichoso, que parecían arcos triunfales levantados para recibir con rústico aparato a alguna deidad de la selva.

A corta distancia de aquel lugar, encontramos varias chorreras tan impetuosas, que los bogas tuvieron que arrojar al agua para subir las canoas a fuerza de brazos. Después, el cauce del río sigue por algunos kilómetros casi en línea recta, y entre los árboles de ambas orillas veíamos los cacaoteros silvestres cargados de fruto, costándonos inmenso trabajo el conseguir que nuestros bogas no saltasen en tierra para recoger las mazorcas, que en su color amarillo dorado demostraban estar ya enteramente sazonadas y maduras.

Como la creciente, en lugar de disminuir iba en aumento, bajaban con ella muchos troncos flotantes, cuyo choque era necesario evitar como un inminente peligro.

A nuestra continua zozobra uníase la molestia, también continua, de los mosquitos y jejenes, que no nos dejaban sosegar ni un solo instante, aprovechando el menor resquicio para introducirse y dejar como rastro de su venenoso y sutil aguijón la roncha candente, que aumenta su escozor cuanto más se rasca, y a la que es imposible dejar de acudir con las uñas, aun sabiendo que la irritación se aumenta de este modo y se hace mucho más duradera.

Después de aquel tramo casi recto y poco desnivelado, que los bogas del país llaman calle larga, el terreno se pronuncia en grandes pendientes hacia la cordillera, siguiendo el cauce del río el mismo declive, hasta el punto de notarse a la simple vista la enorme inclinación de los planos por donde se descolgaba un volumen de agua de muchos millones de litros, que descendiendo con una rapidez vertiginosa, hacían la subida tan difícil, que a pesar de los esfuerzos supremos de los bogas, en muchas ocasiones les era imposible dominar la espantosa fuerza de la corriente, que arrastraba nuestras canoas cual si fuesen hojas secas, hasta donde se hallaba algún ligero remanso donde se podían detener, para comenzar de nuevo a luchar con las mismas dificultades.

Mi escribiente, pálido y tembloroso, hacía los apuntes que yo le dictaba, con mano insegura; sin que el P. Albis y yo, y hasta los mismos bogas, dejásemos de participar del justo temor que nos inspiraba tan continuo como inminente riesgo. Sin embargo, era forzoso seguir adelante, siquiera fuese con lentitud y a fuerza de trabajo y de peligros, a fin de evitar otros, que no eran menos de temer en aquellas circunstancias. La estación de las lluvias parecía haber entrado de lleno, y durante ella, las lluvias torrenciales suelen caer sin intermisión por espacio de muchos días, así en las cumbres de las cordilleras como en las llanuras de un lado y otro de los Andes. Si esto sucedía, como era de temer, y el río seguía creciendo hasta el punto de hacer imposible su navegación, aunque sólo fuese por una semana, sin dejarnos llegar al

puerto, en primer lugar sería muy difícil encontrar en sus orillas un lugar seguro en que refugiarnos; y en segundo, se llegarían a concluir nuestras provisiones, en cuyo caso, sólo Dios sabe cuáles hubieran podido ser las consecuencias. Por fortuna, la creciente se sostuvo en los límites a que hasta entonces había llegado¹⁰, la cordillera que teníamos en frente se despejó un poco, permitiéndonos divisar a lo lejos sus cumbres más empinadas envueltas aún entre las nubes; ¡Cuánto suspirábamos por sentar el pie sobre aquellos montes fragosos, sin embargo de que allí nos esperaban nuevos trabajos, aunque de distinto género.

Después de vencidas las dificultades que nos habían hecho retroceder, llegamos a un lugar que se denomina Charco del Venado: allí nos esperaba otra chorrera más formidable que las anteriores, por tener una empalizada que obstruía completamente el paso, y que nos era imposible romper, mientras el río no bajase a su nivel ordinario. A pesar de eso, la Providencia que visiblemente nos protegía, nos deparó un medio para superar aquel invencible obstáculo. En aquel mismo sitio la corriente se trifurcaba, descendiendo por nuestra derecha el brazo menos caudaloso, y por consiguiente el que más se prestaba a la subida de nuestras frágiles canoas. Subimos por él, aun a trueque de encontrar en su comunicación superior con el río cerrado el paso por alguna empalizada de proporciones colosales; y, aun cuando por allí también menudeaban los obstáculos, podían vencerse con más facilidad y era mucho menor el peligro.

A poco de entrar en el brazuelo, observaron los bogas que en los remansos se agitaban los peces en crecidísimo número, buscando en vano hacia sus orillas refugio contra las olas turbulentas. Uno de los indios que nos acompañaban, venía provisto de un aparato especial de pesca, a que dan el nombre de lica, compuesto de una red de cinco a seis metros de largo, y uno próximamente de ancho, con unas piedrezuelas amarradas en uno de sus bordes longitudinales, y en el opuesto unas pequeñas boyas de balsa o de guarumo, madera que por su escasa gravedad puede suplir al corcho en

¹⁰ Próximamente tres metros sobre su nivel ordinario.

muchas ocasiones. Esta red, cuyas mallas tienen la suficiente anchura para que un pez de mediano tamaño pueda introducir la cabeza, se arroja al agua de modo que al caer se extienda todo lo posible, para lo cual se necesita la práctica especial que adquieren los que la manejan. Una vez arrojada al agua, donde la presencia de los peces es conocida, y aprovechando como requisito especial el que éstas se hallen enturbiadas por alguna creciente, el indio se arroja generalmente desnudo tras de su red, y recoge los peces, que al huir, han quedado presos por las agallas.

El dueño de la lica y los demás bogas me pidieron permiso para detenerse a pescar donde creyesen el éxito más seguro, a lo cual accedí desde luego, no sólo porque así se podían aumentar nuestras provisiones, para un caso de apuro, sino por satisfacer la curiosidad que excitaba en mí aquel aparato tan original como imperfecto.

Según íbamos navegando, detuvieron varias veces las canoas y se adelantaron para lanzar al agua su lica; en pos de ella se arrojaban tres o cuatro de los bogas, y hubo ocasiones de sacar enredados cinco o seis peces de más de un kilogramo, siendo entre todos los más abundantes los llamados bocachicos, por tener la cualidad especial que indica su nombre.

En breve rato se hizo la pesca con tal abundancia, que no fue necesario proseguirla. Dí la orden de continuar adelante, y seguimos nuestra navegación sin accidente alguno que merezca referirse, hasta que empezando a declinar la tarde, y habiendo llegado a un sitio algo limpio y de bastante elevación, acordamos arrancar en él, aprovechando además de la circunstancia referida, la de abundar en aquellos alrededores la palma bombón, cuyas anchas y tupidas hojas facilitan los medios de construir con prontitud una buena cabaña.

Durante la noche, empleada por los bogas en hacer con su pesca una comida abundante, y en secar al humo para poderlos conservar mejor los peces que no pudieron comerse, cayeron algunos ligeros chubascos, a pesar de los cuales el río

empezó a decrecer rápidamente, bajando su nivel cerca de dos metros, desde la hora en que nos detuvimos a arrancar hasta la siguiente madrugada.

La variación de temperatura se dejó ya sentir lo suficiente para obligarnos a buscar un abrigo, innecesario y hasta molesto en las noches anteriores.

SÁBADO 29 DE MARZO

Tan temprano como en los días precedentes, ya estábamos todos en pie, y cada cual se ocupaba en la faena que tenía a su cargo; unos achicaban el agua de las canoas; otros preparaban el almuerzo, y otros acababan de secar a la lumbre los objetos que en el día anterior se habían mojado. Sólo los indios, cuyo sencillo traje les exime de muchas molestias, se cuidaban poco de sus cusmas, que en su mayor parte habían enjugado ya durante la noche al calor de sus propios cuerpos.

Desde que amaneció, los aguaceros no cesaron hasta las diez de la mañana, a cuya hora, viendo que el tiempo no llevaba trazas de abonanzar, nos embarcamos con el deseo de llegar cuanto antes a la entrada superior del brazuelo, o sea a donde éste se separa del río, porque abrigábamos mucho temor de que allí hubiese una aglomeración de troncos, que nos impidiese el tránsito a la corriente principal, por la que debíamos seguir nuestra navegación, erizada de dificultades.

A punto nos creíamos ya de salir otra vez al río, y en efecto estábamos tan cerca que se escuchaba el rumor producido por las chorreras, cuando nos encontramos con una dificultad gravísima que no habíamos podido prever, y que nos inspiró el temor, por lo menos de un largo retraso: el brazuelo por donde verificábamos nuestra subida se hallaba subdividido en cuatro ramales o corrientes, cuya reunión en aquel lugar formaba, y hacía navegable el brazuelo referido. Entre los cuatro pequeños brazos, algunos de los cuales eran de formación muy reciente, era difícil elegir, o mejor dicho, acertar con el mejor camino. Los bogas más prácticos opinaban que debía seguirse el más antiguo de los ramales, por el cual habían navegado ya otras veces. Híceles

observar a este propósito que el agua que por allí bajaba, tras de ser muy poca, tenía diferente color de la que bajaba del río de una manera más directa; no obstante, como la rutina es tan obcecada, dirigiéronse por allí las canoas, que apenas pudieron subir más de un kilómetro, por encontrarse a aquella distancia obstruido el cauce por una gran barra de arena y piedras rodadas, que apenas dejaba correr un pequeñísimo arroyuelo, que aun siendo diez veces mayor, le hubiera faltado mucho para ser navegable.

Retrocedimos, pues, para tomar una de las otras vías, y se dio la preferencia entre las tres a la central, por ser su corriente más caudalosa, y el cauce más recto y profundo. Entramos en él resueltos a salir por allí al río, por grandes que fuesen los obstáculos, entre los cuales no era el menor la rapidez de su curso.

Por fin llegamos a la boca de comunicación; y al verla, nos quedamos todos suspensos, contemplando el horrible cúmulo de dificultades que había que vencer para llevar a cabo nuestro propósito. A pesar de eso, no nos desanimamos, y al ver que no había más remedio que volver atrás, perdiendo todo el trabajo del día anterior, o romper la barrera que se oponía a nuestro paso, optamos por este último extremo; y, saltando sobre los troncos y poniendo mano a las hachas, se comenzó a abrir la brecha, teniendo para ello que cortar cuatro de los maderos más enormes, y arrancar otros muchos, cubiertos ya por la arena y las piedras que la corriente había acarreado. En esta última operación los bogas y peones tuvieron que trabajar con gran ahínco y casi siempre con el agua hasta la cintura. Mientras esto se verificaba, tomé en mi álbum un apunte.

Como tres horas de constante trabajo fueron empleadas en esta faena durísima, al cabo de las cuales, tuvimos ya abierto un paso, que, aunque en extremo dificultoso, no dejaba de ser practicable. Subiéronse a brazo las canoas por la abertura, y gracias a la destreza y agilidad de los bogas que llevábamos, no hubo que lamentar avería alguna en las cosas, ni daño en las personas que a tanto riesgo se expusieron.

Cuando entramos en la corriente principal, no era ya tan dura como en el día anterior; y aunque las aguas bajaban igualmente descolgadas, siendo mucho menor su volumen, era más fácil dominar sus fuerzas.

Poco después del mediodía, empezamos a distinguir a corta distancia, y de una manera mucho más distinta, los primeros estribos de la Cordillera Oriental, que por aquella parte descienden hasta un sitio llamado Puerto del Mosco, a orillas del río que íbamos navegando, y a donde creíamos poder llegar antes de que cerrara la noche. En aquel sitio debía terminarse nuestro viaje fluvial de regreso; y desde él teníamos que emprender, por trochas tan ásperas como las que ya conocíamos, el paso de la montaña.

A medida que avanzábamos hacia ella, sentíase más y más lo benigno de la temperatura, a lo que contribuía el fresco del viento que de las cumbres paramosas soplaba, y la gran cortina de nubes de que se hallaba cubierta la atmósfera.

Como a las cuatro y media de la tarde pasamos, dejándola a nuestra izquierda, por la boca de un riachuelo llamado La Zarabanda, junto a la cual el río se dividía en dos brazuelos, de los cuales tomamos el menos caudaloso, por creer más fácil la subida. En la conjunción de éste con el principal, que habíamos dejado, tuvimos que vencer otra nueva dificultad, originada por el escaso fondo de una chorrera, donde el agua bajaba muy extendida, teniendo, no sólo que subir las canoas a fuerza de brazos, sino abrir para ello un cauce artificial, apartando en una extensión considerable las gruesas piedras rodadas que obstruían la corriente. Aquí también tuve tiempo para sacar otro apunte; y habiéndonos atrasado mucho por aquella difícil operación, nos fue ya imposible llegar al puerto.

Detuvimos en su consecuencia a hacer nuestro rancho y pasar la noche sobre un barranco pedregoso de la margen izquierda del río, donde por su elevación no era muy de temer una creciente repentina. La tarde iba ya muy avanzada, y como el tiempo de que podíamos disponer era corto, nos contentamos con levantar una

especie de cobertizo, a la manera que los suelen formar los indios macaguajes, cuyo nombre se da a estas tiendas improvisadas. Desgraciadamente formóse el rancho, a causa de la precipitación, cerca de un nido de hormigas congas, que pronto se ahuyentaron por el fuego de nuestro vivac, sin que hubiese que lamentar de ellas sino una sola mordedura.

DOMINGO 30 DE MARZO

Faltaba aún más de una hora para amanecer, cuando el canto del paují, que, por lo melancólico, forma un gran contraste con la figura apuesta y gallarda del animal y con sus graciosos y rápidos movimientos, llegó a despertarnos. El paují es el gallo de la montaña; canta como él en diferentes horas de la noche, y es nuncio seguro de la proximidad del día. La madrugada estaba serena y apacible; la fresca brisa que continuaba soplando de la cordillera, hacía la temperatura deliciosa; los ligeros vapores que se levantaban sobre la corriente, formaban graciosas nubecillas de gasa, que suspendidas sobre el undoso lecho, sin elevarse a gran altura, parecía como que trataban de velar a nuestros profanos ojos las incitantes y lascivas formas de las ondinas del más salvaje y poéticos de los ríos, y a quien ha tocado también uno de los nombres más prosaicos.

A la luz del alba tomamos un ligero desayuno, y empezamos a navegar antes que el sol enviase sus primeros rayos desde el Oriente.

Las chorreras que encontrábamos eran cada vez más impetuosas, y las pequeñas playas que de cuando en cuando se veían en una u otra margen, en lugar de hallarse cubiertas de arena frágil y movediza, contenían sólo gruesas piedras rodadas, de distintos tamaños, formas y colores, según su procedencia, entre las cuales abundaban los granitos, pórfidos y mármoles, las areniscas impregnadas de óxido de hierro, y los fragmentos de cuarzo y grandes trozos de pudinga, arrastrados quizás al río desde alturas inconmensurables.

Las ocho de la mañana serían apenas, cuando llegamos al pie del alto cerro, que sirve como de primer punto de apoyo a la escalonada cordillera que desde allí se levanta.

Ya no es el barranco de greda, arena o guijo el que forma los bordes del torrente: son las gruesas capas estratificadas de la roca que sirve de base a la encumbrada serranía, y cuya dislocación manifiesta una vez más los horribles trastornos que el fuego subterráneo ha hecho sufrir a la débil corteza que lo cubre.

Al rodear este primer estribo, cuya falda pasa lamiendo la corriente, encontramos por fin a nuestra derecha el lugar llamado Puerto del Mosco. Jamás se ha dado a cosa alguna nombre más adecuado: una verdadera nube de estos venenosos insectos nos atormentó de tal manera desde nuestra llegada, que aun teniendo cubiertos con pañuelo el cuello y el rostro, y las manos con guantes, apenas podíamos librarnos de sus molestas picaduras.

Al desembarcar, encontramos en la orilla del río tres hombres escuálidos, que habiéndonos sentido desde lejos, nos esperaban: eran éstos el indio Anacona y otros dos habitantes del lugar, cuyo deplorable estado se revelaba a primera vista, tanto en la palidez mortal como en lo demacrado de sus rostros. Subimos con ellos a un pequeño rancho que les servía de habitación común, y en él encontramos tres mujeres en el mismo estado valetudinario que los hombres, a consecuencia de haber comido ciertos panales de miel, en cuya elaboración habían empleado las abejas la sustancia del datura arbóreo o borrachero, que por allí es muy abundante. El inmediato efecto de la intoxicación había sido, según nos explicaron, unos vómitos de sangre violentos, acompañados de una especie de vértigo furioso, que los obligaba a correr en todas direcciones con los ojos desencajados, como un perro acometido de hidrofobia, hasta caer exánimes y sin sentido donde ya les faltaban las fuerzas. Pasados los primeros accesos, los vómitos continuaron por espacio de muchos días; y cuando llegamos a su rancho, se hallaban aún sufriendo del mismo modo, sin experimentar notable alivio. Esta fue la causa principal que les impidió subir a buscarnos a Los Canelos; y la

referida explicación, dejó completamente desvanecidos los cargos que les hicimos al llegar, por no haber cumplido su palabra.

Tomando después detallados informes sobre el estado del río, hacia la parte superior, en que se interna ya en la cordillera, por si podíamos navegarlo una jornada más, hasta otro sitio llamado Puerto de la Bodoquerita, evitándonos así un día de camino por la montaña, los indios comprendieron por nuestras preguntas la posibilidad de que los sometiésemos a nuevos trabajos. Con este temor resolviéronse dos de ellos a tomar la vuelta de sus casas, y apoderándose de una de las canoas, mientras nosotros continuábamos discutiendo el punto, se dieron a bogar río abajo con tal precipitación, que cuando los echamos de menos ya habían desaparecido. Fueron éstos precisamente los dos a quienes había pagado sus servicios por adelantado, y uno de ellos tenía el compromiso de llevar parte de mi equipaje hasta el otro lado de la cordillera.

Esto por una parte, y por otra el haberse enfermado de fiebre otro de los dos peones que me quedaban, nos puso en el mayor conflicto, por la imposibilidad de hallar en el Mosco peones cargueros. Difícil era nuestra situación, y no sabíamos cómo trasladar nuestro equipaje y provisiones, aunque se llevase de ello solamente lo más necesario, para enviar a buscar el resto desde fuera. Esta fue durante aquel día nuestra única esperanza, para lo cual contábamos sólo con la ayuda de un peón, el hijo del Sr. Cuéllar y de su tío Miguel Mosquera, que nos habían acompañado como pilotos en nuestras canoas.

Acordado así, me ocupé durante la tarde en formalizar algunos de los apuntes que llevábamos hechos, ya que era imposible de todo punto terminar uno siquiera de los dibujos que tenía empezados, porque la plaga de mosquitos no nos dejaba un solo instante.

Llegada la noche, nos recogimos en aquel miserable y reducido albergue nada menos que diez y seis personas. El rancho tendría a lo sumo veinte metros cuadrados de

superficie; así es que formando a cierta altura una especie de red con las hamacas, y durmiendo no pocos en el suelo, logramos colocarnos aunque con alguna dificultad, despertándonos a cada paso el ladrido de los perros, que en excesivo número habitaban con el dueño de la ranchería, y su pasar y repasar continuo por debajo de los unos y por encima de los otros.

LUNES 31 DE MARZO

Arrullados por el ruido de una lluvia constante, nos sorprendió la luz del alba. En la imposibilidad de dormir un rato más, apelamos al recurso de levantarnos y esperar llenos de inquietud que mejorase el tiempo, a fin de tomar una resolución definitiva. Nuestro deseo de partir era tan vehemente, que no podíamos menos de lamentar a cada instante la falta de recursos con que las circunstancias nos apuraban.

Entre las gentes sencillas y rudas que viven habitualmente lejos de la sociedad, donde se pervierten las más santas afecciones, suele haber rasgos de benevolencia que rara vez se hallan en el mundo que se dice civilizado. A uno de estos arranques debimos el haber podido resolver de una manera satisfactoria el espantoso problema de nuestra salida de la montaña.

Nuestro cargamento se componía de algunas catorce o quince arrobas; se echaron cuentas, y se vio que cargando un poco cada uno de los que se hallaban presentes, era posible transportarlo todo sin dificultad, hasta un punto llamado El Bobito, distante de allí una jornada, donde se creía más fácil poder hallar algunos peones en mejor estado de salud, que nos ayudasen a pasar la cordillera.

El indio Anacona y los dos hombres que estaban en su compañía, una joven, hija del primero; una india anciana, que había fijado allí su residencia; tres de los bogas que hasta aquel sitio nos habían acompañado, y mis dos peones, enfermo el uno, y no muy sano el otro, convinieron en repartirse todo el cargamento, no obstante la debilidad y decaído espíritu de la mayor parte de los que a hacerme tal favor se prestaban.

Dispuesto ya el fardo de cada uno, y resueltos a emprender la jornada, que por muchas razones había de ser corta, salimos del rancho a eso de las diez de la mañana, quedando en él la mujer de Anacona, en compañía de Eugenio nuestro primer piloto, especie de anfibio, tan valiente y resuelto para el agua, como flojo y cobarde para los trabajos de tierra.

Atravesamos el río en nuestra canoa, que quedó amarrada en la orilla, para repasar los que habían de volver, y nos internamos en la montaña, confiando en la Providencia más que en nuestros propios recursos. La caravana que formábamos componíase de catorce personas, de origen tan distinto, de tan diferente posición y tan diversa raza, que bien se podía decir que entre todos nosotros se hallaban representados cuantos matices contribuyen a formar el conjunto de la inmensa familia humana. La raza etíope tenía su representación en el anciano Miguel Mosquera; la americana pura en Anacona, su hija, la muchacha de la tribu huitota y la india vieja de que antes hemos hablado; la mezcla de estas dos razas en el hijo del Sr. Cuéllar; en el P. Albis y mi escribiente la variedad que se distingue con el nombre de criolla, y en mí la pura raza europea.

Desde que se pasa el río, se empieza a subir por una loma bastante empinada. El terreno, que en un principio lo constituyen densísimas capas de guijo a punto de conglomerarse, se halla más arriba cubierto por otras capas de arena y greda de un vivo color amarillo, a causa del mucho óxido de hierro que contiene; y sobre ellas, otra de espesor variable, de tierra vegetal, que los despojos del bosque han ido formando. El carácter de la vegetación, en igualdad de alturas, es idéntico al de las distintas partes de la misma Cordillera Oriental que por diferentes puntos habíamos atravesado, y muy particularmente al de la trocha que conduce al río del Hacha. La única diferencia que se advierte es la de tener por aquí el bosque menos elevación, quizás por no haber llegado muchos árboles a su completo desarrollo.

Como cinco horas tardamos en dominar la cumbre de aquella primera línea de montañas; y si alguien, no acostumbrado a los espectáculos de este género, nos hubiese visto desfilar por la áspera trocha, unos enteramente desnudos, otros cubiertos apenas con un pedazo de lienzo hecho girones, y otros envueltos en el pellón vegetal formado por nuestras capas de paja, nos hubiera tomado fácilmente por un grupo de figuras fantásticas creadas por su propia imaginación, o por seres escapados de un manicomio, llevando cada cual los atributos de su monomanía.

Cuando llegamos al indicado lugar, donde se veían aún esparcidos los restos de uno de los ranchos levantados por los quineros para pasar la noche, resolvimos también pernoctar allí, por haber próxima una fuente, y no alcanzarnos el tiempo para adelantar más nuestra jornada.

Formado nuestro rancho, y despachada nuestra comida, se suspendieron las hamacas, y abrigándonos lo mejor posible, nos entregamos al reposo. No duró éste muchas horas, pues a eso de media noche se dejaron oír algunos truenos en confuso rumor, que poco a poco se fue acercando, como precursor de la abundante lluvia que más tarde descargó sobre nosotros con extraordinaria violencia, acompañada de furiosos truenos y de un huracán formidable.

Una tempestad en la cumbre de las cordilleras andinas, cuando por todas partes se extiende la oscuridad de la noche, es capaz de infundir temor en el pecho más alentado: el viento zumba entre las ramas de los árboles con un silbido que se prolonga como el ¡ay! postrero de un moribundo; el relámpago fugaz ilumina por un instante el espacio con su luz siniestra; los truenos retumban con un fragor espantoso, mientras que las ráfagas del huracán desencadenado, tronchan o descuajan de raíz los árboles más corpulentos, dejando por huella de su paso grandes manchas de bosque tendido por tierra, cadáveres de la vegetación que más tarde se encargan de sepultar, convirtiéndolos en humus, el comején o gorgojo por una parte, y por otra la perpetua humedad que acelera la putrefacción, y es el agente más poderoso de que dispone la Naturaleza para regenerar el bosque.

Si por desgracia el viajero se encuentra al paso de una de estas ráfagas, pronto se ve sepultado entre las ruinas del mundo vegetal, donde ni aun siquiera pueden escucharse los gritos de su agonía, apagados por el violento rugido del huracán, y por el chasquido continuo de los troncos y ramas, que, al caer, se rompen en mil pedazos bajo el enorme peso de los otros árboles que los arrastran en su caída.

La Providencia sin duda apartó de nosotros tan horrible catástrofe, y aunque algunas ráfagas pasaron muy cerca, según los destrozos que pudimos observar más tarde, el lugar de nuestro albergue quedó incólume, por cuyo beneficio elevamos al cielo nuestras preces, según la manera especial de comprender a Dios, propia de cada uno de los que allí nos encontrábamos.

MARTES 1o. DE ABRIL DE 1873

El agua que traspasaba el techo de nuestro rancho, y el temor que nos infundía la tempestad, nos obligaron a levantarnos muy de madrugada. Entonces pudimos ver los destrozos causados por el huracán, y el favor inmenso de que a Dios éramos deudores.

Los aguaceros duraron hasta muy entrada la mañana; y habiendo abonanzado el tiempo a eso de las diez, nos pusimos en camino, aunque no había cesado completamente la lluvia, por el temor de que el río de La Bodoquerita, aumentando su corriente, nos impidiera el paso por los cinco puntos en que había que vadearlo.

Puestos ya en marcha, empezamos a descender por una extensa loma, que tardamos más de dos horas en bajar, y en cuyo extremo inferior tuvimos que pasar una profunda quebrada. Entramos después de atravesar una vega pantanosa, cruzada por varios arroyos, y llegamos por fin al primer vado de La Bodoquerita, que pasamos con el agua a la mitad del muslo. Atravesando luego algunas lomas más o menos largas y rudas, pero en general pedregosas y erizadas de dificultades, tuvimos que atravesar el río otras tres veces, de la misma manera, y en algunos parajes con el agua hasta más

arriba de la cintura. En el último de estos vados, la pobre vieja india resbaló por dos veces y cayó con su carga; y a no prestarle los que iban más cerca pronto y oportuno socorro, hubiera sido sin remedio arrastrada por la corriente.

A causa de las detenciones absolutamente indispensables a que habíamos tenido que someternos, cuando pasamos el cuarto vado era ya cerca del oscurecer. Detuvimos a orillas de un arroyuelo próximo, en un lugar donde las márgenes más escarpadas nos ofrecían mayor seguridad, y allí formamos a la ligera otro cobertizo a la usanza de los macaguajes. El terreno era bastante pantanoso, por lo cual tuvimos que encender lumbre, como otras veces lo habíamos hecho, en una isleta del mismo arroyo cubierta de piedras.

Mucho trabajo me había costado llegar hasta allí, por encontrarme otra vez con los pies llagados; pero la necesidad de seguir adelante y de dar ejemplo a los que conmigo iban, me obligaron a seguir con resignación y en silencio por aquellas trochas, formadas tan solo para hombres acostumbrados a caminar descalzos y desnudos.

A fin de encontrar algún alivio, me froté los pies con un líquido espirituoso que al efecto llevaba, y que aquí se usa mucho para toda clase de heridas, llamado Linimento veneciano. Esta frotación me produjo al principio un dolor intenso; pero calmado éste, sentí notable alivio y pude al fin conciliar el sueño. Antes de entregarme al reposo, tuve que administrar algunos medicamentos a dos de los peones y a la hija del indio Anacona, que habían sido atacados de fiebre.

Pocas horas habíamos dormido, cuando la lluvia, tan copiosa como en la noche anterior, pero por fortuna sin los horrores de la tempestad, empezó a molestarnos, sin dejar de caer en toda la noche. El agua se filtró también por nuestra techumbre aunque no en tanta abundancia, por lo cual fue poco el descanso y muchas las molestias.

MIÉRCOLES 2 DE ABRIL

La lluvia duró hasta cerca de las ocho de la mañana, que escampó un breve rato. Aprovechamos la ocasión para ponernos en camino, a fin de pasar más cómodamente el único vado que nos faltaba, antes que el río creciese lo bastante para impedirnoslo. Antes de llegar a este último vado, tuvimos que caminar más de un kilómetro por el cauce de la quebrada en cuya orilla habíamos pasado la noche. Este vado es el menos trabajoso de todos, por tener allí el río más anchura que en los cuatro anteriores, lo cual hace que las aguas se extiendan disminuyéndose la profundidad, en razón de lo que el cauce se ensancha.

Después de pasar el río atravesamos una colina muy pedregosa y cubierta de grandes árboles, y un mediano arroyuelo no menos pedregoso que la colina. Desde allí subimos a una explanada de corta extensión, donde encontramos un rancho abandonado mucho tiempo antes, y una roza abandonada también, donde había algunos plátanos y palmas de chontaduro, a pesar de que el bosque empezaba a crecer de nuevo para recobrar sus dominios y borrar en un plazo breve hasta la huella de la obra efímera del hombre.

Allí nos detuvimos a almorzar, para seguir luego a otra ranchería poco distante, donde nos proponíamos buscar nuevos peones y esperar los que habíamos pedido a Santa Librada.

Mientras almorzábamos, cayeron algunos ligeros chubascos, y cuando escampó, que era ya cerca del mediodía, emprendimos de nuevo la marcha por medio del bosque, y casi sin trocha, dejando a la izquierda la cuenca del río de La Bodoquerita y tomando la de otro riachuelo tributario suyo, a cuya margen izquierda se halla el rancho que íbamos buscando.

En este último trayecto encontramos enroscada en una rama una de las culebras más temibles que hay en estas selvas, llamada de tiro, y en otras partes mapanare, la cual,

enroscada a cierta altura, se lanza de arriba abajo sobre su víctima y rara vez deja de aprovechar su terrible salto. Generalmente esta culebra no suele pasar de un metro de longitud y cinco o seis centímetros de diámetro. La que encontramos y tuvimos la suerte de matar, antes que pudiese ofender a alguno de nuestra comitiva, tendría de cincuenta a sesenta centímetros de largo y el grueso correspondiente; hacia la parte del cuello era sumamente delgada; tenía muy chata la cabeza y tan ancha como la parte más gruesa de su cuerpo, y la extremidad de la cola, que era de un vivo color amarillo, tan delgada y sutil como la punta de un instrumento muy aguzado. La piel de su dorso estaba manchada de pintas pardas y negras, con los contornos perdidos en una tinta intermediaria, en que se quedaban confundidas; las escamas del vientre y de toda su parte inferior eran de un blanco amarillento, que se oscurecía hacia los costados hasta confundirse con las manchas del dorso. Faltándome tiempo para dibujarla, la dejamos tendida cerca de la trocha y seguimos adelante.

Al llegar a la orilla del riachuelo llamado El Bobito, al cual abordamos por su margen izquierda, tropezamos con las dificultades más graves y peligrosas que en toda nuestra marcha se nos habían presentado. El cauce del río es por allí en extremo profundo; la margen por donde teníamos que caminar se levanta sumamente escarpada, sin dejar otro paso que el de algunas estrechas cornisas de la misma roca, por donde el agua fluye constantemente, cubriéndolas de musgo. El inseguro pie del viajero, aun caminando descalzo, resbala allí a cada instante, sin tener otro apoyo que las cortantes aristas de la roca o alguna pequeña raíz sin resistencia bastante para servir de sostén al que pretendiera asirse de ella. Por estas cornisas, cuyos planos tienen a veces una gran inclinación; bajando y subiendo para pasar de unas a otras por medio de elevadísimos y casi impracticables escalones, hay que caminar por espacio casi de dos kilómetros, con el abismo a un lado y al otro, una pared de rocas inaccesibles, cortadas verticalmente, cual si exprofeso se hubiese elegido aquel paso para poner a prueba la agilidad y el temerario valor de los que en él arriesgan su vida tantas veces como se sienta el pie donde parece imposible asegurarlo.

La vieja india, que llevaba a la espalda un peso quizás desproporcionado a sus fuerzas, cayó en uno de los escalones, afortunadamente de mayor anchura, donde también se la pudo socorrer oportunamente, y evitar que el fardo y ella cayesen hasta el fondo del río. La infeliz, sin embargo, se causó dos heridas en una pierna con la arista cortante de una roca, las cuales le fueron curadas al terminar el descenso, y pudo continuar con su carga, en la cual sólo hubo alguna pequeña avería.

Al salir de aquel desfiladero espantoso, cuyo recuerdo aún me estremece, yo que caminaba el primero, a pesar del estado de mis pies, me detuve lleno de temor para enviar a uno de los peones más prácticos a ayudar a mi escribiente, que se había quedado muy atrás, en los pasos más dificultosos y de mayor peligro; pues a haberlo dejado solo, era muy fácil que le sucediera alguna desgracia.

Tomé un ligero apunte del lugar en que el desfiladero termina, y continuamos luego en busca del rancho, donde nos debíamos detener, llevando por único camino en una distancia de más de un kilómetro, el mismo cauce del riachuelo, a veces con el agua hasta la cintura.

Al dejar el cauce, subimos por su orilla izquierda a una colinita limitada en el opuesto lado por otro arroyo, donde hallamos el rancho que buscábamos, en medio de una pequeña roza, y rodeado de algunas matas de yuca, plátano y caña de azúcar, o como si dijéramos de la despensa de la casa.

En aquella morada humilde nos recibieron con la mejor voluntad sus moradores, que eran el dueño de la pequeña labranza, con su mujer y un niño, enfermos de fiebre, y un muchacho, enfermo también, que habitaba en su compañía.

Pagué al Anacona y a los que con él habían venido lo que me exigieron por su trabajo, y díles además una gratificación que me agradecieron mucho, deseándome todos a coro que Dios me pagase el beneficio que les hacía, concediéndome un buen viaje y además el cielo y la gloria.

Por ser ya algo tarde, se detuvieron allí hasta el día siguiente; y yo empleé las pocas horas de día que me quedaban en trabajar en los dibujos que tenía empezados, uno de los cuales era la subida de nuestras canoas a brazo por una chorrera, y el otro el paso de nuestra caravana por uno de los vados del río de la Bodoquerita.

Llegada la noche, dormimos todos casi amontonados en una especie de vestíbulo semicircular, que era la pieza de mayor desahogo, y logramos dormir con menos molestia que en las dos anteriores jornadas.

JUEVES 3 DE ABRIL

En las primeras horas de la mañana se despidieron de nosotros, para volver a su habitación, los peones de ambos sexos que desde el puerto del Mosco nos habían acompañado. El único de mis sirvientes que hasta allí había permanecido en buen estado de salud, fue por desgracia acometido de las intermitentes en aquel mismo día, con lo cual quedamos en medio de la montaña, sin más personas que nos ayudasen a salir, que el hijo del Sr. Cuéllar y su anciano tío Miguel Mosquera, que se habían propuesto ir con nosotros hasta Santa Librada.

Al ver nuestros apuros, el dueño del rancho en que habitábamos se ofreció a servirnos de peón, a pesar de hallarse gravemente enfermos su mujer y su hijo, saliendo además en busca de otros dos peones, residentes en otra ranchería no muy distante, con el doble propósito de que cargasen en unión de él lo más preciso de nuestro equipaje y algunos víveres, y que la mujer de uno de ellos se quedase asistiendo a la enferma hasta que todos diesen la vuelta.

Entre tanto me quedé acabando mis dibujos y dando forma a los apuntes atrasados, mientras que el P. Albis y mis dos pobres sirvientes, haciendo un esfuerzo supremo, por el deplorable estado en que se hallaban, se entretenían en sacar al sol, aprovechando para ello las mejores horas, los objetos más usuales de nuestro equipo,

y una parte de mi colección de pájaros y otros animales disecados, que se habían humedecido por la lluvia. Todo ello se encontró ya a punto de enmohecerse, y algunas de las cajas llenas de un enemigo más temible aún que la humedad, cual es el gorgojo o comején, que por allí todo lo invade y destruye.

A eso de las dos de la tarde hubo que retirar muy de prisa todo cuanto se había sacado a asolear, por haberse formado de pronto una gran tempestad que a los pocos minutos nos envió uno de los formidables aguaceros a que ya estábamos acostumbrados.

Cuando la tempestad tomaba sus mayores proporciones, vimos llegar al hombre de nuestro rancho con los otros dos, en cuya busca había salido, los cuales, en virtud de mis ofertas de pagar su trabajo a mayor precio que el de costumbre, convinieron en prestarme sus servicios.

Mi deseo era salir sin demora alguna en la siguiente mañana; pero exigiéndome los tres un día de plazo, para dejar a sus familias las provisiones necesarias, tuve que acceder a su petición, y todo quedó aplazado hasta la tarde del día venidero, en que debían volver a reunírseos.

La tardanza en llegar de los peones que había pedido a Santa Librada, era para mí una contrariedad tanto más grave, cuanto que los míos, enfermos, no podían cargar con peso alguno, y los tres únicos hombres de que podía disponer no eran suficientes para llevarlo todo; Cuéllar y Mosquera, no acostumbrados a cargar, tenían de sobra con el peso de su propio hatillo; y el único que hubiera podido acudir en ayuda de los tres peones, era el muchacho del rancho; pero también se hallaba enfermo, y su enorme vientre, producto de una hidropesía que por largo tiempo lo aquejaba, tenía convertido en un ser casi incapaz de todo trabajo. No obstante, se obligó a conducir aunque no fuera más que una parte de las provisiones, si caminábamos con lentitud y hacíamos cortas las jornadas. Como no podíamos caminar de otro modo, a causa de los enfermos, diéronsele las seguridades que pedía, y quedamos conformes como lo

habíamos quedado con los otros tres, que además de estar sanos eran jóvenes y robustos.

Al caer la tarde empezó a decrecer la furia de la tempestad, y los peones contratados se fueron a hacer sus preparativos. Las nubes se retiraron luego hacia la parte más alta de la cordillera, y al llegar la noche, la atmósfera quedó casi despejada. Empleamos algunas horas en nuestros apuntes, y más tarde nos entregamos al descanso, con más tranquilidad y sosiego que en la noche anterior, en que el movimiento y bullicio natural de un gran número de personas aglomeradas en un reducido espacio nos despertaba con harta frecuencia.

VIERNES 4 DE ABRIL

Esperando los dos peones contratados, di la última mano a mis dibujos e hicimos algunos apuntes.

Por la tarde tuvimos otra tempestad como la de la víspera, y los peones llegaron al cabo. Pero cuál sería nuestra sorpresa al oírles decir, después de conferenciar en secreto un breve rato, que ya no nos podían acompañar, por ser imposible que la mujer del uno se quedase a cuidar la del otro. Un rayo que hubiera caído a mis pies, no me habría producido mayor ni peor efecto que aquella declaración inesperada. Mi primer impulso, lo confieso sin vacilar, fue de enojo y de ira, que me costó mucho trabajo reprimir, y que en otras circunstancias tal vez hubiese dejado estallar, contra la conducta inexplicable y veleidosa de aquellas gentes. Vencido aquel primer arranque, les hice con calma y sangre fría, que no pasaba de los labios, cuantas reflexiones me sugería la prudencia; pero viendo que eran de todo punto inútiles, les hice comprender con toda energía que era necesario que arreglasen sus asuntos como mejor les fuera posible, y que me cumpliesen a todo trance el contrato que en la tarde anterior habíamos celebrado, y mediante el cual me habían hecho perder veinticuatro horas, que constituían para mí un tiempo precioso. Al oír mis palabras y al observar mi actitud firme y resuelta, retiráronse a conferenciar de nuevo, y el resultado del

conciliábulo fue el volver a asegurarme que me cumplirían religiosamente lo que primero me habían ofrecido. Esta promesa, hecha del modo más solemne, me restituyó la calma que sólo había perdido por breves instantes; y haciéndoles comprender que de ningún modo me dejaría burlar, cualesquiera que fuesen las consecuencias, los dejé retirarse después de prometerme una y mil veces que estarían a mis órdenes por la mañana temprano.

Antes de separarse de nosotros, dejaron sus cargas ya dispuestas, para evitar al día siguiente una gran demora.

Mis peones siguen con fiebre; pero habiéndoseles administrado algunas dosis de sulfato de quinina, parecen algo aliviados.

SÁBADO 5 DE ABRIL

Como a las diez de la mañana salimos al fin del rancho, llevando por todo seis peones, incluso los enfermos, entre los cuales se repartió la carga, consistente en mi equipaje, algunos de los objetos más curiosos que había recogido, y los víveres absolutamente necesarios. Desde luego empezamos a subir y bajar algunas lomas, pertenecientes a un mismo ramal de la cordillera, y por un camino medianamente escabroso. Aunque el día estaba algo nublado, el calor era sofocante, y la vegetación espléndida que nos rodeaba, ofrecía en todos sus detalles caracteres idénticos a la de los días anteriores. La flora de toda aquella región era tan variada y tan bella, que un botánico hubiera podido formar en pocos días una colección preciosísima.

A la hora de haber empezado nuestra jornada, descendimos a una quebradita o arroyo, tributario del Pescado, cuya margen seguimos casi invariablemente en dirección a las cabeceras de aquel río, o sea de sur a norte. A la una de la tarde se empezaron a levantar hacia el noroeste densos nubarrones, que pronto formaron una tempestad formidable, de la cual se desprendían entre la lluvia enormes exhalaciones, mientras el trueno retumbaba casi sin cesar en la cuenca del río por cuya orilla

caminábamos, repetidos cien veces por el eco de las montañas. Este fenómeno se observa allí, según nos informaron, casi todos los días al salir la luna.

Hicimos un descanso a orillas de la quebrada, guarecidos al pie de algunos gruesos troncos y esperando que se reanimasen algún tanto los peones enfermos. A causa de la humedad, las heridas de mis pies se habían renovado; pero era preciso seguir adelante, y no dar señales de flaqueza, para animar con mi ejemplo a los pobres peones, cuyo estado en realidad era peor que el mío.

Tanto aquella quebrada, como otras muchas que encontramos al paso, hubo que atravesarlas infinitas veces, caminando en ocasiones por su mismo cauce muy largos trechos, con el agua o el barro hasta la mitad del muslo; y si encontrábamos algún puentecillo, éste lo formaba un tronco arrojado al azar sobre la corriente, cubierto de una capa resbaladiza de musgo, y por lo tanto, nada preferible a los atolladeros, en los cuales no había siquiera el peligro de una caída.

Pasados los arroyos, entramos en una vega cubierta de elevadísimos árboles, por la cual sólo el ojo práctico del indígena podía adivinar más que descubrir la trocha, casi enteramente borrada. Por todas partes corpulentos troncos caídos, renuevos o brotes de guaduas, cuya acerada punta asomaba por entre las hojas; maleza espinosa y atascaderos profundísimos, nos detenían en nuestra marcha. Era preciso caminar machete en mano para cortar los bejucos, que crecen con extraordinaria rapidez, y en los cuales, por mucho cuidado que se lleve, se enredan los pies cual si se caminara entre alambres.

Los árboles gigantescos, cuyas copas entrelazadas formaban sobre nuestras cabezas una bóveda impenetrable, extendían a veces sus raíces tableadas en todas direcciones, formando otra red no menos embarazosa que la de los bejucos.

Los cacaoteros silvestres crecían allí en cantidades prodigiosas; las flores de las parásitas servían de un bellissimo adorno a los troncos por todas partes tapizados de

musgo; las aves de variadísimo y bello plumaje cruzaban el espacio en todas direcciones, alterando la monotonía de aquella selva imponente, donde sólo el hombre no puede vivir, por los miasmas deletéreos que envenenan la atmósfera.

Después de cruzar la vega, la trocha desciende hasta la margen derecha del río del Pescado, la cual tuvimos que seguir aguas arriba por espacio de algunos kilómetros.

La corriente del río, que por allí es muy turbulenta, bajaba con una gran crecida, y el rumor se dejaba oír a larga distancia. Desde este punto hasta El Playón, lugar donde nuestra jornada debía terminarse, la trocha cada vez más difícil de transitar, sigue caracoleando a corta distancia del río, por un terreno arcilloso, cubierto de una densa capa de hojarasca, que con la humedad y el calor se convierte pronto en tierra vegetal, lo que constituye un suelo en extremo fértil, donde la vegetación se desarrolla con extraordinaria rapidez y admirable lozanía. Por entre esta capa de detritus vegetales suelen descubrirse muchas piedras rodadas, en su mayor parte de arenisca ferruginosa, cuya superficie, cubierta de musgo como los troncos de los árboles, hace vacilar el pie que sobre ellas se posa, aunque vaya descalzo.

Hacía ya más de dos horas que la lluvia nos inundaba, cuando a eso de las cuatro de la tarde llegamos otra vez a la margen tortuosa del mencionado río, desde la cual arranca una empinada y pedregosa loma, coronada por una explanadita, donde se halla el rancho llamado El Playón, al cual nos dirigíamos.

Cuando llegamos a aquella miserable morada, donde apenas se comprende que puedan vivir seres dotados de razón, salieron a recibirnos una mujer y cuatro muchachuelos, únicas personas que por entonces lo habitaban, a causa de hallarse el padre y jefe de la familia en viaje al otro lado de la cordillera. Por aquella mujer supimos que hacía nada menos de ocho días que la creciente del Pescado no menguaba; por lo que ya no nos causó extrañeza que no hubiesen llegado a reunírse nos los peones que de fuera esperábamos.

En la humilde cabaña del Playón, fuimos recibidos con la misma hospitalidad franca y cordial que en las demás chozas que antes habíamos visitado. Por lo estrecho de nuestro albergue, tuvimos que suspender nuestras hamacas tocándose unas con otras, acostándose debajo de ellas y en el suelo nuestros peones, por ser la noche casi toda de agua, y tener que aprovechar un espacio de pocos metros, único lugar en que la techumbre no daba paso franco a la lluvia. La tempestad duró casi toda la noche, con su obligado acompañamiento de espantosos truenos y deslumbradores relámpagos, y los aguaceros eran tan copiosos que no nos dejaban la más mínima esperanza de que al día siguiente pudiésemos vadear el río.

DOMINGO 6 DE ABRIL

La lluvia continuó hasta las nueve de la mañana y la creciente del Pescado era furiosa. En la imposibilidad de encontrar vado durante aquel día, envié algunos peones a que hiciesen más practicable la trocha por donde debíamos caminar, mientras yo me ocupaba en concluir el dibujo de nuestro paso por el volador o desfiladero que habíamos pasado cuatro días antes, empleando el resto del día en trabajar con mi escribiente en los apuntes de nuestro Diario.

Aunque por mañana y tarde cayeron algunas lloviznas, la noche fue bastante serena, y el río empezó a bajar con tanta rapidez, que concebimos la esperanza de que al día siguiente nos daría vado.

LUNES 7 DE ABRIL

Amaneció el día completamente despejado; pero, al salir el sol, comenzaron a levantarse por toda la montaña columnas de ligeros vapores, que condensándose poco a poco, subieron hasta la cumbre de los picos más levantados, para formarles la corona de que constantemente se hallan cubiertos. El río había bajado casi hasta su ordinario nivel, y esto nos animó a emprender la marcha.

A eso de las siete de la mañana salimos del rancho y tomamos la dirección noreste, bajando y subiendo algunas lomas, en lo general muy empinadas, donde la trocha se conocía apenas por algún bejuco recién cortado, o por algún golpe de machete en los troncos de un lado y otro.

Al cruzar la primera loma, descendimos otra vez atravesando arroyos y pantanos profundos, saltando riscos y raizales enmarañados, hasta la misma orilla del río, por la cual hay que caminar un larguísimo espacio. La trocha abierta en el día anterior tenía por principal objeto el ahorrarnos vadear un brazuelo profundo de la misma corriente. Aprovechando esta ventaja, y pasando otra quebradita llamada de Los Ángeles, sin duda porque su paso es bueno tan solo para seres provistos de alas, tomamos una sinuosa, extensa y larguísima cuchilla, que nos condujo al través de dificultades inmensas, a una especie de despeñadero, por el cual se baja por última vez a la margen izquierda del río del pescado, cuya corriente es por allí rapidísima y tumultuosa. Después de bajar el despeñadero, que como los que antes habíamos pasado, lleva el gráfico nombre de Volador, porque sólo volando puede pasarse con alguna seguridad, entramos en una veguita estrecha y muy pantanosa, surcada por multitud de zanjas y arroyuelos, y donde la maleza era tan cerrada, que no había modo de abrirse paso sino rompiéndola con el empuje del cuerpo, recibiendo el agua detenida en las hojas y procedente del día anterior, que nos mojó tan completamente, como si hubiésemos pasado nadando un río sin desnudarnos.

Dos kilómetros próximamente caminamos por aquel suelo cubierto de maleza y enmarañado de raíces, ya punzándonos los pies con las espinas de las guaduas, ya resbalando en una raíz o en una piedra musgosa, ya atollándonos en el cieno o enredándonos en bejucos casi invisibles, delgados como hilos, pero tenaces y duros como alambres de acero.

Durante la travesía de aquel intrincado laberinto, encontramos varios ejemplares del árbol llamado Juansoca, que produce no sólo el lechoso jugo de que he hablado en otro lugar, sino un fruto en extremo agradable.

Al tratar por primera vez de este asunto, ofrecimos a nuestros lectores una monografía muy interesante escrita por el célebre viajero y naturalista francés, Mr. de Boussingault, que insertamos aquí con el mayor gusto, por los curiosísimos e importantes detalles que en él se encuentran. El artículo lleva por epígrafe El árbol de la leche, y dice así:

"Entre las asombrosas producciones del reino vegetal que a cada paso se encuentran en las regiones equinociales, se halla un árbol que produce con abundancia cierto jugo lechoso, comparable por sus propiedades a la leche de los animales, y que como tal se usa. M. de Humboldt bebió de este jugo en la hacienda de Bárbula, situada en la cordillera litoral de Venezuela".

"Cuando salimos de Europa, este viajero nos recomendó expresamente que examináramos con detención este producto vegetal, y que le enviáramos la flor del árbol que lo produce, el cual crece con abundancia en las montañas que dominan a Periquito, pueblo situado al noroeste de Maracaibo. Así lo hicimos, advirtiendo desde luego que posee las mismas propiedades físicas que la leche de vacas, con la diferencia de ser más viscoso; tiene también el mismo sabor, pero la analogía cesa, si se consideran sus propiedades químicas".

"Esta leche se disuelve en el agua en todas proporciones, y así disuelta no se coagula por la ebullición. Los ácidos tampoco la cuajan, como sucede con la leche de vacas. En amoniaco no sólo no forma precipitado con ella, sino que la liquida más. Este carácter indica que el jugo de que nos ocupamos no contiene caucho (cautchut), puesto que en otros jugos que tienen este principio y que hemos examinado, el amoniaco precipitaba la más mínima parte, y el precipitado disecado tenía las mismas propiedades que la goma elástica. El alcohol lo coagula apenas, o más bien lo prepara para que pueda filtrarse con facilidad. La leche vegetal enrojece algún tanto la tintura del tornasol y hierve a la temperatura de 100° bajo la presión de 0.729. El calor desenvuelve en esta sustancia los mismos fenómenos que en la leche de vacas. Y como en ésta, se forma

una película que impide el desprendimiento de vapores acuosos. Quitando esta película y dejando evaporar la leche vegetal a un calor moderado, llega a formarse un extracto que se parece al franchipán; pero continuando por más tiempo al fuego, se producen en el líquido gotas oleosas, que aumentan a proporción que el agua se evapora, y por último se forma un líquido oleoso que se deseca y endurece luego que la temperatura se eleva, y entonces se esparce un olor fuerte de carne frita en grasa. El calor separa la leche vegetal en dos partes, la una fusible y de naturaleza oleosa, y la otra fibrosa y de naturaleza animal".

"Si no se evapora con demasiada rapidez la leche vegetal, de modo que entre en ebullición la materia fusible, puede obtenerse ésta sin alteración, y sus propiedades son las siguientes:"

"Es de color blanco amarillento, traslúcida, sólida, de modo que resiste a la presión del dedo. Comienza a derretirse a la temperatura de 40° centígrados, y cuando se termina la fusión, el termómetro indica 60°. Es insoluble en el agua; los aceites esenciales la disuelven con facilidad, se combina también con los aceites comunes y forma con ellos un compuesto análogo al cerato. El alcohol a 40°, hirviendo, la disuelve enteramente, y al enfriarla se precipita. Es saponificable con la potasa cáustica, y hervida con el amoníaco, forma una emulsión jabonosa. El ácido nítrico caliente la disuelve, con desprendimiento de ácido nitroso y formación de ácido oxálico. Esta materia es semejante a la cera de abejas refinada, y puede servir para los mismos usos; y así hicimos con ella bujías".

"La materia fibrosa la conseguimos evaporando la leche y sacando la cera derretida por decantación, lavando después el residuo con un aceite esencial para quitar las últimas porciones de cera, y últimamente exprimiendo este residuo y haciéndole hervir largo tiempo en agua para volatilizar el aceite esencial. A pesar de esta operación, no se pudo quitar enteramente el olor del aceite esencial".

"La materia fibrosa sacada de este modo es morena, quizás por haberse alterado algo a la temperatura de la fusión de la cera; no tiene sabor, y, puesta sobre un hierro caliente, se hincha, se tuerce, se funde y se carboniza esparciendo un olor de carne asada. Si se vierte sobre ella ácido nítrico acuoso, se desprende un gas que no es ácido nitroso. La materia fibrosa se transforma en una masa amarillenta y aceitosa, como acontece con la carne muscular, cuando se prepara con el gas ázoe según el método de M. Berthelot".

"El alcohol no disuelve la materia fibrosa, y por lo mismo nos servimos de este método para separarla sin alteración, lavándola frecuentemente con este líquido caliente hasta obtenerla en el estado de fibras blancas y flexibles. En esta disposición se disuelve fácilmente en el ácido hidroc্লórico acuoso. Esta sustancia posee, según se verá, los mismos caracteres que la fibrina animal".

"La presencia en la leche vegetal de un producto que no se halla de ordinario sino en las secreciones de los animales, es un hecho tan particular, que no nos atreveríamos a anunciarlo sino con mucha circunspección, si la fibrina animal no hubiera sido ya descubierta por uno de nuestros más célebres químicos, M. Vauquelin, en el jugo lechoso del carica papaya".

"Lo último que examinamos fue el líquido que mantiene en suspensión y en un estado de división química, los principios anteriormente analizados, es decir, la cera y la fibrina".

"Lo que de la leche vegetal pasa por el filtro, después de haber formado un coágulo ligero con el auxilio del alcohol, según indicamos antes, enrojece la tintura de tornasol, y, evaporado, no forma cristales. Continuando la evaporación hasta la consistencia del jarabe, y poniéndole alcohol rectificado, permanece insoluble, excepto una porción de materia azucarada. La porción insoluble en el alcohol tenía un sabor amargo, y disolviéndola en agua formó un precipitado, tanto con el amoniaco como con el fosfato de sosa. Sospechamos, por lo mismo, que contiene una sal de magnesia, y aplicando el

sistema del Dr. Wallston, es decir, colocando en un vidrio de reloj, al lado de una gota de esta sustancia, otra de fosfato de amoniaco, y mezclándolas, se formaban fácilmente caracteres, propiedad gráfica que distingue el fosfato amoniaco magnesiano. Pensábamos que fuese el ácido acético el que se hallaba combinado con la magnesia; mas, vertiendo en él ácido sulfúrico, no manifestó olor alguno de vinagre, y formó un sulfato, carbonizando el líquido. No sabemos, pues, cuál será la naturaleza de este ácido. La materia que no pasa por el filtro tiene el aspecto, luego que se seca, de cera sin refinar, y se derrite esparciendo cierto olor de carne".

"Abandonada a sí misma la leche vegetal, se agria y adquiere un olor desagradable. Al alterarse, despidе gas ácido carbónico, y se forma además una sal amoniacal, pues la potasa ocasiona en ella un desprendimiento de álcali volátil. Bastan algunas gotas de ácido para impedir la putrefacción".

"Así, pues, las partes constituyentes de la leche vegetal de que nos ocupamos son: 1o. cera; 2o. fibrina; 3o. un poco de azúcar; 4o. una sal de magnesia que no es acetato; 5o. agua".

"No contiene ni materia gaseosa ni caucho. Calcinada, produce sílice, cal, magnesia y fosfato de cal. A la fibrina debe su propiedad nutritiva. Ignoramos cuál sea el efecto de la cera sobre la economía animal, pero sí podemos asegurar que en estos países la experiencia prueba que no es nociva, puesto que entra por mitad del peso de esta leche, y ella no lo es".

"Debería cultivarse el árbol de la leche, aunque no fuera sino para extraer la cera, que es de una calidad superior, lo que sería una nueva riqueza para el fértil valle de Aragua, en el cual se ve el cultivo de la caña dulce, del añil y del algodón reunido con el de los cereales".

Por fin llegamos al vado, que se halla precisamente en la confluencia del río con una de las quebradas más caudalosas que bajan a aumentar su corriente, y que se distingue

con el nombre de Quebrada Grande. El cauce del Pescado tiene por allí una anchura considerable, y las aguas pasan muy extendidas; pero por todas partes sobresalen enormes peñones, entre los cuales se deslizan rápidas chorreras, que al descender forman hoyos de bastante profundidad, tanto, que en ellos puede muy bien cubrirse un hombre. Por allí pasamos con el agua casi siempre al pecho, quizás por falta de un buen práctico que nos guiase; pues de otro modo no merecería el nombre de vado. Al llegar a la orilla opuesta, empezó a caer una abundantísima lluvia, que apenas nos permitió arribar a un pobre ranchito que se encuentra a corta distancia y casi en el ángulo formado por las dos corrientes.

Cuando penetramos en la cabaña, que es tan miserable y pequeña como las que anteriormente habíamos visto, y que se halla como escondida entre una plantación de plátanos y yuca, la encontramos enteramente desierta; si bien la lumbre que en su hogar se conservaba, nos hizo creer que sus moradores no estarían muy lejos. Efectivamente: a poco de nuestra llegada volvieron al rancho una mujer joven y dos muchachuelos casi desnudos; y algo más tarde, el propietario de la vivienda y su esposa, que habían ido a pescar al río. Aunque en todos ellos predominaba el tipo de la raza indígena, se dejaba ver por algunos rasgos la mezcla de sangre europea, y en sus vestidos, así como en la manera especial de vivir, se observaba ya algo de las costumbres de la gente civilizada.

Tampoco encontramos allí, como esperábamos, los peones que debían venir de fuera; pero el dueño del ranchito se ofreció a acompañarnos como peón de carga hasta donde fuese necesario; y un carguero más fue para nosotros un gran recurso, porque los enfermos apenas podían salir, arrastrando sus cuerpos escuálidos.

Sólo nos faltaban ya tres días para salir al otro lado de la cordillera, y los víveres, especialmente la carne ahumada, eran tan escasos, que fue preciso acortar la ración, por si algún accidente nos obligaba a detenernos algún día más en el camino.

El aguacero que nos sorprendió al llegar a la choza, aunque extremadamente violento, duró poco, quedando el resto de la tarde y toda la noche bastante serena, lo cual nos hizo concebir la esperanza de que en la jornada siguiente tendríamos un tiempo bonancible.

MARTES 8 DE ABRIL

Nuestras esperanzas salieron fallidas: durante la madrugada toda y una buena parte de la mañana, la lluvia cayó a torrentes y no era posible salir del rancho. Cerca del mediodía se disiparon un poco las nubes; y a pesar de todos los inconvenientes determiné que nos pusiéramos en marcha, enviando delante un peón que, acelerando el paso y precediéndonos un día, llevase la orden a Santa Librada para que viniesen mis mulas a esperarnos a La Ceja y desde allí a la orilla del monte, a donde pensábamos llegar el día 11 por la mañana.

Al salir del rancho, caminamos largo trecho por una vega pantanosa, completamente inundada por la reciente lluvia, y que se extiende paralela a la margen derecha de la Quebrada Grande. Después, empezamos a subir una loma bastante empinada y fragosa, aunque no tanto como las anteriores; y al llegar a su cumbre, distante como diez kilómetros de nuestro punto de partida, cuando apenas eran las tres de la tarde, tuvimos que detenernos a nuestro pesar bajo un estrecho cobertizo, por no encontrarse sino a muy larga distancia otro albergue más cómodo en que pasar la noche, habiendo graves dificultades para improvisarlo, porque los buscadores de quinas tenían agotados a un lado y otro de la trocha cuantos recursos ofrece la montaña para formar en poco tiempo el más ligero abrigo.

Allí pasamos la tarde y la noche, guareciéndonos al llegar de una llovizna, que a durar un poco más, nos hubiera molestado mucho.

La temperatura ya bastante menos elevada, nos hizo acudir a envolvernos en nuestras capas de paja, y a tener constantemente encendida la lumbre.

MIÉRCOLES 9 DE ABRIL

Amaneció el día bastante sereno y despejado. Almorzamos a la ligera, ya que de otro modo no podíamos hacerlo, y nos pusimos en camino antes de las siete. Bajamos una extensa loma, y descendimos al paso de dos quebradas, poco distantes y medianamente caudalosas, de las cuales la primera se llama La Verde, denominándose la segunda de Las Esmeraldas, en las que no encontramos nada de particular, ni observamos objeto alguno aparente de donde hubieran podido tomarse los nombres que las distinguen, especialmente a la segunda.

Pasados los dos arroyos, saltando sobre las piedras que se levantan en su cauce, empezamos a subir otra loma llamada El Aguacate, de menos extensión que la precedente, pero mucho más empinada, terminada la cual, descendimos por enormes derrumbaderos al paso de la Quebrada Grande, cuya embocadura habíamos dejado a nuestra derecha, al atravesar dos días antes el río del Pescado.

Además de esta quebrada, que vadeamos, no sin alguna dificultad, encontramos otras dos tributarias de la misma, menos caudalosas pero de aguas tan cristalinas como la primera, y todas tres de rapidísima y espumosa corriente, y con el lecho sembrado de grandísimos peñones de arenisca.

No puede darse sitio más agreste, pero tampoco más pintoresco, que el lugar donde las tres quebradas se reúnen: las márgenes de todas ellas sumamente escarpadas, se levantan dejando asomar agudísimos picos, formados por los estratos de las rocas profundamente dislocadas y con anchas grietas, que los antiguos aluviones llenaron de arena, arcilla o guijo, según los materiales que acarreaban. Bajo estos estratos descubriéndose a trechos capas de arena blanca, de grano muy grueso, y próxima a formar una especie de roca oolítica, pero sin cohesión, quizás por falta de cemento, o por haber sido removidas antes de conglomerarse.

Sobre los estratos de arenisca se ven otras capas, generalmente de muchos metros de densidad, formadas de greda muy impregnada de óxido de hierro, y de color amarillo o rojo, entre las cuales se ven incrustados grandes trozos de la misma roca con vetas de cuarzo de variable espesor; y por último sobre esta capa se extiende otra de humus, que alimenta una vegetación muy vigorosa y extremadamente variada, y que derrumbándose poco a poco en los bordes de los tres torrentes, arrastra consigo los árboles, cuyas raíces se bambolean en el aire como si buscaran un punto de apoyo, mientras sus copas se ven sumergidas entre las aguas de la corriente.

Allí nos detuvimos cerca de una hora, admirando los detalles de aquella Naturaleza espléndida, los torrentes clamorosos que aturdían nuestros oídos con el batir continuo de sus aguas, la montaña salvaje y sombría, con sus árboles cubiertos de musgo, desde la base del tronco hasta el extremo de las ramas, ligados por una densa red de bejucos, que a su vez alimentan como los troncos innumerables parásitas de una belleza sorprendente. En esto, serían ya las tres de la tarde; y deseosos de llegar al rancho donde debíamos pasar la noche, por estar amenazados de un copioso aguacero, nos apartamos de aquel lugar con la pena de no haber tenido a nuestra disposición una máquina fotográfica, único medio de poder copiar aquel paisaje sublime con todos los detalles que lo embellecen.

Desde el paso de la primer quebrada, que bien merece los honores de río, hasta el de la menos caudalosa, habrá unos tres kilómetros de distancia, por un terreno formado de piedras y lodo, con muchas raíces descubiertas; terreno que tuvimos que atravesar molestados constantemente por la lluvia.

Al atravesar la última corriente, encontramos un mezquino rancho de quineros, medio desbaratado, que tuvimos que aceptar como buen albergue, por no permitirnos el temporal que siguiésemos más adelante.

Desde las primeras horas de la noche comenzó a abonanzar el tiempo, aunque hubo algunas lloviznas durante la madrugada.

JUEVES 10 DE ABRIL

Amaneció la mañana tan despejada y serena, que no se veía ni siquiera un celaje. Nos desayunamos con luz artificial, porque nos habíamos levantado antes de la aurora, y a las seis de la mañana ya estábamos en camino.

Cuando el sol empezó a levantarse sobre el ramal de la cordillera que teníamos a la derecha, sus rayos penetraban por los claros del bosque, hiriendo oblicuamente las gotas de lluvia suspendidas entre el musgo, o pendientes de las hojas de los árboles, reverberando en ellas como si hiriese otros tantos diamantes, y multiplicando sus rayos en todas direcciones.

Después de doblar la primera loma, pasamos por tercera y última vez un ramal o brazuelo de los dos en que por allí se divide la Quebrada Grande, y desde su orilla izquierda emprendimos la subida de una larga y áspera loma, llamada Finagá, que por fin coronamos como a las nueve de la mañana. Esta loma nace, como todas las adyacentes, de la línea principal, o eje de la cordillera, dirigiéndose en un principio de este a oeste, y en sus desarrollos sucesivos va cambiando de dirección, hasta tomar resueltamente la del norte.

Cuando descendimos de la altura, para dirigirnos a otro ramal paralelo, atravesamos con breve intervalo dos arroyos o quebradas pequeñas, conocidas ambas con el nombre de Colorada, por correr sobre un terreno de greda arenisca teñida de rojo, por el mucho óxido de hierro que contiene.

Después de pasar ambas quebradas, empezamos a subir otra cuesta más pendiente y áspera que las anteriores, la cual va a confundirse con las cumbres más elevadas, que por aquella parte ostenta la serranía, y es por consiguiente el lomo de la cordillera. Denomínase este lugar el Paramito, por ir a terminar, como hemos dicho antes, en el punto más frío de la montaña. La cuesta se divide en siete ásperas y rudas pendientes,

con una quiebra o meseta al final de cada sección, donde podíamos tomar algún descanso. Increíbles fatigas nos costaba subir cada una de estas secciones, a cuyo extremo llegábamos siempre cubiertos de sudor, angustiados y jadeantes. Por distraer algo el cansancio, comparamos desde un principio aquellas siete secciones con los siete pecados capitales, que tan difíciles son de dominar a la flaca y débil naturaleza humana; y divertidos con las ocurrencias que de la comparación surgían, fuimos haciendo más llevaderos nuestros trabajos y penalidades.

Al concluir la última pendiente, entramos en un terreno paramoso, donde la vegetación enormemente desarrollada y hasta el suelo mismo, se hallaba cubierta de una infinita variedad de musgos, orquídeas, y otra multitud de plantas parásitas de una belleza sorprendente. El terreno puede decirse que era una segunda edición, de los raiceros y laberintos musgosos que atravesamos del tercero al sexto días de nuestra entrada; teniendo el Paramito de ventaja en la cuestión de dificultades, el ofrecer a cada paso un atascadero profundo, donde los mismos peones, acostumbrados a atravesar aquellas difíciles trochas, no podían transitar, sin verse a cada momento detenidos por obstáculos casi insuperables.

El bosque en toda aquella región es verdaderamente gigantesco, y en su mayor parte se compone de espesos y elevadísimos robledales, vegetación que, sin embargo de ser peculiar de los temperamentos fríos, se desarrolla muy armónicamente con un gran número de palmeras, de las que habíamos observado en climas de temperatura suave, y aun con muchas de las plantas que habíamos visto con profusión en las ardientes orillas del Pescado, del Caquetá y del Orteguaza.

Para aumentar más los sinsabores de esta última parte de nuestro viaje, y que pudiese corresponder el fin al principio y al medio, nos sorprendió al subir el Paramito una lluvia tenaz y copiosa, que duraba aún, cuando llegamos a un tambo llamado El Roble, próximo ya a la salida de la selva. Desde allí tuve que enviar un peón carguero a buscar a mi escribiente, que venía rezagado y a quien hubiera sido imposible, sin este auxilio, llegar a incorporarse con nosotros.

Por el dueño del tambo supimos que hacía tres días que mis mulas nos esperaban en los límites del bosque en un lugar llamado La Estrella. La lluvia continuaba con el mismo tesón; y viendo que era indispensable pernoctar en aquel sitio, envié uno de mis muchachos escotero al lugar donde mis mulas se hallaban, para que éstas estuviesen listas y en disposición de partir en las primeras horas de la mañana siguiente.

A poco de salir el peón, lo vimos con sorpresa regresar a donde estábamos, acompañado de otros dos, que el dueño de la estancia o hacienda, sabedor de nuestra llegada, nos hacía la merced de enviarnos, provistos de algunos víveres, que después de pagarlos, le agradecemos en extremo.

Los aguaceros continuaron toda la tarde sin interrupción; y aunque la temperatura era relativamente fría, pudimos enjugar nuestras ropas al calor de una buena lumbre, y suspender nuestras hamacas no muy distantes del mismo foco de calor, por componerse nuestro albergue de un cobertizo expuesto a los cuatro vientos. El dueño de aquel humilde rancho nos trató con mucha amabilidad, poniendo a nuestra disposición cuanto poseía, y haciéndonos lo más agradable posible nuestra breve y obligada mansión en su pobre e incómoda vivienda.

Al vernos allí, sólo una hora distantes de los límites del bosque, donde tanto habíamos sufrido, nuestros pechos se ensancharon de gozo; el pesado aire de la selva nos parecía el suave y grato ambiente del más delicioso paraíso, y el pan que llevábamos a nuestra boca, después de un ayuno tan dilatado, se nos hacía, aunque malo y duro, el más sabroso de los manjares. Mi escribiente se enorgullecía, y no sin razón, de haber dado pruebas de virilidad superiores a sus esperanzas, y a mí se me ocurrió compararlo con Jesucristo al bajar a la tierra, pues había conseguido en el viaje al Caquetá, lo que el Divino Redentor por obra del Espíritu Santo: hacerse hombre.

VIERNES 11 DE ABRIL

La mañana amaneció medianamente despejada. Aunque la pereza era mucha, nos levantamos al salir el sol, y tomando un ligero desayuno, nos pusimos en marcha, atravesando ya por una trocha más abierta y por consiguiente menos difícil, los últimos escalones montuosos de la cordillera que nos separaban del mundo civilizado.

Al llegar a la primera loma desmontada, donde pudimos tender la vista a lo lejos sobre el risueño valle del Suaza, nos pareció que entrábamos en otro mundo, porque en dos meses consecutivos nuestro horizonte se halló siempre limitado por los árboles de la selva que en todas direcciones nos rodeaba, o por las revueltas del río sobre el cual se deslizaba nuestra canoa.

A pocos kilómetros de distancia divisamos el rancho de La Estrella, en cuyos potreros se veían pacer animales de diferentes especies, entre los cuales distinguimos con alegría, al llegar más cerca, nuestras mulas por tanto tiempo abandonadas.

El dueño del rancho, que sirve como de estación a los peones quineros que del mismo dependen, nos obsequió lo mejor posible con un almuerzo digno de nuestro apetito, y capaz de hacernos olvidar la escasez por tanto tiempo sufrida y con tanta resignación sobrellevada.

Mientras despachábamos el almuerzo, los peones que habían ya terminado el suyo antes que nosotros, aparejaron las caballerías y arreglaron las cargas para salir inmediatamente.

Pagamos y despedimos a los contratados en el bosque, y montamos en nuestras mulas.

A eso de las doce, empezamos a bajar por el camino que conduce a La Ceja, por terreno desmontado y fertilísimo, aunque completamente abandonado; vadeamos el

Suaza, que iba notablemente crecido, y a la una de la tarde, poco más o menos, volvimos a pisar las calles de una población, que, comparativamente con todo lo que acabábamos de recorrer, casi podía llevar el adjetivo de civilizada.

Las gentes del pueblo, que ya nos conocían, y que en su mayor parte eran amigos del P. Albis, corrieron a nosotros, apenas nos vieron entrar en la plaza, guiados unos por la curiosidad, otros por el interés que naturalmente despiertan viajeros que salen de comarcas peligrosas y desconocidas, y todos en general deseosos de conocer algunos pormenores de nuestro viaje.

Para pagar de algún modo la bienvenida con que nos felicitaban, desocupamos algunas botellas de vino que encontramos a la venta en la tienda de un mercader; y llamamos vino a aquel brebaje de color rojizo y un tanto espirituoso, por no desmentir la afirmación de la etiqueta que así lo aseguraba, aunque nuestro paladar se esforzaba en convencernos de que aquel líquido nada tenía de común con el que hizo al Patriarca Noé presentarse ante sus hijos de una manera algo indecorosa.

Una hora poco más o menos permanecemos en el pueblecito de La Ceja, y desde allí salimos para Santa Librada, molestándonos en el camino algunos aguaceros, que por fortuna no duraron mucho.

Al entrar en Santa Librada eran ya las nueve de la noche; la mayor parte de los pobladores del lugar salía en aquella hora del templo, donde acababan de conmemorarse los misterios propios del día, pues nos hallábamos en la Semana Santa. Nuestros amigos no nos esperaban ya, por ser demasiado tarde; pero al sentir el tropel de caballerías a tales horas, sospecharon la verdad y salieron todos a abrazarnos.

Los peones que habíamos enviado por el camino del Rincón, y que nos habían precedido en ocho días, continuaban todos con los mismos accesos de fiebre, y uno de ellos, el único que había salido sano de Los Canelos, se hallaba peor que todos, y murió

a los pocos días, por haberle acometido violentamente el mal en medio de la montaña. Por ellos supe con dolor, que para salvarse y poder llegar a tierra habitada, habían tenido que abandonar en el bosque la mayor parte de los objetos que confié a su cuidado, entre los cuales iban algunas armas de los indios y muchas de las curiosidades que con tanto trabajo había podido coleccionar durante mi excursión penosa.

SÁBADO 12 DE ABRIL

Si el tránsito del bien al mal es para nosotros en extremo sensible, el del mal al bien, por agradable que sea, nos produce también honda impresión, aunque de distinto género. Acostumbrado a dormir en hamaca, o en el duro suelo, cuando no había medios de suspenderla, la cama mullida y el suave contacto de las sábanas, tenían para mí en aquella primera noche algo de extraño, y casi me atrevería a decir, que de molesto. La costumbre de levantarnos temprano, nos obligó a ponernos en pie apenas era de día. Nuestros amigos lo verificaron después, y reunidos todos y en extremo alegres, tomamos nuestro desayuno, durante el cual supe que la causa de no haber hallado un solo peón que hubiese querido ir a nuestro encuentro, había sido el temor de las fiebres, por el lastimoso estado en que vieron volver a los que habían penetrado en la selva con nosotros.

Concluido el almuerzo, el Sr. Guardado me llamó aparte y me entregó algunas cartas y los últimos periódicos que acababan de llegar de Europa.

Mi asombro al saber los acontecimientos políticos que se habían verificado en España, fue de tal naturaleza, que me produjeron una impresión tan penosa como profunda. El rey Amadeo de Saboya acababa de abandonar el trono, y la misma nación, entregada a sí misma, se había constituido, prematuramente quizás, en república, sistema el más peligroso, el menos adaptable a nuestra manera de ser actual, y el menos conforme con nuestras costumbres y con nuestra historia.

Los pormenores con que se había verificado aquel memorable hecho, manifestaban ya bien a las claras las tendencias de los partidos, y dejaban traslucir la dilatada serie de profundos disturbios, que, por mucho tiempo, habían de afligir a la nación que acababa de lanzarse a ciegas, por un camino tan escabroso como sembrado de peligros.

El hombre a quien por primera vez se había confiado, aunque interinamente, la magistratura suprema de la nación, acababa de huir a suelo extraño, como espantado de su propia obra. Los partidarios de la disolución social en todas sus formas, asomaban por donde quiera la frente erguida, creyéndose dueños del campo; el carlismo, personificación del régimen absoluto y del predominio teocrático, levantaba su bandera en las Provincias Vascongadas y en las montañas de Cataluña, y a su alrededor se agrupaban, no sólo los antiguos partidarios de aquella forma de gobierno, incompatible ya con las libertades políticas, conquistadas por todos los pueblos en la edad moderna, sino muchos hombres importantes, que la consideraban como la única áncora de salvación en el naufragio de la patria.

La voz de Castelar, del elocuente tribuno, que había levantado tan furiosas tempestades, era ya impotente para aplacarlas, y el comunismo, nivelador de las sociedades en el fango, que tiende a aniquilar todo lo existente, afilaba el puñal, encendía la tea y preparaba el petróleo y otros materiales para poner en práctica sus doctrinas.

Las naciones europeas, asombradas de tanta locura, negábanse a reconocer el gobierno que acababa de constituirse; el ejército desmoralizado desconocía la autoridad de sus jefes; la marina se sublevaba, y el erario exhausto se hallaba próximo a la bancarrota.

Tales fueron las noticias que me llenaron de estupor al salir de entre las hordas salvajes, cuya vida pacífica, y hasta cierto punto armónica, contrastaba singularmente con las turbulentas agitaciones porque se hallaba combatido el pueblo español,

modelo en otros tiempos de sensatez y cordura, modelo constante de heroísmo, y cuya historia fue siempre la envidia de los demás pueblos, que se vengaban de él calumniándolo.

Desgraciadamente la democracia española, renegando de sus tradiciones brillantes, escritas en sus leyes y selladas con sangre en Villalar, pretendió aclimatar de repente en el país clásico de las libertades una planta exótica; el espíritu turbulento de la revolución francesa, cuyo anhelo de destrucción debía apoderarse de las clases menesterosas para excitar en ellas el sentimiento de la envidia, persuadiéndolas de que el trabajo es una debilidad; de que no hay más Dios que los goces materiales, y que para no disfrutarlos, el pobre tiene derecho a ahogar en arroyos de sangre el bienestar de los favorecidos por la fortuna y el suyo propio.

Otra noticia encontré también en los periódicos bogotanos: un titulado general Quesada, representante, según él, de la insurrección de Cuba, había llegado a la capital de Colombia, demandando recursos para ayudar a los revolucionarios de la isla, y el cuerpo legislativo había acordado darle una subvención, cuyo máximo era de 50.000 pesos fuertes, concediendo facultades discrecionales al Presidente de la república para fijar, dentro de estos límites, la cantidad que debiera suministrarse. La discusión sobre este asunto en las Cámaras, y en la prensa periódica, llegó a hacerse ardiente y apasionada; los hombres más sesudos manifestaron que un país pobre, y que a tantas necesidades tiene que acudir dentro de su casa, no podía ni debía malgastar los fondos de su erario en satisfacer necesidades ajenas, por muchas que fuesen las simpatías por la causa a que se consagraban; que el llamado general podía muy bien ser un aventurero y no dar a aquellos fondos el destino a que aspiraban los legisladores, pues no ofrecía para ellos responsabilidades de ningún linaje; pero ante la pasión política exaltada por los partidarios de la idea de ayudar a todo trance a los cubanos, y de la cual participaba aquel gobierno, se decretó al fin la subvención de 25.000 pesos fuertes, de los cuales, según afirmó después un periódico, el general Quesada malgastó una buena parte en el juego y en convites a aquellos de sus amigos de ambas cámaras que habían contribuido más eficazmente a la entrega de la indicada suma.

También en Bogotá se celebró particular y oficialmente la instalación de la república española. Nada de extraño tiene que esto sucediera, y sobre este punto oímos después a uno de nuestros amigos una observación, que, por lo original y apropiada del caso, no queremos dejar de consignarla, tanto más cuanto procedía de un republicano: Es muy natural, dijo, que se manifieste tal alegría en Colombia, porque no hay desgraciada que no se alegre de ver caer en la infelicidad a otra mujer venturosa.

El resto del día lo pasamos en recibir las felicitaciones de los amigos, y en referirles los hechos más culminantes de nuestra expedición tan penosa como arriesgada.

DOMINGO 13 DE ABRIL

Empleé la mañana en concluir algunos dibujos que traía en bosquejo.

A eso del medio día llegó a visitarnos el P. Albis, en un estado que manifestaba bien claramente las muchas visitas que había hecho, y que sus amigos habían estado con él demasiado obsequiosos. Propúsele que me permitiera retratarlo en el traje que habitualmente usaba en la montaña, a lo cual se negó obstinadamente, razón por la cual intenté hacerlo de memoria, siendo el resultado tan feliz (y permítaseme por un momento esta vanidad artística), que no hubiera salido mejor de las manos de un fotógrafo: así me lo aseguraron cuantas personas lo conocían, cuando les mostraba el retrato, y la misma seguridad me daban mis ojos y mi propia conciencia, que era para mí el testimonio más valedero.

Por la tarde salimos a pasear a la orilla del río, de donde regresamos pronto por sentirme algo indispuerto y con todos los síntomas precursores de la fiebre del Caquetá, tan terrible como traidora.

Para aquella noche habían dispuesto algunos amigos un baile en mi obsequio, al cual no pude asistir sino un breve rato por el estado en que me hallaba.

LUNES 14 DE ABRIL

He pasado muy mal la noche.

Continúa aumentándose la fiebre.

Mi escribiente y el P. Albis caen también enfermos en la misma noche. Ni uno solo de cuantos bajamos al Caquetá, se ha libertado de la influencia mortífera del clima.

Mis amigos acuden todos a visitarme. Entre ellos vienen también algunas personas demasiado oficiosas, que cándidamente se entretienen en referirme con minuciosos detalles las muchas víctimas hechas por el mal de que me hallaba aquejado, a pesar de no haber permanecido tanto tiempo como yo en aquellas selvas, donde por todas partes reina la muerte.

MARTES 15 DE ABRIL

Continúo agravándome. Los accesos de la fiebre son cada vez más violentos. Por no haber en la población médico alguno a quien confiarse, me resuelvo a tomar el sulfato de quinina, de que me hallaba provisto, para ver si conseguía cortar la fiebre, aunque fuese por el tiempo necesario para llegar al Gigante, pueblo que dista sólo dos jornadas y que ofrece muchos más recursos.

DEL MIÉRCOLES 16 AL VIERNES 18 DE ABRIL

La fiebre no disminuye; el insomnio es constante, y esto me hace más daño que la fiebre misma. Me resuelvo a tomar algunas gotas de láudano, y a aumentar las dosis de quinina, hasta donde permite la prudencia.

SÁBADO 19 DE ABRIL

He experimentado notable alivio. Un sudor muy copioso y un sueño reparador, que duró toda la noche de ayer y hasta bien entrada la mañana de hoy, unido a la disminución muy notable de la fiebre, me hacen esperar que pronto podremos ponernos en camino, pues mi escribiente y los peones se hallan también bastante aliviados.

Aunque con trabajo, escribo algunos renglones a uno de mis amigos de Bogotá, participándole el mal estado de mi salud, y encargándole la gestión de algunos asuntos que personalmente me interesan.

DOMINGO 20 DE ABRIL

Me he levantado casi limpio de fiebre, y aunque extenuado y casi sin fuerzas, me propongo salir para el Gigante dentro de dos días, si alguna novedad grave no viene a impedirlo.

LUNES 21 DE ABRIL

Me despido de los amigos, y entre ellos del P. Albis, haciéndole un regalo como recuerdo de mi amistad y de mi gratitud por el tiempo que nos ha acompañado. Este hombre singular y digno de mejor suerte, que en su estado normal tiene la candidez y susceptibilidad de un niño, manifiesta muy exageradas estas cualidades cuando abusa de los licores alcohólicos; así es que a nuestra despedida reía y lloraba alternativamente, lo cual producía en mí una sensación penosa. Encargué a varios amigos que procurasen a todo trance que otros no abusaran de la docilidad y condescendencia del pobre eclesiástico; y éste me aseguró que muy pronto volvería a internarse en los bosques, y a buscar entre las tribus indígenas la existencia feliz que no podía hallar entre los hombres civilizados.

MARTES 22 DE ABRIL

Salimos de Suaza ya cerca del mediodía, por haber llovido mucho durante las primeras horas de la mañana. Acompañábanos mis amigos y compatriotas los Sres. Guardado y Ovies, y poco después de anochecer llegamos al pueblecito de La Jagua, donde tuvimos por todo albergue un rancho desmantelado, al través de cuya techumbre pajiza se veían por todas partes estrellas. Afortunadamente no llovió, como temíamos, durante la noche, y tuvimos por única molestia algunos insectos parásitos, que en los pueblos de tierra caliente, y sobre todo en las posadas, abundan mucho más de lo que pudiera desear el viajero, las más veces cansado y molido por una larga y penosa jornada.

MIÉRCOLES 23 DE ABRIL

Al levantarme, he sentido los efectos del cansancio de ayer, con dolores agudos en todas las articulaciones. Hice ensillar mi caballo, cuyos movimientos son más suaves que los de las mulas, y después de tomar un desayuno ligero, salimos hacia Garzón, a donde llegamos a las once de la mañana. Allí se quedó nuestro compañero Ovies, por tener que arreglar algunos negocios, y los demás continuamos hacia el Gigante, deteniéndonos luego, por el mucho calor, a pasar las horas de siesta en una ranchería del camino.

La choza donde nos desmontamos, se halla situada en un valle algo profundo, regado por una acequia y rodeado de algunos pantanos. Delante de la casa había un arrozal próximo a su madurez, y era tal el número de pájaros que constantemente acudía a cebarse en sus granos, que no bastaban los esfuerzos continuos del dueño de la cementsera y de varios muchachos de la familia por ahuyentarlos. Las piedras lanzadas por ellos, ya a mano, ya con hondas hechas de fique, eran insuficientes para alejar los enjambres de merodeadores que de todas partes acudían en bandadas; y aunque las piedras causaban en las espigas daños de más consideración que el que pudieran ocasionar los volátiles, el dueño del arrozal, desesperado, seguía sin descansar la

pedrea, animando a los muchachos a que le imitasen. Estos y él caían de cuando en cuando rendidos de fatiga, y tomaban algunos momentos de reposo, tanto más necesario, cuanto que el estado de su salud era poco envidiable, a consecuencia del lugar en que habitaban.

Al penetrar en la choza, llamó nuestra atención un ataúd pendiente de las vigas del techo, que se nos dijo estar allí preparado para una de las hijas del dueño de la casa, que no obstante su enfermedad, andaba de un lado a otro y veía aquel objeto fúnebre, dispuesto para ella, con la misma impasibilidad que si fuera cualquier otro mueble del menaje.

Cuando la tarde empezó a refrescar, continuamos nuestro camino; y después de pasar por la vega insalubre y pantanosa del río Loro, continuamos en dirección al Gigante, volviendo a contemplar desde la altura de un cerro las pintorescas orillas del Magdalena, en cuya margen se divisaban los cacaotales que en otra ocasión visitamos, y que desde nuestro punto de vista ofrecían uno de los paisajes más bellos del mundo.

Poco después de oscurecer llegamos al Gigante, y nos hospedamos en la misma casa donde lo hicimos la vez primera, y en la que ya nos esperaban, por haberles anticipado la noticia.

El cansancio del camino me había estropeado tanto, que llegué con las fuerzas completamente agotadas. Me acosté muy temprano, y dormí mal, por el dolor violento que en todas las articulaciones sentía.

JUEVES 24 DE ABRIL

He amanecido con fiebre y aquejado por una gran laxitud que casi me priva de movimiento. Llaman para que me visite a uno de los médicos de la población, que me administra algunos medicamentos.

DEL VIERNES 25 AL LUNES 28 DE ABRIL

Continúa la fiebre, aunque menos violenta que en el primer ataque; pero como ya me encuentra débil y extenuado, los estragos son mucho mayores. Mi escribiente ha recaído también, así como nuestros peones; y todos se hallan en un estado de postración muy semejante al mío.

MARTES 29 DE ABRIL

Continuamos todos con fiebre.

El único médico de la población, que ejerce con título académico, se halla ausente en un pueblo inmediato. Se le envía un aviso, y se espera su vuelta de un momento a otro.

MIÉRCOLES 30 DE ABRIL

La fiebre continúa.

Por la noche llega el Dr. Laureano Díaz, en virtud de nuestro aviso, e inmediatamente acude a visitarnos. Nos sometemos al plan curativo que dispone, y tenemos esperanzas en él, por la gran experiencia que ha adquirido en la curación de este género de enfermedades, y porque es un hombre observador e inteligente. Su aspecto grave y simpático, y su carácter dulce y benévolo, hacen que se le considere como un amigo desde los primeros momentos de tratarlo.

DEL JUEVES 1o. AL DOMINGO 4 DE MAYO DE 1873

El plan del Dr. Díaz ha producido en un plazo tan breve efectos admirables. La fiebre ha desaparecido en todos los enfermos y entramos en el período de convalecencia. Yo, hasta he copiado una planta rara, el Monito o Gallito, de olor acre y de sabor amargo.

LUNES 5 DE MAYO

Aunque muy débiles, resolvemos continuar nuestro viaje hacia Bogotá, haciendo cortas jornadas.

Nos despedimos de nuestros amigos y escuchamos con profunda atención los consejos higiénicos del Dr. Díaz, cuya mano fue la última que estrechamos.

Habíame propuesto bajar embarcado desde Neiva hasta Peñalisa, por conocer y estudiar esta sección del cauce del Magdalena, que comprenderá cien kilómetros próximamente; pero el Dr. Díaz me lo prohibió de una manera absoluta, lo cual nos hizo emprender la vuelta por el mismo camino que antes habíamos llevado.

Salimos del Gigante cerca del mediodía, llegando al Hobo a la caída de la tarde.

La noche no fue muy mala, a pesar del mucho cansancio.

MARTES 6 DE MAYO

Salimos tarde del Hobo, y terminamos nuestra jornada en el sitio llamado El Albadán, como unas cuatro leguas distante de la ciudad de Neiva.

Se observó en todos un fenómeno extraño, aunque pronosticado por el Dr. Díaz: la agitación del movimiento y el sudor copioso de que siempre íbamos inundados, lejos de quitarnos las fuerzas, contribuyeron a aumentarlas. Hemos dormido bien, y el sueño ha sido reparador, tranquilo y profundo.

MIÉRCOLES 7 DE MAYO

Apenas era de día cuando nos levantamos para emprender nuestra jornada. Mientras se disponía nuestro desayuno, se preparaban las cargas y se ensillaban nuestras

caballerías, llamaron mi atención en un riachuelo, que corre a poca distancia del rancho, dos bandadas de pájaros, negros los unos y enteramente blancos los otros, que se posaron en una misma orilla. Hicimoslo observar al patrón o dueño de nuestra posada, y éste nos dijo que los primeros eran patos-cuervos, y garzas los segundos, y que solían reunirse con mucha frecuencia, para verificar de mancomún una pesquería singular en las aguas de aquella y otras corrientes.

Acercámonos con precaución lo necesario para poder apreciar los movimientos de aquellos animales, y vimos, no sin sorpresa, la batida que unos y otros daban a los pobres peces, en la siguiente forma: los patos, desplegados en ala, iban nadando por el riachuelo aguas arriba, mientras las garzas seguían la misma dirección por una y otra margen, precediéndolos en algunos pasos. Los pececillos, perseguidos en su elemento, saltaban a veces sobre la arena de la orilla, y creyendo librarse así de un enemigo, se encontraban con otro no menos implacable.

Por espacio de media hora estuvimos distraídos con aquel espectáculo, para nosotros tan nuevo como sorprendente, retirándonos del punto de observación cuando las aves pescadoras levantaron el vuelo, para dirigirse sin duda a otro lugar y proseguir su tarea.

Como la jornada era corta, llegamos a Neiva antes del mediodía, con un calor verdaderamente sofocante.

Allí nos manifestaron algunos amigos las grandes inquietudes que nuestra larga permanencia en el Caquetá les había causado, y el temor que les asaltó más de una vez de que hubiésemos perecido entre sus mortíferas selvas, como otros muchos de los viajeros que han tratado de explorarlas.

DEL JUEVES 8 AL LUNES 26 DE MAYO

Continuamos nuestro regreso a Bogotá, sin novedad notable y por el mismo camino, deteniéndonos ocho días en La Mesa, para atemperarnos un poco antes de entrar en el frío clima de la sabana.

Durante este último período de nuestro viaje, convalecimos completamente, y al entrar en Bogotá, aunque algo extenuados por tantas fatigas y privaciones, puede decirse que nuestra salud era ya buena.

Nuestros amigos nos recibieron con la efusión más cariñosa, y por espacio de muchos días sirvieron de tema principal a nuestras conversaciones las penalidades de nuestro viaje.

VOCABULARIO DE LOS DIALECTOS DE ALGUNAS TRIBUS DEL CAQUETA¹¹

COREGUAJES

Aca, Perdiz.

Achi, Hermano.

Anameo, Rayo.

Anoco, Zapallo.

Anzo, Yuca.

Aña, Gusano.

Coa, Lienzo.

Cajorosó, Oreja.

Capay, Aguacate.

¹¹ Este vocabulario fue formado por mí en varias sesiones, oyendo a los indios más inteligentes y ayudándome en la investigación el presbítero D. Manuel María Albis y Eugenio Mosquera, mi intérprete y piloto, que hablaba casi todos los dialectos de aquella región del alto Amazonas.

Cata, Piedra.

Chaí, Tigre.

Chajío, Maduro.

Chao, Barro, Nutria.

Chicipue, Hilo.

Chichi, especie de interjección.

Chimenú, Lengua.

Chipo, Hígado, Entrañas.

Choa, Tierra.

Chochoqui, Bandeja o Batea.

Choacurí, Oro, Metal.

Choje, Pariente.

Choque, Canoa.

Chú, Algodón.

Coami, Malo.

Coe, Tortuga.

Cojiní, Diente o Muela.

Coapi, Pie.

Cuejepí, Huevo.

Guina, Camarana (ave).

Cura, Gallina.

Curisocó, Plata, Dinero.

Daña, Cabello.

Dea, Duro.

Decocho, Corazón.

Dorni, Mujer.

Ea, Chaquira (cuentas de vidrio).

Eco, Malva.

Emur, Mono cotudo.

Ense, Sol.

Entesará, Camisa.

Emiud, Hombre.

Guai, Carne.

Guaten, Machete.

Guatí, Diablo, Cuchillo.

Guao, Mono volador.

Guce, Casa.

Guetio, Plátano guineo.

Guecó, Loro.

Inchí, Peña.

Incocho, Rabo o Cola.

Jamuchay, Perro.

Jaque, Taita, Padre.

Jao, Hoja, Gavilán.

Jaore, Hamaca.

Jentequechepin, Brazo.

Jeoñí, Bodoquera o Cervatana.

Jete, Mano.

Jeteigachapa, Flauta o pito de caña.

Jié, Cesto o canasta.

Jinquepui, Nariz.

Joja, Pez bocachico.

Maá, Guacamayo.

Maguatí, Cuchillo.

Maja, Cera.

Majapai, Pariente.

Mañoco, Estrella.

Mayem , Ardilla.

Mayuaso, Sábalo.

Meca, Guadua (bambú).

Mecó, Temblón (Anguila eléctrica).

Miuño, Dedo.

Naicagua, Espejo.

Naje, Nieto

Naso, Mono churuco.

Ñacuntigüe, Cejas.

Ñama, Venado.

Ñancoca, Ojos.

Ñonse, Picudo (animal).

Ñayenteca, Pescuezo.

Ocaraima, Aguacero.

Ocho, Murciélago.

Ochoguary, Dentón.

Oco, Agua.

Ocopo, Empeine.

Ocopui, Calabazo.

Ocoroyai, Caimán.

Ocucurume, Trueno.

Oje, Pecho.

Ojecho, Mamila, Teta.

Oguay, Bagres o Bagre.

Oo, Plátano.

Pay, Gente.

Paimanso, Mono bracilargo.

Paimía, Luna.

Petó, Dátil.

Pio, Ají (pimentillo picante).

Pito, Anzuelo.

Popoay, Árbol de leche.

Punza, Achiote.

Queneme, Cielo.

Queque, Danta o Tapir.

Quitasaio, Gallinazo o Zamuro.

Quetateope, Tripa.

Quesene, Lanza.

Sarapuid, Horqueta.

Sea, Garrepatero (ave).

Semeñu, Hígado.

Seme, Madre.

Setegui, Nalgas.

Siapue, Frente.

Siacha, río.

Sií, Hijo.

Sijope, Cabeza.

Sincapuid, Rodilla.

Siguati, Negro.

Sio, Chagra, Roza.

Sinsi, Caña.

Sima, Veneno.

Sotoro, Olla.

Sotoquiquicho, Olleta.

Sueno, Poncho o manta.

Sunquiñí, Espinazo.

Supó, Hacha.

Suí, Paují (Ave).

Tauque, Mono.

Tautatú, Hombro.

Tea, Gaviota.

Tecoqueti, Vaso.

Toapí, Pierna.

Tochachay, Tigrillo.

Totoreacuá, Plato.

Toro, Lagartija.

Turupi, Mochila, bolsa.

Tuiro, Sombrero.

Tuapi, Canilla, hueso.

Tutú, Viento.

Ua, Sal.

Uchepe, Gordo.

Uje, Sardina.

Ujepuy, Papaya.

Uncupó, Tórtola.

Umú, Mochilero, Oropéndola.

TRIBU DE LOS GUAQUES

Acarima, Interjección.

Aconó, Cuñado.

Acoronó, Otro.

Acorocaque, Roza.

Aereré, verdad.

Aime, Alegría.

Ajechir, Tocar.

Ajechiquer, Coger, Recibir.

Amaná, Coco (fruta).

Andiquiri, Nalgas, Muslo.

Angachí, Peine.

Aquira, Cafuche (cerdo silvestre).

Aquijenay, Duro.

Arabata, Araguato (mono).

Aroquije, Rabo, Cola.

Asmirú, Palo, Madero.

Atacache, Dentón (pez).

Atate, Hamaca.

Atunaque, Temprano.

Bari, Nieto.

Bebejotini, Lanza.

Besene, Espejo.

Cachagua, Plátano guineo.

Caicusía, Tigre y perro.

Cajás, Aguacate.

Cajetá, Guacamayo amarillo.

Caján, Venado.

Cajú, Cielo y trueno.

Camañí, río grande.

Canagua, Canoa.

Canaituna, Dorada (pez).

Capri, Gallina.

Caramataje, regalo.

Carijona, Gente.

Conconjere, Por la mañana.

Cacone, Por la tarde.

Caracarase, Gallinazo.

Corocagua, Cacao.

Cañare, Ayer.

Caiña, Camarana.

Caragua, Feo, malo.

Curare, Veneno.

Cure, Bueno.

Curi, Oro, metal.

Curicate, Barro, arcilla.

Curisa, Tortuga.

Cuyecuye, Lorito pequeño.

Chimari, Rallador.

Chiquiyermeje, Hilo.

Chirique, Estrella.

Chituí, Aguja.

Dirichi, Tigrillo.

Ecaque, Compra.

Equitarque, Negación.

Ejoque, Aprendido, Sabido.

Emerere, Tú.

Emeyare, Peña.

Emujeguae, Tristeza.

Emurú, Ojo.

Equeima, Culebra.

Eremorori, Corazón.

Ereeri, Hígado, Entrañas.

Eresosori, Bofe.

Erqui, Gusano.

Erima, Olla.

Erojiri, Pecho.

Eti, Qué.

Fiana, Lucero y Gavilán.

Fomaque, Quemar.

Gomere, Hablar.

Gotó, Cerdo.

Gua, Negación.

Guachicono, Papaya.

Guana, Nada.

Guanay, No hay.

Guapija, Plato.

Guánquere, Todavía.

Guaramichi, Tórtola.

Guerechi, Mujer.

Guere, Hasta.

Guire, ¡Hombre! (interjección).

Ijuse, Achiote.

Ibo, Diablo.

Ichipari, Canilla, Hueso.

Iguanó, Mentira.

Iguasa, Cuchillo.

Ijanariotari, Oído.

Ijeti, Pierna.

Ijimira, Pescuezo.

Ijupuru, Pie.

Imotari, Hombre.

Indare, Boca.

Inicó, Lengua.

Iseguae, Quiero.

Isjerí, Frente.

Ismo, Huevo.

Itoje, Mono volador.

Jacaque, Arroyo.

Jaire, Sacerdote.

Jaja, Padre, Taita.

Jame, Sal.

Jamuy, Ají (pimentillo picante).

Janari, Oreja.

Jara, Yuca y Rallador.

Jarachí, Marimonda (mono).

Jaro, Plátano.

Jefú, Piedra.

Jejechí, Viento.

Jeremú, Oso.

Jiji, Hermano.

Jotama, Bocachico (pez).

Jutuni, Especie de perdiz.

Jutuyari, Cabello.

Jutuye, Cabeza.

Machijano, Machete.

Machijuri, Tapir o danta.

Maguaso, Pez, especie de sábalo.

Maime, Bagre.

Maitin, Pariente.

Maja, Cera.

Majojo, Lumbre, Candela.

Mami, Gente.

Manamanacane, Relámpago.

Manatiri, Teta.

Mecajiaca, Al amanecer.

Mecú, Mono, Mico.

Menemeneque, Dengoso.

Menti, Jagua.

Mere, Ardilla.

Mereguay, Chaquiras (cuentas de vidrio).

Migua, Choza, Cabaña, Casa.

Micocó, Pez, especie de sardina.

Miyareguae, Espere, allá voy.

Mocuje, Tripas, Vientre.

Monomenay, Mucho, De más.

Munguru, Hijo.

Munuje, Ratón.

Querejuque, Zorra.

Quinoro, Guacamayo rojo.

Quinoto, Oropéndola.

Racha, Bodoquera o Cerbatana.

Rata, Plata.

Rate, Bambú.

Rere, Murciélago.

Rimo, Limón.

Rujuji, Tela, lienzo.

Sajaro, Cesto o canasto.

Saraguay, Salado.

Soje, Sombrero.

Sucutume, Negro.

Susuma, Caña.

Tamemi, Alcanzado, conseguido.

Tane, Aquí.

Taregua, Flauta.

Ticatineme, Gordo.

Tonojosoca, Sabroso.

Totorne, Bonito.

Tufuite, Chagra, Roza.

Tuna, Agua.

Turují, Bolsa, Mochila.

Umere, Tuyo.

Veguarí, Hoja.

Vehi, Sol.

Veque, El acto de andar.

Verevene, Gusano u oruga de la mosca.

Virichí, Grillo.

Yaimuru, Quebrada o Arroyo.

Yajere, Brazo.

Yajereme, Te quiero.

Yamaratari, Barba.

Yavi, Nutria.

Yechijoti, Cejas.

Yecogiari, Muelas.

Yejiati, Espinazo.

Yeri, Dientes.

Yetije, Hueso.

Yochí, Lagartija.

Yote, Carne.

Yunti, Venas.

También recogimos algunas notas relativas al lenguaje actual de los restos de la tribu Andaquí y de otras, que andan dispersas por la falda oriental de la Cordillera; pero había un gran desacuerdo entre el P. Albis, Eugenio, mi intérprete, y los indios que me proporcionaban las noticias, y por lo tanto renuncié a consignarlas en mis apuntes.